



VOL. VI

1.º DE JULIO DE 1980

Núm. 24

BOLETIN
DE LA
ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA
DE LA HISTORIA

UN HALLAZGO ARQUEOLOGICO TRANSCENDENTAL
LOS MONUMENTOS DEL PADRE NAZARIO — UN ENIGMA
DE LA PREHISTORIA DE PUERTO RICO
PREDOMINIO DEL CACICAZGO DE GUAYANILLA EN
EL CARIBE

COMENTARIOS CRITICOS EN RELACION CON EL
DESCUBRIMIENTO DE LAS ANTROPOGLIFITAS
DEL PADRE NAZARIO EN GUAYANILLA
ACTIVIDADES ACADEMICAS

SAN JUAN DE PUERTO RICO
1980

**BOLETIN
DE LA
ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA
DE LA HISTORIA**



VOL. VI

1.º DE JULIO DE 1980

Núm. 24

BOLETIN
DE LA
ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA
DE LA HISTORIA

UN HALLAZGO ARQUEOLOGICO TRANSCENDENTAL
LOS MONUMENTOS DEL PADRE NAZARIO — UN ENIGMA
DE LA PREHISTORIA DE PUERTO RICO

PREDOMINIO DEL CACICAZGO DE GUAYANILLA EN
EL CARIBE

COMENTARIOS CRITICOS EN RELACION CON EL
DESCUBRIMIENTO DE LAS ANTROPOGLIFITAS
DEL PADRE NAZARIO EN GUAYANILLA

ACTIVIDADES ACADEMICAS

SAN JUAN DE PUERTO RICO

1980

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

ISBN 84-399-2964-1

Depósito Legal: B. 38.274 - 1974

Printed in Spain

Impreso en España

Imprime: M. Pareja - Montaña, 16 - Barcelona

Precio U. S.: \$ 2.00



SUMARIO

Dignatarios de la Academia	7
Notas Editoriales	9
Un hallazgo arqueológico trascendental	17
Un enigma prehistórico de Puerto Rico	25
Los monumentos del Padre José María Nazario y Cancel	37
Consideraciones generales sobre los monumentos	158
Las antropoglifitas del Padre Nazario y su posible relación con el predominio del cacicazgo de Guaybana	175
Bibliografía	221

APENDICES:

I. Informe del Dr. Alphonse L. Pinart	229
II. Informe preliminar arqueológico de Madrid y Valladolid	259
III. Informe preliminar de la Sociedad Epigráfica Americana	261
IV. Informe preliminar sobre signos vascos — Imanol Agiré	266
V. Correspondencia con el Museo Británico	268
VI. Pueblos migrantes del Oriente Medio	279
Síntesis de la solución a un enigma arqueológico	289
Críticas contemporáneas al Padre Nazario	299
Modalidades aplicables al hallazgo arqueológico de Guaynilla	319

Dictamen del jurado de los Juegos Florales del centenario del Círculo de Recreo de San Germán	337
--	-----

ACTIVIDADES ACADEMICAS:

Agasajo al Dr. Demetrio Ramos Pérez	339
Incorporación de nuestro Director en la Orden Hispanoame- ricana de Caballeros de Toledo	347

DIGNATARIOS DE LA ACADEMIA

ING. AURELIO TIO Y NAZARIO DE FIGUEROA

Director

DR. SALVADOR ARANA SOTO

Subdirector

SR. PEDRO E. PUIG BRULL

Secretario

SR. ARTURO RAMOS LLOMPART

Tesorero y Subsecretario

Vocales

DR. RICARDO ALEGRIA

LCDO. ROBERTO BEASCOECHEA LOTA

DR. LUIS TORRES OLIVER

DR. OSIRIS DELGADO

NOTAS EDITORIALES

Por su interés novedoso y enigmático, se ha dedicado este número del Boletín a la publicación de un ensayo inédito de nuestro Director relacionado con la investigación de uno de los hallazgos arqueológicos más apasionantes de nuestra prehistoria. El Padre José María Nazario y Cancel, cura-párroco de Guayanilla, siguiendo las indicaciones de una anciana de ascendencia indígena a quien fue a prestar sus auxilios espirituales, excavó más de 800 petroglifos en forma de estatuillas inscritas con extraños signos, alrededor del año 1880.

Cien años después, dicho ensayo fue sometido por su autor al Concurso de Historia en los Juegos Florales conmemorando el Centenario de la Fundación del Círculo de Recreo de San Germán, centro cultural y cívico contemporáneo con el Ateneo Puertorriqueño. El ensayo no fue considerado por el Jurado de Autoridades, pero considerando su interés, por ser el resultado de una investigación original relacionada con nuestra prehistoria, esta Academia autorizó su publicación, aun considerando su naturaleza polémica y controvertible, según se ha demostrado con el transcurso de los cien años desde tan trascendental hallazgo.

Los esfuerzos por resolver dicho fascinante misterio, el que ha rodeado a los petroglifos hallados en Guayanilla desde entonces, han comenzado a dar frutos. Se ha acudido en solicitud de ayuda, para tratar de descifrar los extraños signos inscritos, ante varias universidades y museos del mundo con resultados mayormente negativos. Sin embargo, la Sociedad Epigráfica Americana, bajo la hábil dirección del doctor Barry Fell, erudito epigrafista neozelandés y doctor emérito de la Universidad de Harvard, ha logrado descifrar varios de los signos inscritos en las pocas piezas que han podido estudiarse.

La Academia se propone continuar dicha obra de investigación propulsando y colaborando en el trabajo de clasificación, catalogación, reproducción fotográfica y descifre de los petroglifos que se conservan en nuestros museos y colecciones privadas, de la enorme can-

idad de más de ochocientos que fue excavada. La mayor parte de dichas piezas fue rescatada por el Instituto de Cultura Puertorriqueña de la colección del señor Robert C. Junghanns de Bayamón en número de aproximadamente doscientos cincuenta, según el arqueólogo de la Institución, señor Ovidio Dávila.

El interesante ensayo está acompañado de varios apéndices relacionados con el tema por los arqueólogos M. Alphonse L. Pinart, director de una misión científica francesa que visitó a Puerto Rico en 1893; del doctor C. B. F. Walker, ayudante investigador del Museo Británico; del doctor José M. Blázquez, de la Universidad Complutense; del doctor Demetrio Ramos de la Universidad de Valladolid y del doctor Barry Fell, presidente de la Sociedad Epigráfica. También tiene bajo estudio al presente varias piezas, el doctor Irving Rouse, arqueólogo del Museo Peabody de la Universidad de Yale.

Por considerar la conmemoración del Centenario del Círculo de Recreo de San Germán, venerable centro cultural, un acontecimiento histórico, hemos insertado la lista de los trabajos premiados en los distintos concursos convocados para sus Juegos Florales el día 3 de mayo de 1980.

Como secuela del ensayo sobre el importante hallazgo arqueológico efectuado por el Padre Nazario en Guayanilla, se ha incluido un estudio por nuestro Director sobre las inferencias que pueden derivarse del mismo, como lo es el predominio que logró el cacicazgo de Guaybana tanto en la isla de Puerto Rico como en una parte considerable de La Española y sobre varias de las Antillas Menores. Se trata de un ángulo novedoso en cuanto a la importancia del centro cacical de Guayanilla y su evidente relación con la misteriosa raza de los indios ciguayos de la Bahía de Samaná, sobre cuya identidad se ofrece evidencia que señala que eran tainos-caribes procedentes de la isla de Carib (Puerto Rico) bajo las órdenes de Guaybana, los que dominaban la región occidental de La Española, desde la isla Saona pasando por Higüey hasta al Norte de la Bahía de Samaná. Se habían establecido con sus caciques tanto en La Española como en las Antillas Menores por medio de su poderío superior en mar y tierra y su mayor agresividad guerrera según es evidente, y habían consolidado su prepotencia por medio de alianzas de familia, principalmente con la de Guaybana.

Se señala la posibilidad de que los inmigrantes a Puerto Rico que grabaron los petroglifos de Guayanilla, hubieran dejado ciertos conocimientos superiores que permitieron a sus sucesores y descen-

NOTAS EDITORIALES

dientes ejercer una marcada preponderancia sobre todas las tribus de Carib (Puerto Rico) en primera instancia, la que luego se extendió a las Antillas Menores y finalmente a La Española.

La Academia Puertorriqueña de la Historia dedica este número de su Boletín a la memoria inmarcesible, a pesar de los intentos por mancillarla, de un ilustre puertorriqueño, el Padre José María Nazario y Cancel.

* * *

Se están forjando planes ya para la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América.

De haberse podido resolver totalmente el enigma de los petroglifos del Padre Nazario y descifrado su contenido para esa gloriosa fecha, constituiría la prueba de que navegantes del Viejo Mundo estuvieron en América antes del año 1492. Tal realidad no desmerecería en nada la portentosa hazaña colombina, la que dio inicio a la exploración y desarrollo de todo un Nuevo Mundo a partir de ese mismo año.

* * *

UN HALLAZGO ARQUEOLOGICO TRASCENDENTAL

LOS MONUMENTOS DEL PADRE
JOSE MARIA NAZARIO Y CANCEL

ENSAYO SOMETIDO EN FORMA ANONIMA A LA
CONSIDERACION DEL JURADO DE AUTORIDADES
EN OCASION DEL

CENTENARIO DEL
Círculo de Recreo de San Germán

JUEGOS FLORALES
CONCURSO DE HISTORIA

UN ENIGMA PREHISTORICO DE PUERTO RICO
(Los monumentos del Padre José María Nazario y Cancel — Un
hallazgo arqueológico trascendental)

LEMA:

*«La naturaleza es un libro abierto al investigador y en ella es-
cudriña el hombre las huellas de la raza extinguida con el afán
que le domina por conocer los orígenes de la humanidad».*

Dr. CAYETANO COLL Y TOSTE

Autor: AURELIO TIÓ

1970

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 309

LECTURE NOTES

BY

ROBERT H. DICKINSON

1970

PHYSICS 309

LECTURE NOTES

BY

ROBERT H. DICKINSON

1970

PHYSICS 309

LECTURE NOTES

BY

ROBERT H. DICKINSON

1970

PHYSICS 309

LECTURE NOTES

BY

ROBERT H. DICKINSON

1970

PHYSICS 309

LECTURE NOTES

BY

ROBERT H. DICKINSON

1970

CIRCULO DE RECREO DE SAN GERMAN
JUEGOS FLORALES DEL CENTENARIO

ENSAYO — UN ENIGMA PREHISTORICO DE PUERTO
RICO — LOS MONUMENTOS DEL PADRE JOSE MARIA
NAZARIO Y CANCEL — UN HALLAZGO ARQUEOLOGICO
TRASCENDENTAL

SINTESIS DEL ENSAYO

Este ensayo ha tenido como propósito presentar un estudio del enigma más intrigante de nuestra arqueología prehistórica. Se dio a conocer luego del asombroso descubrimiento alrededor del año 1880, de más de ochocientos petroglifos enterrados casi juntos en un secreto depósito cavado bajo tierra en el valle del río Coayuco (Yauco), en un lugar levemente ondulado en cuya superficie abundaban cantos rodados por la corriente. Dicho paraje estaba a varios kilómetros al Oestenoeste de Guayanilla y no muy lejos del pueblo de Yauco.

Su descubridor fue el Cura Párroco de Guayanilla, el Padre José María Nazario y Cancel, natural de Sabana Grande y educado en la Universidad de Salamanca. Excavó los petroglifos en el barrio nombrado Los Indios, en cuyas inmediaciones había estado la Villa de Tavora, fundada el año 1510 por el Capitán Don Cristóbal de Sotomayor. Ese había sido el primer asiento de la que luego fue la Villa de San Germán, contiguo al centro cacical más importante de Puerto Rico, gobernado por el Cacique Guaybana. Estuvo dentro del territorio del Partido de San Germán, el que del año 1536 al 1551 gozó de un gobierno autonómico bajo la gobernación de sus propios alcaldes-gobernadores. Allí también estuvo ubicada la Villa de San Germán durante los años del 1543 al 1573, antes de mudarse a las Lomas de Santa Marta, por lo que el trascendental y misterioso hallazgo pertenece propiamente a la prehistoria de la hoy Ciudad de San Germán.

El Padre Nazario reveló en su obra *Guayanilla y la Historia de Puerto Rico*, así como personalmente al historiador Don Adolfo de Hostos, algunos detalles de la manera como logró efectuar tan importante hallazgo arqueológico. Al visitarlo en su Casa Parroquial en Guayanilla durante el año 1912, el Padre Nazario le mostró y describió al señor de Hostos su gran colección de objetos indoantillanos reunida durante muchos años, entre la cual había más de ochocientos extraños petroglifos de factura evidentemente distinta a la bien conocida indoantillana, cuya procedencia le explicó de la manera siguiente:

«Estando yo atendiendo las obligaciones de mi curato en Guayanilla, fui una vez llamado a la cabecera de una viejecita moribunda. Concedora la anciana de mis aficiones por las antigüedades, me dijo que quería confiarme un secreto que ella había recibido de su padre y guardaba con religioso celo. 'Quiero decirle... donde está la biblioteca de Guaybana, el último cacique de Guayanilla. Mi padre había oído decir de antiguos moradores del barrio que en cierto sitio, no muy lejos de Yauco, estaba enterrada la biblioteca de los indios'. Y agregó al relato una explicación detallada del lugar».

El Padre Nazario le dijo al señor de Hostos que según sus cuentas, el relato de la anciana partía de noticias originadas en el siglo XVII y transmitidas a ella de labios de su padre, quien también había muerto de edad muy avanzada. Empezó la búsqueda del tesoro enterrado, el que halló en un lugar inconspicuo, en el que nada parecía indicar su existencia, en el valle del río Yauco en un terreno levemente ondulado, con un buen número de cantos rodados, piedras redondeadas y pulidas por la acción abrasiva del agua y la arena durante las avenidas del río. Hubiera sido una tarea difícil estudiar la secuencia litoestratigráfica de las riberas de dicho río, pero la naturaleza geológica de las rocas circundantes coincide con la de las piedras excavadas, las que en su gran mayoría presentaban una forma tosca humanoide tallada en roca serpentina de color verde-azulosa con incrustaciones de piritas de hierro, mica y cuarzo, similar al micaesquisto.

En medio de los cantos rodados, el Padre Nazario buscó con avidez una laja grande, que es una piedra lisa que semeja una lápida, que le había descrito la anciana, la que localizó entre muchas otras sobre una ligera ondulación del terreno. Al removerla, exca-

varon hasta que encontraron la entrada a un depósito, del cual comenzaron a extraer los petroglifos tallados e inscritos en un número tan grande que les fue necesario abandonar la tarea de vaciar el depósito. Relató al señor de Hostos que durante años después, se extrajeron los que tildó de «volúmenes», los que les llevaban a su Casa Parroquial en Guayanilla «mediante el ofrecimiento de modestísimas gratificaciones».

Se puede deducir de las palabras del propio Padre Nazario, que al igual que sus contemporáneos que tanto lo criticaron, era un arqueólogo aficionado que no se cuidó de anotar la estratigrafía del lugar excavado ni el orden de colocación de las piezas extraídas. Es evidente que al principio y siguiendo lo que le había informado la anciana confidente, el Padre Nazario llegó a pensar que se trataba de otros tantos petroglifos indígenas, ya que el paraje había resultado ser muy rico en toda clase de reliquias, tanto de piedra como de cerámica. Sin embargo, a medida que las fue recibiendo y estudiando fue comprendiendo cada vez con mayor claridad que diferían mucho de las que tenía en su colección, por lo que tuvo que descartar un origen araguaco o aún maya o inca.

Los conocimientos que sobre lenguas antiguas había adquirido en la Universidad de Salamanca le permitieron reconocer que algunos de los signos inscritos en las estatuillas eran de carácter cuneiforme, circunstancia que lo llevó a deducir que podían ser de origen hebreo-caldáico y así lo hizo constar públicamente. Como era de esperarse, una teoría tan increíblemente extraña y radical provocó de inmediato una crítica acerba basada en que era una imposibilidad física que alguna embarcación prehistórica hubiera sido lo suficientemente fuerte para resistir el cruce del Océano Atlántico sin despedazarse y naufragar y luego haber desembarcado en Puerto Rico.

Sin embargo y aunque nos parezca increíble a la luz de la antropología moderna, en esa época se consideraba seriamente la alegación de que algunas de las legendarias doce tribus de Israel, perdidas desde el año 721 A. de C., habían emigrado a Europa, Asia y de allí al Nuevo Mundo, teoría que estableció la base para la fundación de uno de los cultos religiosos más poderosos de los Estados Unidos de América, la secta de los mormones. Se alegaba que procedieron de dichas tribus los sefarditas de España y los ashkenazi de la Europa Oriental. Se suponía también que los judíos de Palestina habían vagado por el Norte de África, cruzándose con los edomitas, sirios, cananeos, fenicios y bereberes antes de radicarse en la Pe-

nínsula Ibérica. Los del oriente de Europa se suponía que eran los llamados Chazar o judíos rojos que se asentaron entre los ríos Don y Volga y los mares Negro, Caspio y de Azov. El propio Cristóbal Colón había citado a Isaias al interpretar la profecía bíblica sobre la expansión de Israel hacia el Norte y Oeste de Palestina por tierras deshabitadas y considerando fiel a la profecía la salida de su expedición desde el Sur de España, cuyo nombre bíblico era Tarseso.

Al tildar de inverosímil, por ser físicamente imposible la eventualidad de un cruce prehistórico del océano, los críticos del Padre Nazario lo acusaron de que bajo su dirección, algunos campesinos pagados por él habían tallado e inscrito las más de ochocientas estatuillas de piedra, las que él llamó antropoglifitas, por tener forma humanoide. Según el señor de Hostos, fluctuaban desde cuatro o cinco pulgadas con un peso de dos a tres libras cada una, hasta un tamaño de quince a dieciocho pulgadas con un peso de alrededor de veinte libras. Las describió como de «color ligeramente azulado oscuro, terminando algunas en la forma de una grotesca momia humana tallada muy primitivamente. Estaban cubiertas de líneas rectilíneas y signos incisos que en algunos casos tenían cierto parecido con signos cuneiformes».

Es evidente que el proceso de la talla e inscripción de más de ochocientos petroglifos hubiera requerido el empleo de varios hombres hábiles cuya labor hubiera tenido que efectuarse en un taller. Sin embargo nunca se supo ni se rumoró en Guayanilla de tal proceso, ni de la transportación al depósito bajo tierra en un campo abierto, de un cargamento de varias toneladas de piedras desde algún otro lugar. Aparte de tal consideración, sería difícil concebir como, tal como se había alegado que «un jbaro con un mocho» los había tallado, que hubieran podido ser talladas con las manos toscas de campesinos analfabetos e inscritas con miles de líneas geométricas rectas y bien delineadas, así como con signos incisos parecidos a rasgos cuneiformes y alfabéticos.

Opinó el señor de Hostos que «si en realidad hubo falsificación por mano de algún campesino analfabeto, debió haber cuando menos un solo objeto auténtico que le sirviera de modelo», pero sin embargo las estatuillas son todas distintas. A principios de este siglo, el antropólogo doctor Jesse Walter Fewkes, posiblemente influido previamente por los rumores de una superchería echados a correr por los críticos del Padre Nazario, aventuró que las piedras no le habían parecido ser muy antiguas, extraña opinión que con-

llevaba la insinuación de una falsificación reciente. Sin embargo, en el mismo informe a la Smithsonian Institution, aclaró que reconocía la posibilidad de que otra raza prehistórica anterior a la araguaca hubiera podido haber dejado huellas de su paso por Puerto Rico.

La personalidad del Padre Nazario, con su reconocida solvencia moral, se impone sobre la posibilidad de una superchería inspirada por él, imposible de concebir debido al gran número de los extraños petroglifos. Las millares de incisiones en las estatuillas sugieren la posibilidad de haber obedecido a un propósito determinado y no de un capricho surgido al azar exclusivamente con el propósito avieso de engañar. La tendencia hasta el presente ha sido a desdeñar dichas antropoglifitas con la suspicacia natural hacia algo que ha sido tildado en alguna forma de superchería.

Dichos especímenes han sido examinados por los expertos orientalistas del Museo Británico, los de varias universidades americanas y españolas y por reconocidos arqueólogos y antropólogos, quienes aparte de coincidir en que no son de origen indoantillano, no han decidido cuál es su origen o su carácter lingüístico. Por tal circunstancia la solución del enigma había permanecido en un estado de indefinición en cuanto a su verdadera naturaleza y origen.

Debido a que los signos no son indoantillanos ni tienen relación alguna con los jeroglíficos mayas, su procedencia tiene que situarse necesariamente fuera del hemisferio americano. Por tal motivo, las analogías de sus signos con la escritura cuneiforme señalan hacia el Oriente Medio o a la escritura púnica del Norte de Africa, la que evolucionó de la lengua fenicia ancestral, incorporándole algunos signos alfabéticos griegos y romanos.

Persiste la interrogante sobre cómo pudieron aparecer en suelo americano, la que presupone que llegaron luego de haber cruzado el Océano Atlántico. Existe evidencia de que los cartaginenses tuvieron naves capaces de cruzar el océano, pues navegaban por las costas atlánticas de Europa y Africa y comerciaban con las islas de Cabo Verde, de Canarias, de Madeira y de las Azores, éstas situadas a una tercera parte de la distancia entre Europa y el Nuevo Mundo. Era sólo una cuestión de tiempo para que de acuerdo con la ley de probabilidades, alguna de esas embarcaciones fuera desviada de su ruta por algún huracán y empujada a través del océano hasta alguna tierra americana.

Por ser Puerto Rico la primera tierra de importancia que se encuentra frente a Europa, alguna nave pudo haber sido arrastrada en

esa forma hasta arribar a uno de sus puertos, en este caso el de Guayanilla. Por ley natural, sus agotados tripulantes se lanzarían a procurarse alimentos, leña y agua potable. Al poco tiempo se encontrarían con los indígenas, fraternizando con ellos y uniéndose a las mujeres, con las que hubieron de procrear hijos. Luego del transcurso de varios años y al comprender que sus tentativas por regresar a su tierra de origen no tenían éxito, se resignarían a su suerte. Instruirían a sus hijos y relacionados con sus conocimientos, entre ellos su técnica de escribir con instrumentos de hierro que es de inducir llevaban a bordo. Tallarían y llenarían de signos incisos las rocas del lugar que más se prestaban para efectuar dicha operación. Según tendencia humana general, las tallarían con la forma imaginaria de algún dios, al que suplicarían su ayuda por medio de sus inscripciones. Es muy posible que también incluyeran datos sobre su viaje transatlántico fortuito hasta Guayanilla, con fechas e información astronómica de alguna clase.

Es de presumir que al morir dichos navegantes, sus hijos y sucesores heredarían sus conocimientos y procesos. Al deteriorarse con el uso y el tiempo los instrumentos de hierro que se oxidarían rápidamente, y ya que sus sucesores carecían de dicho metal, intentarían inscribir las piedras con incisiones hechas con el conocido proceso indígena de frotar una cabuya de fibras de majagua o magüey inmersa en agua con arenilla muy fina, con el que limaban hasta cadenas de hierro, labor difícil y lenta que abandonarían con el tiempo, pero reservándose los caciques y bejiques los conocimientos inscritos para uso futuro.

Es de presumir que el aspecto blando y descompuesto de las piedras influyera en producir la impresión que se tuvo de que había sido escogida por tal motivo por los presuntos falsificadores para facilitarles su tallado e incisión, comparándolas con las conocidas copias de objetos indígenas que venden a los turistas en Santo Domingo. Por tratarse de piedras del tipo serpentina, que tiende a descomponerse al contacto con el agua y el aire, el hecho de haber estado bajo tierra en una de las riberas del río Yauco y humedecidas durante las avenidas del río, produjo evidentemente su deterioro parcial, pues su grado de dureza es alrededor de cuatro. Relata el señor de Hostos que al dialogar con el Padre Nazario sobre las acusaciones de superchería le citó unas líneas de «Prosas Profanas» de Rubén Darío: «Y la primera ley creador; crear. Bufe el eunuco. Cuando una musa te de un hijo, queden las otras ocho en cinta».

La referencia del Padre Nazario a la anciana que le reveló la

existencia del depósito subterráneo que llamó «la biblioteca de Guaybana», induce a considerar que los indígenas habían atesorado celosamente los conocimientos inscritos en las estatuillas durante siglos. Cabe también la presunción de que esos conocimientos inscritos eran solo conocidos por los caciques y bejiques de Guayanilla, quienes los consultarían periódicamente. Esa es una posible explicación de la preponderancia que había adquirido ese centro cacical, influencia que se extendía hasta el Higüey dominicano, la isla Saona y por lo menos hasta las islas de Vieques y Santa Cruz en las Antillas Menores.

La trascendencia del descubrimiento arqueológico del Padre Nazario cobra mayor importancia al considerar que tuvo bajo estudio, más cerca que nadie de su época, un yacimiento virgen de objetos indígenas que fue quizá el más importante de Puerto Rico. Su entusiasmo fue de tal naturaleza al hallar un tesoro tan extraño, que de primera intención consideró que nuestros indios habían desarrollado una forma de escritura «más perfecta que la de los mayas» y confesó que sintió la fuerte tentación de crearlo «el archivo nacional», pues encontró las antropoglíficas «casi juntas dentro de una reducida extensión de terreno», casi a la manera de una biblioteca. A don Adolfo de Hostos le produjeron la impresión de que estaban relacionadas entre sí en una secuencia, en la forma que las tenía alineadas el Padre Nazario para su estudio, y que la semejanza de unas estatuillas con las otras le había recordado las esculturas de la isla de Pascua, las que conocía desde su estancia en Chile.

No tardó el Padre Nazario, al estudiar su tesoro con mayor detenimiento, en comprender que los signos inscritos no eran de la misma naturaleza que los típicos indoantillanos. Esa sería la razón por la cual le había parecido dicha escritura a primera vista más perfecta que la de los mayas, al atribuirle a los indígenas de Puerto Rico, ya que era evidente su naturaleza alfabética y fonética. Llegó a la conclusión de que se trataba de una escritura de tipo cuneiforme, que fue la que adoptaron los fenicios y con la cual inventaron el alfabeto fonético que sirvió de base para los alfabetos de Grecia y de Roma y a su vez, de todos los de todas las lenguas modernas de Occidente; una lengua indígena escrita con signos del Oriente Medio, según indujo, y por lo tanto fonética.

Conclusión tan revolucionaria ha permanecido incomprensida por muchos tradicionalistas, quienes aún no han podido concebir la existencia en Puerto Rico de otra lengua distinta a la «araguaca».

De manera análoga han persistido las graffas «aruaco», «arabua-

co», «arawak», «arawako», influidas por la imaginación tradicionalista o la nacionalidad del cronista, en lugar de la forma más representativa y legítima «araguaco» (de «araguacu» y «ara» —lugar o sitio— y «gua» —sufijo por «he aquí»). El Dr. Coll y Toste observó que «aruaca» es una corrupción de «aragua»; que el fonema que un español escribe «gua», un anglosajón o alemán lo escribe «wa» y un francés «goua», así como la vocal U como W o como la V consonante, y el sonido fuerte de la C o *qu* española, se escribe en inglés y alemán con K.

Aunque ya es evidente que el misterioso vocablo «jibaro» nos llegó de Sudamérica con aquellos que grabaron los petroglifos de Guayanilla, el Dr. Coll y Toste lo intentó derivar de la radical «giba» (córcova o cerro) y «ero» (hombre). Eso sugiere que «siguayo» procede de «sigua» (grande) en relación con el árbol gigante «seiba», que produce fibras y del que suelen colgar largas «barbas» o bromeliáceas parásitas que simulan «cabellos largos», que es el significado atribuido por el Padre Las Casas a «siguayo». Así también «siguateo» (isla lucaya Gran Abaco) procede de «sigua» (grande) y de «teo» (isla).

Tales nombres indígenas han sufrido alteraciones caprichosas, desde el primero que aparece en el Diario de Colón: «a la primera isla que yo fallé... los indios la llaman Guanayari», desnaturalizándose luego a Guanahaní. Tal como lo intentó el Padre Nazario, debemos persistir en arrancarle a la prehistoria los verdaderos significados de enigmas tan apasionantes.

PROLOGO

UN ENIGMA PREHISTORICO DE PUERTO RICO

LEMA:

«La naturaleza es un libro abierto al investigador y en ella escudriña el hombre las buellas de la raza extinguida con el afán que le domina por conocer los orígenes de la humanidad».

Dr. CAYETANO COLL Y TOSTE.

No sería de extrañar que el enigma más insondable en la prehistoria de Puerto Rico resulte ser la interpretación de los extraños signos inscritos en las más de ochocientas estatuillas de piedra que fueron excavadas por el Padre José María Nazario y Cancel, Cura Párroco del pueblo de Guayanilla en el barrio Los Indios durante la década de 1880, en donde descubrió uno de los yacimientos de reliquias prehistóricas más ricas en nuestra isla, pero de origen que no es indoantillano.

Debido a la gran importancia de tan interesante hallazgo, al que por haberse dudado de su autenticidad se le ha prestado poca atención por nuestros etnólogos, arqueólogos e historiadores, hemos considerado conveniente señalar breves facetas de la personalidad de dicho sacerdote así como de sus investigaciones antes que se pierdan en el olvido por completo.

Nació el Padre Nazario el 8 de septiembre de 1838 en el pueblo de Sabana Grande y falleció el 5 de septiembre de 1919 en el Palacio del Obispado en San Juan a la edad de 81 años. Cursó estudios en el Seminario Conciliar, del que obtuvo el grado de Bachiller en Filosofía y Letras el año 1861 con los mayores honores en Teología Dogmática. Prosiguió estudios avanzados en la Universidad de Salamanca hasta el año 1864 y a su regreso a Puerto Rico fue ordenado sacerdote el 3 de diciembre de 1865. Fue designado

Cura Párroco de Guayanilla, pero ofició también en Juana Díaz y en Arecibo en 1899. Debido a su intensa devoción por consagrarse de lleno al ejercicio de sus funciones evangélicas, se eximió de aceptar una beca que le fue ofrecida por el Obispo Fray Benigno Carrión de Málaga para cursar estudios avanzados en la Universidad Complutense.

La carrera sacerdotal en la Universidad de Salamanca comprendía el estudio de varias lenguas arcaicas además del latín y el griego, tales como las lenguas bíblicas, el hebreo, el caldeo y el arameo. Durante sus años de estudio existía un gran interés entre los intelectuales por terminar de descifrar los más antiguos signos jeroglíficos y fonéticos, luego de haberse descubierto en el delta del Nilo la Piedra Roseta, por lo que es evidente que el Padre Nazario había adquirido conocimientos sobre tales procedimientos. Tal como era el caso entre la mayoría de los catedráticos de la época, el Padre Nazario sólo había examinado dibujos y fotografías de la Piedra Roseta y de la de Moab, por cuyo medio se había enterado, junto a los orientalistas de Salamanca, de los procesos utilizados para descifrar sus caracteres.

Al efectuar su intrigante hallazgo arqueológico en Guayanilla, se dio a la tarea de clasificar sus piedras con las que ya tenía en su colección y no tardó mucho en comprender que los signos inscritos no eran indoantillanos. Sus estudios de las lenguas del Oriente Medio le permitieron hallar cierto parecido entre los signos inscritos en sus estatuillas con los rasgos y caracteres que estaban aún en el proceso de terminar de descifrarse por los expertos orientalistas.

De acuerdo con una entrevista que le concedió el Padre Nazario al periodista Guillermo Atilés García a principios de siglo, la que luego éste reprodujo en un libro que publicó en 1905 en Ponce, el sacerdote opinó que los signos inscritos en sus piedras eran similares a los de la escritura «caldaica-hebrea». Mostró al periodista un libro que poseía, *La Historia de las Naciones*, por Zenaida A. Raguzin, en el cual aparecía a su página número 348 un artículo sobre Caldea ilustrado con los caracteres de dicha lengua análogos a los signos inscritos en sus estatuillas.

La probable explicación a tan extraño descubrimiento tenía que ser que dichas piedras talladas e inscritas habrían sido traídas en una nave que había atravesado el Océano Atlántico en un viaje fortuito desde el Viejo Mundo. No es de extrañar tal idea, pues prevalecía en el ambiente de la época del Padre Nazario la creencia altamente imaginativa de que una de las tribus perdidas de Israel

había emigrado y se había establecido en América. En su entrevista con el periodista señor Atilés García, el Padre Nazario le participó una de esas ideas, la que era compartida como artículo de fe por la secta mormónica, por el arqueólogo Vizconde Kingsborough y por el Abate Brasseur de Borbourg, quien opinaba que los indios americanos habían procedido de la Atlántida o que descendían de los fenicios. («Kaleidoscopio» — Guillermo Atilés García — Ponce, P. R. — Tomo I, 1905, 143 págs.).

«Me mostró al mismo tiempo copia del disco mágico caldaico-hebreo que se encontró en las ruinas de Babilonia y el cual se conserva en el Museo Británico, pudiendo apreciarse que son idénticos sus signos o caracteres a los estampados en las piedras de los indios de Puerto Rico, de las cuales él posee una hermosa colección».

En ocasión de la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América, el Padre Nazario publicó su libro *Guayani-lla y la historia de Puerto Rico* en el que no solo dio a conocer su teoría sobre dicho acontecimiento sino que reveló su hallazgo arqueológico y su interpretación del mismo. No tardó en recibir el impacto de críticas mordaces a sus ideas, propagándose la especie de que su hallazgo consistía de una superchería inspirada en su deseo de recibir algún reconocimiento como arqueólogo. Un crítico llegó al absurdo de opinar que «un jibaros con un mocho» actuando bajo las instrucciones del sacerdote, no solo había labrado las estatuillas, que fluctuaban en peso desde dos hasta veinte libras, sino que habría inscrito los extraños caracteres en la piedra, copiando de algún modelo facilitado por el Padre Nazario. Resulta obvio que para poder haber labrado en piedra e inscrito sobre ochocientas estatuillas se hubiera necesitado una cuadrilla de «jibaros con mochos». Todo el que ha conocido o ha oído hablar de la mano tosca de nuestros jibaros, en particular de las del siglo pasado, sin pensarlo mucho tiene que descartar tal suposición como de todo punto absurda o estúpida.

La evidencia demuestra que el Padre Nazario logró adelantar algo en la interpretación de los signos en sus estatuillas, ya que se aventuró a sostener que se trataba de una escritura que incluía signos fonéticos, por lo que estaba más adelantada que la escritura pictórica de los indios mayas o incas. Aunque es evidente que el Padre Nazario escribió varios artículos sobre los detalles de su in-

terpretación, los manuscritos que permitirían conocer en parte el proceso mediante el cual pudo descifrar parcialmente dichos signos no han podido ser localizados.

El Padre Nazario aseveró que «las numerosas antropoglíficas que guardo, siento la fuerte tentación de creerlas el archivo nacional. Encontradas casi juntas en una reducida extensión de terreno y a una distancia no extraordinaria de Guayanilla ¿no podría suceder que hubieran sido puestas a cubierto de los choques que en la guerra habrían de dirigirse con preferencia contra la capital de la Isla?... Sobre ochocientas antropoglíficas que tengo en mi colección son testimonio de que los indios de Carib tenían una escritura más perfecta que la de Méjico y Perú». Hubo de referirse el Padre Nazario en este caso a la «capital nacional» en Guayanilla del supremo cacique Guaybana, contra cuyo gran centro cacical serían dirigidos los ataques que se esperaban de los conquistadores españoles en la guerra de conquista de Boriquén, o de Carib, como llamaban a Puerto Rico los indios de La Española.

Un historiador contemporáneo con conocimientos arqueológicos que respetó las ideas del Padre Nazario lo fue el doctor Cayetano Coll y Toste, historiador oficial de Puerto Rico, aunque expresó sus dudas de que se hubiera descubierto un alfabeto fonético prehistórico. Es evidente que por falta de información el doctor Coll y Toste no tuvo la oportunidad de examinar las estatuillas y por tal razón no estaba en condiciones de opinar con conocimiento de causa si los signos inscritos eran indoantillanos o de otro origen. Los dos distinguidos puertorriqueños se conocieron en 1894, luego que el Padre Nazario publicara su libro *Guayanilla y la historia de Puerto Rico*, el que fue muy comentado por el doctor Coll y Toste. Visitó el sacerdote al doctor para agradecerle «lo cortés y comedido al combatir mis ideas en su reciente obra *Colón en Puerto Rico*. Otros han sido descorteses y mezquinos... No hay por qué hacer la cuestión personal, pierde mucho en ello la ética, la lógica y la ciencia». También lo felicitó por «el estudio filológico del lenguaje indoantillano, estudio nuevo e interesantísimo. Yo tengo en Guayanilla un tesoro en piedras indígenas; pero, con franqueza le digo, doctor, que no sé clasificarlas... ¿Quiere Ud. venirse a pasar una semana o un mes conmigo en Guayanilla?... Tengo buena casa y buena mesa que ofrecerle, y no se quejaría Ud. de mi trato».

Le agradeció el doctor Coll y Toste su invitación, pero que las obligaciones de su profesión le impedían aceptarla, por lo que le

pidió que le enviara sus piedras para clasificarlas, aunque se desprende que entendió que sería sólo en cuanto a su origen y naturaleza geológica. «En una tarjeta le pondré si es de asperón, pedernal, mármol, etc. Si es piedra caribe o borinqueña o de Centroamérica, que alguna tengo yo de esa procedencia, si ídolo o no. Para qué las usaban los indígenas».

No pudo entender el doctor Coll y Toste que se trataba de más de ochocientas estatuillas, todas inscritas con extraños signos que no eran indoantillanos. Su peso desde dos hasta veinte libras cada una significaba un peso total de varias toneladas, lo que implicaba que tendrían que ser examinadas en el lugar pues su transporación a San Juan sería dificultosa.

A falta de una opinión tan autorizada, contamos con la descripción y la opinión de don Adolfo de Hostos, también historiador oficial de Puerto Rico y distinguido arqueólogo, quien entrevistó al Padre Nazario en Guayanilla y aunque conocía muy bien las mordaces críticas de que había sido objeto sobre su interpretación de un hallazgo tan extraño, no consideró irreales ni inverosímiles sus ideas. Es de lamentar que las opiniones de tales «confidentes de mis trabajos» como lo fueron los doctores Manuel Zeno Gandía y Darío Franceschi, así como los periodistas y arqueólogos Vicente Barbás Capó y Agustín Navarrete Texera, no nos sean conocidas en su totalidad, aunque es evidente que fueron favorables a la hipótesis del Padre Nazario en buena medida. (*Guayanilla y la historia de Puerto Rico*, pág. VII).

El doctor de Hostos ha comentado que visitó el lugar del hallazgo en compañía del Padre Nazario, quien lo había descrito como «una ligera ondulación en el terreno. Una gran laja tapaba la entrada». El término «laja» lo empleó refiriéndose a una piedra lisa de bastante tamaño, derivado del latín «lausa» o losa. El doctor de Hostos lo recuerda como una ligera elevación del terreno cubierta de arbustos y tupida de zarzas que ocultaban un número de piedras. Se podían ver a corta distancia dos o tres casitas, entre las cuales se encontraba la que había vivido la anciana enferma que le había confiado su secreto sobre «la biblioteca de Guaybana, el último cacique de Guayanilla». El solo hecho de que le mencionara a Guaybana es significativo, por tratarse de una mujer del campo evidentemente analfabeta. Sólo podía conocer el nombre del cacique del lugar por tradición familiar, pues según el Padre Nazario, se desconocía que su ranchería hubiera estado en Guayanilla. «¿Quién pudo

hacer que la tradición oral localizase en ellos las leyendas que sobre la ruina de aquel pueblo agitan sus alas?»

Refiriéndose al cacique mencionado por él como Agüeybana, el Padre Nazario comentó: «Como no tengo conocimiento de las construcciones del idioma de nuestros indios, no puedo decir si la prefija *A*, antepuesta a la raíz *guay*... exige el cambio de la vocal *a* en *e*». Sus métodos de trabajo se deducen de su libro *Guayanilla y la Historia de Puerto Rico*, como de costumbre con gran modestia. «Arrebatarse al olvido, tradiciones; al tiempo, restos; girones de generaciones pasadas que pronunciaban palabras, como de moribundo, espirantes» (pág. VIII). «Recorriendo un campo de batalla librada por el exterminio, y en que el descuido y el tiempo han consumado la obra de destrucción, sin otras guías que girones del pasado, tenemos que ser más historiadores que en otras ocasiones, no teniendo más actividad que para escuchar lo que oímos, mirar los que vemos y... transmitir lo que nos refieren los últimos ecos de siglos que precedieron... Hay un genio de la destrucción... unas veces despierta un talento, estimula una curiosidad, presenta al historiador páginas en blanco de la Historia y queda salvada una tradición. Otras cubre las ruinas de tupido zarzal... esconde tesoros que encontrarán conservados las generaciones futuras. Otras, coloca aquí una piedra, allí una moldura, una tradición, cual jalones que marcan el camino... para describir los secretos, y por los secretos los hechos de otras generaciones». (*Ob. cit.*, pág. 118.)

Según recuerda el doctor de Hostos, el recorrido que hizo por los campos de Guayanilla con el Padre Nazario fue sumamente instructivo pues lo orientaron hasta otros hallazgos arqueológicos. Sobre una de las suaves laderas del barrio Los Indios descubrieron una roca lisa mayor que las restantes. En los alrededores había piedras fragmentadas de la misma naturaleza de las coleccionadas por el Padre Nazario, evidencia de los rezagos de una excavación que durante los años había quedado rellena con los arrastres pluviales. La laja mayor era similar a otras por los alrededores, pero los fragmentos esparcidos parecían proceder de otros lugares cercanos con rocas de la misma naturaleza geológica, a saber, serpentina granular azulosa oscura con piritas de hierro, más mica y cuarzo, similar al micaesquistoso. A pesar de los cambios acaecidos, el lugar concordaba con la descripción que había escrito en su libro el Padre Nazario, «innumerables cantos rodados cubren las laderas». (*Ob. cit.*, pág. 160.)

El terreno demostraba encontrarse inculto y no haber sido ho-

llado durante bastante tiempo, señal de que no había despertado el interés de los curiosos, quizá debido a las críticas dirigidas a desacreditar al Padre Nazario, las que hacían presumir que «el entierro» carecía de valor monetario alguno. Al franquearse el doctor de Hostos con el sacerdote sobre las conocidas críticas acusatorias publicadas contra él, éste se extrañó que sus críticos no hubieran razonado que él hubiera necesitado todo un taller de grabado y cincelado para haber podido producir sobre 800 estatuillas inscritas de piedra y luego cargarlas y enterrarlas hasta allí, actividad que hubiera provocado infinidad de comentarios difíciles de olvidar por los vecinos del lugar. Sin embargo, según las indagaciones que hizo el doctor de Hostos, ni los vecinos ni los compueblanos de Guayanilla demostraban estar enterados de actividad inusitada alguna de su Párroco, ni que de haberse labrado las piedras fuera de allí, hubieran sido transportadas y enterradas dichas estatuillas bajo la laja que le fue revelada al Padre Nazario. De haberse hecho algo de esa índole el lugar del hallazgo sería conocido por los vecinos del lugar, aunque el sitio era inconspicuo, ya que en los alrededores había muchos «cantos rodados» de los que describió el Padre Nazario, por lo que para poder localizar la laja que ocultaba la entrada al «entierro», tenía que saberse con exactitud su posición.

Los vecinos respondían a las preguntas del doctor de Hostos, quienes de ocasión habían ayudado al Párroco a excavar unas piedras y a cargarlas hasta la Casa Parroquial, servicio al que estaban acostumbrados a hacerle, llevándole «piedras de rayo y cascos de cántaros» de distintos lugares. A cambio, el Padre Nazario recordaba: «Yo les hacía un mísero regalo».

El doctor de Hostos ha comentado que aunque se convenció de la autenticidad del hallazgo y llegó a considerar la idea de escribir algo sobre tan extraño descubrimiento arqueológico, optó por no hacer de momento una defensa de un caso imposible de respaldar en cuanto a su interpretación con datos fehacientes. No se encontraba entonces en posesión de los conocimientos y la experiencia que le hubieran permitido enfrentarse a los críticos, conocimientos similares a los que había adquirido y utilizado el Padre Nazario en ese gran libro abierto que es la naturaleza para el investigador alerta, consciente y objetivo.

Las tribulaciones del Padre Nazario recuerdan las que sufrió el sacerdote irlandés doctor Edward Hincks cuando descifró la escritura cuneiforme durante la década de 1840, pero que por haber sido impugnadas sus credenciales académicas, su monumental logro

criptográfico, uno de los más grandes del siglo XIX, fue ridiculizado y desdeñado al publicarlo. Una idea de dicha acerba crítica la ofrece una autoridad como el arqueólogo doctor A. J. Booth, quien alegaba que la escritura cuneiforme era solo «una forma grotesca de ornamentación». El doctor Sir George Cronewall aseguraba en el «National Biographic Dictionary» que «ni el egipcio ni el asirio jamás podrán ser descifrados», no obstante haberse ya logrado el descifre de los jeroglíficos egipcios por Jacobo José Champollion, gracias al primer diccionario trilingüe hallado, la famosa piedra Roseta o Raxid, excavada en los cimientos del Fuerte San Julián en 1799. Tales declaraciones eran hechas por autoridades reconocidas de la década del 1870, al final de la cual fue que el Padre Nazario efectuó su extraordinario hallazgo en Guayanilla, muy poco después que el doctor Hincks había completado, pieza por pieza, el rompecabezas que representaba el idioma asirio.

En la década durante la cual el Padre Nazario estudiaba los signos inscritos en sus estatuillas, estaban en boga las leyendas sobre la Atlántida y sobre el origen israelita de los indígenas americanos, a pesar de estar ya comprobado que sus ascendientes asiáticos habían cruzado el congelado Estrecho de Bering desde Siberia hasta Alaska entre los años 40,000 y 12,000 A. de C. Choca contra esas fechas prehistóricas la época del Rey Salmanazar de Babilonia, cuando conquistó el Reino de Israel del 718 al 721 A. de C. y desterró las «diez tribus perdidas», que según las leyendas, peregrinaron por Europa y Asia. Se ha alegado que de Asia cruzaron a América y poblaron el Nuevo Mundo, lo que resulta cronológica y antropológicamente inexplicable y absurdo. Eminentes teólogos anglosajones predicán como artículo de fe en nuestros días, que una de dichas tribus, la de Isaac, cruzó el río Araxes en Armenia desde Medea y llegó a Europa durante el siglo VI A. de C. Insisten además que el Profeta Esdrás, en la Apócrifa, se refirió al Rey Osea de Judea y dos de sus tribus que habían cruzado el río Eufrates para marchar durante año y medio hasta el Monte Saret al Sur del Mar Caspio. Aseguran que desde allí marcharon hasta las Islas Británicas y sus descendientes constituyen los modernos pueblos celtas de Gales, Escocia e Irlanda, más los anglosajones de Inglaterra. En un intento por justificar la asombrosa transformación de semitas a mongoles, así como de semitas en celtas y anglosajones rubios y de ojos claros, se alega que dichas tribus perdieron su identidad y olvidaron sus orígenes durante los llamados «Siete Tiempos», cada uno de 360 años que totalizan 2.520 años.

Según los propios datos bíblicos, dicha emigración se inició el año 721 A. de C., por lo que es evidente que los 2.520 años transcurridos ubicarían a sus descendientes, ya transmutados entre los siglos XIX y XX, casi al umbral de nuestros días. No explican por qué la transformación étnica ocurrida no fue anotada por los sabios de Grecia y Roma así como sucesivamente por los antropólogos, entre ellos el gran evolucionista Charles Darwin o porque sus descendientes son solo los de habla inglesa.

El Padre Nazario tuvo que debatirse en ese clima de leyendas y es evidente el influjo de las «tribus perdidas de Israel» que estaba en boga en su tiempo. A falta de otra explicación, apeló al razonamiento de que «como los datos importantes para luminosas deducciones son pocos, debemos ser avaros hasta de los indicios más insignificantes». Como erudito y buen observador, hombre de mente clara y voluntad enérgica, fue original al poder ver algo que aún no podía definirse a pesar de estar a la vista de todos. Comprendió que si los indios ocultaron sus sitios sagrados durante tantos siglos de los extraños, los hubieran continuado manteniendo como un secreto exclusivamente y los hubieran continuado ocultando mientras les fuera posible, por lo que le extrañó que su parroquiana le hubiera confesado el secreto que había guardado celosamente durante toda su vida, sólo cuando creyó hallarse al borde de la muerte. Sobre sus pesquisas para averiguar sus tradiciones y sobre quién más sabía algo más sobre las piedras que encontró decía: «Los más ancianos lo ignoraban». (*Ob. cit.*, pág. 162.)

Es de presumir que el Padre Nazario había aprendido de la Historia lo suficiente para poder soportar con estoicismo y con su perenne buen humor las amargas realidades de la vida y al mismo tiempo comprender las terquedades de aquellos ilusos que no son capaces de responder con inteligencia y efectividad a las situaciones variantes con las que se confronta todo ser humano.

Tenía que saber que las Civilizaciones no mueren, ya que sobreviven en los escritos legados por sus mentes creadoras, cuya memoria constituye la inmortalidad más beneficiosa y verdadera de todas; que aunque los Estados sí mueren, el hombre tiene los medios de emigrar y de llevarse con él los conocimientos que podrá implantar en dondequiera que establezca su morada, pues esos no se los puede arrebatar nadie; que la Historia preserva ese legado de las mentes creadoras, por lo que en lugar de dejarnos deprimir por el pasado al recordar solo sus calamidades, podemos atesorar sus bienandanzas y recordarlo como un paraíso en el que viven in-

numerables santos, filósofos, músicos, poetas, artistas, gobernantes, científicos, inventores y muchos otros que dejaron su huella para el bien de la Humanidad sobre la Tierra, pues surgen a la vida cada vez que nos hablan por medio de la página escrita.

El Padre Nazario actuó como un hombre afortunado que pudo transmitir a la juventud lo que tenía en su mente por medio del legado que nunca se agota, el pensamiento, una vez que se traslada a un medio que nunca expira, la página escrita. Hombre eminentemente sano, atrajo sin poder evitarlo las críticas mordaces de aquellos que las apuntan contra quienes, por comparación, suelen hacer resaltar las propias deficiencias del crítico. Fiel a su misión didáctica, el Padre Nazario la practicaba a conciencia, pues comprendía su responsabilidad de difundir para beneficio de todos algo en lo que creía poder certificar en su día cuando se necesitara poner su testimonio en evidencia. Como fue atacado desde el anonimato por un tal «Fray Guajón» y el escritor Eduardo Neumann Gandía, lo tildó de loco, es aparente que guardó sus argumentos para hacerlos conocer cuando llegara la ocasión, la que nunca llegó según se deduce de una cuarteta citada por él:

*«Pues ocurre en achaques literarios
a más de cuatro críticos bueveros:
No comprenden el arte, y se conforman
con destilar su baba en el modelo».*

La interpretación histórica al momento actual es lo que intentaremos al presentar los datos contenidos en este ensayo, conscientes de que un argumento lógico y coherente suele ofrecer dudas en las mentes de quienes aún no se han familiarizado con el problema planteado. El escepticismo es muy provechoso en los estudios históricos, aunque en tal caso se adopta una posición contradictoria, pues se creen poseer los conocimientos que al mismo tiempo se niegan a otros. Lo más difícil al iniciar una investigación de esta índole es el hecho de que la importancia de un problema no puede determinarse de antemano, ya que su solución está sujeta al resultado del estudio de datos desconocidos que ofrecen solo una vaga idea de lo que puedan revelar. Por tal razón, en el caso de una acusación grave y lesiva en cuanto a una supuesta falsificación o superchería como la que se insinuó que había concebido y prohijado el Padre Nazario, debió haberse exigido que se probara de manera fehaciente su certeza o falsedad, proceso esencial que por indolencia no fue efectuado por los críticos acusadores del Padre Nazario. Se trataba

de un hecho que se alegaba era de fecha reciente, por lo que hubiera sido relativamente fácil de determinarla en definitiva.

El propósito de este ensayo es el de hacerle justicia a un gran puertorriqueño, el Padre José María Nazario y Cancel y el de preservar, antes que termine por perderse para siempre, información relevante sobre un descubrimiento arqueológico que puede resultar finalmente de una importancia extraordinaria para nuestra prehistoria. Con honrosas excepciones, dicho hallazgo ha sido menospreciado hasta el presente por nuestros estudiosos, quizá por la escasez de información o por la insinuación festinada de un gran arqueólogo que pudo haber estado influido por críticos superficiales contemporáneos del Padre Nazario, de que se trataba de una supuesta superchería o falsificación. Es de observarse que el hecho de haber estado el escondrijo cubierto por una «laja», que es una piedra lisa grande semejante a una losa, revela un esfuerzo especialmente cuidadoso para ocultar algo muy valioso por una comunidad tribal de una manera identificable sólo por los que conocían el secreto, pero inconspicua para los extraños, ya que se encontraba entre otros tantos «cantos rodados» de la misma naturaleza geológica, pero no lisos sino redondos, llamados «chinos de río».

Es inconcebible un esfuerzo tan laborioso e ingenioso en época más reciente, a manera de contraste, hecho con el único propósito de engañar de manera deliberada a toda una comunidad culta, o en un ridículo extremo, plantar una evidencia tan elaborada para desacreditar a un pobre y sacrificado cura de aldea. Podrá quizá ser explicable si se hubiera tratado de unas pocas estatuillas, pero nunca de más de ochocientas piedras labradas en forma humana con signos geométricos inscritos y con un peso cada una desde dos hasta veinte libras.

Hemos recopilado en este ensayo los datos que nos ha sido posible rescatar del olvido sobre la vida y ejecutorias de un preclaro personaje puertorriqueño cuya obra no ha sido debidamente reconocida, así como los de un descubrimiento arqueológico que puede resultar en definitiva de primera importancia para la prehistoria de América.

Confiamos que al recopilar y divulgar esta información, el enigma aquí expuesto, el que constituye aún uno de los misterios más retadores de nuestra prehistoria, se conozca mejor y de esa manera logre despertar algún interés entre los estudiosos de nuestro pasado prehistórico por su apasionante atracción arqueológica y epigráfica.

CIRCULO DE RECREO DE SAN GERMAN, PUERTO RICO

JUEGOS FLORALES DEL CENTENARIO

LOS MONUMENTOS DEL PADRE JOSE MARIA NAZARIO
Y CANCEL

—ENSAYO—

En ocasión del Cuarto Centenario del descubrimiento de Puerto Rico, el Padre José María Nazario y Cancel, cura párroco de Guayanilla, publicó su obra *Guayanilla y la Historia de Puerto Rico*, en la que presentó su hipótesis de que en la bahía de Guayanilla y cerca de la ranchería del cacique principal borinqueño, Guaybana, se había efectuado el primer desembarco de los descubridores en Puerto Rico. Su hipótesis era lógica según los datos conocidos, pero la nueva documentación ha demostrado que se efectuó dicho acto alrededor del Cabo de San Francisco, hoy conocido como Punta Cadena o de Calvache, al extremo Noroeste de la bahía de Añasco.

En dicha obra dio a conocer además un asombroso hallazgo arqueológico que había logrado hacer como consecuencia de la confianza de una anciana enferma de ascendencia indígena, al acudir a prestarle sus auxilios espirituales. Excavó más de ochocientas antropoglíficas, piedras talladas en forma humana, ocultadas por los ascendientes de su confidenta en el barrio Los Indios de Guayanilla, lugar en donde estuvo el centro cacical de mayor importancia de Puerto Rico.

El historiador oficial de Puerto Rico, don Adolfo de Hostos, conoció muy bien al Padre Nazario, con quien pudo examinar dichas estatuillas inscritas con extraños signos. Su breve descripción consta en las páginas 711 y 712 de su obra *Diccionario Histórico Bibliográfico Comentado de Puerto Rico* en el artículo titulado «Las Piedras del Padre Nazario» (publicaciones de la Academia Puertorriqueña de la Historia, 1975, 952 páginas, Industrias Gráficas Manuel Pareja). «Centenares de piedras cuyos tamaños variaban desde 4 ó 5 pulgadas hasta 15 ó 18 pulgadas, las mayores pesaban no me-

nos de 20 libras y las menores de media a dos o tres libras; piedras amorfas de color ligeramente azulado, oscuro, terminando algunas en la forma de una momia humana tallada muy primitivamente. Estaban cubiertas de líneas rectilíneas y signos incisos que en algunos casos, tenían cierto parecido con signos cuneiformes». Dichas líneas geométricas inscritas simulaban las ligaduras de las momias egipcias, según el señor de Hostos.

En dicho artículo, el señor de Hostos declaró que había visitado en 1912 al Padre Nazario en su casa parroquial en Guayanilla. «De primera intención él creyó que pudieran ser inscripciones referentes al cacique Guaybana de Guayanilla... pero después que él había estudiado largos años el posible origen de dichas piedras, concibió la hipótesis de que procedían de Judea. El Padre Nazario murió en la creencia de que habían sido traídas a Puerto Rico, antes del descubrimiento de América, por unos sacerdotes procedentes de Judea o de Fenicia que visitaron la isla; hipótesis que la recogió de fuentes aún no comprobadas.

»Piedras de esta clase no han sido encontradas en otras partes de Puerto Rico, y no han sido identificadas científicamente, pero todavía parece arriesgado admitir como definitiva la suposición del etnólogo estadounidense, doctor J. Walter Fewkes, del Smithsonian Institution, de que eran apócrifas».

En el curso de las observaciones que siguen, hemos de intentar la identificación de las «fuentes no comprobadas» que probablemente utilizó el Padre Nazario en el desarrollo de su hipótesis, así como de otras que tienden a sostenerla. Las ideas expuestas en su obra fueron objeto de acerbas críticas por algunos de sus contemporáneos, llegando al extremo de ser tildado de desequilibrado mental y de falsario.

Es conveniente señalar que en la época que escribió el Padre Nazario su controvertible obra, el término cuneiforme era relativamente poco conocido. Dicho nombre descriptivo fue acuñado por el arqueólogo alemán Engelbert Rappert mientras efectuaba estudios en Persia a principios del siglo XVIII, al referirse a la escritura del lenguaje caucásico-caldeo de los sumerios que vivían alrededor del año 3500 A. de C. Fue adoptada luego dicha escritura por los asirios, los palestinos y los fenicios. Se trataba de pictografías que en forma estilizada simulaban los objetos que se deseaban indicar.

Debido a la dificultad en el dibujo de líneas claras sobre el barro húmedo, se considera que el instrumento para escribir se comprimía contra el barro al final de cada línea, resultando una

huella triangular como punto final. Tales líneas estilizadas y convencionales luego se cincelaron en piedra, olvidando que ya su motivación práctica era innecesaria al inscribirlas en la dura piedra. Se valían para escribir de instrumentos de metal, de hueso o de cañas que tenían una punta aguda triangular para inscribir sus signos en el barro. A medida que el instrumento era forzado sobre el material blando arcilloso o de cera que servía de base, el material desplazado sobrante tendía a acumularse al final de cada trazo, por lo que las líneas se tornaban irregulares y necesariamente cortas tan pronto se tenía que levantar la punta triangular para poder remover el exceso de material al final de cada línea. Para evitar la necesidad de hacer esa operación, la punta se presionaba contra el material blando, de manera que la línea se terminaba con la forma de un triángulo o cuña. Debido a tal circunstancia, la escritura se convirtió en un estilo inseparable de las cuñas, hasta el extremo de que los cinceladores en piedra lo continuaron sin tener necesidad de hacerlo, ya que era conveniente solamente cuando se escribía en materiales blandos. Las formas de las letras las determinaba el instrumento utilizado para inscribirlas, siendo el caso más evidente el tipo estilizado cuneiforme, identificado por sus marcas de cuña sobre el barro húmedo al final de cada línea, ocasionadas por el empleo del instrumento con punta en forma triangular que se presionaba contra una base blanda. Al grabar en piedra no era necesario terminar las líneas en forma de cuñas, pero ya éstas se habían convertido en parte inseparable de la escritura, aunque eran innecesarias y laboriosas sobre la piedra o sobre cualquier material duro como el metal. Los trazos eran horizontales, verticales, diagonales o en líneas dobles.

Se trataba de una forma de jeroglíficos con dibujos estilizados que representaban significados muchas veces arbitrarios y raras veces obvios, ya que un solo jeroglífico podía tener varios significados en sus distintas formas, fueran como pictogramas, ideogramas o fonogramas. Estos últimos signos fonéticos fueron los que formaron la base misma del alfabeto, con el que se pudo desarrollar luego una escritura cursiva tan convencional, que su origen jeroglífico ya no podía ser aparente al lector corriente.

Las palabras se expresaban por medio de símbolos o figuras que dieron paso a los signos fonéticos, por lo que la escritura consistía de un conjunto de signos y figuras con las que se podía expresar una sílaba, bastante parecido al sistema de los juegos de ingenio llamados acertijos del tipo «rebus».

Primeras investigaciones

El doctor Jesse Walter Fewkes, en el informe oficial al Secretario de la Smithsonian Institution (Congreso Federal, 59 2.^a Sesión, Documento 821), «Informe Anual Núm. 25 del Negociado de Etnología Americana, 1903-1904», publicado el año 1907, hizo constar que de todas las colecciones que aún se conservaban en Puerto Rico, la mejor era la del Padre José María Nazario y Cancel del pueblo de Guayanilla. Fewkes informó conocer bien las colecciones del señor George Latimer, del doctor Manuel Zeno Gandía, del señor Eduardo Neumann Gandía, del señor Pedro de Angelis, del señor Benito Fernández y otras más pequeñas. La colección del señor George Latimer fue adquirida por el Museo Nacional de Washington y fue descrita por el doctor O. T. Mason en 1876. (Smithsonian Report, 1876). La colección del señor Neumann Gandía la adquirió el doctor Fewkes para su institución, la que unida a otras adquisiciones constaba de 630 piezas. En la del Padre Nazario pudo comprobar que era una colección muy rica en amuletos, cefes, collares de piedra, cerámica y un gran número de glifos objeto de una acerba controversia. El doctor Fewkes examinó las estatuillas inscritas con extraños signos que obviamente no eran indoantillanos, que eran las piezas a las que el Padre Nazario reconocía mayor valor investigativo. Al comprender que los signos eran exóticos, el doctor Fewkes, quizá notando el parecido con caracteres del Oriente Medio, comentó que dichas piedras «no eran muy antiguas», lo que se ha interpretado como una insinuación de que podían ser falsificaciones. Reconocida la seriedad y erudición del Padre Nazario, en contraste con las escasas personas instruidas en arqueología en Puerto Rico cuando las examinó el doctor Fewkes, parece evidente que fue una opinión superficial influida por críticas tendenciosas, pues parece absurdo que una superchería tan laboriosa pudiera conducir a fin práctico alguno. El doctor Fewkes no estaba reconocido como un orientalista, y en cuanto a las costumbres indígenas, de las que se enteró por referencia, confesó que le parecían incomprensibles. Opinó que aunque la arqueología era el sistema más preciso para obtener información prehistórica, «aún objetos encontrados bajo tierra, nativos en apariencia, éstos pueden haber sido *proprios de razas distintas a las prehistóricas puertorriqueñas*», opinión que parece implicar que debido a los signos extraños parecidos a los cuneiformes, pudo haber contemplado la posibilidad de que las piedras del Padre Nazario pudieran haber sido importadas

a Puerto Rico por razas anteriores a la araguaca. Considerando que el doctor Fewkes conocía muy bien las otras colecciones indígenas locales, su apreciación resultó en un respaldo indirecto de la opinión del Padre Nazario, quien las había clasificado como de origen caldeo-judáico. Sin aludirlo directamente por su nombre, el doctor Fewkes comentó la opinión del Padre Nazario en la forma siguiente: «La alegación de que los puertorriqueños prehistóricos poseían una forma de escritura jeroglífica no ha sido comprobada. Los especímenes con caracteres inscritos se cree que son falsificaciones» (*The Aborigines of Puerto Rico*, pág. 149.) El término *se cree* es evidencia que se basó en opiniones locales y no en la propia.

Cuando el Padre Nazario estudiaba sus piedras, la arqueología del Oriente Medio no estaba aún muy desarrollada, pero es evidente que conocía desde sus tiempos en Salamanca y por lecturas más recientes el sistema cuneiforme de escritura. Conocía también a través de los escritos de los frailes en México, la escritura pictórica maya y azteca, la que aún se encontraba en el umbral de la fonética. Al opinar que la escritura cincelada en las piedras de su colección era más perfecta que las anteriores, debe haberse basado en que le pareció que aquéllas no eran fonéticas. Nos ha expresado el señor de Hostos que al examinar las piedras junto al Padre Nazario aceptó que se podía tratar de una escritura fonética pues recibió la fuerte impresión de que las piedras podían ser colocadas en una secuencia correlativa aparentemente inteligible.

El doctor Fewkes sugirió que cabía la posibilidad que se pudiera tratar de una escritura propia de otra raza distinta a la puertorriqueña prehistórica, lo que implica que en su fuero interno consideró absurda la posibilidad de que el Padre Nazario hubiera podido ser sorprendido con torcidas intenciones y con varios centenares de estatuillas inscritas y luego enterradas por algún malicioso tallador del país en confabulación con la anciana que le había revelado al Padre Nazario el lugar en el cual las había enterrado. En tal caso sería un fraude monumental, considerando el tiempo y la paciencia requeridas, lo que hace imposible comprender un propósito tan descabellado. Sea de una forma u otra, existe la evidencia palpable, la cual ha sido examinada en parte por eruditos quienes han captado su parecido a una escritura de tipo cuneiforme distinta a las de origen americano, y de ahí su gran importancia. Debido a que la escritura indígena era de carácter pictográfico, sus signos redondeados y rara vez triangulares, la inducción del Padre Nazario de que se trataba de una escritura exótica de un estilo parecido al cunei-

forme inscrito en las estatuillas que excavó, parece estar respaldada por una lógica admirable.

Colección comparable

La colección del señor George Latimer fue descrita por el doctor O. T. Mason en 1876, quien declaró en su informe al Smithsonian Institution que las piezas de piedra pulida de Puerto Rico «con su elegancia de diseño y variedad de ejecución de acuerdo con la idea envuelta, las caracterizan como un tipo de escultura de la más alta calidad del mundo de objetos líticos». De testimonios como los de los etnólogos doctores Mason y Fewkes surge la apreciación de que nuestros indígenas habían desarrollado procedimientos geniales para poder vencer las dificultades prácticas que iban encontrando, los que les permitieron labrar el hueso, las conchas y la piedra en bellas esculturas, así como a perforar las piedras más sólidas como el granito, produciendo unas pictografías finas y simétricas. En contraste con esos logros, y quizá por motivos de orden geológico, se han encontrado muy pocos ejemplares de objetos de piedra de hoja de corte fino, como de pedernal u obsidiano, y los objetos de cerámica, aunque en algunos casos son admirables, no son de una calidad comparable con el material lítico.

Interpretaciones

Las estatuillas encontradas por el Padre Nazario parecen ser un enigma indescifrable a pesar de haberse dispersado una buena parte en museos y colecciones respetables, así como también debido a la escasez de datos históricos sobre su origen. El enigma es en parte parecido al desarrollo de los collares líticos, las piedras de codo, las esferas líticas y los cerníes mamiformes, cuyo origen se considera derivado de los collares líticos, que se consideran únicos. Fray Ramón Ponce o Pane dio a entender que los collares eran la representación en piedra de la adoración de los árboles, con sus ramas atadas en forma de una banda y cuyo prototipo original había sido de madera. Se ha conjeturado si la piedra de codo había sido un cerní en su transmutación o derivación de la forma de un collar, y que originalmente había estado atado a un objeto de madera.

El Padre Nazario llegó a la conclusión de que la escritura ins-

crita en sus estatuillas era de tipo cuneiforme y fonética, según lo determinó al examinar pacientemente las más de ochocientas piedras que había excavado, y de que sus numerosos rasgos en forma de cuña eran fonéticos y por lo tanto era más avanzada que la azteca. Estuvo tan seguro de la autenticidad de sus antropoglifitas, ya que él las había desenterrado en persona o bajo su dirección que confesó:

«Siento la fuerte tentación de creerlas el archivo nacional. Encontradas casi juntas en una reducida extensión de terreno, y a una distancia no extraordinaria de Guayanilla ¿no podría suceder que hubieran sido puestas a cubierto de los choques que en la guerra habían de dirigirse en preferencia contra la capital de la Isla?

El Padre Nazario que explicó se enteró de la existencia de las extrañas piedras alrededor del año 1880 al acudir a prestarle sus servicios espirituales a una anciana muy enferma de ascendencia indígena, quien le reveló el secreto que le había sido confiado sobre el lugar en el cual se hallaban enterradas, el que coincide con la ubicación del centro cacical dominante de Boriquén, y el cual se lo habían confiado sus padres o abuelos, por lo que tal información directa debía datar del siglo XVII. El solo hecho de haber guardado dicha anciana el secreto durante toda una vida, demuestra la importancia que sus antepasados le habían atribuido a dichas piedras, y cabe la posibilidad de que fuera ella quien le revelara al Padre Nazario que había sido advertida que en ellas se encontraba escrita la historia de su pueblo. Es muy posible que en vista de tal informe el sacerdote interpretó que se debía tratar de caracteres fonéticos, inscritos por los más primitivos pobladores de Puerto Rico. Al estudiar los signos a la luz de sus conocimientos de lenguas bíblicas, pronto halló que los caracteres parecían cuneiformes y no indoantillanos y tal circunstancia convenció al Padre Nazario de que su única explicación estaba en que pudieron haber sido traídas por navegantes fenicios o púnicos, opinión que coincide con la del arqueólogo dominicano doctor Narciso Alberti Bosch en cuanto a inscripciones similares encontradas en La Española.

De acuerdo con el señor de Hostos, se trataba de «cientos de piedras desde cuatro hasta dieciocho pulgadas, con un peso desde media hasta unas veinte libras cada una, de color azulado, oscuro, algunas de las cuales terminaban en forma de una momia humana labrada toscamente. Estaban inscritas con líneas y signos, muchos de los cuales parecían signos cuneiformes». (*Ob. cit.*, pág. 711.) El señor de Hostos y el Padre Nazario dialogaron sobre el convenci-

miento de este último de que se trataba de escritura cuneiforme, y el primero remitió luego un espécimen de las estatuillas al Museo Británico, el cual confirmó por escrito al señor de Hostos de que en efecto contenía caracteres cuneiformes.

Como quiera que el sistema cuneiforme fue derivado de figuras y de jeroglíficos pictóricos, al dibujarlos por medio de líneas estilizadas convencionales que terminaban en un punto triangular, pudo tal sistema desarrollarse en una forma independiente y simultánea en otra parte del mundo, tal como parecen haberse desarrollado independientemente en Puerto Rico los collares, los codos y los ceñiles.

En forma similar a Fray Diego de Landa en Nueva España, el Padre Nazario opinó que las graffias en sus estatuillas revelaban una connotación fonética, no obstante la gran dificultad en descifrarlas. Landa se había convencido de que la escritura maya y azteca contenía un número de caracteres fonéticos, de acuerdo con la información que le habían impartido los escribas indígenas bajo su dirección, quienes como ya conocían bastante bien la lengua española, podían compararla con su idioma nativo hablado y escrito.

Cabe en lo posible que la anciana confidenta de Guayamilla pudiera haberle impartido al Padre Nazario algunos recuerdos de conocimientos rudimentarios sobre la significación de las estatuillas tan celosamente guardadas bajo tierra, cuya información quizá pudo permitirle al erudito sacerdote llegar a sus expresadas conclusiones en cuanto a que la escritura inscrita en sus antropoglifitas era más perfecta que la maya y la quechua, por considerar que necesariamente tenía que tratarse de una escritura fonética que podía transmitir su mensaje. Por ser una de sus feligresas, dicha anciana tenía que haberse enterado del interés demostrado por el Padre Nazario en coleccionar todo lo relacionado con sus antepasados, lo que debió convencerla a enterar a su confesor de lo que recordaba sobre las estatuillas al prever que se acercaba el fin de sus días.

Es de lamentar que dicha criptografía no pudiera haberse logrado descifrar antes de su dispersión parcial, por lo que solo tenemos los testimonios de arqueólogos como el doctor Fewkes y el señor de Hostos y de los doctores Coll y Toste y Zeno Gandía, más la autorizada opinión del reputado Museo Británico de que el espécimen examinado contenía caracteres cuneiformes, pero sin descifrarlos por no ser su norma en piezas fuera del Museo.

Con el respaldo de opiniones análogas a las de él, el Padre Nazario figura entre la ilustre compañía de expertos etnólogos inter-

nacionales como Hrdlicka y Rivet, quienes opinaron que la cultura americana era una herencia, o había sido influida desde Asia, Europa y Africa, consideraciones análogas a las de Bowditch, Spinden, Thompson, Thermer, Knorozov, Brasseur, Rosny, Tozzer, Beyer, Brinton, Wolf, Schellhass, etc., aunque ninguno pudo llegar a resultados definitivos.

Casi todo lo que han podido hacer tales expertos hasta el presente se ha basado principalmente en el alfabeto de 27 figuras y signos derivado por Fray Diego de Landa, no obstante el hecho de que dicho alfabeto se ha tildado como de haber sido una invención de Landa. El mismo está contenido en su célebre Memorial a la Corona de España, *Relación de las cosas del Yucatán*. Landa opinó que los caracteres mayas eran fonéticos, aunque no lo pudo dejar comprobado en forma consistente, por lo que se ha opinado que se trata más de ideogramas, mediante los cuales cada signo representa una idea y no un fonema.

Aunque los caracteres mayas eran esencialmente ideográficos, podían representar fonemas, y nos parece que esa fue también la idea del Padre Nazario, quien aparentemente sólo intentó descifrar la naturaleza de los caracteres, comparándolos con la reproducción fotográfica de lo que llamó «un disco mágico» que estaba grabado con caracteres cuneiformes y se encuentra en el Museo Británico, determinando que eran análogos a los que estaban grabados en las piedras de su colección. Por tratarse de centenares de piedras, es sumamente difícil determinar que el Padre Nazario se hubiera equivocado totalmente en su apreciación, mayormente luego de haber sido respaldada en cierto modo por los expertos del Museo Británico. La escritura cuneiforme se basó en el uso efectivo de figuras reconocibles, con signos convencionales que denotaban tantos objetos como conceptos abstractos, por lo que consistía de una compleja escritura pictográfica estilizada, cuando estuvo desarrollada en su forma más acabada.

Es posible que el Padre Nazario, quien conocía bien las pictografías taínas, y aunque evidentemente estaba enterado de los escritos de Fray Diego de Landa, consideró que los signos de sus piedras eran fonéticos debido a su semejanza con los jeroglíficos y caracteres cuneiformes, más que con las pictografías aztecas. Pudo llegar a la conclusión de que las pictografías, unidas a los signos cuneiformes, constituían una escritura no semántica, por contener mensajes fónicos por medio de representaciones pictóricas, en forma parecida a los acertijos modernos del tipo «rebus».

Un ejemplo es el significado que le dio al Padre Nazario a las palabras taínas similares a las hebreas como *hamaca* (adormecer, amodorrar), *macana* (matar a golpes), *camuy* (se precipitó al abismo), *beneque* (en las excavaciones). Tales significados nos sugieren estar derivados de pictografías acompañadas de signos fonéticos que interpretó el Padre Nazario en sus piedras, en las cuales, según el señor de Hostos, le pareció que existía cierta norma de ordenación en secuencia para poder leerse.

Como los caracteres eran esencialmente ideográficos, pero podían representar fonemas, y a falta de otra explicación mejor, el Padre Nazario, recordando la idea bíblica de las diez tribus errantes de Israel, pudo haber considerado la posibilidad remota de que algunos de dichos hebreos pudieran haber cruzado el Océano Atlántico, a la manera fortuita del piloto anónimo español siglos después, y de haber desembarcado en Guayanilla en donde dejaron piedras grabadas para dejar constancia de su procedencia y de su historia, tan pronto comprendieron que les era imposible regresar a su tierra de origen.

El Padre Nazario escribió varios artículos en los que es evidente que discutió algunas de sus opiniones sobre este y otros temas históricos, algunos de los cuales fueron publicados en *La Revista* y en *La Correspondencia*, de Puerto Rico. Sabemos de los siguientes temas que desarrolló con su estilo conciso y claro: *Escritura fonética de los indios de Puerto Rico*; *El cemí o piedra gibosa*; *La Historia de Fray Iñigo Abbad*, *Juicio Crítico*; *Historia del Almirante, por su hijo Hernando Colón*, *Juicio Crítico*; *Refutación de una crítica a su libro Guayanilla y la Historia de Puerto Rico*. (Kaleidoscopio, Guillermo Atilés García, Tip. Manuel López, Ponce, P. R., 1905, págs. 142-144.)

Podemos inferir que al Padre Nazario le correspondió intentar escribir, él solo, la tarea de todo un equipo de especialistas, labor imposible debido a las lagunas que existían en el acervo documental. Siguió una técnica de investigación independiente, recorriendo los caminos trillados hasta entonces, y demostró poseer un talento y un raciocinio excepcional.

El enigma de las piedras del Padre Nazario quizá nunca se pueda descifrar, pues han desaparecido muchas de las mejores, luego de que las arrojó al fondo de un aljibe de su iglesia parroquial en Guayanilla y las rescató para dejarlas bajo la custodia del Obispado en San Juan, en donde estuvieron guardadas en barriles y cajones por mucho tiempo.

El doctor Cayetano Coll y Toste refiere que conoció las piedras del Padre Nazario aunque no en detalle, pues cuando éste solicitó que las clasificara junto a él, creyó que se trataba de una clasificación en cuanto a su composición geológica y no en cuanto a sus inscripciones, por lo que es aparente que perdió el interés. Sin embargo, el doctor Coll y Toste lo consideró como «un atleta intelectual», no sólo por sus ideas brillantes sino por su potente cerebro y su preparación erudita. Los doctores Perea lo elogiaron mucho, llamándolo «el insigne criollo».

El doctor Fewkes, al tomar excepción de su opinión de que se trataba de escritura cuneiforme, la respetó y aceptó, aunque en forma de insinuación, de que la escritura en dichas piedras pudo ser obra de otra raza distinta a la indígena, que pudo haber llegado a Puerto Rico en alguna forma, lo que nos recuerda el viaje fortuito del piloto español anónimo de siglos más tarde. Don Adolfo de Hostos consideró que el Padre Nazario había descubierto un tesoro arqueológico de primera magnitud, discrepando de la insinuación de superchería del doctor Fewkes.

Si se hubiera tratado de piezas de cerámica indígena, podría explicarse la velada insinuación del doctor Fewkes de que no le parecían muy antiguas las piedras, refiriéndose seguramente a sus inscripciones, por lo que podrían ser espúreas. Tal insinuación no cabe tratándose de piedras, pues significaría para un experto grabador, haber tenido la ímproba tarea de cincelar unas ochocientas piedras, lo que es un evidente absurdo. Tal obra sólo podría presumirse con el único propósito de engañar o confundir a alguna persona, pues el pueblo, analfabeto en una gran proporción, desconocía en absoluto un sistema de escritura tan exótico y antiguo. Está probado de que se trataba de unas ochocientas piedras existentes y grabadas con caracteres extraños, distintos a los conocidos de los taínos, de acuerdo con los testimonios del doctor J. W. Fewkes, del doctor Cayetano Coll y Toste y de don Adolfo de Hostos, estos dos historiadores oficiales de Puerto Rico, por lo que debe intentarse alguna explicación razonada al enigma planteado.

Según la opinión de don Adolfo de Hostos, corroborada por el Museo Británico, se trataba de caracteres cuneiformes, y el Padre Nazario consideró que era una escritura con caracteres fonéticos o mixtos entre pictóricos y fonéticos, en las que llamó antropoglifitas, porque terminaban en una figura de una momia algo grotesca. Los indios nuestros tenían una forma de escritura pictórica mixta con símbolos, y cuando se pintaban sus cuerpos para las guasábaras, lo

hacían por medio de sellos de cerámica humedecidos con tintes, tanto por la premura de entrar en batalla, como para no dilatarse en repetirlos a mano, y cada sello tenía una significación distinta, quizá como identificación de las tribus. Don Adolfo de Hostos ha expresado que al examinar las piedras, pensó en la posibilidad de que hubieran sido usadas las piedras unidas unas con otras, o a la manera de sellos para repetirlos sobre el barro húmedo, lo que no parece probable por estar grabadas en bajo relieve y sin prominencias, lo que hubiera sido necesario en tal caso para que pudieran encajar unas con otras, o para poder imprimir sus caracteres sobre el barro. Dichas piedras, según el señor de Hostos, le dieron la fuerte impresión de que podían ser colocadas en una secuencia en series, según demostraban sus signos grabados en forma de cuñas.

Aparentemente los dibujos eran ideográficos, pero con probabilidades de haber sido fonéticos en parte, en forma análoga a los de los indios mayas, en cuya escritura se combinaban los pictogramas y los ideogramas, con señales que sugieren elementos fonéticos, y así evidentemente lo entendía el Padre Nazario. Es probable que cometiera el mismo error que se le atribuye a Fray Diego de Landa, de no haber podido comprender a cabalidad los principios de la escritura maya, por motivo de que los escribas mayas le daban expresión jeroglífica a los nombres de las letras latinas que el fraile les dictaba, por tratarse de personas que escasamente conocían la escritura con letras latinas. Representaban con pictografías el sonido de las letras latinas y por tal razón servían como fonemas, según se presume, en forma más silábica que alfabética.

Una posibilidad sorprendente sería que se hubiera tratado de caracteres de algún lenguaje extinguido de los últimos tiempos de la época paleolítica, en forma análoga al caso de ciertos idiomas erráticos que no se han podido colocar dentro de alguno de los troncos idiomáticos, como lo es la lengua vascuence, que se cree celtíbera.

Cuando fueron desenterradas estas piedras por el Padre Nazario, no hacía tanto tiempo que Jean Francois Champollion había concebido las bases para descifrar lo que era un acertijo ilegible, la Piedra Roseta de Egipto, que contenía su texto escrito en caracteres cueniformes, jeroglíficos y griegos.

Nadie sabe cuántos siglos o milenios tienen tales piedras, en igual forma como desconocemos la edad de las más de 900 estatuas monolíticas de piedra de la isla de Pascua en el Océano Pacífico, frontera a la costa chilena. Tampoco se sabe la edad y el origen de las

ruinas de la ciudad de Manoa (no Manaos) en la región del río Amazonas, las que fueron descubiertas el año 1745 por los arqueólogos portugueses, y cuya descripción consta en un informe que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Brasil. Hallaron muros de piedra con inscripciones cuyos caracteres eran parecidos al latín, los que nunca han podido ser descifrados, pero desconocemos si se han considerado como falsificaciones, como en otros casos.

Los mayas desarrollaron una escritura pictórica convencional sumamente complicada, por lo que aún no ha podido ser descifrada en su totalidad, ya que se expresaba a la manera de acertijos, cuyas imágenes y signos están tan estilizados que en su mayoría dejan de ser reconocibles. De los más de 400 jeroglíficos mayas conocidos, sólo más o menos la mitad ha podido identificarse, aunque no difieren básicamente de otras escrituras jeroglíficas. Sus significados corresponden a los objetos o ideas que representan, con cierta correspondencia fonética al primer sonido del nombre de lo representado. Los dibujos tienen una significación precisa, así como los minuciosos detalles que contienen.

El Padre Nazario encontró las piedras alrededor del año 1880, cuando sólo hacía unos 40 años que se había comenzado el trabajo y todavía se laboraba por descifrar la totalidad de la Piedra Roseta. Se había determinado que los egipcios nunca habían abandonado sus símbolos para representar las palabras completas, ni sus pictografías para representar las ideas. Los fenicios o cananeos habían estado desarrollando un alfabeto cuando los babilónios y asirios aún escribían con caracteres cuneiformes, los que eran modificaciones convencionales de pictografías y jeroglíficos que representaban ideas en vez de sonidos. Los fenicios no desarrollaron una verdadera literatura, pero dieron un paso de avance fundamental al abandonar las pictografías para conservar solamente los símbolos de los sonidos, sentando la base del alfabeto con signos que eran fáciles de escribir y de leer.

El alfabeto desarrollado en Tiro fue copiado por los griegos, quienes le dieron el nombre de sus primeras dos letras, y ha servido de base a su vez para el moderno alfabeto de Occidente. El Rey de Moab, en el siglo IX A. de C., había hecho inscribir una piedra redonda que fue descubierta en 1868, la que es casi tan famosa como la Piedra Roseta, pues sus letras cuneiformes se parecían mucho a las griegas. Es así que el alfabeto fenicio de 22 letras consonantes y sin vocales, fue la base del nuestro de 27 letras, el que se fue desarrollando sucesivamente en Grecia, Roma y

España, de donde se extendió a todo un Nuevo Mundo. En su origen, por estar constituido sólo por consonantes, se trataba de un lenguaje de abreviaturas casi al estilo taquigráfico. En el alfabeto de origen cuneiforme, el lector tenía que decidir el sonido de la letra vocal que debía colocarse entre las consonantes en esa forma abreviada de escritura. Había también la dificultad de que se escribía de derecha a izquierda para luego seguir la línea siguiente de izquierda a derecha, de arriba para abajo, en la forma llamada «boustrofedona» (forma clásica de surcar), por lo que los caracteres a veces tenían que variarse o invertirse en su forma al continuar la secuencia escrita en dirección opuesta, como el signo χ transformado a K al desechar Grecia dicha escritura. Los expertos aún no están de acuerdo sobre las raíces de las letras, las que se escribían todas en la forma de mayúsculas y consonantes, sin vocales y sin puntuación, por lo que no nos debe extrañar la dificultad en descifrar la escritura indígena, debido a su origen aún más misterioso.

Nuestro moderno abecedario o silabario conserva trece de las letras básicas del alfabeto de Grecia luego adoptadas por Roma, las que son: A, B, E, F, H, I, K, M, N, O, T, X, Z. Obsérvese la ausencia precisamente de la letrada llamada *i griega*, Y o Ye, usada como conjunción, como fin de sílaba, o con el mismo sonido de la *i* vocal, letra derivada de la *upsilon* griega, la que en latín se escribía como V y como Y, y en español sirve convenientemente como vocal y como consonante. La A era la vocal básica, y las demás eran sus modificaciones.

El gran arqueólogo belga, M. Brasseur de Bourbourg, opinó que los jeroglíficos mayas habían sido influidos por los egipcios, lengua relacionada en parte con la semita, en cuya escritura, cuando no se identifica claramente una vocal, se presume que es la A, por ser la de uso más frecuente en dicha lengua. Brasseur descubrió en la Real Academia de la Historia en Madrid una copia del «Alfabeto» de Fray Diego de Landa, el que publicó en 1864, y que tiende a demostrar que la escritura maya era ideográfica, aunque ocasionalmente fonética. Empleaba algunos caracteres pictográficos aprovechando su valor fonético al estilo de los acertijos del tipo «rebus». Los ideogramas representaban una idea más que un sonido, pero de ocasión parece notarse la relación o intención fonética del dibujo. Los caracteres se intercambian para integrar un pictograma con elementos fonéticos. Una prueba de que los jeroglíficos mayas eran en parte fonéticos se encuentra en un glifo que aparece en el memorial de Fray Diego de Landa, dentro de cuyo dibujo escribió

las letras E y M, cuando comprendió que el glifo no representaba correctamente el sonido de la letra M, sino el de una sílaba, EM o EME.

Parece que la teoría que se ha adelantado para descifrar la escritura de los mayas era análoga a la que desarrolló el Padre Nazario. Hay que reconocer en el Padre Nazario su aguda percepción al haber llegado a una conclusión que ha tomado decenas de años para descifrar, y que ni aún con el empleo de las modernas computadoras se ha podido finalizar, pero osó exteriorizar una opinión que parecía ridícula, fantástica e increíble.

Se ha llegado casi al consenso de opinión que la base de la escritura silábica en América comenzó antes de la Conquista, pero que se interrumpió al producirse un sistema de escritura de transición al darle ímpetu la escritura española. No obstante, se ha vilipendiado la obra de los frailes, quienes en medio de una vorágine guerrera, comprendieron la importancia de preservar lo más que se pudiera de la historia de una cultura autóctona, de la que pudieron salvar una gran parte.

Si se han encontrado huellas de los egipcios, de los chinos y de los polinesios en el Perú y México, también los fenicios pudieron haber llegado a Puerto Rico en una forma análoga. Una comprobación parcial de tal circunstancia la logró el señor de Hostos cuando envió para estudio al Museo Británico especímenes de las piedras del Padre Nazario, en donde identificaron caracteres grabados con escritura cuneiforme. La importancia de dichas piedras estriba en que el Padre Nazario estudió más intensamente que nadie el yacimiento virgen de objetos indígenas en el centro cacical más importante de la Isla, en un estado casi natural. El doctor Fewkes y don Adolfo de Hostos examinaron la colección que había reunido el Padre Nazario, la que los impresionó tanto que el doctor Fewkes, al no poder concebir relación aparente alguna entre los caracteres cuneiformes del Oriente Medio con los de Puerto Rico, insinuó como la explicación única que de momento se le pudo ocurrir, que no eran muy antiguos, por lo que tenían que ser espúreos y plantados allí con alguna intención dolosa. Cuando el señor de Hostos se decidió a enviar alguna al Museo Británico, no lo hubiera hecho para no caer en un ridículo, de no haber estado relativamente seguro del carácter de la escritura ante una institución seria. Como el Padre Nazario halló las piedras alrededor del año 1880, no parece realista una falsificación masiva en cientos de piedras durante una época durante la cual solamente los eruditos sabían algo de la escri-

tura cuneiforme, la que aún en Europa se encontraba en el proceso de descifrarse. El Padre Nazario sólo había visto fotografías de la Piedra Roseta y quizá de la de Moab, pero aún con medios tan remotos, asoció los caracteres en sus piedras con los que estaban en el proceso de descifrarse por los expertos europeos, según ilustraciones que vio en el artículo *Historia de Caldea en La Historia de las Naciones*, por Zenaida A Raguzin, página 348, libro que poseía, según informó.

Aunque no se refirió directamente a las piedras con escritura cuneiforme del Padre Nazario, el doctor Coll y Toste ha debido quedar impresionado por ellas, pues escribió que «el instrumento cuneiforme característico de esa época es el hacha, que poseían en abundancia nuestros aborígenes». Naturalmente, aunque las hachas indígenas no eran cuneiformes sino ovaladas, sólo servirían como instrumento de escritura presionando su punta sobre barro húmedo, y la huella que dejarían sería un punto redondo y no el de una cuña triangular. Como hemos escrito antes, el instrumento que empleaban los sumerios para escribir tenía una punta cuneiforme, la que presionaban sobre el barro húmedo al terminar una línea, en cuyo punto dejaba impresa su forma de cuña característica. Debido a tal analogía, es posible que el doctor Coll y Toste hubiera meditado sobre el paralelo con la escritura cuneiforme en las piedras del Padre Nazario, según sugiere la cita que sigue. «Los signos que ellos grabaron en sus esculturas humanas o antropoglíficas no pueden considerarse, en lingüística, más que como el albor de la escritura, y nada más... nuestros aborígenes tenían, pues, que pasar por la escritura jeroglífica antes de llegar a la alfabética... Hemos oído la versión de que *hay en el país quien tiene un alfabeto del lenguaje indoantillano*, y esto no es más que una ilusión. Los signos grabados en las esculturas de nuestros indígenas... fue el albor de una escritura que tiene que llegar a ser ideográfica y por fin alfabética». (*Colón en Puerto Rico*, página 185.) Es evidente que en la alusión al poseedor de un supuesto alfabeto indoantillano, el autor se refirió al Padre Nazario evidentemente.

Los expertos británicos que examinaron la piedra que les sometió el señor de Hostos estaban libres de la presunción del doctor Fewkes de que se podía tratar de una superchería, así como libres también del prejuiciado trasfondo local que aparentemente influyó mucho en la opinión que insinuó el doctor Fewkes, quizá uno de celos profesionales o regionales.

Al excavar el Padre Nazario los restos de la gran ranchería in-

dígena en el barrio «Los Indios» en Guayanilla, encontró entremezclados con los objetos indígenas, monedas y utensilios de los primeros pobladores españoles. Ya había desaparecido memoria o rastro alguno de la antigua Villa de Tavora fundada por Don Cristóbal de Sotomayor en 1510, así como de la Villa de San Germán, la que estuvo también en Guayanilla, transplantada desde la región de la bahía de Afiasco más de tres siglos antes. Su preclara inteligencia y su erudición le permitieron al Padre Nazario entrever que se trataba de la ranchería de Guaybana, la que consideró como «la capital indígena de Puerto Rico», y la riqueza del hallazgo de las piedras inscritas con caracteres distintos a los que él ya conocía, lo hicieron meditar sobre lo que sugirió como la biblioteca nacional de los taínos. Encontró «sobre ochocientas antropoglíficas que tengo en mi colección... testimonio de que los indios de Carib tenían una escritura más perfecta que la de Méjico y el Perú... siento la fuerte tentación de crearlas el archivo nacional... encontradas casi juntas en una reducida extensión de terreno».

Tal como el Padre Nazario halló esa rica acumulación de datos inscritos en piedras, no es de extrañar que Guaybana, el Cacique Supremo de Carib o Boriquén, tuviera algún mapa maestro y mapas regionales de toda la región caribeña, evidentemente dibujados sobre materiales perecederos, ya que no perduraron. Su existencia lo comprueba el detallado conocimiento que tenían los «cuatro mancebos» que llevó Cristóbal Colón a España como pilotos debido a haberle dado también cuenta de todas «aquellas islas», pues las conocían. Tomó a dichos indios al regreso de su primer viaje desde la bahía de las Flechas en La Española, pero es evidente que procedían desde la isla de Carib, según ellos le demostraron a Colón a la luz de sus actuaciones. Al llegar a Portugal, le dibujaron dos mapas de las Antillas Menores y Mayores a petición del Rey Joao II, lo que demuestra que tenían un gran conocimiento de todos los detalles de una zona tan dilatada. Eso solamente podía ser posible de conocer algún mapa general de la región, ya que sería una imposibilidad física que la hubieran navegado en persona a su temprana edad, pues Colón se refirió a ellos como mancebos.

Guaybana tenía dos hermanos que eran caciques en Higüey y en la isla Saona, por lo que existía un frecuente intercambio entre las dos Antillas por mar, y es evidente que las órdenes de viaje que recibían los pilotos indios al emprender un viaje por mar incluían un mapa de una sección del mapa general.

Podemos apreciar la intuición del Padre Nazario, o su compren-

sión precursora, al percibir el significado del nombre de «Carib» que le daban los indios de La Española a la isla de Puerto Rico, y el motivo por el cual era confundida con otras islas de las Antillas Menores. Obviamente, tal como Colón, creyó se debía a las tácticas guerreras de los indios borinqueños, cuyo nombre para su isla de su procedencia era el de Boriquén, que era el mismo que le daban a Puerto Rico los indios de las Antillas Menores.

El Padre Nazario fue también el primer historiador en deducir que Don Juan Ponce de León, al volver a Puerto Rico se dirigió al mismo lugar que había visitado con el Almirante en el segundo viaje en 1493. Razonó correctamente que Ponce de León tuvo que dirigirse en su primer viaje de exploración a Puerto Rico a la aguada primitiva de los descubridores del año 1493, aunque la confundió con la «bahía de Guaydía» que creyó ser la de Guayanilla, por residir allí el cacique Supremo Guaybana, y por haber encontrado allí monedas de los Reyes Católicos, estribos de cobre, y otros objetos españoles mezclados con centenares de objetos, así como piedras grabadas y amontonadas en un solo lugar, lo que sugiere que hubo la intención de resguardarlas a la manera de un archivo de relevante importancia.

Lo que encontró el Padre Nazario en el barrio «Los Indios» de Guayanilla puede compararse con el hallazgo del arqueólogo doctor Narciso Alberti y Bosch en las cuevas de las Guácaras del Comedero, sitas entre Concepción de la Vega y Cotuy, cubiertas sus paredes de cruces grabadas, entre ellas la cruz gamada o svástica, cuyo origen ha sido trazado al Oriente Medio. El doctor Alberti opinó que dicha gruta, compuesta de un gran salón y dos salas interiores semejabán las de «un pueblo egipcio-caldeo... allí debió vivir un antiquísimo pueblo de origen fenicio»... Según dicho arqueólogo, «hay bajos relieves, letras y formas de cráneos braquicéfalos... una raza autóctona antigua». Opinó que quizá perteneció a una «raza preciguaya», la que consideró anterior a la taína; pero era la taína de Carib, según dedujo de sus inscripciones. El doctor Alberti encontró muchas analogías entre las pictografías de los mayas y las de Caño Hondo en La Española, ofreciendo como ejemplo el signo jeroglífico maya para el número 5, que consistía de la mano humana, del dedo meñique que era el número 1, el anular el número 2, el mayor el 3, el índice el 4, siendo el 5 más el 1 el número 6, y tenían nombres para el 10, 15 y 20. En dichas grutas apareció cierta evidencia escrita de índole mesoamericana según los arqueólogos Herbert W. Krieger y Robert S. Schombergk. El ar-

queólogo Moris clasificó la escritura taína como «más reducida, quizás, que la yucateca». Según Landa, «usaban también esta gente ciertos caracteres y letras... con los cuales escribían... sus cosas antiguas y sus ciencias... y las daban a entender y enseñaban». El doctor Alberti consideró que serán los arqueólogos del futuro los que podrán descifrar esos signos enigmáticos parecidos a cruces, los que también fueron hallados en Yucatán por Juan de Grijalba en 1518, quien creyó que los indígenas empleaban profusamente el signo del cristianismo en lugar de sus propios símbolos. Al acucioso doctor Alberti le aconteció lo mismo que al Padre Nazario, la acusación de fraude, más el rechazo y la sorna de los «profesionales», en su propia patria.

Es aparente que un erudito religioso, cuyas aceradas convicciones lo impulsaron al riesgo crítico de opinar que el famoso mapa de Juan de la Cosa era apócrifo, lo cual luego ha sido parcialmente confirmado, cuando no se dudaba de su autenticidad, y que se adelantó a comprender al enorme valor de la carta del doctor Diego Alvarez Chanca al Cabildo de Sevilla, debiera considerarse incapaz a su vez de falsificar más de 800 piedras, o de hacerse cómplice en un acto tan burdo como el de encubrir una supuesta acción tan repugnante.

El doctor Ricardo Alegría ha comentado que le pareció inexplicable un trabajo de falsificación tan laborioso sobre unas 800 piedras, no obstante que el material lítico no parecía muy duro, de naturaleza geológica similar a la piedra serpentina, por lo que cabría tal posibilidad, por remota como pareciera. Examinó las piedras que habían sido adquiridas dentro de la colección Junghanns por el Instituto de Cultura Puertorriqueña.

Al igual que el doctor Fewkes, ha expresado sus dudas en cuanto a la autenticidad de las piedras, y ha pensado en la posibilidad de que el espécimen que envió el señor de Hostos para examen al Museo Británico, pudo ser una pieza legítima cuneiforme en cerámica que éste había adquirido del señor H. N. Kaufman con el propósito de poder comparar mejor los caracteres de sus piedras. El señor de Hostos ha manifestado que la pieza que envió a Londres era de piedra, ya que no había encontrado entre ellas ninguna inscripción en cerámica, lo cual explica su decisión de someterla al juicio erudito de los expertos orientalistas del Museo Británico. Tenía que ser obvia para un arqueólogo y coleccionista como el señor de Hostos distinguir la diferencia absoluta entre ambas clases de piezas, y de ahí su seguridad sobre el material que envió para

ser examinado por el Museo Británico, al confrontarse con el escepticismo que prevalecía en cuanto a piedras que tenían cincelados rarísimos signos de apariencia cuneiforme, tan distintos a los que él estaba acostumbrado a examinar de su propia y en otras colecciones de piezas indígenas.

El señor de Hostos visitó al Padre Nazario en 1912, «después que él había estudiado largos años el posible origen de dichas piedras... y concibió la hipótesis que procedían de Judea... la eminente solvencia moral del Padre Nazario... las millares de incisiones que muestran cierto parecido con signos alfabéticos sugieren la posibilidad de que obedecieran a determinado propósito... De primera intención él creyó que pudieran ser inscripciones referentes al cacique Guaybana... no es fácil creer que un paupérrimo cura de aldea en el rural Puerto Rico del siglo pasado, pudo ofrecer una compensación satisfactoria al falsificador. El Padre Nazario le dijo: "Yo le hacía un mísero regalo"... si en realidad hubo falsificación por mano de algún campesino analfabeta, debió haber cuando menos, un solo objeto auténtico que le sirviera de modelo... El profesor R. W. Breckenridge del Iowa State College, informó en 1951 que en la traducción de una historia fenicia en árabe, se dice que había ruinas fenicias en Santo Domingo y Haití... al referirse a la posible visita de judíos y fenicios a la Quisqueya prehistórica». (*Diccionario Histórico Bibliográfico Comentado de Puerto Rico*, página 712.)

Las opiniones sobre una posible falsificación, sólo serían explicables de reconocerse alguna obsesión mental del Padre Nazario; quien en tal caso parecería como el cómplice de un acto repulsivo por encubrimiento. Como muchas teorías arqueológicas se basan con frecuencia en datos muy débiles, siempre estará presente el peligro de interpretaciones muy osadas, y aun más, de teorías acomodaticias particularmente dañinas, al torcer forzosamente los hechos a lo que desea creer el autor de la superchería, como lo fue la del Hombre de Piltown en Inglaterra.

De no haber sido sorprendido el Padre Nazario en su buena fe, pudo haber sido el supuesto autor o el cómplice en tal superchería, y en tal caso tendría que sospecharse que fue la obra de un desequilibrado erudito, cuya obsesión lo llevó a hacer una obra evidentemente colosal, al grabar más de 800 antropoglifitas una a una, con admirable paciencia y habilidad, posiblemente «in situ», o más difícil aun, en algún taller para luego transportarlas y enterrarlas en el lugar en el que luego fueron excavadas. El solo hecho de haber

excavado, reunido y cargado el Padre Nazario más de 800 piedras en tamaño desde tres hasta dieciocho pulgadas con un peso hasta de veinte libras, hasta su Casa Parroquial, hubo de requerir el empleo de varios ayudantes manuales, lo que significa que el hecho fuera conocido por otras personas, con el peligro de sus indiscretos comentarios, en el caso que fuera investigado. Sin embargo, el Padre Nazario le dio amplia publicidad a su hallazgo, lo que implica que confiaba que sus piedras eran auténticas.

Al estallar la guerra hispanoamericana, el Padre Nazario escondió «sus mejores piedras» en el fondo de una cisterna o aljibe, y luego las llevó consigo al Obispado en San Juan, pero sólo la parte de ellas que pudo rescatar, lo que obliga a creer que creía firmemente en su valor y autenticidad. Es conveniente recordar que sólo unos pocos años antes, y especialmente durante el Cuartó Centenario, había sido sometido el Padre Nazario a una acerba crítica en la prensa y en libros relacionados con el descubrimiento de Puerto Rico por sus teorías históricas, por lo que de sentirse culpable de algo, las hubiera dejado perdidas en el fondo del aljibe, y no las hubiera rescatado y conservado con tanto cuidado.

Su relato en cuanto a la anciana que le reveló, al presentir que se acercaba su fin, el secreto del sitio en donde se encontraban enterradas las piedras, fijaría la fecha de cuando ella fue enterada por sus antepasados en más de medio siglo con anterioridad, más o menos a principios del siglo XIX. De rechazarse la autenticidad del relato, tendría que sospecharse que el veterano sacerdote había violado el mandamiento de no mentir; quien debido a la naturaleza de su cargo espiritual, conocía su grave significación.

En un caso análogo, Fray Diego de Landa de Nueva España, ha sido acusado de haber inventado el alfabeto maya que incorporó en su famoso *Memorial*, lo que implica que cometió una superchería parecida a la que se le ha imputado al Padre Nazario. Mientras se han acusado a esos pacientes sacerdotes de haber causado la destrucción de toda una civilización, debido a su fanatismo religioso, no se les reconoce ni agradece lo que salvaron de la hecatombe guerrera, preservándolo y estudiándolo, sino que se les acusa de haber incurrido en una falsificación expresa, con la implicación de que la hicieron para demostrar, en su defensa, de que algo salvaron.

Hemos considerado muchas posibilidades en cuanto a un enigma hasta ahora indescifrable, pues mientras más se analiza más se complica, por lo que se mantiene en un estado de indeterminación. El prestigio indiscutible de las personas que se han interesado en este

apasionante misterio de nuestra prehistoria, obliga a continuar investigándose para no dejarlo en ese estado de indecisión, tanto para intentar resolverlo o por lo menos aclararlo, como para tener una correcta memoria del Padre Nazario.

A tal fin, hemos indagado tanto en lo escrito por dicho erudito sacerdote en colecciones de periódicos, como entre quienes lo conocieron, en busca de alguna información que arroje luz sobre sus procesos intelectuales, pero es poco lo que hemos podido obtener.

En relación con su persona, el señor Herminio Arzola Emma-nuelli, quien le sirvió como monaguillo junto a los señores Rafael Dapena, Pedro Juan Alvarado y Luis Martínez, recordaba que el Padre Nazario tenía un rostro rubicundo y era muy jovial y sencillo. Tenía su colección de objetos indígenas en un cuarto que estaba en los bajos de la cocina de su Casa Parroquial. En un artículo que tituló *Mi personaje inolvidable* publicado en el anuario de las fiestas patronales del año 1973, relata que en Guayanilla se aseguraba que muchos de los objetos de su colección los había excavado en un lugar que le había revelado «la última descendiente del cacique Guaybana», en el barrio Los Indios, a poca distancia del pueblo.

El señor Otto Sievens Irizarry, del Centro Cultural de Guayanilla, publicó en julio de 1976 un artículo en *La Ventana*, órgano del Comité de Literatura de dicho centro, titulado *La última descendiente del cacique Guaybana*, en el que recogió una anécdota sobre el Padre Nazario relacionada con las reliquias indígenas en su colección. Había explicado el sacerdote que el secreto sobre su paradero le había sido transmitido por sus antepasados a una anciana que se lo había confesado, encargándole ella que nunca se separara de ellas, petición que él cumplió. Relata que al acercarse las tropas norteamericanas a Guayanilla desde Guánica en 1898, el Padre Nazario «cogió las mejores piedras y las arrojó en el aljibe de su casa», y que al trasladarse al Obispado en San Juan en 1512, «junto a él fueron los cajones con las piedras restantes». Ante el temor de perder sus piedras, «prefirió devolverlas a la tierra, y allí están, esperando el rescate del pueblo puertorriqueño». De encontrarse, podrían enviarse piedras adicionales al Museo Británico para su examen y opinión sobre los raros signos de tipo cuneiforme, tan misteriosos y controvertibles, aunque «las mejores piedras» estarán en el fondo del aljibe, hoy bajo una estructura de hormigón.

El coleccionista Sr. Robert A. Junghanns en alguna forma adquirió una parte de dichas piedras, quizá en el fondo del aljibe, algunas de las cuales se encuentran almacenadas bajo la custodia del

Instituto de Cultura Puertorriqueña en la Casa Blanca. Nos consta que el señor Junghanns mostró un marcado interés en dichas piedras debido a su posible origen oriental, pues aunque su padre era danés, su madre era japonesa. No sabemos si el señor Junghanns llegó a alguna conclusión sobre dichas piedras, pero las celaba mucho y discurría sobre su posible origen en el Oriente Medio, señalando que eran distintas a las otras reliquias de claro origen indígena que tenía en su colección, según nos insinuó.

Su colección de periódicos incluía algunos números de *La Revista de Puerto Rico* publicada en Ponce, cuyo director era don Agustín Navarrete de la Texera, distinguido historiador, y de *La Correspondencia de Puerto Rico*, también publicada en Ponce, los que publicaron artículos por y sobre el Padre Nazario. En el número de la *Revista* dedicado al Cuarto Centenario el 19 de noviembre de 1893, aparecen varios telegramas desde Guayanilla que demuestran el apasionamiento que existía en cuanto al emplazamiento del monumento a Cristóbal Colón. Uno de ellos informaba: «Pueblo en masa acompañó a los acordes de la música al Padre Nazario a la Casa Municipal... obsequiaron viajeros opulento Lunch, licores, pastas, champagne... Señores Zavala, Andino y Navarrete pronunciaron discursos... Señor Presidente Junta Centenario con criterio incomprensible dice que comenzada la construcción en el Culebrinas no puede suspenderse... Excelentísimo Señor Gobernador se declara incompetente para resolver asunto histórico».

En ese mismo día apareció un editorial del señor Navarrete relacionado con el monumento en el Culebrinas, el que entre otras consideraciones expresó lo siguiente: «Nada importa que aparezca oscurecida la verdad. Nada importa que el error tienda su manto de sombras sobre la verdad histórica. Mérito grande tienen los que lo han mantenido de la mejor buena fe; a ellos se debe que el ilustre Padre Nazario haya publicado su libro en el que se disipen las tinieblas de la duda. ¿Y quién ha designado ese lugar? La única autoridad es la Real Academia de la Historia y nada ha dicho.

»De ello resulta que el monumento del Culebrinas es tan arbitrario como los escudos de armas que de marcas de fábrica ponen los industriales a sus manufacturas.

»Ese monumento ni es nacional ni es histórico... No es histórico... No es histórico porque es la sanción de un error evidenciado en la obra del ilustrado Padre Nazario.

»Amargas y muy poco favorables para la Junta del Centenario

son las reflexiones que asaltan al que con detención lee su telegrama del día 16.

»Tal parece que dice: sea o no sea en el Culebrinas por donde desembarcó Colón, el monumento allí se hace... El monumento se erige con razón o sin ella, porque ya están hechos gastos. Por no perderse un par de cientos de pesos ¿debe autorizarse oficialmente el error?

»Guayanilla y Ponce no quieren que "nomine discrepante" se coloque el monumento en el punto que designe el Padre Nazario: no. Quieren someterse a la Academia de la Historia.

»Si los que sostienen que Aguada es el puerto al que llegó Colón, tienen fe y están seguros de sus opiniones, no deben oponerse a lo que solicita todo un pueblo. Si la Academia les da el laudo ¿qué mayor gloria? ¿Qué triunfo más grande? Estamos convencidos por los incontrovertibles argumentos del Padre Nazario y en esa convicción protestamos enérgicamente del crimen de lesa historia que se comete, levantando un monumento en un lugar que no tiene derecho a él.

»Ese monumento consuma una usurpación.

»Protestamos, y los siglos venideros demostrarán a las generaciones que nos suceden, que la sanción del error histórico del Culebrinas ha sido contra la voluntad de un pueblo».

El evidente apasionamiento durante el Cuarto Centenario provocó acerbas críticas contra el Padre Nazario debido a que la posición del gobierno se manifestó contraria a sus puntos de vista, influida por el que luego fue el Almirante Patricio Montojo, y la propaganda oficializca no sólo intentó acallararlo sino desacreditarlo. No sólo se esgrimió la diatriba sino que se apeló al ridículo contra sus argumentos, y entre los blancos estuvieron sus numerosas piedras grabadas con raros signos. Una campaña sorda de insinuaciones de que se trataba de una superchería es aparente que influyó en el ánimo del arqueólogo doctor Fewkes, quien escribió en su informe que las piedras no le parecían muy antiguas, insinuando su falsificación, pero que existía la posibilidad que pertenecieran a una raza pretaína que pudo haber dejado rastros en América.

El señor de Hostos discrepó de esa opinión, y luego de reflexionar durante largos años sobre su origen, decidió remitir un espécimen al Museo Británico por conducto del señor Harold N. Kaufman, de San Juan, según su carta del 2 de diciembre de 1969, el que describió como «Una reliquia asiática de piedra hallada en Puerto Rico por el Padre Nazario durante la década del 1880 en

Guayanilla... algunas eran piedras amorfas, otras eran algo conoides; todas cubiertas con signos lineares, que me parecieron ser cuneiformes... Como especialista en arqueología indoantillana no lo pude descifrar. Algunas tenían incisiones en líneas rectas que se parecían a las ligaduras de una momia.

»El doctor Walter Fewkes del Instituto Smithsonian de Washington creyó que eran espúreas. Pero yo no. La colección entera mostraba varios cientos de miles de esos signos cuneiformes y sé muy bien que no era razonable creer que unos campesinos analfabetas puertorriqueños los hubieran podido imitar, pues es evidente que fueron hechos de acuerdo con una técnica rígida. Luego de haberlos estudiado durante largos años, el Padre creyó que procedían de Judea, y traídas por sacerdotes hebreos antes del descubrimiento de América. Pero el misterio persiste intacto».

La opinión del Museo Británico fue afirmativa según el señor de Hostos: «El Museo Británico opinó que eran escrituras cuneiformes». (*Diccionario Histórico Bibliográfico Comentado de Puerto Rico*, pág. 712.)

Es difícil aceptar que un erudito sacerdote fuera engañado tan simplemente, pues es conocida su aguda percepción de los hechos históricos. Como ejemplo, el Padre Nazario fue uno de los primeros historiadores en comprender la enorme importancia de la carta del doctor Diego Alvarez Chanca al Cabildo de Sevilla. Pudo percibir que «Ponce de León sale de Santo Domingo a lugar conocido, al puerto donde 13 años antes estuvo con la Armada del Almirante, a Guayanilla». Como hoy sabemos que ese puerto y aguada primitiva fue la Ensenada de Rincón o de Calvache, hecho que el Padre Nazario desconocía, erró al señalarla en Guayanilla, pero sus conclusiones estuvieron basadas en los documentos que tuvo ante su vista y son eminentemente lógicas, aunque erróneas a la luz de los resultados de la nueva investigación.

El Padre Nazario fue acerbamente criticado por don Eduardo Neumann Gandía, quien llegó al extremo de tildarlo de loco, manera poco edificante de polemizar, y lo fue también por cierto escritor que firmaba sus artículos con el seudónimo de «Fray Guajón», quien recomendaba su libro, *Guayanilla y la historia de Puerto Rico*, como «un específico admirable para dormir», posiblemente porque se trataba de un tema difícil e incomprensible para el corto entendimiento del crítico, quien no se atrevió a identificarse. *Guaja* vale por tonto o granuja, siendo guajón aún peor.

El doctor Cayetano Coll y Toste, en su obra *El descubrimiento*

de Puerto Rico, rebatió con calor los argumentos del Padre Nazario, sobre todo en relación con el lugar preciso y la fecha del primer desembarco de los descubridores, así como en cuanto al nombre indígena de la Isla.

De esa polémica surge que el Padre Nazario tenía la razón en sus planteamientos en cuanto a que el primer desembarco de los descubridores no se efectuó por la actual Aguada, así como que los indios de La Española llamaban a Puerto Rico con el nombre de «Carib», al mismo tiempo que los indios de las Antillas Menores, así como sus propios habitantes, lo llamaban Boriquén. Razonó el Padre Nazario, siguiendo el Diario de Navegación del Almirante y el del Capitán Antonio de Torres: «por las notas del primer viaje del Almirante, que la isla Carib estaba al E. de La Española; que habiendo salido Colón del golfo de Samaná, y navegando al N.E., a las 64 millas, Carib le quedaba al S.O.». No puede dudarse que los quisqueyanos llamaban Carib a Puerto Rico, de acuerdo con esta evidencia de primera mano.

Los aparentes errores que le fueron imputados al Padre Nazario por el doctor Coll y Toste y por otros historiadores contemporáneos, surgieron de la deficiente documentación de que se disponía en su época, pero su correcta lógica ha quedado demostrada plenamente. Su aseveración de que don Juan Ponce de León había desembarcado en su primer viaje de exploración y conquista a Puerto Rico en el mismo lugar de «la aguada» en la que había estado con el Almirante trece años antes, en 1506, sugiere que el Padre Nazario debió conocer, por lo menos en parte, algún documento, quizá la Probanza de Juan González Ponce de León, la que señaló el primer desembarco de don Juan Ponce de León en un «puerto llamado la aguada, frontero de la boca de un río muy grande llamado Guaorabo», a mediados del año 1506. Es evidente que debió conocerla solo mediante citas incompletas, pues dicha Probanza es muy específica en relación con la toponimia, y en forma alguna confundió «la aguada» del río Guaorabo con la bahía de Guayanilla.

En su crítica del Padre Nazario, el doctor Coll y Toste, interpretando al cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, alegó que don Cristóbal de Sotomayor había sido alcanzado por el cacique Guaybana y sus indios guerreros, a «una legua de allí de su asiento en un río que se dice Cauyo», aunque más adelante el propio Cronista Oviedo relató cómo el yucayeque estaba por la boca del río:

«Una legua de allí de su asiento en un río que se dice Cauyo»,

aunque más adelante el propio cronista Oviedo relató como «ovieron los christianos y los indios la primera batalla en la tierra de Agueybana en la boca del río Caoyuco». Es evidente que Oviedo se hubo de referir a *«su asiento en un río que se dice Cayo»*, y no a que su asiento estaba a una legua de distancia del río aludido, lo que fue confirmado por el propio Oviedo más adelante al localizar «la tierra de Guaybana en la boca del río Caoyuco». En este punto Oviedo fue interpretado por el Padre Nazario con mayor exactitud que el doctor Coll y Toste, quien añadió el comentario que «la aldehuela de Guaybana no estaba, pues, en el puerto de Guayanilla y probablemente radicaría en lugar alejado de la playa». En efecto, el Padre Nazario encontró las piedras con la extraña escritura en el barrio «Los Indios», en la ribera del río Yauco y no en la boca del río, y es bien sabido que la ranchería del cacique Guaybana estuvo en las riberas del río Yauco, el que desemboca en unas ciénagas de la bahía de Guayanilla, por lo que el yucayeque estaba en terreno seco, aguas arriba de dichas ciénagas, las que fueron llamadas «El Mosquital», que no estaba en Guánica.

El doctor Coll y Toste también rechazó por creerla errónea, la fecha que aportó el Padre Nazario para el primer desembarco de don Juan Ponce de León para comenzar la exploración de Puerto Rico, el año 1506, cuyo lugar de desembarco y fecha han sido comprobados con la Probanza de Juan González, por «un puerto llamado la aguada frontero de la boca de un río muy grande llamado Guaorabo», el cual era llamado Guaydía por los indios de la región, la que, debido a sus abundantes aguas, también tuvo los nombres parecidos de Higüey y Yagüeca.

Juan Cerón y Miguel Díaz D'Aux informaron al Rey el 25 de julio de 1511, que los indios que mataron a Sotomayor «se juntaron con otros de la comarca y fueron al pueblo de Guaydía y peleando mataron algunos christianos». Guaydía era el nombre indio de un poblado hacia el extremo noroeste de la bahía de Añasco, la Ensenada de Calvache, el mismo puerto llamado «la aguada» por los españoles, frontero de la boca del río Guaorabo, a cuyo lugar don Cristóbal de Sotomayor estaba mudando la Villa de Tavora desde Guadianilla con el nombre de la Villa de Sotomayor. Los indios se levantaron en armas en toda la isla, y atacaron simultáneamente a Sotomayor y al poblado de «la aguada» o Higüey, predecesor de la Villa de San Germán, en las inmediaciones de la desembocadura del río Guaorabo, resultando incendiados ambos poblados.

Los argumentos que presentó el Padre Nazario fueron nume-

rosos y contundentes, como el que esgrimió para identificar el puerto del primer desembarco de los descubridores en Puerto Rico, producto de la investigación en el Archivo de Indias que dio a conocer don Salvador Brau, que le facilitó don José Toribio Medina, historiador chileno. Dicho argumento ha sido confirmado plenamente con documentos hallados en los archivos recientemente, que «Ponce de León desembarcó por donde arribó Colón y por donde residía Guaybana». Además, que «el desembarco de Ponce de León ha servido para localizar en Culebrinas el arribo del Almirante... y Ponce de León sale de Santo Domingo a lugar conocido, al puerto donde 13 años antes estuvo con la armada del Almirante (1493-1506)».

El Padre Nazario estableció correctamente la cronología y la ruta que tomó Ponce de León el año 1506 desde La Española al puerto llamado «la aguada» o Guaydía, la que tuvo que haber tomado de alguna fuente documental como la que hemos señalado; don Salvador Brau, quien a su vez obtuvo la información parcial y en parte errónea, del «experto investigador chileno don José Toribio Medina».

A su vez, fue de Brau que tomaron los demás historiadores conocimiento del legajo, repitiendo los mismos errores que aparecen en la obra de Brau. Este citó la fecha de la Probanza como el año 1538 en lugar del año correcto de 1532, y por creerla errónea, cambió la fecha de la expedición del año correcto de 1506 a 1508, que era el que entonces se aceptaba. También improvisó que el desembarco se había efectuado por el puerto «de los pozos de la aguada», nombre que no aparece en ningún sitio del documento o Probanza de Juan González Ponce de León.

Advirtió el Padre Nazario: «Los edificios que carecen de fundamento, tienen un gran enemigo: el tiempo. Las opiniones falsas tienen también un gran enemigo: la lógica».

En tal sentido se preguntó el Padre Nazario: «¿Tiene relación alguna con el arribo de Ponce de León la ermita del Espinal y la Aguada? Ninguna. En el año 1645 del siglo XVII (del Sínodo Diocesano del Obispo Fray Damián López de Haro), no existían la ermita del Espinal ni la iglesia de Aguada... en todo ese distrito (San Germán) no hay otra iglesia sino es la hermita de Hormigueros». Se refirió el Sínodo a la Villa de San Germán, que «es curato y servidero y del Patronato Real... con vicario foráneo... por la vanda del Norte se extiende hasta el río Camuy, que dista once leguas».

Comentó don Salvador Brau, «consta de manera irrefutable, que ni Ponce de León ni los marinos que le condujeron tenían noticia de otro puerto, en la isla de San Juan, que el descubierta por Colón en 1493 y el único que hasta entonces se había reconocido en aquel territorio». La fecha de la llegada de Ponce de León para su exploración inicial de Puerto Rico aparece con claridad en el documento citado por Medina y Brau, la «Probanza de Servicios de Juan González Ponce de León», como el año 1506. (Archivo General de Indias — Audiencia de México — Legajo 203 — 36 folios) en «Nuevas Fuentes» — Aurelio Tió — págs. 31-109).

Fue en realidad el año 1506 y no el 1508 que Ponce de León desembarcó en «un puerto llamado la aguada fronterero de la boca de un río muy grande que llamase Guaorabo», pero a falta de una información completa, Brau presumió que el desembarco se había efectuado por el paraje del cacique Guaybana en 1508, que era lo aceptado generalmente. Todo el error surgió de la información incompleta que le suministró a Brau el historiador Medina, su confusión de fechas y hechos, y la escasez de documentos que hubieran permitido deslindar los hechos.

Puede comprenderse ahora la seguridad absoluta del Padre Nazario en su erróneo señalamiento del puerto de Guadianilla como el lugar del desembarco de Ponce de León en 1506, y por ende, el de los descubridores en 1493, en el yucayeque del cacique Guaybana. El erudito sacerdote percibió la realidad a pesar de la confusión de fechas y lugares, la que sólo se ha podido aclarar al localizar nosotros en el Archivo de Indias de Sevilla, la Probanza de Juan González y el pleito sobre la herencia de Tomás de Castellón, doble buena fortuna, pues ambos documentos se complementan, aclarándose así todo el enigma de siglos del descubrimiento de Puerto Rico.

El Padre Nazario razonó con gran lógica, pues sus argumentos en relación con Guadianilla se pueden aplicar a la Ensenada de Calvache en Rincón, siempre que se tenga presente que el paraje del cacique Guaybana fue reconocido en el viaje del año 1508 y no en el del año 1506. Las menciones del paraje del cacique Guaybana en Guánica son erróneas, ya que está comprobado que estaba en el llamado «Mosquital», al pie de las ciénagas cerca de la desembocadura del río Caoyuco en la bahía de Guayanilla. La evidencia arqueológica que recogió el Padre Nazario completa la identificación del lugar del desembarco de Ponce de León en 1508 en la bahía de Guayanilla. «En una de mis excursiones por los campos, recogí en un lugar donde había muchos pedazos grandes de hierro

nativo, uno o dos uní a mi colección. En la broza había trazos de canales de ladrillo. ¿Quién llevó allí esos fragmentos? ¿Quién construyó en declive aquel canal? Los más ancianos lo ignoraban, ¿sería una fundición? Creo que lo dicho es bastante para que se tenga este convencimiento: los restos que se encuentran en Guayanilla, dispersos o reunidos en el lugar donde la tradición localiza *la primera Iglesia de los Indios*, son pruebas de la antigua Guaydía, emplazada en las cercanías de Guayanilla... Tengo bastantes elementos para un libro sobre esta materia. Si Dios lo permite, trabajaré en darle forma». De Hostos vio un «cuadernillo» que sería el inicio de la obra en preparación.

Dicha obra no fue publicada y el manuscrito no se ha localizado, frustración que se incrementa al conocer de otros escritos inéditos del Padre Nazario que hemos mencionado, entre ellos el muy importante estudio, «Escritura fonética de los indios de Puerto Rico», que consideró que podía ser el idioma «caldaico-hebreo». La mera mención de un trabajo de esa naturaleza, del que tomó nota el doctor Coll y Toste, demuestra el fervor con que el Padre Nazario reflexionó durante muchos años sobre los raros signos de tipo cuneiforme, los que le parecieron de naturaleza alfabética, en su colección de piedras cinceladas, en cuya apreciación concuerda el erudito arqueólogo e historiador doctor Adolfo de Hostos. En tales trabajos, aún inéditos, debe haber vertido el Padre Nazario una descripción detallada de las piezas indígenas que excavó y estudió con grandes dificultades, algunas de las cuales mencionó en su libro sobre el descubrimiento de Puerto Rico.

«A trechos malezas o escombros las ocultaban, una mano amiga nos ha conducido victoriosamente a través de dificultades y abismos... misterios inaccesibles, o abismos de oscuras profundidades... no se trata de construir, sino de reconstruir un edificio del que quedan algunos escombros, y de que la reconstrucción sea tan conforme con la obra destruida, que no se note, en cuanto sea posible la huella de la piqueta demolidora... las ruinas del tupido zarzal... esconde tesoros que encontrarán conservados las generaciones futuras... aquí una piedra, allí una moldura, una tradición... cual jalones... para descubrir los secretos, y por los secretos, los hechos de otras edades». (*Guayanilla y la historia de Puerto Rico*, págs. 117-119.)

«Muchos son los monumentos que poseo y dan testimonio de la población cristiana, que como la amiga de René se precipita abrazada con su compañera, la población indígena, en los abismos de

la muerte... ¿Quién pudo depositar en aquellos lugares esos monumentos? Al NO. del actual Guayanilla, a una distancia aproximada de dos kilómetros en línea recta, hay un montículo de once metros más o menos de altura... tres afluyentes derraman sus aguas en el puerto de Guayanilla: la quebrada del Cedro, el río de Guayanilla y el de Yauco... depositan durante muchos meses cada año... tierras, detritus, árboles y rocas». (*Ob. cit.*, pág. 158.)

Al Padre Nazario no le quedó otro recurso que seguir los informes oficiales, algunos de los cuales callaban ciertos aspectos por razones de conveniencia. El Comendador Ovando, en un informe oficial, declaró que Ponce de León había desembarcado por el paraje del cacique Guaybana en 1508 en un solo carabelón, luego de haberse reunido con algunos caciques de Puerto Rico en la isla Mona. Sin embargo, en la Probanza de Juan González, aparece descrito con lujo de detalles por cuatro testigos el primer desembarco de Ponce de León «en cuatro naos y una carabela», el año 1506.

Alrededor del Cuarto Centenario sólo se conocía la versión oficial de Ponce de León a Ovando del año 1508, y aunque el Padre Nazario se enteró en alguna forma del viaje del año 1506, desconocía sus detalles, y basó su tesis en que en 1506 Ponce de León había desembarcado en el paraje del cacique Guaybana en Guadianilla, en las márgenes y cerca de la boca del río Caoyuco, específicamente en el barrio «Los Indios». Esa confusión de fechas fue la base del error en que cayeron los propugnadores del desembarco por los puertos de Aguada o Aguadilla. También el Padre Nazario confundió los dos viajes de los años 1506 y 1508, combinando un solo viaje de ambos, como única manera de que concordaran con su tesis, acomodación que repitió en otra ocasión.

Entre los argumentos incidentales y acomodaticios del Padre Nazario está el del descubrimiento de las islas de San Martín, Santa Cruz y Santa Ursula. «La armada sale de San Martín en la tarde del 15. ¿A qué isla se dirige? A una que tenía a la vista, pero Santa Cruz no está a ojo de San Martín».

Como está demostrado documentalmente que Colón estuvo unas seis horas en Santa Cruz, el Padre Nazario erró al negar tal hecho. La isla que está a la vista de Santa Cruz es Saba, la que tiene los mismos corales rosados que describió Colón que salían pegados a las uñas de sus anclas en la isla que nombró San Martín, pero que para poder haber llegado a ella hubiera requerido un gran desvío hacia el Norte. En tal caso el Almirante hubiera tenido que

subir al Norte a San Martín, bajar al Sur a Santa Cruz, y haber vuelto a subir a las islas Vírgenes.

El Padre Nazario consideró que tal manera inconsistente de navegar no tenía lógica alguna. «Eso es inadmisibile, por imposibilidad física y moral», exclamó el Padre Nazario, lo que es una conclusión perfectamente lógica. Sin embargo, luego de llegar a esa conclusión, se desvió de su razonamiento al argumentar: «de ella debe verse a ojo a Santa Ursula y debe estar separada de ésta por un estrecho canal. San Martín es la única que reúne estas dos condiciones: Santa Cruz debe ser borrada de la relación de islas descubiertas en el segundo viaje de Colón». Tal parece que el razonamiento del Padre Nazario fue influido por los mapas defectuosos de la época, así como por la ausencia de una mención específica de Santa Cruz por el doctor Alvarez Chanca, pero según el Diario de Navegación del Almirante, estuvieron de seis a siete horas frente a dicha isla.

No obstante algunos errores debido a la escasez de fuentes documentales, el gran pensador que fue el Padre Nazario tuvo una percepción muy aguda de los hechos tal como estos ocurrieron, lo que se va comprendiendo a medida que la investigación se abre paso a través de las brumas de la Historia. Confesó que su interés en esta disciplina lo despertó el señor José J. Aguayo, quien le relató de la desaparición de varias poblaciones, entre ellas, Guayani-lla, así como por su amistad con el doctor Manuel Zeno Gandía y con el doctor Darío Franceschi.

Empleó el Padre Nazario con gran efectividad las tres actividades intelectuales básicas; ejercer la voluntad, pensar y juzgar, entre las que no figura el saber, porque consiste de los conocimientos adquiridos y asimilados. Pensar equivale al diálogo silencioso y solitario con uno mismo, mientras que juzgar requiere compartir con otros, expandiendo la mente para que la imaginación coloque al individuo en el lugar de otra persona y así tratar de ser imparcial, permitiendo la liberación del efecto de pensar.

El Padre Nazario sostuvo polémicas con el doctor Coll y Toste y con don Eduardo Neumann Gandía, pero no resintió ciertas frases, a veces hirientes, sino que las tomó a broma, según lo reconoció el doctor Coll y Toste, quien se convirtió en su admirador. Se deduce de la actitud comprensiva del Padre Nazario, la confianza que tenía en sí mismo al bromear sobre dichas críticas, quizá al considerar la debilidad de la base documental o científica sobre la cual todos ellos se encontraban opinando. Fue estimulado a pensar en su intento de juzgar las actuaciones de los primitivos pobladores de

la isla, indios y españoles, lo que hizo con admirable claridad y concisión en su controvertible libro sobre el descubrimiento de Puerto Rico, y en la *Revista de Puerto Rico*, fundada por don Francisco Cepeda en Ponce, así como en los periódicos *La Correspondencia de Puerto Rico* y *La Democracia*.

Su hábito de examinar los sucesos relativos o escritos con una actitud independiente, aunque atendiendo las opiniones ajenas y las emitidas previamente, le permitieron ver claramente la realidad dentro de las limitaciones de los conocimientos de su época.

Se ha señalado que el acto de juzgar es el más político de los procesos mentales, por lo que se considera como el que más nos estimula a pensar. En tal sentido, el Padre Nazario logró discernir lo que otros no pudieron, ejerciendo su agudo poder de raciocinio, según lentamente va descubriéndose. Su poder para sintetizar quedó demostrado en su estilo breve, claro y conciso, pero elocuente, con escaso desperdicio adjetival. En sus escritos, cada oración lleva directamente al punto y es fuente de ideas para desarrollar, pues estimulan el pensamiento.

Como ejemplo, el Padre Nazario clasificó el famoso mapa de Juan de la Cosa como apócrifo cuando nadie aún dudaba de su autenticidad, debido a que aparecían datos posteriores al año de su supuesta fecha, 1500, y aún del año 1508, en lo que tenía razón, sabiéndose además que el Maestre de la carabela *Santa María*, a quien Colón apostrofó por su incompetencia y por haber abandonado la nave cuando encalló, no era el mismo Juan de la Cosa, famoso cartógrafo del segundo viaje y de otros viajes posteriores. (*Guayanilla y la historia de Puerto Rico*, pág. 77.) Es evidente que el Padre Nazario poseía una gran habilidad para extraer su esencia a los conocimientos corrientes, y para analizar lo ordinario de manera extraordinaria, no obstante que las limitaciones que tuvo en sus investigaciones fueron frustrantes, pero su poder de observación las pudo vencer en parte. Las nuevas técnicas en desarrollo han modificado en algo la significación de la Historia, convirtiéndola en una Caja de Pandora de sorpresas al extraer nuevos significados a los textos antiguos, lo que logró parcialmente el Padre Nazario.

Su hallazgo de las piedras grabadas, cuyos signos eran distintos a los ya conocidos en las pictografías indoantillanas, fue considerado un fraude. El doctor Fewkes insinuó que no le parecían muy antiguas, aunque luego consideró posible que pudieran pertenecer a una raza pretaína con una escritura distinta. El doctor Coll y Toste tildó de ilusión que alguien hubiera podido derivar un alfa-

beto indoantillano, de cuya existencia sabía algo. El Padre Nazario lo invitó a hacer un estudio conjunto de las piedras, pero sólo le ofreció cooperar en clasificarlas geológicamente, soslayando el propósito obvio de discutir la significación de los extraños signos grabados, pues su composición física era secundaria. Dicha composición semeja al pórfido, un conglomerado alterado de piedra serpentina oscura y azulosa, silicato de magnesia incrustado con mica, cuarzo y coral, teñida con óxidos de hierro rojizos, parecidos a la limonita que prevalece en las lomas de pie de monte de esa región del Sur de Puerto Rico, color que dio el nombre a la Sierra Bermeja y al Cabo Rojo de Los Morrillos. Los ferromagnesios predominan en la piedra serpentina de color verdoso y azul oscuro, en este caso altamente fracturada, alterada y granular.

Es difícil determinar con precisión el lugar de origen de las piedras, las que son difíciles de clasificar por ser conglomerados. A veces parecen las piedras a las llamadas piedras calcáreas tipo Atalaya, de color gris azulado, y en otros casos al asperón arenisco. La identificación precisa resulta ser solo tentativa, pues en Puerto Rico sólo la piedra caliza es distintiva, y por tal razón es que se ha intentado basar sobre ellas una correlación, la que resulta débil cuando se basa en factores estructurales. Es posible que un estudio paleontológico de los fósiles incrustados en las piedras puedan arrojar luz sobre su origen y su edad.

En esas piedras, expresó el sabio sacerdote, existía un misterio que «guarda revelaciones históricas». Su confidente más allegado fue el doctor Manuel Zeno Gandía, un científico, quien seguramente lo ayudó a obtener obras enciclopédicas para su estudio por su erudito amigo.

El Padre Nazario examinó toda la región con mucho interés, según se desprende de su descripción: «innumerables cantos rodados cubren las laderas», por lo que la conoció en todos sus aspectos. Al asegurar que los signos guardaban revelaciones históricas, seguramente tenía alguna información de la anciana confidente como referencia, alguna clave que le permitió descifrar algunos de los signos. Pudo ser una secuencia de signos parecidos al + × —, inteligibles en español pero no en inglés ni en otros idiomas, para anunciar la venta de bicicletas «más por menos».

Al insinuar el doctor Fewkes que los más de ochocientos antropóglifos del Padre Nazario podían representar una superchería por no parecerles muy antiguos, es evidente que hubo de referirse a los extraños signos grabados en ellos y no a las piezas en sí, ya

que eran tallas en piedra y no en cerámica. Tan numerosa cantidad demuestra la imposibilidad y lo ilógico de haberse podido ejecutar un trabajo cincelado en piedra tan agotador sin ningún evidente motivo económico, y sólo con el aparente propósito de engañar. Lo más difícil de poder comprender es que la mayor parte de las piezas tenían la forma tallada de una figura humana, lo que hubiera requerido los servicios de un artista escultor bastante competente, pues en muchas son bastante definidos sus rasgos físicos.

Por el contrario, las piedras grabadas con signos que se han encontrado en diversos puntos de América han sido de superficie plana sin semejar figura humana alguna, sino solamente líneas y triángulos, sobre una sola piedra. En este caso se trata de más de ochocientas piedras talladas, una gran parte con forma humana, y además inscritas con signos muy extraños, distintos a los petroglifos indoantillanos. Parece inconcebible una falsificación en tan enorme escala por un operario, la que resultara en las más de 800 antropoglifitas del Padre Nazario, las que con dicho nombre las nombró porque predominaba la figura humana.

El Padre Nazario se confrontó con dos grandes incógnitas; una clave como referencia para poder descifrar los extraños signos, que no conformaban con los bien conocidos glifos indoantillanos, y la composición geológica de las piedras.

Las rocas y los terrenos de Puerto Rico son tan variados debido al clima y a la agreste topografía, que la descomposición de las rocas hace la identificación muy difícil porque son raros los ejemplos que se encuentran sin alteración. Los geólogos identifican las rocas y terrenos con gran cautela en forma tentativa al no poder precisar su complejo origen. Según R. C. Roberts, una mayoría de las grandes clases de terrenos del mundo están representadas en Puerto Rico, en unas 115 series, con 352 tipos y fases, pues tienen un desarrollo muy variado dentro de cortas distancias con gran celeridad.

Lo más probable es que las piedras del Padre Nazario fueran extraídas tierra adentro en las lomas de pie de monte al Norte de los cerros de piedra caliza predominantes alrededor de la bahía de Guayanilla, pues en los cortes de caminos pueden observarse rocas ígneas que han penetrado en filones a través de la toba o roca calcárea. En medio de una región eminentemente sedimentaria de calcita o dolomita, los grabadores encontraron intrusiones de roca ígnea fragmentada, con incrustaciones de mica y cuarzo, en olivina con óxidos de hierro. Su color dependió del contenido de óxidos férricos en la alteración de los silicatos de magnesio como lo es la

olivina. La mica en dichas piedras, que es un silicato de magnesio, debe su color amarillo obscuro probablemente a su contenido de hierro. La olivina se convierte en serpentina, y ésta en limonita y sílica, pues es un ortosilicato compuesto de magnesio, calcio, hierro y manganeso, de cuyo último metal probablemente se deriva su color violeta azulado obscuro. La serpentina se consideraba como una roca sedimentaria y también como roca derivada de la magma. Ahora se opina que se deriva de peridoto hidratado, o que se originó a poca profundidad bajo la superficie del terreno al percolar el agua bajo tierra.

Este es un campo altamente especializado, por lo que es difícil tener un consenso, pero la opinión más generalizada es que la serpentina es un peridoto alterado de olivina libre de feldespatos, compuesta de minerales ferromagnéticos como base.

Las piedras del Padre Nazario son duras y de estructura compacta, aunque a veces celular y porosa, resistente a la acción del tiempo, difícil de labrar pero que permite el pulimento. Parece una clase de serpentina, con incrustaciones de mica y cuarzo, y concentraciones de óxidos de hierro. Su color dominante es un azul oscuro grisáceo, con venas y partes de color rojizo. En Guayanilla, la toba contiene intrusiones de serpentina, en mayor cantidad a medida que se adentra en los cerros de pie de monte hacia el Norte de la costa, según aparece en los cortes del terreno. Al Oeste, en la serie de cerros llamados Sierra Bermeja, el bajo contenido de aluminio en la roca serpentina, y la disminución por solución de la sílica y el magnesio, ha quedado como remanente una mayor concentración de hierro, el que se ha hidratado para formar limonita junto con toba o piedra calcárea.

Cabe la posibilidad que fueran cierta clase de pórfidos de origen andesita, que son las rocas más comunes en Puerto Rico, siendo las más escasas las areniscas.

Es difícil precisar la composición exacta de tales piedras, y como ejemplo, el nombre pórfido, que antes sólo se aplicaba a una piedra rojiza con pequeñas manchas blancas, luego se ha aplicado a otras rocas matrices muy diversas, y a rocas mixtas de una compleja pero uniforme masa, en la que se destacan cristales de la misma o de distinta composición o naturaleza.

Esas clases de roca pueden aparecer en forma masiva, en bolos redondeados, y en filones o diques que penetran a través de otras rocas cristalizadas o sedimentarias, y todas demuestran la compleja acción geológica que las formó.

Sea como fuere su composición geológica, es un hecho palpable, al examinar las piedras del Padre Nazario, que los signos que se forman con una serie de rayas cortadas sobre la piedra en bajo relieve en diversas formas, tales como ángulos, triángulos y líneas paralelas adornando figuras que semejan la forma humana, tienen que haber sido grabadas por alguna persona o personas entrenadas, con el aparente propósito de escribir o simular un mensaje, de acuerdo con su forma y su secuencia, y de ser falsificadas, copiadas de algún modelo suplido por el inspirador del fraude. El estudio que efectuó el Padre Nazario de sus piedras, como toda obra precursora, requiere correcciones, pero no merece el señalamiento acusatorio que se acostumbra hacer de las inscripciones de un origen desconocido en América, de ser falsificaciones, lo que es un medio fácil y conveniente para rechazar toda evidencia extraña cuyo análisis requiera cierta laboriosidad, sin reconocer que el escepticismo intransigente es tan perjudicial como la credibilidad aceptada sin previa investigación. Muchas conclusiones como las del Padre Nazario han sido rechazadas como no científicas y aun de ser el producto de una mente desequilibrada, pues con frecuencia es una barrera muy fina la que separa el genio de la locura, debido a la audacia de las ideas formuladas.

Un ejemplo paralelo reciente es el de la llamada Piedra Metcalf, la que fue encontrada en 1966 en un lugar donde habían vivido los indios Yuchi, en terrenos del Fuerte Benning en Georgia, la que fue estudiada por el doctor Joseph B. Mahan Jr., del Museo de Artes y Artesanía de Columbus, Georgia, experto en etnología y arqueología indígena. También la estudió el doctor Cyrus H. Gordon, Director del Departamento de Estudios Mediterráneos de la Universidad de Brandeis. Ninguno de los dos cree que los indios Yuchi pertenecieran a una de las diez tribus perdidas de Judea, pero identificaron las inscripciones como una escritura de Minos en el segundo milenio A. de C. (Linear A) y Niceno (Linear B), más ciertas letras del alfabeto fenicio, lo que implificaría un estado de escritura intermedio entre el silabario y el alfabeto, entre el heteominóico y el fenicio, muy complejo por ser híbrido.

Los caracteres de la Piedra Metcalf tienen cierto parecido con los de las piedras del Padre Nazario, con líneas rectas cruzadas y triángulos que se parecen a la letra fenicia «dalet», o a la letra «delta» griega. Con los medios actuales para la interpretación de inscripciones y sin otras inscripciones como referencia, sería prema-

turo hacer un juicio, pero las analogías de sus caracteres con algunas formas de escrituras semíticas es considerable.

De haber sido éste un ejemplo único en América tendría mucho menor importancia, y hasta podría alegarse que las analogías entre los caracteres son accidentales, pero algunos son tan parecidos en ciertos detalles, que es difícil descartar la posibilidad de una relación con el Oriente Medio. El orientalista Pierre Honoré encontró analogías entre las escrituras de Minos y las de los indios maya, y tal como los sellos de Mesopotamia eran emblemas heráldicos para identificar a los reyes y a sus pueblos, los sellos taínos pueden haber sido usados para hacer lo propio con los caciques y sus tribus guerreras.

La escritura de la Edad de Bronce se ha encontrado en Babilonia, en jeroglíficos egipcios, en el silabario Egeo, y en el alfabeto fenicio, en la misma secuencia que en el hebreo, el griego y el latín. Los navegantes de Minos y Fenicia recorrían grandes distancias hasta las costas atlánticas en las que dejaban sus escritos, pues para poder navegar en alta mar se requerían observaciones astronómicas que había que anotar en un Diario de Navegación con una escritura basada en un alfabeto fonético.

Platón escribió sobre un continente que llamó «Atlantis» que había desaparecido bajo el océano unos 9,000 años antes, según una tradición egipcia que le fue comunicada por Solón. Theopompus de Chios, en su obra *Meropis*, describió un pueblo que vivía, según Silenus, en un continente más allá de Africa y de las islas atlánticas. Diodorus Siculus de Sicilia también las describió, así como Strabo en su *Geografía*. Diodorus (5:19; 1-5) describió una isla enorme al Oeste de Africa con ríos navegables, la que sólo podía ser América, pues en esa época cualquier tierra separada por agua de Europa se le llamaba isla; así como la de la fundación de Cádiz. Los fenicios informaron haber sido arrojados por fuertes vientos a través del océano hasta una gran tierra que los tirrenos intentaron colonizar, pero que los cartagineses se lo impidieron. Strabo explicó como los fenicios hicieron exploraciones fuera de los Pilares de Hércules (Heraclides).

La tierra de los feacios, «Eskeria o Corcira» en la *Odisea* de Homero es otra versión de América, aunque como se informó que se hundió en un cataclismo, debió ser la legendaria Atlántida. Es interesante que existió evidencia de algunas incursiones del Viejo Mundo en el Nuevo Mundo, y aun cuando los jeroglíficos y el silabario de Minos se distinguían de la escritura de Egipto y Mesopotamia,

hay marcadas semejanzas en una serie de conexiones epigráficas entre las escrituras del Nuevo Mundo y las de Minos y Fenicia.

Los fenicios cartaginenses navegaron en 450 A. de C. por el océano de acuerdo con la obra *Ora Marinera* del poeta latino Avienus. Hanno escribió su Diario, llamado *Periplus*, en el que describió su paso por el estrecho de Gibraltar con 60 buques y 30,000 personas. El faraón Necho II, según Heródoto, ordenó la circunvalación de Africa en tres años. El profeta Ezequiel describió una flota fenicia que traía hierro de una tierra muy distante en el Océano Atlántico que llamó Tarsish. (Capítulo 27, v. 12.) El nombre irlandés para esa tierra era Hy Brasil, equivalente al I BRZL o Isla de Hierro semítica.

El 11 de septiembre de 1872, el Director del Instituto Histórico de Río de Janeiro, Brasil, Ladislau Netto, recibió una copia de una inscripción Cananea encontrada en Pouso Alto, cerca de Paraíba, de un tal Joaquim Alves de Costa. El Emperador Don Pedro II la refirió a un gran escritor francés, Ernest Renán, quien luego de interpretar erróneamente algunos pasajes, la declaró una falsificación. El alemán Konstantin Schlottman, sin embargo, la consideró genuina. Los años han demostrado que Netto tenía razón, pero el negativismo ha continuado imperando. La inscripción contenía datos desconocidos en 1872 según se ha comprobado recientemente, por lo que el supuesto falsificador tenía además que haber sido un clarividente al anticiparlos por un siglo.

El idioma persa fue descifrado por George Grotefend; el silabario de Chipre por George Smith; y el Linear B por Michael Ventris, por lo que puede esperarse que ocurran nuevos desarrollos en la interpretación de idiomas desaparecidos. En América, la tradición recordaba a un hombre de barba blanca que había llegado del Este en una nave a México, llamado Quetzalcóatl o Kukulcán, simbolizado por una serpiente con alas.

En el antiguo territorio de los indios Cherokee, en Bat Creek, Tennessee, el doctor Cyrus Thomas excavó una inscripción hebrea de alrededor del año 135 D. de C. que consideró ser escritura indígena, pero que señala contactos con el Oriente Medio en el siglo II D. de C. De acuerdo con el doctor Cyrus H. Gordon, este hallazgo significa que hubo una migración desde Judea al Sudoeste de los Estados Unidos en los primeros siglos de nuestra era. (*Before Columbus*, pág. 187.) El doctor Gordon es el director del Departamento de Estudios Mediterráneos de la Universidad de Brandeis.

En Venezuela se halló una cantidad de monedas del reino de

Augusto del cuarto siglo D. de C., con dos monedas arábigas del siglo VIII D. de C. las que quizá vinieron en una nave alrededor de 800 D. de C. Un mapa de Coimbra del año 1424 D. de C. tiene dibujadas partes de la América del Norte.

Vemos como el tiempo se encarga de probar los descubrimientos arqueológicos y de confirmar las tradiciones a pesar de los hiper-críticos y de los escépticos compulsivos, productos de la sobreespecialización.

Solamente la evidencia directa puede disipar las dudas de que se han encontrado figuras de chinos con trenzas, negros con la nariz chata y labios gruesos, así como caras como las de los Ainu del Japón en varios lugares de América.

Si prescindimos de las equivocaciones probadas, aunque estuvieran basadas en la lógica, podemos tener una idea de las dificultades en descifrar una escritura prehistórica. La labor del hombre en desarrollarla fue lenta y ardua, al tener que inventar un lenguaje hablado y luego escribirlo, según se puede observar en la historia del Oriente. China usa todavía un sistema de escritura primitivo e incómodo, pues carece de alfabeto, por lo que cada idea básica la expresa un símbolo, cuyo número es de alrededor de 40,000 caracteres. Es probable que por tal motivo fue que China no pudo desarrollar más su brillante civilización, en contraste con el Occidente, que adoptó un sistema flexible alfabético de escritura fonética inventado en el Oriente Medio por un pueblo de origen semítico. Fue esa una de las invenciones más importantes de todos los tiempos, un triunfo de la inteligencia al sistematizarlo en la conciencia interna como un instrumento adaptable para la comunicación, que es superior a todos los demás. Los números fueron otro invento análogo tan reciente, que aun los llamamos números arábigos. La numeración romana era tan incómoda, que al igual que la escritura china, estancó el desarrollo de su civilización. Estos dos casos demuestran que las civilizaciones progresan debido a la sistematización de las ideas y de la experiencia.

Las formas antiguas del lenguaje eran irregulares, ya que cada sonido expresaba una idea, pero en las formas modernas, al ser sistematizadas, se fueron haciendo más regulares.

Los idiomas romance han retenido el sistema de las declinaciones en los casos de género y posesivos, en los que el genitivo plural es distinto al singular. En el idioma inglés, por estar más sistematizado, se han reducido tales diferencias al mínimo, pues tiene una sola forma para el posesivo singular y plural, así como para el

género masculino y femenino. Esa sistematización del lenguaje ha sido llevada al máximo en su estructura y en la expresión de las ideas, con el resultado que se ha creado un orden científico altamente sistematizado, en un mundo que ofrece a los sentidos la impresión de la más extraña confusión. La manera como el animal racional que es el hombre ha reaccionado a su medio ambiente, demuestra su naturaleza desarrollada y compleja; pero siempre depende de su lengua, la que representa diferencias básicas en su punto de vista del mundo que lo rodea. Los idiomas occidentales, por ejemplo, están basados más que otros en el factor tiempo, el que es básico en la historia; los almanaques, los calendarios, las predicciones, los diarios y el reloj, todo lo cual regula continuamente sus acciones diarias.

La preocupación por la cronología era una obsesión de los indios maya, no muy diferente de la existente en Occidente, lo que es frecuente en las sociedades basadas en la agricultura y sus consiguientes celebraciones religiosas. Es casi tan difícil descifrar una lengua muerta como el estudio de las modernas, con su fonética, sintaxis, morfología y léxico, el que es tan científico y preciso como el de las ciencias naturales, ya que los idiomas tienen dos aspectos; el genético, como es evidente en las lenguas romance, y la alianza lingüística o fusión de varias lenguas distintas, como es el inglés, fusión del celta, el sajón, el alemán y el francés.

Los clásicos griegos son indispensables para descifrar los enigmas de la América prehistórica. En el siglo V A. de C. Heródoto refirió los viajes de miles de millas en naves que no se habían despenado del borde de la tierra; el Tarsish, famoso por su plata, mencionado por el profeta Ezequiel (1:16-19); las migraciones descritas por Plutarco en *De Facie Quae in Orbe Lunae Apparet* (Sección 26); la información de Sertorius (*Vidas de Plutarco*, Sección 8, páginas 20-23) de que conoció navegantes en la costa atlántica de España que habían regresado de dos enormes islas en el océano a una distancia de 10,000 estadios de África, con ríos navegables, implicando que pudo ser el hogar de *los dichosos feacios* cantados por Homero. (*La Odisea*, 4:563-568.)

Existe bastante evidencia arqueológica en cuanto a la influencia de pueblos del Viejo Mundo con migraciones que sólo dejaron constancia en piedras cinceladas y algunos objetos, como la cerámica japonesa excavada en Ecuador, la cabeza mixteca negra de labios gruesos de Oaxaca, las figuras de tipos semíticos, de las que no hay falsificador capaz de inventar las de razas auténticas como son esas.

Por tal razón, no hay motivos para dudar de que alguno de esos pueblos pudo haber dejado evidencia petroglífica en Puerto Rico. Las migraciones humanas siempre dejan alguna evidencia, como ha ocurrido en América, donde sus indios eran menos mongoloides a medida que se alejaban de su punto de entrada al hemisferio en el Estrecho de Bering. Los informes eran de tener una tes más clara, la nariz más prominente, las cabezas alargadas y el cabello ondulado, en contraste con la nariz chata, las cabezas redondas y el cabello lacio de los mongoles del presente.

El préstamo de técnicas en forma alguna desmerece la creatividad de quienes las adoptan, pues los creadores son aquellos que han sabido construir sobre lo que han adquirido de otros. No han existido civilizaciones creadas por salvajes subhumanos, sino que representan la culminación de los variados esfuerzos e influencias de distintos pueblos precedentes de todos los continentes de la tierra. Por ejemplo, los petroglifos y el silabario de Minos se distinguían de los sistemas de escritura de la Mesopotamia y Egipto, debido a que sus contactos no eran frecuentes. Sin embargo, es sorprendente la serie de conexiones o semejanzas epigráficas entre petroglifos del Nuevo Mundo y la escritura de Minos y de Fenicia.

Los indios eran capaces de cálculos astronómicos increíblemente complicados con su sencillo sistema de números, el que al principio fue considerado por los españoles como casi infantil, y el que todavía lo emplean con gran pericia sus descendientes analfabetas para calcular las fechas calendáricas y llevar sus cuentas.

Sin embargo, los griegos y los romanos, tan civilizados, usaron letras para representar sus números, lo que impidió que pudieran desarrollar las matemáticas al nivel de los indios maya, quienes expresaban cualquier número con el empleo de sólo tres signos: el punto, la línea o barra, y el puño cerrado para indicar el cero, el que inventaron mil años antes que los árabes lo llevaran a Europa desde la India.

Ayudaba a los indios el desarrollo de una memoria prodigiosa, la que era necesaria para sus areitos, viajes marítimos y sus matemáticas. Escribió el Padre Las Casas: «De la doctrina cristiana no es cosa fácilmente creíble, porque veinte y treinta pliegos de papel escritos, hay muchos indios que cuasi todos los han tomado a la memoria, y con pocos tropiezos los recitan sin pena alguna; de cosas antiguas entre ellos acaecidas, y de muchos tiempos pasados, la memoria tiene por historia». (*Historia de las Indias — Fray Bartolomé de las Casas — Apéndice — Cap. XXXVII — pág. 513.*)

Algunos de los españoles comprendieron la aguda inteligencia de los indios y la aprovecharon, sobre todo en los viajes marítimos, por lo que se ocuparon de aprender a hablar su lengua a perfección. De Juan González Ponce de León decían los indios que hablaba su lengua mejor que ellos, lo que le permitió hacerse pasar por cacique y participar en sus areitos y asambleas para enterarse de sus planes. En La Española, Cristóbal Rodríguez fue apodado «La Lengua» debido a su habilidad como intérprete, y fue uno de los más fuertes defensores de los derechos de los indios en la Corte de España.

La memoria portentosa de los indios podría implicar que la anciana de origen indígena que le reveló al Padre Nazario el paradero de las piedras grabadas de sus antepasados, pudiera haber recordado un gran caudal de información que le sirviera al erudito sacerdote para descifrar su significado. Una gran parte de dichas piedras representaban pequeñas imágenes que semejaban una figura humana, algo análogas a los cemps y a la huaca o WAKA del Perú, pero grabadas con signos distintos a los taínos, cuyos símbolos eran dibujados con curvas, en lugar de las líneas rectas y los triángulos de estas piedras. Los indios eran animistas y tendían al antropomorfismo en sus dibujos. Creían que esas imágenes tenían alma y que los hombres tenían vida mientras tuvieran sus ojos, lo que quizá explique por qué le sacaron los ojos a los españoles que mataron en el ataque al Fuerte de la Navidad en La Española. Creían que las plantas y las rocas vivían, tal como los animales.

Todos los sistemas indoantillanos pictográficos se basaban en el uso efectivo de imágenes gráficas que eran toscas pero reconocibles, algunas con símbolos ya convencionalizados que recordaban objetos y conceptos abstractos, en lo que era una escritura representada por dibujos. La escritura era ideográfica, pues se dibujaban toscamente los objetos que se deseaban explicar con palabras y transmitirlos en forma permanente.

Lo más controvertible del caso es hasta qué punto contenía dicho sistema un elemento fonético, el que se ha atribuido a la influencia posterior española, al desarrollarse una técnica no semántica pero fonética por medio de figuras, algo análoga a los acertijos llamados «rebus», en los que constituye un entretenimiento acertar su solución.

El Padre Nazario creyó haber descifrado una parte de los signos en las piedras que encontró enterradas en el barrio «Los Indios» de Guayanilla; cuyo resultado no llegó a publicar, tal como descifró el

punto esencial sobre el descubrimiento de Puerto Rico. Si prescindimos de las equivocaciones obvias, aunque lógicas, y observamos que el Padre Nazario aludió claramente al desembarco de Ponce de León en 1506, podemos apreciar que debió conocer partes de la Probanza de Juan González o de algún documento con un texto parecido, aunque sólo superficialmente. El alegado desembarco de Ponce de León por el yucayeque del cacique Guaybana en 1506 fue una confusión con el viaje por Guadianilla en 1508, pues es evidente que conoció el documento del año 1506 sólo por citas y referencias, y no el documento en sí. Posteriormente, los hechos comprobados documentalmente han dado la razón al Padre Nazario en el punto esencial del descubrimiento; que Ponce de León llegó al puerto de la aguada fronterero de la boca de un río muy grande llamado Guaorabo a mediados del año 1506, que era el mismo puerto en el que había desembarcado junto al Almirante trece años antes en 1493; la bahía de Añasco y no Guayanilla.

El Padre Nazario fue criticado y hasta ridiculizado porque tuvo la osadía de informar que había encontrado una sorprendente analogía entre los raros signos de sus piedras con las pictografías encontradas en el bajo valle de los ríos Tigris y Eufrates, posiblemente de los sumerios. Se ha demostrado que en la propia escritura de Asiria y Babilonia la ambigüedad era chocante, pues los signos tenían varios significados convencionales y varios valores fonéticos cada uno. Podemos concebir la dificultad de descifrarlos careciendo de alguna referencia paralela con otro idioma conocido, como fue el caso de la piedra de basalto negro del bajo Nilo, la Piedra Roseta, grabada con signos jeroglíficos, hieráticos cursivos o demóticos, y griegos. Debido a la similaridad del sistema de escritura entre la de Minos, la del Norte de Asia Menor, la maya, la azteca, la tolteca y la de la Isla de Pascua, todas se clasifican como petroglíficas, por consistir de ideogramas, fonogramas y símbolos determinativos. Tal dificultad no amilanó al Padre Nazario, quien se dedicó a la improbable tarea de descifrarlos, comparándolos con las únicas referencias de que podía disponer, enciclopedias y libros sobre arqueología, y posiblemente alguna información que le transmitiera la anciana que le reveló su secreto, retenida por años en la prodigiosa memoria que poseían los indígenas.

La crítica no tardó en aparecer, pero distinto al arqueólogo Ladislau Netto en Brasil en 1872, el Padre Nazario no se retractó y murió tranquilo en la creencia que la razón le asistía. Se suele manifestar de ocasión cierta hostilidad irracional hacia la obra de aque-

llas personas que dedican sus esfuerzos desinteresados a intentar resolver los enigmas de la Historia, y el Padre Nazario no fue una excepción en una época en la que una gran parte de los arqueólogos eran autodidactos.

El Padre Don José María Nazario y Cancel fue uno de los valores positivos de Puerto Rico más incomprendidos por sus contemporáneos, y ha sido uno de los más olvidados por los que le hemos sucedido. Según sugirió el doctor Cayetano Coll y Toste, ya es tiempo que se le haga un bien merecido reconocimiento, y que su retrato al óleo prestigie la galería de hombres y mujeres ilustres de Puerto Rico en el Ateneo Puertorriqueño.

Es aparente que el primer arqueólogo que se convenció de la capacidad y credibilidad del Padre Nazario fue el señor Adolfo de Hostos, quien merece a su vez nuestra estimación por sus investigaciones arqueológicas publicadas en las más prestigiosas revistas científicas, y las cuales han sido elogiadas por arqueólogos profesionales de primera fila, por lo que sus opiniones se consideran de gran valor.

El doctor Jesse Walter Fewkes, Jefe del Negociado de Etnología Americana del Smithsonian Institution, en carta al señor de Hostos del 16 de octubre de 1924 expresó: «Ud. ha abierto una brecha de investigación sumamente instructiva, destinada a llenar de luz varios puntos hasta ahora ininteligibles en la arqueología antillana». En carta del doctor Fewkes a mister George G. Heye, del Museo del Indio Americano de Nueva York, fechada el 11 de diciembre de 1920, le aseguró: «Considero al señor de Hostos como uno de los principales investigadores de la arqueología antillana». El doctor T. A. Joyce del Museo Británico consideró un trabajo del señor de Hostos como «un admirable escrito», en carta del 15 de enero de 1924. El doctor Manuel Gamio, Director de Antropología de la Universidad Nacional Autónoma de México, expresó el 9 de julio de 1923 que «la metodología empleada por Ud. es una estrictamente científica y podría servir de modelo a tantos investigadores que hacen arqueología profesional para "épater les bourgeois"». Su libro titulado *Anthropological Papers* fue considerado por el doctor Irving Rouse como «la primera contribución importante en esta disciplina desde los primeros trabajos de Fewkes, Lothrop y Joyce», opinión proveniente del prestigioso Museo Peabody de la Universidad de Yale. El doctor Marshall H. Saville, de la Fundación Heye del Museo del Indio Americano de Nueva York informó que «De Hostos ha presentado razones con-

vincentes para interpretar el cerní como el alojamiento del espíritu de una planta alimenticia, sugiriendo que su forma se deriva de un intento de copiar el botón o pedúnculo del tubérculo maduro de la yautía». (*Museo del Indio Americano*, Vol. III, Núm. 3, julio de 1926.)

El señor de Hostos basó su hipótesis en la observación de Fray Ramón Pane, en su estudio de la raza indoantillana a solicitud de Hernando Colón, de que los indios creían que los ídolos de tres puntas «hacen crecer las plantas». En esa forma llegó a la conclusión que «la parte principal del fetiche de la fertilidad en Borinquén... era una proyección conoide, generalmente de admirable talla, que parecía un brote vegetal grandemente amplificado y por razón de este exagerado tamaño, recordaba la forma de un pecho femenino. Logrúbase así un doble simbolismo, ya que era corriente, en los pueblos primitivos relacionar la idea de la fecundidad con la función del pecho de la mujer».

La fecundidad era venerada por los indígenas, tanto en la flora como la fauna, y sus figuras representaban animales y frutos de las plantas, en cuyo arte demostraban ser diligentes y sagaces. Por tratarse de un tubérculo venenoso, la manipulación de la yuca para hacer pan de cazabe, fue un logro superior al de los europeos al hacer pan del trigo. Todas sus imágenes y signos tenían algún fin religioso derivado del animismo, sobre todo el de invocar la fecundidad. Además de las figuras y artefactos de cerámica hechas a mano, pues no conocían el torno alfarero, los trabajos en piedra ígnea eran admirables. Aunque sólo conocían metales dúctiles como el oro y el cobre, inscribían sus figuras con signos hechos con incisiones geométricas que consistían de rayas paralelas y triangulares, puntos, círculos e imágenes de animales. Tales líneas las grababan con instrumentos de piedra, conchas y huesos, y la piedra la extraían del terreno, la cortaban, la oradaban y la pulían en tallas de formas admirables.

El señor de Hostos encontró varios instrumentos con los que labraban la piedra, notándose sus marcas de ocasión, en especial de cinceles y buriles de piedra, de conchas o de huesos duros. Los bordes de las incisiones no son muy definidos, quizá por haberse hecho con conchas que frotaban con arena y agua sobre la superficie de las piedras menos duras. Empleaban una especie de taladros hechos de rocas muy duras, pero los pequeños taladros para horadar las cuentas de los collares en 1/32" de diámetro posiblemente fueron hechos de huesos o espinas de peces, con la ayuda de arenilla y agua.

La operación más frecuente era la del pulimento de las piedras de origen ígneo, aunque era más laboriosa que en madera o cerámica, la que se hacía en su mayor parte en objetos ceremoniales y hachas. Los cinceles variaban en tamaño desde 1-1/2" hasta 24", y las incisiones hechas con tales instrumentos en piedras duras y conchas resultaban más rectas que en cerámica, y demuestran, al no resultar con filos cortados, que corresponden a los bordes del cincel empleado. (*Anthropological Papers*, pág. 103.)

Los indígenas preferían las rocas ígneas cristalizadas porque producían un brillante pulimento, tales como los pórfidos, granito, dioritas, andesitas y sienitas, aunque usaban también rocas sedimentarias como las areniscas y el mármol. Empleaban la serpentina verde, parecida al jade. De acuerdo con el doctor Herbert Spinden, del Museo de Historia Natural de Nueva York, a lo que le dedicaban más cuidado era a «los ojos y la boca, pero la cara no la modelaban muy bien... las caras eran con frecuencia talladas en piedras con forma de disco o cónicas».

Los indígenas veneraban a sus ídolos y los escondieron a la llegada de los conquistadores españoles. Al dinamitar en una cantera de piedra caliza en Trujillo Alto, propiedad del Lcdo. Jesús María Rossy, volaron desprendidos por la explosión dos dubos de piedra, los que habían sido escondidos en unas cavidades en la roca para protegerlos. Algo parecido ocurrió en otra cantera del Capitán Angel Rivero Méndez, en la que se desprendió un ture de madera con la figura de un hombre apoyado sobre sus manos y pies boca arriba, con un falo tallado para insinuar el sexo, «el que fue castrado previendo que las mujeres se azoraran mirando aquello», según le explicaron al señor de Hostos.

Los doctores Agustín Stahl y Cayetano Coll y Toste, según el señor de Hostos, utilizaron la arqueología más para corroborar los relatos de los cronistas, estableciendo ciertas pautas para su época. También se interesaron en dichos estudios los señores Eduardo Neumann Gandía, doctor Manuel Zeno Gandía, Lcdo. Pedro Monclova, Vicente Balbás Capó, Lcdo. José de Diego, Basilio Vélez y el Padre José María Nazario y Cancel.

En esa época hubo prominentes puertorriqueños que comprendieron los argumentos del Padre Nazario, como lo fueron los señores Agustín Navarrete, Mariano Abril, primer presidente de la Academia Puertorriqueña de la Historia, doctor Manuel Zeno Gandía, médico, científico y gran escritor, doctor Rafael del Valle, Conrado Asenjo, doctor Cayetano Coll y Toste y el Lcdo. Luis Llorens Torres,

entre otros. El Lcdo. Luis Llorens Torres declaró que «junto al doctor Zeno Gandía salieron convencidos de que la tesis defendida por el Padre Nazario era la verdadera... hecho que algunos han querido negar porque no les conviene». El hecho de que el autor de *América* hubiera aceptado, junto al doctor Zeno Gandía la tesis del Padre Nazario, lo corroboró el Lcdo. Vicente Géigel Polanco en un artículo que publicó en *Puerto Rico Ilustrado* en septiembre de 1938 con el título *El Centenario del Padre Nazario*.

De todos los arqueólogos autodidactos, el Padre Nazario fue el que dio con el hallazgo más importante de lo que llamó «monumentos indígenas». En una visita del señor de Hostos a Guayanilla, el Padre Nazario le mostró «una piedra amorfa en la que se había tallado una semejanza del cuerpo humano, cuyo tronco y brazos están meramente indicados y cuyo rostro carece de boca». El asombro que le causó tal pieza al señor de Hostos lo llevó a entrevistar al Padre Nazario, quien le mostró «seis o setecientos objetos parecidos existentes... que son notables por estar cubiertos con ciertos signos generalmente rectilíneos tallados en la superficie que el Padre creía erróneamente que se parecían a las inscripciones cuneiformes. La piedra de que están hechos parece blanda y contiene piritas de hierro. Estos objetos son por su forma, clase, material, talla que sugiere el uso de instrumentos de metal, inscripciones y limitación del sitio de donde proceden, únicos en Puerto Rico y en las Antillas todas. Tampoco han sido anunciados de otros países de América. Fewkes (*Aborígenes of Puerto Rico*) los considera, quizá festinadamente, de dudosa autenticidad, creyendo que eran falsificaciones hechas por los campesinos, para obtener alguna gratificación del Padre Nazario».

A esa infundada insinuación, coreada por otras personas, ripostó el Padre, quien escasamente tenía para vivir, caso frecuente en los curas de aldea; «yo le hacía un mísero regalo», para que le trajeran las piedras a su casa parroquial desde el lugar en donde se encontraban enterradas.

El señor de Hostos, con su agudo sentido crítico, determinó que «ignoraba Fewkes que el modo de ser de nuestros campesinos hacía sumamente improbable que ellos hubieran llevado a cabo la tremenda labor de grabar millares de signos en la superficie de centenares o millares de piedras, por conseguir unos cuantos centavos, cantidades tan pequeñas que ellos mismos hubieran despreciado, aun tratándose de transacciones legítimas que hubieran requerido mucho menos esfuerzo».

Continúa el señor de Hostos su relato: «Por su parte el Padre Nazario me ha referido su descubrimiento en estas palabras:

»Estando yo atendiendo las obligaciones de mi curato en Guayanilla, fui una vez llamado a la cabecera de una viejecita moribunda. Conocedora la anciana de mis aficiones por las antigüedades, me dijo que quería confiarme un secreto que ella había recibido de su padre y guardado con religioso celo. "Quiero decirle", agregó, "donde está la biblioteca de Agueybana, el último cacique de Guayanilla. Mi padre había oído decir de antiguos moradores del barrio que en cierto sitio, no muy lejos de Yauco, estaba enterrada la biblioteca de los indios". Y agregó al relato una explicación detallada del lugar, la que permitió al Padre Nazario hallarla.

»El Padre Nazario me refirió entonces, que según sus cuentas, podía asegurarse que el relato de la anciana moribunda partía de noticias originadas en el siglo XVII y transmitidas hasta ella de labios de su padre, quien también murió muy viejo. Deseoso de hacerme ver su convicción acerca de la autenticidad de esas piedras, continuó el Padre diciéndome que había seguido las indicaciones de la anciana y sin dificultad alguna había encontrado el deseado tesoro de la antigüedad. Nada parecía indicar la existencia de tan singular acumulación de objetos. Sólo había una ligera ondulación en el terreno. Una gran laja tapaba la entrada. Levantada esta lápida, empezaron los excavadores a sacar piedras inscritas en tal número, que fue necesario abandonar entonces la tarea de vaciar el depósito. Durante años después, se estuvieron extrayendo "volúmenes", que eran llevados a la casa del Padre Nazario en Guayanilla, mediante el ofrecimiento de modestísimas gratificaciones. El Padre intentó descifrar los signos, pero no perseveró suficientemente en la empresa, no habiendo alcanzado a escribir sobre el asunto más que un cuadernillo que, por cierto, me permitió leer. Pude inferir de su lectura que el Padre atribuía sus piedras a los caldeos; pero su tesis estaba diluida en divagaciones extrañas al tema central, que no permitían llegar a bien definidas conclusiones.

»Cuando el Padre Nazario fue trasladado de Guayanilla a San Juan para residir en el Obispado, le acompañó su colección. Con ella algunos centenares de estas piedras, que fueron depositadas bajo el aposento que él habitaba. El hecho que muchos de los caracteres estaban repetidos en distintos ejemplares; la uniformidad del material y la ausencia absoluta de falsificadores de reliquias indígenas en Puerto Rico por los años del hallazgo (del 1880 al 90), son circunstancias que ameritan una investigación. El Padre Nazario creía tam-

bién que Puerto Rico había sido visitado por personas de la rama hebrea, varios siglos antes del descubrimiento».

El señor de Hostos nos ha explicado que la impresión que le ofrecieron las piedras fue que podrían colocarse en una secuencia en apariencia continuada como en una escritura, pues algunos caracteres estaban repetidos, aunque no tanto como en el caso de una inscripción que ha aparecido en pedazos que se pueden pegar unos con otros. Observó que había signos que parecían letras de algún alfabeto del Oriente Medio y otras que se parecían al estilo cuneiforme. Afirma que el espécimen que remitió para estudio al Museo Británico no era uno de los mejores que había visto, pues cuando lo envió ya las piedras habían sido dispersadas entre los coleccionistas, y otras, quizá las mejores por ser las más pesadas, se deben encontrar en el fondo del aljibe en donde las escondió el Padre Nazario en 1898. Actualmente existe una construcción escolar nueva sobre la boca de dicho aljibe, por lo que se ha perdido la oportunidad por ahora de hacer una búsqueda del fondo, en el que deben hallarse muchas de las piedras grabadas que encontró enterradas el Padre Nazario.

Otro hallazgo del señor de Hostos en la cercana región de Barinas en Yauco fueron «más de 300 cuentas de calcedonia de un collar indígena en una olla de cerámica.

»Había sido regalada por el señor Arturo Lluberas a su prima señora Monserrate Mattei de Mejía, y el señor de Hostos las fue a buscar en la región entre Yauco y Lares en el bariro Piedras Blancas, cerca de la región de la Indiera, "aún más agreste, montañosa y neblinosa, bien adecuada a ser refugio de un pueblo en desbandada, como dice la tradición que lo fueron esos lugares para los indios de Puerto Rico, en su retirada final, vencidos y amedrentados por los conquistadores".

»El collar de esta misma clase que según Otis T. Mason era la maravilla de la Colección Látimer, descrita por él en una publicación de la Smithsonian Institution, estaba entre mis dedos quintuplicado, pues las 70 cuentas de calcedonia del collar de Látimer estaban en este otro reproducidas en número de más de 300 ¡y conservaban hasta su amuleto!»

Al señor de Hostos le recordó un collar que describió el Padre Las Casas, en el que «las cuentas estaban perforadas en sus lados para insertar plumas de vivos colores, como los de la cotorra... otros autores de la antigüedad, admirando la habilidad y constancia increíbles que representaban hacer esas cuentas sin instrumentos de me-

tal, escribieron que el collar de cuentas era la obra maestra de la lítica indoantillana».

Es aparente que para perforar las cuentas empleaban una especie de taladro de piedra, concha o hueso con una finísima punta que rotaban sobre la piedra con arenilla o coral y agua. También parece que empleaban una técnica parecida para hacer las incisiones al bajorrelieve en las figuras en piedras más grandes de origen ígneo y cristalizadas, que eran las que podían cincelar produciendo líneas rectas con bordes definidos, lo que dio lugar a la suposición de que habían sido grabadas con instrumentos de metal.

Sin embargo, no obstante esa maravilla de la técnica araguaca de taladrar rocas muy duras como la ágata translúcida de cuarzo de color azulado o lechoso, llamada calcedonia, se ha puesto en duda que las incisiones sobre las piedras del Padre Nazario hubieran podido ser hechas con instrumentos indígenas, insinuándose que el instrumento empleado había sido algún buril, escoplo o formón de acero, metal desconocido por los indios, y por lo tanto, que había sido una falsificación de fecha relativamente reciente, aunque la serpentina se raya con cobre.

El cuarzo es un silicato translúcido llamado también cristal de roca, cuyo color varía de acuerdo con los minerales con los que está mezclado, y es tan duro que puede rayar el acero. En comparación, la habilidad de los araguacos para tallar, pulir, horadar y cincelar las piedras relativamente blandas del Padre Nazario con pedernal, conocido en Boriquén, no debe ponerse en duda, según la evidencia física existente, lo que se ha hecho al tratar de soslayar el estudio de sus misteriosos signos con el acomodaticio argumento que fueron falsificaciones de fecha reciente.

Las piedras del Padre Nazario, cuando se comparan con los especímenes análogos excavados y conocidos tanto en Puerto Rico como en otros países de América, tienen las características de ser tan extrañas como la Piedra Metcalf excavada en 1966 en el Estado de Georgia; como las inscripciones semitas encontradas cerca de Paraíba en Brasil en 1872; como las monedas romanas del cuarto siglo D. de C. del Emperador Augusto encontradas en Venezuela; como las descritas por el arqueólogo doctor Narciso Alberti y las que describió el doctor R. W. Breckenridge en La Española y como las semíticas halladas por el doctor Cyrus Thomas en Bat Creek en el Estado de Tennessee, las que publicó al revés, por desconocer dicha lengua según la Sociedad Epigráfica Americana.

Los objetos indígenas que se han encontrado en Puerto Rico

son de una variedad asombrosa. Se ha especulado que las figuras humanas indoantillanas eran semblanzas imaginarias de espíritus y de una inspiración puramente religiosa-animista. Por ejemplo, han aparecido amuletos pectorales y frontales para inspirar valor a los guerreros que los llevaban y aterrorizar a los enemigos, así como para concederles inmunidad; hachas de piedra pulida grabadas con símbolos de rango; discos y caretas que usaban en los areítos adornadas con semblanzas de ídolos; semíes que representaban la fertilidad con su forma mamiforme o de la semilla bulbosa de la yautía o de la yuca; semblanzas de animales beneficiosos para reclamar su ayuda, o de animales dañinos para defenderse de ellos; collares de piedra como fetiches representando los espíritus, generalmente de los árboles; figuras humanas en las que el tronco aparece unido a la cabeza sin el cuello, con los brazos y piernas también unidos al cuerpo, aunque han aparecido algunas figuras en las cuales ya se comenzaba a separarlos en la talla de tres dimensiones; incisiones en piedra al bajo relieve y sellos con signos que parecen emblemas de identidad o de rango.

Las inscripciones de las piedras del Padre Nazario le parecieron a primera vista al señor de Hostos de haber sido grabadas con algún instrumento metálico, por cuyo motivo, si se descarta, por tratarse de una imposibilidad física, su falsificación, queda la posibilidad de haber sido grabadas por alguna raza que conocía el hierro, con signos introducidos por ellos y transmitidos a los naturales. Tal posibilidad permite conjeturar que pudieron haber enseñado su escritura a los indígenas, al integrarse a la población, dejando constancia con sus signos o escritura de informaciones que fueron adoptadas y guardadas con mucha veneración hasta que fue desapareciendo la técnica. Esta situación se deduce de lo ocurrido en México, donde sólo se conservaba la imagen del dios blanco y barbudo Quetzalcóatl o Kukulcán, que con el tiempo se convirtió en la forma de una serpiente con alas y sólo se conservaban algunas tradiciones de cuando reinó sobre ellos, se ausentó y prometió regresar.

Posiblemente, en Guayanilla, ciertos conocimientos bien guardados y secretos fueron los que le permitieron a los antecesores del cacique Guaybana el rango de caciques principales. Pudo ser pura coincidencia que el cacicazgo principal y las piedras enterradas se hallaran en Guayanilla, pero constituye un dato muy significativo. Esta circunstancia entusiasmó tanto al Padre Nazario que expresó «Siento la fuerte tentación de crearlas el archivo nacional... ¿no podría suceder que hubieran sido puestas a cubierto de los choques

que en la guerra habían de dirigirse con preferencia contra la capital de la Isla?... una de las principales necesidades que siente el sucesor de Agueybana es deshacerse de los invasores de su patria. Los caciques lo reconocen como Rey, y él se encuentra esclavo. ¡Cuánto escarnio!

«La primera venganza que consume su macana es la muerte de su amo.

»El primer teatro en que desarrolla su coraje, es la destrucción de Guaydía. Esa población era como la argolla en su cuello.

»Como los datos importantes para luminosas deducciones son pocos; debemos ser avaros hasta de los indicios más insignificantes, que por no contentarse con poco hemos encontrado a muchos extraviados fuera de las sendas de la verdad».

Siguiendo esa regla, el Padre Nazario rescató: «al olvido, tradiciones; al tiempo, restos; girones de generaciones pasadas que pronunciaban palabras, como de moribundo, espirantes... poco a poco fue aumentando el botín, que hoy consta con riquezas antropológicas. Sobre ochocientas antropoglíficas que tengo en mi colección, son testimonio de que los indios de Carib tenían una escritura más perfecta que la de Méjico y el Perú». Cuando el Padre Nazario escribió estas líneas creía que las inscripciones en sus piedras eran de origen indoantillano, pero años más tarde descartó esa idea al convencerse que no se parecían a los petroglifos de Puerto Rico y concibió la teoría de su procedencia semítica, quizá con rasgos mayas o incas, infiriéndose influencias americanas.

Estemos o no de acuerdo en cuanto a su credibilidad, estas inscripciones dispersas deben ser estudiadas porque a veces llenan vacíos en los conocimientos, ya que la escritura de los tiempos antiguos no difiere mucho de los primitivos sistemas pictóricos. Las inscripciones primitivas eran irregulares, evolucionando de la pictografía a los jeroglíficos independientemente en el Asia Menor, Egipto, China y América. Se leía verticalmente de arriba hacia abajo, horizontalmente, de izquierda a derecha o viceversa, con alguna secuencia o en un orden indeterminado de dirección recta o curva. No fue hasta el siglo VI A. de C. que los griegos comenzaron a escribir de izquierda a derecha.

En Mesopotamia se hacían inscripciones sobre las antropoglíficas sin cuidarse de la estética, tal como en las piedras del Padre Nazario, un palimpsesto, más debido a una técnica descuidada. En Egipto y Mesopotamia tales inscripciones han producido información no contenida en otras formas de escritura. Por razones de orden téc-

nico los símbolos lineales se convirtieron en líneas que terminaban en una cuña. Es así que en ciertos casos ha sido posible determinar la fecha de una inscripción por el estilo de su escritura. En el caso de las piedras del Padre Nazario, el estilo de sus inscripciones señala hacia una escritura cuyo estilo de origen no concuerda con las convencionales características indígenas, aunque hubieran sido éstos los que las grabaron, pero con una influencia externa de acuerdo con los indicios, su lengua escrita con signos exóticos.

Esto es así porque los signos de las piedras no concuerdan con los conocidos dibujos indoantillanos, pues parecen más de origen aramaico, como lo es el estilo de la escritura mixta que aparece en el «disco de Moab» que utilizó el Padre Nazario como referencia, y que fue la precursora de las letras alfabéticas.

Algunos signos que aparecen en las piedras del Padre Nazario son algo familiares por semejarse a algunas letras modernas: A, O, U, H, L, T, +, F, G, P.

La relación entre los sonidos y los signos alfabéticos es convencional, pero no esencial. En las pictografías, las ideografías y en los jeroglíficos, los caracteres tienen una relación esencial con lo que intentan representar en forma gráfica.

En cuanto a los indios americanos, los incas usaban un sistema de llevar cuentas y mensajes que era en parte de signos para ayudar a la memoria, el «quipus», consistente de varillas que se marcaban con una incisión en la que ataban cordeles de colores frente al mensajero mientras le explicaban lo que cada una significaba para que luego pudiera recordar cada mensaje. Los indios araguacos desarrollaron una memoria prodigiosa con la ayuda de algún sistema análogo según evidencia, y sus glifos en ciertos casos parecen identificar a las tribus o a los rangos.

En las piedras del Padre Nazario se pueden observar muchos signos grabados sobre las figuras, los que pudieron ser de carácter explicativo, pero ni en casos aislados podemos comprender aún el significado de las combinaciones de signos que a él le parecieron fonéticos. ¿Podrá la arqueología y otras disciplinas afines explicar un fenómeno tan raro como el de la fecha, la factura y el propósito de formas humanas inscritas con tan extraños símbolos? La mayoría de las esfigies humanas eran desviaciones de lo natural, pues acostumbaban representar sólo animales, que es lo raro de este caso.

La conducta humana se basa en las costumbres como fruto de la experiencia de generaciones, las que han sido casi siempre codificadas en forma ritual para asegurar que se transmitan a las gene-

raciones del futuro. Este ritual simbólico ayudaba a proteger a la tribu del peligro de olvidar prácticas que por experiencia habían resultado provechosas, por lo que es probable que tengan significación calendárica, en especial con relación a las temporadas del año propias para la siembra agrícola. La organización siempre fue esencial para que el hombre pudiera desarrollar sus ideas y poder transmitírselas a sus descendientes, por lo que cada signo tenía cierta significación especial. La información contenida en una inscripción por medio de símbolos tenía el propósito aparente de transmitir el resultado de observaciones para que fueran reconocidas y memorizadas en las sociedades preliterarias pero ya complejas, lo que requería catalogar los conocimientos recibidos como legado de las generaciones anteriores.

Como un sistema indígena como era el «quipus» no era permanente, se adoptó el sistema de grabar los conocimientos en el medio más duradero de todos, la piedra, pues la cerámica y la madera son perecederas.

Las inscripciones de las piedras del Padre Nazario traen a colación el problema de las migraciones desde el Viejo Mundo, misterio extremadamente difícil de descifrar, pero ciertas concordancias con el Nuevo Mundo sugieren que pudo haber contactos por la vía marítima, y en ese aspecto el Padre Nazario consideró, basado en sus estudios religiosos, que pudo haber existido alguna clase de relación interhemisférica o intercontinental, como lo indican las representaciones de los dioses, el calendario y la astronomía, la litera y el parasol, las pirámides escalonadas, y otras formas arquitectónicas en el Nuevo Mundo.

El Padre Nazario tuvo que adoptar un sistema de razonamiento independiente, mediante el cual derivó el efecto predecible de una serie de hechos y circunstancias, al considerar que una idea puede explicar cosas no comprendidas con anterioridad, observando como una idea incrementa el poder de predecir mediante un ejercicio de la imaginación similar al de componer una melodía o el de improvisar un poema.

La humildad intelectual se inclina a enmendar y corregir, no a sostener por desidia lo obviamente incorrecto. La estupidez aconseja sostener lo indefendible, al seguir la línea de menor resistencia, que es la de no tener que pensar, por lo que quien se atreve a contradecir la tradición aceptada, suele considerarse como un descastado, un enemigo de su patria, de su familia, o simplemente un desequilibrado.

El Padre Nazario fue uno de esos señalados para ser blanco del ridículo, a falta de argumentos contrarios sólidos o irrefutables de quienes lo consideraron como un ignorante cura de aldea, pero quien era en realidad un brillante filósofo, que hizo estudios avanzados en la Universidad de Salamanca. Tal preparación le permitió sobresalir en la oratoria religiosa, y dedicarse a la arqueología, la astronomía y la meteorología, por lo que sus escritos son modelos de precisión, y de claridad léxica.

En la mente subconsciente de un hombre brillante e instruido como el Padre Nazario, permanecen ocultas maravillas sorprendentes que suelen surgir inesperadamente a flor de conciencia. Las personas geniales son las más aptas para descubrir tales ideas y sacarlas a la luz. En forma distinta, permanecen ocultas ciertos absurdos sin relación directa con la razón humana, pero como no solo de razón vive el hombre, brotan de ocasión ideas extravagantes envueltas en sugestivas ilusiones en forma de parábolas o metáforas.

Todo parece estar justificado en la búsqueda infructuosa de una condición inexistente, pura y perfecta, exenta de circunstancias temporales, e inalcanzable como lo es el arco iris. La crítica satírica e hiriente parece ser una justificación irónica para sostener esos estrechos puntos de vista, los que se presentan en maneras y formas antitéticas, en lo que suele convertirse en una burla grotesca cuya temeridad sorprende. Debido a conocidas desviaciones humanas, tal conducta ejerce una gran fascinación a los críticos compulsivos, los «antitodo», en su admiración frenética por toda modalidad nueva o sorpresiva, o por todo lo que no sea obra propia, considerada perfecta y pura.

Una superficial insinuación del arqueólogo doctor Fewkes al efecto que el Padre Nazario había sido sorprendido en su buena fe con las más de ochocientas antropoglíficas talladas y grabadas que excavó en Guayanilla y que había sido inducido a creer que las inscripciones eran del tipo cuneiforme o eran caracteres judeo-caldáicos, inició el coro de los críticos. Pero la sola magnitud del trabajo de tallar cientos de figuras humanas reconocibles, aunque muy toscas, inscritas con signos y rayas rectas, que al señor de Hostos le parecieron las ligaduras de una momia, demuestran lo absurdo de esa liviana conjetura, lanzada al aire sin tino. El misterio de las piedras del Padre Nazario no se pudo soslayar con una opinión tan superficial e ilógica, pues fue condicionada luego por el propio doctor Fewkes, por lo que continúa retándonos en suspenso, para que le prestemos nuestra atención.

¿Será un ejercicio fútil tratar de descifrar los misterios por medio de conjeturas educadas o inspiradas, a falta de documentos? Hasta cierto punto puede que lo sea, cuando se pretenda obtener con atolondramiento una contestación definitiva sin mayor reflexión.

Como fue una anciana descendiente de indios quien le reveló al Padre Nazario, según relata el señor de Hostos, el paradero de los centenares de piedras, éste no podía concebir que no se tratara de reliquias indígenas. Sería ilógico pensar de otra manera. ¿Quién sería capaz de dudarle? Así lo creyó al principio, pero lentamente y a medida que las fue estudiando y comparando con los glifos indígenas, llegó a la conclusión de que carecían de tales características. Surgió entonces la incógnita en cuanto a su origen y sobre qué otra raza pudo haberlas grabado. ¿Serían de origen Maya, Inca o del Viejo Mundo? ¿Sería una hibridización de unas y otras?

Leyendo y estudiando, razonó con gran cautela que existían algunas semejanzas en las inscripciones de sus piedras con ciertos signos de escrituras del Oriente Medio. Muchos años después, en 1969, llegó a idéntica conclusión el señor de Hostos, y para mayor certeza se decidió a someter un espécimen al Museo Británico, donde clasificaron algunos de sus signos como cuneiformes, aunque ha surgido duda sobre el espécimen sometido y examinado, así como el procedimiento pues sólo certifican piezas para donación al Museo.

Es el caso que aún el gran arqueólogo doctor Jesse Walter Fewkes consideró en forma indirecta una conclusión análoga, pues al declarar que las piedras no le parecían muy antiguas, insinuó que eran falsificaciones, lo que significa que comprendió que no eran signos indígenas, tal como ya lo había determinado el Padre Nazario años antes, mediante un pausado y ponderado proceso de eliminación.

Es evidente que al pensar el doctor Fewkes el problema con mayor detenimiento, aventuró la opinión que quizá alguna raza prehistórica distinta a la indígena pudo haber dejado rastros arqueológicos en el Nuevo Mundo, y es de presumir que la desarrolló teniendo en mente el enigma de las piedras del Padre Nazario.

Cuando el doctor Fewkes estaba haciendo sus estudios para el Negociado de Etnología Americana de la Smithsonian Institution a principios de siglo, se enteró que en Guayanilla su cura párroco tenía una buena colección de reliquias indígenas, y fue a visitarlo. El padre ya tenía una opinión formada de que las inscripciones no eran las bien conocidas y características de los indígenas, y que los signos eran muy parecidos a los de algunas escrituras del Oriente

Medio, lo que el doctor Fewkes consideró absurdo, pero como pronto se convenció de que no tenían las características indígenas, saltó a la conclusión de que tenía ante su vista una superchería con la que había sido sorprendida la buena fe del Padre Nazario.

Es muy probable que ya el doctor Fewkes había visitado a otros coleccionistas en las mayores ciudades, que conocían las opiniones del Padre Nazario, ya que éste las había publicado en parte, y algunos lo habían tildado de desequilibrado. No es de extrañar que tales opiniones influyeran en el ánimo del doctor Fewkes y estuviera algo prejuiciado antes de visitarlo por lo insólito de la hipótesis.

Sería interesante deducir la conversación que el Padre Nazario sostuvo con el doctor Fewkes en Guayanilla. Debido a que las inscripciones eran distintas a las típicas indoantillanas, o a las conocidas de los mayas, en lo que ambos tenían que concordar, el Padre Nazario aventuraría su ya formada presunción ante su atónito visitante extranjero; que pudieran ser caracteres de un idioma como el arameo o del grupo semítico como el caldeo, el que se diferencia del árabe por el menor número de vocales que emplea en la formación de las palabras.

Ambos tenían que saber que todos los sistemas de escritura se iniciaron con el dibujo de objetos materiales, y que para poder expresar ideas abstractas, fue luego que se utilizó el simbolismo.

En Egipto, el dibujo de una abeja representaba el faraón o la monarquía; una abeja sobre una vasija era la miel; un ovejo corriendo a beber, la sed; dos ojos significaban la vista; el cielo y una estrella, la noche; el sol representaba el día y la luna el mes.

La costumbre de adoptar en los idiomas ciertos signos convencionales para representar las ideas, resultó en que cada signo representaba también el conjunto de sonidos que enunciaban una idea. En esa forma surgió la introducción de figuras con valor fonético en las escrituras jeroglíficas, lo que fue un paso de avance hacia la escritura ideográfica y luego la fonográfica. A cada signo ideográfico se le dio un valor fonético correspondiente al primer sonido consonante o vocal de la primera sílaba de la palabra que se representaba, lo que se encaminó hacia el alfabetismo, cuyos primeros pasos los dieron los egipcios, pues en sus jeroglíficos se mezclaban las imágenes con los símbolos y con las representaciones fonéticas.

De acuerdo con algunas opiniones, todas las vocales procedían del sonido fundamental de la vocal por excelencia, la A, y que las demás vocales eran sus modificaciones. De acuerdo con otras opi-

niones, ninguna consonante podía pronunciarse sin el auxilio de una vocal, aunque hay consonantes que pueden pronunciarse sin tal ayuda, lo que demuestra la dificultad de analizar los procesos del desarrollo de los idiomas.

Los idiomas polisilábicos tuvieron que desarrollarse dándole a cada signo ideográfico el valor fonético correspondiente a la primera de las sílabas, para lograr lo cual se hizo necesario descomponer las palabras entre sus sílabas constitutivas y representar a cada una por su signo.

Los jeroglíficos egipcios dieron paso a la escritura hierática, en realidad, la escritura jeroglífica abreviada o cursiva. Los jeroglíficos se convirtieron en una mezcla de figuras, de símbolos, de signos silábicos y de caracteres alfabéticos, de cuya mezcla desarrollaron los fenicios el alfabeto que difundieron por los continentes de Asia y Europa. Todos los sistemas de escritura siguieron un proceso análogo en su desarrollo hasta llegar al alfabeto. Las cinco clases originales de escritura fueron; los jeroglíficos egipcios; la escritura china con caracteres; la escritura cuneiforme con carácter fonográfico, en la que cada signo representaba una sílaba simple de más de una consonante, o de una consonante y una vocal; los jeroglíficos mejicanos y la escritura de los mayas. Todas comenzaron con ideogramas hasta alcanzar una evolución fonética.

De esas cinco escrituras, la cuneiforme y la mejicana permanecieron en la categoría de escrituras arqueológicas, ya que no influyeron en las de otros pueblos sino en la propia únicamente que la desarrolló, y la egipcia, que como dio origen a la fenicia, se ha considerado como la madre de todas las escrituras alfabéticas.

Desconocemos si parte de las piedras, o monumentos, como los llamó el Padre Nazario, fueron excavados en una forma sistemática y catalogada que le hubiera permitido colocarlas para estudio en la misma secuencia en la que fueron colocadas al enterrarlas. Es de presumir que aunque desconociera los métodos más eficaces de la arqueología, el Padre Nazario tenía que haber leído y estudiado los trabajos que durante su época se estaban publicando sobre las excavaciones en Egipto, Asia Menor, Grecia e Italia, conocimientos que le hubieran permitido colocar en su orden original el material y tenerlo sobre su mesa de trabajo en forma hasta cierto punto manejable para su comparación y estudio. No podría explicarse de otro modo su conclusión publicada de que los caracteres en sus piedras semejabán signos fonéticos.

Las palabras taínas que el Padre Nazario consideró parecidas a

las judeo-caldeas, puede que las hubiera intuido del sistema maya que Fray Diego de Landa descifró y convirtió al castellano, como es el nombre del cuarto Rey de México, Itzocohualt, que se escribía con el dibujo de cinco flechas de obsidiana (itzli), y el de una serpiente (cohualt). En forma parecida, la mano humana equivalía al número 5; el dedo meñique al número 1; el anular al 2; el mayor al 3; el índice al 4; con distintas combinaciones de éstos para expresar números mayores.

La manifestación categórica del Padre Nazario de que sus piedras demostraban un carácter fonético superior al maya o al inca, señala que logró ordenar su material en cierta secuencia para su estudio que le permitió descifrar algunos de los signos alfabéticos en conjunto con signos o jeroglíficos de los maya o incas.

La arqueología puede que nunca logre descartar o confirmar sin lugar a dudas tales hechos como la posible visita de los fenicios o de otros navegantes del Oriente Medio a Puerto Rico, pero con la evidencia inscrita en las piedras del Padre Nazario, tal posibilidad jamás podrá desecharse salvo que *se pruebe* una falsificación.

La lógica que señala que la faja de los vientos alisios y las corrientes marítimas a través del Mar Océano proveía una ruta con escalas intermedias en las islas atlánticas, en nuestro caso, las islas Canarias o las de Cabo Verde, demuestra tal posibilidad. Existe también la probabilidad de que una nave en tránsito más al Norte hubiera sido desviada de su ruta a lo largo de las costas de Africa y Europa por un ciclón y fuera arrastrada hasta tierras del Nuevo Mundo. Su regreso sólo hubiera sido posible, de lograr encontrar y seguir el conocido movimiento circular alrededor del Mar de Sargazo en movimiento similar a las manecillas del reloj. Precisamente ese movimiento de rotación de los vientos y de las corrientes había impedido a varios navegantes que lo intentaron, cruzar el Mar Océano de Este a Oeste en latitudes al Norte de las islas Canarias. Es probable que lo lograron cruzar algunos navegantes prehistóricos que usaron de escala las islas Faro, Islandia, Groenlandia y Terranova impulsados por los vientos prevaecientes, por las corrientes marítimas Irminger, y por las de Groenlandia y de Labrador.

Un posible viaje de los navegantes fenicios puede explicarse recordando sus numerosos viajes por el estrecho de Gibraltar hacia Europa, Africa y las Islas Afortunadas, las Canarias. Los vientos y corrientes pudieron arrojarlos en una legendaria tierra que mencionó Séneca y de la que leyó Colón. «Llegará una época en muchos años cuando el Océano soltará sus cadenas a las cosas y una tierra

inmensa quedará revelada». Los troncos flotantes de árboles exóticos, las manchas del sargazo y los pájaros que duermen en tierra, eran indicios que de ocasión llegaban a verse aún en las islas atlánticas y podían guiar a los navegantes, tal como luego sirvieron a los descubridores el año 1492, cuando cruzaban el Mar Océano.

Este extraño caso de navegantes que pudieron haber cruzado el Océano Atlántico y luego de haber desembarcado en Puerto Rico, dejaron sus huellas en piedras inscritas con alguna clase de información, o que enseñaron a grabar sus raros signos a sus descendientes mestizos, no debe desecharse como una imposibilidad física.

La experiencia demuestra que muchas de las leyendas más impercederas surgieron de algún hecho real en el que participaron seres humanos que habían desarrollado la voluntad y el instinto de explorar, descubrir, probar y aprender.

Uno de los misterios impenetrables de nuestra prehistoria, cuya mera mención ha acostumbrado a provocar una reacción de escepticismo, incredulidad y hasta sorna, es el que vamos a repetir: que las piedras del Padre Nazario pudieran haber llegado a Puerto Rico desde el Oriente Medio. Se ha considerado tal eventualidad como inverosímil porque se cree que está basada únicamente en leyendas y conjeturas, aunque otros las han considerado más o menos fundadas. La literatura antigua está repleta de menciones de viajes que atravesaron el Mar Océano, y se ha especulado que el Ofir bíblico fuera el Perú, o que descendientes de la tribu de Cam navegaran desde Cabo Verde hasta Pernambuco o hasta el Orinoco. Se ha supuesto que Tarsis Eufemus, de Caria, en Grecia, cruzó el Océano y al regresar informó que la tierra a la que llegó estaba poblada por hombres de color rojizo.

Quizá la lectura de tantos relatos inspiró en Cristóbal Colón la confianza absoluta que le atribuyeron el Padre Las Casas y sus coetáneos en su proyecto, tal como si los hubiera escuchado de los propios labios de los narradores. Nunca se le oyó hablar de que su proyecto fuera una aventura basada en una hipótesis, sino que se expresaba ante todos con la seguridad y la resolución de un hombre que tiene una fe absoluta en lo que sostiene. Es posible que esa fuera la misma razón por la cual casi todos los cronistas primitivos de Indias estuvieron acordes en que la inmensa mayoría de sus coetáneos creyó en el relato del Piloto Anónimo precolombino. Luego del descubrimiento del Nuevo Mundo, comenzaron a aparecer algunos rastros de viajes anteriores desde el Viejo Mundo, bien

por haberse cruzado con los indígenas, o por inscripciones en piedra distintas a las de éstos, en los que es posible que ejercieran alguna influencia. Las incisiones indígenas eran en general redondeadas, aunque de ocasión aparecen rectas y paralelas, o triangulares, y a veces tan definidas como las fenicias, por lo que se ha sospechado que fueron cinceladas con algún instrumento metálico del Viejo Mundo.

Los petroglifos indoantillanos se han considerado por algunas personas como meras representaciones para recrear la vista, de lo que discrepó el Padre Nazario, al no perder de vista que todos los lenguajes escritos se iniciaron con pictografías, las que se estilizaron hasta convertirse en ideogramas y en jeroglíficos, cuyo principio es análogo al de las modernas charadas gráficas, en las que cada palabra y cada sílaba contiene un enigma.

Algunas de nuestras letras modernas se han derivado de figuras; la A de la cabeza de un buey; la B de una casa; la M de olas del mar. Las vocales nunca se escribían, dejándolas al buen juicio del lector. Uno de los idiomas modernos, el inglés, es notorio por su deletreo arcaico, deficiente en su correlación y orden, en el que una letra puede representar varios sonidos distintos, y otro, el ruso, emplea letras griegas que los apóstoles Cirilo y Metodio usaron en sus trabajos misioneros en Bulgaria.

Nuestros indios tenían cierta forma de escritura pictórica y la cincelaban con asombrosa habilidad, sin el uso de instrumentos de metal. El Padre Las Casas relató como ciertos indígenas que fueron encarcelados en una celda con gruesos barrotes de hierro y cuyos pies estaban atados con grilletes, escaparon de la prisión limándolos mediante el uso de cabuyas humedecidas con arena y debilitándolos hasta partirlos. Tal relato demuestra su reconocida habilidad para horadar, tallar, cincelar y pulir las piedras más resistentes, y no debemos olvidar que hasta no hace mucho tiempo nuestros jíbaros cortaban los chifles de los bueyes de trabajo frotándolos con cabuyas hechas de magüey o majagua.

Los rastros de razas diferentes a la del indio americano han aparecido en otros países americanos, tal como La Española. En la obra *Los fenicios en la isla de Haití y el sur del continente americano* (Lovaina, 1887), por el Vizconde Henri Onffroy de Thoron, describió la gruta de Jobobabá en La Española como esculpida con «las divinidades subalternas; es allí donde el pueblo indio llevaba sus ofrendas». De acuerdo con el historiador Luis Padilla D'Onis, «los indios taínos esculpían la cruz en diversas formas desde la romana

hasta la cruz gamada o svástica, entrelazadas con un gran número de signos en parte parecidos a los de la piedra Aype en Tequila o a los jeroglíficos de la Piedra del Sol... Los bajorrelieves pertenecen a una época anterior a la formación del pueblo taino, estando muy deteriorados a causa de los golpes de martillo de los visitantes extranjeros, quienes al decir de la prensa haitiana, realizaron en sus magníficas esculturas un verdadero despojo».

«La gruta Jobobabá (en Mao, provincia de Santiago), contenía el tesoro arqueológico más rico de las Antillas, siendo hoy el más exiguo, por el incesante saqueo de sus esculturas ornamentales». En la cueva «La Guácara, apareció una cruz de piedra que la atribuyó a la diosa Atí, La Luna, la Fortuna, la Madre de los demás dioses, según los jeroglíficos egipcios». En la cueva llamada Hernando Alonzo halló algo parecido: «me parece que significa la palabra Atí por semejarse mucho a esas letras fenicias cuyo significado es Ití... diversas formas neopúnicas de la letra A, que se encuentran grabadas en las cavernas descritas y de las cuales hay un ejemplo en el Altar de los Sacrificados». Se cree que aquí se sacrificaban niños a los dioses, y cada año hacían uno en el Solsticio del Verano y otro en el del Invierno, avisada la tribu por medio de los tañidos de los lambios o magüeyes. Así los bejiques consultaban con los cemies y Fray Ramón Pane relata que auguraban que «pocos gozarían de sus tierras y casas, porque venía gente vestida que los señorearía y mataría y que se morirían de hambre; de allí en adelante creyeron que aquella gente debían ser los que llamamos caribes y entonces los llamaban y llamamos canibales». (*Historia de las Indias. Bartolomé de las Casas*, pág. 447.)

El señor Luis Padilla D'Onis opinó que de haber tenido el doctor Narciso Alberti Bosch noticias del alfabeto de Fray Diego de Landa, «seguramente habría tratado de descifrar las inscripciones de nuestras grutas por medio de este alfabeto y no por elucubraciones hebreo-fenicias». Dicho alfabeto sólo consta de 71 signos, de los cuales 20 corresponden a los días, 18 a los meses y 33 para el alfabeto en sí, aunque se han clasificado sobre 1,500 signos distintos, en un lenguaje que carece de los sonidos representados en castellano por las letras *b, d, f, r, y j* o *x*. El doctor Alberti conocía el trabajo de Landa del idioma maya así como del Quechua de los incas, por lo que descifró lo que vio inscrito, signos de alfabetos del Oriente Medio.

»Tampoco han faltado», continúa el señor Padilla D'Onis, «quienes como Valentini, Seler y otros, pretendieron demostrar que el

alfabeto del Padre Landa es una burda superchería». Explicaciones negativas de esa índole son muy frecuentes, como lo es en el caso de las piedras del Padre Nazario, pero es muy difícil probar nada con negativas, y el transcurso del tiempo sólo sirve para levantar una presunción cuya importancia sólo puede estimarse mediante el más cuidadoso examen de todas las probabilidades del caso. El tiempo que separa un documento de los hechos que relata es solo un testimonio negativo contra su valor, ya que puede contener una fiel transcripción de documentos anteriores ya perdidos.

En el caso del alfabeto de Fray Diego de Landa, don Eligio Ancona afirmó que «por incompleto, por inexacto que sea el alfabeto conservado por Landa, siempre será un poderoso auxiliar para el estudio de las antigüedades americanas». (*Historia de Yucatán*. Tomo I, pág. 49, Barcelona, 1889.)

El Padre Nazario escribió ensayos sobre el estudio que hizo para describir sus «monumentos», en los cuales colaboró el doctor Manuel Zeno Gandía, según informó don Pablo Morales Cabrera. (*Puerto Rico Indígena*. Imprenta Venezuela, San Juan, P. R., 1932, pág. 113.) Expresó que: «el Padre Nazario comparaba sus figuras con momias y las líneas eran las ligaduras, con signos parecidos al cuneiforme, la biografía del personaje representado y cuya memoria deseaba perpetuar. Se ha dicho que estas piedras son apócrifas, hechas por un campesino ladino, que engañaba al Padre Nazario cobrándole dinero por sus hallazgos.

»Juzgamos esta visión inverosímil, porque el Padre Nazario era hombre de conocimientos y sus investigaciones las hacía personalmente, él mismo, según su obra *Guayamilla y la historia de Puerto Rico*.»

»Labrar un jibaró 800 piedras en igual forma imitando el envoltorio de una momia, escribir con un "mocho" signos iguales, engañar a un hombre experto que él mismo declara que hacía personalmente sus excursiones, es más increíble, que aceptar estas piedras como de origen taíno».

Las falsificaciones son evidentes en su gran mayoría, como es el caso de la «Gruta de las Muñecas» en La Española, en la cual según el señor Padilla D'Onís, «las pinturas que decoran las paredes son de factura moderna y nada tienen que ver con los aborígenes... entre las pinturas toscas... existe un búho y dos cruces de diferentes formas, que el doctor Alberti atribuyó a los indios». El doctor Alberti distinguía muy bien entre las pictografías indoantillanas y los signos silábicos o alfabéticos del Oriente Medio.

En *La Colonización de Puerto Rico* (pág. 46), expresó muy bien don Salvador Brau su opinión sobre la escritura desarrollada por los taínos: «La superioridad de los conocimientos entre las tribus pobladoras de Las Antillas correspondía a los taínos y boitis, esto es, a la aristocracia y a los sacerdotes; pero el saber de estos últimos se encerraba en la especialidad profesional, mientras que los primeros, en quienes se vinculaba el poder político-militar abarcaba círculo más amplio; como que se remontaba hasta las teorías cosmogónicas y misterios teológicos y guardaba religiosamente las tradiciones para transmitir las compendiosamente al pueblo por medio de areitos... Es indiscutible pues que nuestros indios taínos conocían el arte gráfico, han dejado impresos en la piedra sus pensamientos y sus leyes; pero hasta ahora no ha llegado la labor de un filólogo que descifre sus criptografías... No cabe atribuir, pues, a los indios de las Antillas desconocimientos absolutos de la escritura». El desarrollo moderno de la epigrafía ofrece esperanzas de su solución, según demuestran sus progresos.

Los obstáculos en descifrar los signos en las piedras del Padre Nazario han podido ser superados, y en especial el obstáculo de la gran variedad de formas que los primeros cronistas emplearon para expresar cada palabra indígena. En la construcción de sus frases dependían de la elipsis y la metátesis, ejemplos de las cuales fue la transformación de Rimac en Lima y de Quauhnahuatl en Cuernavaca. Los ideogramas se leían con la vista, por lo que su pronunciación variaba. Eso mismo ocurrió con el nombre del Japón, que aunque se llamó Yamato, al escribirse con los nuevos caracteres chinos alrededor de 700 D. de C., se pronunciaba Nipón o Nihón, que significaba «el país del sol naciente». Tal como la escritura china llegó al Japón, el Padre Nazario supuso que algunos descendientes de algunas de las diez tribus de Israel llegaron a Puerto Rico, pues sabía que habían sido dispersadas por Tiglath Pileser y Sargón de Níniveh. (*Monarquías Antiguas*, Rawlinson, Londres, año 1871). Estos estudios son muy especializados, por lo que no son muy conocidos. Adolf Bandelier estudió la prehistoria del indio mexicano en el Nuevo Mundo, tal como Mommsen estudió la de Roma y Baur la del inicio del Cristianismo en el Viejo Mundo.

No alegó el Padre Nazario que el origen racial de los indios de Puerto Rico proviniera del Viejo Mundo, no obstante el prestigio de sus propulsores, los prominentes arqueólogos Champollion, Horn, Gagno, Pikendorf y Fray Gregorio García, con sus datos curiosos de valor, aunque bastante alambicados y confusos, sino que algunos

exóticos navegantes dejaron signos inscritos de su lenguaje en Puerto Rico. Los taínos eran de raíz araguaca, aunque existen indicios de que tuvieran infusiones de sangre mejicana y posibles trazas de sangre indoeuropea.

Puede presumirse que hubo más viajes transatlánticos de los que se han supuesto, los que están tan ocultos tras las brumas de la Historia en oscuros relatos o en conjeturas fantásticas que no resisten un examen científico, aunque la prueba de que alguno de ellos ocurrió sea bastante satisfactoria. Muchas incógnitas no pertenecen tanto a la Historia científica como al limbo al que ésta relega a las minucias escolásticas.

Aunque los primeros cronistas no mencionaron la escritura indoantillana, es evidente que para poder perpetuar sus tradiciones, no sólo acudieron al ceremonial de los areitos y a su memoria prodigiosa, sino a alguna forma de escritura, imperfecta como esta fuera, lo que está demostrado por las inscripciones hechas en sus piedras talladas. Tiene que haberle sido posible a los taínos dibujar mapas de la vasta región caribeña los que le reprodujeron con habas dos de los primeros indios que llegaron a Portugal con Colón, a petición del Rey Joao II, concebible sólo a base de un mapa maestro dibujado y preservado por los caciques y bejiques principales, con los nombres de cada tierra y sus distancias unas de otras calculadas en jornadas por tierra y por mar, pues en los cruces de caminos colocaban indicadores de las rutas a seguir.

Cierto es que Fray Ramón Pane aventuró la opinión que los taínos carecían de escritura, pero el Padre Las Casas lo rebatió y ridiculizó. Tal escritura era sencilla y rudimentaria, demótica quizá, pero era más inteligible por su sencillez que la mejicana. Estos tenían un año perfecto de 365 días y 6 horas, según Fray Diego de Landa, y como existieron ciertas conexiones entre indoantillanos y yucatecos, es de deducir que sabían escribir, y que sus inscripciones quizá puedan descifrarse con la ayuda del alfabeto de Fray Diego de Landa, o por medio de comparaciones con los alfabetos hebreo-fenicios. Según el doctor Cyrus Thomas, quien fue director del Smithsonian Institution, los signos mayas, según los interpretó Landa, son fonéticos en parte, y más sílabicos que alfabéticos.

Los taínos, en forma similar a los chinos, empleaban medios pictóricos para expresar sus ideas, lo que demuestra que por ese medio deseaban fijarlas de manera concreta, tanto como ayuda de la memoria como para poder transmitir las a sus sucesores. Las inscripciones grabadas aquí en piedra, así lo sugieren, en secuencias que

consideró el Padre Nazario como bibliotecas que conservaban la historia del pasado indoantillano, o de su tribu o clan, las que por desidia o falta de medios científicos pasaron por alto los interesados en esas disciplinas, cuando aún estaban intactas. Por ejemplo, la cueva de Jobobabá fue visitada por tantos curiosos que ya el 24 de febrero de 1730 aparece esculpido el nombre de Pierre de la Rousselière. De acuerdo con lo que observaron en esa y en otras cavernas de La Española, el Vizconde Onffroy de Thoron y Zambaco Pachá, interpretaron que muchas de las esculturas eran monumentos megalíticos con su origen en el Asia Menor, según citas del doctor Narciso Alberti Bosch. (*Apuntes para la Prehistoria de Quisqueya*, La Vega, República Dominicana, 1918.)

Es causa de asombro cómo los taínos tallaban la roca ígnea o basalto con cinceles y buriles de piedra y se sabe que usaban el pedernal, o por frotación de la piedra, cuya paciente labor manual de pulimento era excelente. Taladraban la piedra más dura por rotación de un pequeño madero en cuya punta ponían una piedra aguda de sílex o de pedernal, tal como en sus flechas, y con una cabuya torcida producían revoluciones rápidas al madero sobre arena húmeda como esmeril. Sus trabajos líticos se han considerado como los mejores de las Antillas, pero las tallas, inscripciones y signos en las piedras del Padre Nazario son distintas a las indoantillanas, por lo que se sospechó que fueran falsificaciones. Tanto el doctor Fewkes como quienes le informaron mal sobre el Padre Nazario, se dejaron confundir por apariencias dudosas que evidentemente no verificaron, llevándolos en efecto a adular los hechos y por ende, a falsificar la verdad. Sólo eliminando prejuicios y corrigiendo equivocaciones puede llegarse a conclusiones claras.

Los arqueólogos autodidactos y profesionales llegaron a interpretaciones superficiales, y hubo mucho de saqueo para enriquecer museos extranjeros o vender lo de valor, antes que se organizara la investigación arqueológica. Por tal motivo se rompió la secuencia y continuidad de muchos «monumentos» que hubiera permitido descifrarlos. El Padre Nazario, sin embargo, llegó a organizar su material, de manera que logró obtener resultados positivos, según sus declaraciones al efecto. Es posible que algún buen día aparezca algún manuscrito o algún cuadernillo epigráfico extraviado, tal como ha aparecido el manuscrito de su libro de 1893, y como el que le mostró el Padre Nazario al señor de Hostos, lo que también testimoniaron conocer don Pablo Morales Cabrera, el doctor Manuel

Zeno Gandía, don Agustín Navarrete y don Mariano Abril, entre otros.

Como las inscripciones eran pictóricas o jeroglíficas, tenían que mantenerse en su secuencia natural original para poderse descifrar e interpretar los signos. El Padre Nazario declaró que lo había logrado, determinando que los signos eran fonéticos y la escritura era más perfecta que la de México y el Perú. Un sacerdote de la erudición y el prestigio del Padre Nazario no hubiera osado declarar algo de lo cual no estuviera razonablemente seguro, y menos aún encontrándose bajo el fuego de críticos implacables que lo habían acusado tanto de superchería como de estar loco, precisamente por el atrevimiento de sus manifestaciones y lo insólito de una teoría revolucionaria que parecía a todas luces inverosímil.

No puede dudarse que algo muy importante contenían esas piedras, tanto por el extremado cuidado de los taínos en ocultarlas bajo tierra, como por el aprecio inusitado que les tenía el Padre Nazario. Si él hubiera falsificado o hubiera sospechado tan siquiera tal acción cometida por otros, lo hubiera acusado y no se hubiese atrevido a consultar con personas de la cultura y prestigio del doctor Zeno Gandía, Morales Cabrera, Navarrete, Fewkes, mas historiadores oficiales como don Mariano Abril, el doctor Coll y Toste y don Adolfo de Hostos. En lugar de haberlos consultado hubiera ocultado *el cuerpo del delito* como sería de esperar, y de haber sido acusado de tal acción cuando arrojó sus piedras al fondo del aljibe de su casa parroquial, no las hubiera sacado, lo que hizo por lo menos en parte, y no las hubiera celado tanto.

Es evidente que ya para el año 1893 el Padre Nazario había dado por lo menos con la clave que le permitiría descifrar las inscripciones, pues así lo hizo constar en su libro *Guayanilla y la historia de Puerto Rico*. «Tengo bastantes elementos para un libro sobre esta materia. Si Dios lo permite, trabajaré en darle forma» (pág. 162). «Las numerosas antropoglíficas que guardo, siento la fuerte tentación de creerlas el Archivo Nacional. Encontradas casi juntas en una reducida extensión de terreno, y a una distancia no extraordinaria de Guayanilla ¿no podría suceder que hubieran sido puestas a cubierto de los choques que en la guerra habían de dirigirse con preferencia contra la capital de la Isla?» (pág. 139).

La publicación de dicho libro provocó una de las más agrias polémicas en nuestra historia, y desde entonces no tuvo descanso espiritual ni sosiego el Padre Nazario, pues fue acusado casi de sacrilegio al atreverse a rebatir teorías tradicionales ya aceptadas

como artículos de fe. Tales circunstancias tienen que haber afectado su plan de trabajo, y afectada su salud a su avanzada edad, víctima de una afección cardíaca hubo de recluírse en el Obispado en San Juan.

Los «monumentos» del Padre Nazario constituyen un hecho real, verificado y testimoniado, que no admite discusión, por lo que no debe ser descartado su estudio por los especialistas, bien por haber creído versiones infundadas, o por considerar muy complicada o ardua la paciente labor de examinarlas en los sitios en donde se encuentran dispersas, y así poder determinar el estilo de escritura empleado en las inscripciones.

Dichas inscripciones son un hecho tan real como lo son los muros ciclópeos de un metro de grueso localizados en Mao, provincia de Santiago de los Caballeros en La Española, parecidos a los megalitos incas. Se ha insinuado que los construyeron unos hombres cuyos restos óseos fueron encontrados allí, cuyos cráneos tenían la típica deformación occipital de la raza araguaca, y con cierto grado de proñatismo, conjeturado como parecido a el de los indios nahuas de Yucatán. Es evidente que como los araguacos no construían tales muros ciclópeos, y no existe evidencia de que los nahuas hubieran poblado en La Española, las osamentas de sus verdaderos constructores se desintegraron mucho antes, los que aparentemente pertenecían a una raza anterior a la araguaca, debido a la gran diferencia de sus muros con los petroglifos y otras construcciones de los araguacos, las que son totalmente inconfundibles con las de otras razas. ¿Serían megalitos incas?

Un ejemplo de trabajos líticos de los araguacos son sus cemíes, los que eran tanto mamiformes como faliformes, por lo que se ha deducido que los consideraban como los dioses de la fertilidad, tanto de las plantas alimenticias como de los seres humanos. Fray Ramón Pane observó que «cada indio poseía un ídolo de especial forma llamado cemí que guardaba en su propia casa». El doctor Fewkes opinó que sus diferentes formas denotaban las representaciones totémicas, y las concepciones del cemí por los distintos clanes o tribus. En la casa del cacique, «no dudaba tener una o más de estas imágenes», representando el cemí de su «clan» o tribu, tal como lo había heredado, parecidos a los sellos o pintaderas con el distintivo totémico de la tribu.

Los trabajos sobre materiales duraderos los hacían labrando y puliendo piedras tan cristalizadas como el sílex y el cuarzo, hasta las sedimentarias, como la piedra caliza y la arenisca. Han aparecido

objetos de piedras tan diversas como el pórfido, feldespato, andesita, diorita, mármol, granito, micaesquisto, serpentina y azabache de lignito compacto. Trabajaban en madera, conchas y huesos, y en sus amuletos labraban tales piedras como calcedonia, ámbar, turquesa, esmeralda y ágata.

Uno de los misterios sin solucionar es el uso que le daban a los collares de piedra, el que aparentemente solucionó el doctor Fewkes al encontrar una figura humana en Jamaica que aparece con un collar que le aprisiona los brazos desde el cuello y los hombros hasta las caderas, a manera de cepo. Es evidente que el collar se convirtió con el tiempo en un emblema o símbolo honorífico, tal como la crucifixión llegó a ser venerada como símbolo de dignidad y respeto cristiano.

Además de ser excelentes talladores y pulidores de las piedras más duras, trabajaban la madera, el barro, las conchas y los huesos; eran grandes navegantes que medían sus travesías por alta mar por jornadas, por lo que poseían métodos de observación astronómica; y tenían que disponer de mapas de la región del Caribe según demostraron al Rey de Portugal; empleaban hábilmente corrales para la pesca; eran agricultores que utilizaban métodos de labranza muy eficaces, con la siembra de la yuca, el maíz, el aje y la yautía sobre cientos de miles de montones y caballones y lograron la hazaña industrial de extraer el veneno activo a la savia de la yuca para convertirla en un alimento de gran valor nutritivo con la separación de la catebía para hacer el pan de casabe, y el almidón en forma de atol o tapioca.

No debe extrañar que estos grandes navegantes de alta mar que se dirigían por métodos astrales, por lo que tenían algún sistema calendárico y cosmogónico, hubieran desarrollado algún sistema de escritura para dejar constancia de las estaciones, del tiempo, de las distancias, de sus operaciones comerciales, y como ayuda para la memoria, como era el quipus de los incas.

A diferencia de los conocidos petroglifos araguacos, los signos inscritos en las piedras del Padre Nazario se distinguen por sus líneas cinceladas, paralelas, a un ángulo o cuadrículas, por lo que cabe la posibilidad que fueran introducidas en Puerto Rico por navegantes del Viejo Mundo, y que enseñaran su técnica a los indígenas de algún rango. Es posible que solo unos pocos caciques y bejiques conocieran la técnica y la mantuvieran en secreto, el que llevaron a la rumba poco después de la llegada de los conquistadores.

El hecho que los ocultaron muy bien bajo tierra durante la con-

quista, confiando solamente el secreto de su paradero de padres a hijos, hasta que una anciana lo reveló al Padre Nazario sólo cuando creyó que su fin se acercaba, demuestra el gran valor que le atribuían a ese tesoro de piedras inscritas con alguna información de gran importancia. En esa época los taínos ocultaban sus ídolos o cemies en la parte más fragosa de las montañas tan pronto observaban que los españoles intentaban acercarse mucho a sus yucayeques.

Es posible que el erudito Padre José María Nazario y Cancel lograra, a pesar «de los desalientos que acompañan ordinariamente a esas investigaciones», obtener la clave que le abrió a su vista el «testimonio de que los indios de Carib tenían una escritura más perfecta que la de Méjico y el Perú», lo que evidencia haberlas estudiado, además de las lenguas bíblicas cuya presencia en América era evidente en sus petroglifos.

Se ha considerado que el buen padre pecó de optimista cuando informó que había logrado descifrar las inscripciones en sus «monumentos», pero debe recordarse que afirmó tener material para escribir un libro, el que es posible que estuviera en la forma de los «cuadernillos» uno de los cuales mostró al historiador oficial de Puerto Rico, don Adolfo de Hostos. «Tengo bastantes elementos para un libro sobre esta materia. Si Dios lo permite, trabajaré en darle forma».

Podría cuestionarse que el Padre Nazario hubiera logrado establecer comparaciones válidas entre las inscripciones en sus piedras y los signos de alguno de los sistemas de escritura desarrollados en el Oriente Medio, sin haberlos podido ver y analizar directamente. Tal circunstancia no sería insólita, ya que el arqueólogo Jean Pierre Champollion tardó catorce años en ver la Piedra Roseta por primera vez, y veintitrés años en descubrir la clave que le permitió descifrar el primer jeroglífico egipcio, el nombre del faraón Ptolemaios o Ptolomeo. Tanto Champollion como el Padre Nazario tuvieron durante muchos años solamente dibujos de los signos que constataban, aunque el Padre Nazario tuvo las piedras ante su vista desde el primer momento. Los dibujos a veces se pueden leer con mayor facilidad que el original, por lo que tal circunstancia no fue un obstáculo insuperable para hacer las constataciones indispensables para el intento de descifrar los signos de la escritura de una lengua desaparecida.

No fue Champollion, sino Thomas Young quien primero logró relacionar sonidos con ciertos símbolos, lo que luego de alguna resistencia Champollion aceptó, al descubrir que el nombre Ptolomeo

meios podía leerse fonéticamente, y lo reconstruyó sonido por sonido en secuencia, del idioma griego al copto, y de éste al demótico y al hierático, hasta descifrarlo mediante un proceso regresivo y deductivo. En esa forma Champollion se convenció que algunos jeroglíficos, podían oírse además de verse, y pudo probar que los dibujos de pájaros, fisonomías y sierpes enrolladas podían formar palabras sin relación con sus imágenes, comprendiendo de esa manera que tenía ante sí en la Piedra Roseta la clave de un lenguaje completo parcialmente fonético. Esa fue la clave para descifrar el lenguaje del antiguo Egipto, lo que permitió el estudio de la historia de la que hasta entonces había sido una tierra misteriosa y hermética.

Parece evidente que el Padre Nazario progresó lo suficiente en sus apreciaciones comparativas de los signos al decidirse a declarar en su libro *Guayanilla y la Historia de Puerto Rico* que había acertado a descubrir cierta clave que le permitía descifrar signos inscritos en sus piedras, de naturaleza fonética. Interpretó que los símbolos pictográficos conocidos de los taínos en Puerto Rico podían ser dibujados solo para la vista, según se creía entonces, pero que los signos inscritos en sus piedras, por ser de carácter fonético, señalaban la influencia de una lengua de origen semítico, cuya escritura parecía de carácter cuneiforme. Halló cierto parecido entre algunas palabras taínas y hebreas, y sugirió que sus más de 800 antropoglifitas constituían un rico archivo de información que guardaban celosamente los indios en el centro cacical más importante de Puerto Rico.

Al profundizar en su estudio, el Padre Nazario se sorprendió al notar cierta similitud entre algunas palabras hebreas y taínas, en forma parecida a como existe en la lengua hablada aún por los indios de Guatemala entre la palabra maya «ishok» y la palabra hebrea «ishashah», ambas con el significado de «mujer». Tal semejanza podría ser puramente accidental, pero el Padre Nazario ponderó evidentemente esa entretenida y fascinante posibilidad, y debe haber considerado que los signos inscritos en sus piedras podían acercarlo hasta el umbral de un mundo lingüístico diferente al que hasta entonces se conocía de la raza taína. El sistema de escritura que encontró era de carácter fonético, por lo que al usarlo, permitía preservar y transmitir la constancia permanente de la historia de sus antepasados, sin la necesidad de tener que memorizarlas para cantarlas en sus areitos.

Tal circunstancia señaló al Padre Nazario la probabilidad de que

los caciques y los bejiques habían preservado ciertas informaciones en forma escrita, y como sólo un pequeño número de ellos entendía su contenido, podían consultarlos en secreto antes de dirigir los areitos, como ayuda de la memoria, lo que ocultaban al pueblo por conveniencias secretas de alguna índole desde tiempo inmemorial, a manera de signos mnemónicos.

Debe haber constituido el más puro lujo intelectual el que pudo disfrutar el Padre Nazario al percibir, cada vez con mayor claridad, cierta semejanza entre los extraños signos inscritos en sus piedras con los de la escritura de una lengua muerta del Viejo Mundo, de la cual conocía por medio de dibujos solo algunos detalles, en forma parecida a como había podido hacerlo Champollion medio siglo antes. En estos casos sólo pueden aventurarse ideas sobre el desarrollo de un proceso tan complicado, y quedan muchas incógnitas por resolver

El testimonio en respaldo de su categórica afirmación de que «los indios de Carib tenían una escritura más perfecta que la de Méjico y Perú», lo tenía en «sobre ochocientas antropoglíficas que tengo en mi colección... cuyo misterio guarda revelaciones históricas». En forma similar guarda el idioma maya muchas revelaciones aun indescifradas, las que van surgiendo lentamente, como las de los egipcios, quienes aunque no lograron desarrollar un alfabeto, diseñaron signos para veinticuatro sonidos de consonantes, dejando en un limbo las vocales, pues no las simbolizaron, dejando al libre albedrío de los lectores suplir el lugar en donde pronunciarlas.

Dejamos las anteriores informaciones e ideas a los estudiosos para que ponderen sobre uno de los misterios más fascinantes de nuestra prehistoria, el que no debe desdeñarse por considerarse de imposible solución, y si algún buen día aparecieran por fortuna algunos de los «cuadernillos» en los que vertió el Padre Nazario el resultado de sus investigaciones, podría adelantarse mucho la solución de este enigma, pues fue una de las contadas personas que tuvo ante su vista las piedras inscritas en la secuencia original en la que fueron excavadas.

Walter Krickeberg, el eminente etnólogo alemán, opinó que los fenómenos de inexplicables coincidencias entre las culturas del Viejo y del Nuevo Mundo sólo se explican por contactos por la vía marítima, «durante una fase muy adelantada de su desarrollo... sólo de esta manera encuentran explicación ciertas concordancias muy llamativas... en piedra, metalurgia y escritura jeroglífica... (y aunque) se siguieron aquí y allá senderos muy distintos... las culturas ame-

ricanas no llegaron a alcanzar el máximo de su florecimiento sino hasta en los tiempos de la Era Cristiana (alrededor de 450 D. de C.), la cronología no es ningún obstáculo tampoco para pensar en una comunicación entre las altas culturas del Viejo y del Nuevo Mundo». (*Etnología de América*, Fondo de Cultura Económica, México, 1946, págs. 30 y 31.)

La incógnita fundamental es si pudo haber influencias procedentes del Viejo Mundo que colaboraran en el desarrollo de las culturas americanas, aunque fuera por medio de contactos casuales. La mayoría de los indicios aconseja que no debe rechazarse tal posibilidad, ya que sólo de esa manera pueden explicarse las asombrosas concordancias que se han descubierto entre ambas culturas.

En este aspecto tan importante del enigma, el Padre Nazario no andaba despistado, motivación principal de sus críticos coetáneos, y como tal contacto fue posible, y las inscripciones cuneiformes en sus piedras lo confirman, debemos explorar este ángulo más a fondo.

LOS «MONUMENTOS» DEL PADRE NAZARIO

Uno de los enigmas más insondables de nuestra prehistoria, pues su mera mención ha provocado una reacción de escepticismo, incredulidad y hasta sorna, es el que vamos a intentar que se pueda ver en una perspectiva realista al historiarlo y al relatar como vinimos en su conocimiento.

Un tema tan misterioso y controvertible que data de casi un siglo está basado en un descubrimiento que el Padre José María Nazario y Cancel llamó «monumentos», con referencia a más de ochocientas antropoglíficas que excavó cerca de Guayanilla, alrededor del año 1880. «Monumento» es un objeto o documento de utilidad para la historia, y así consideró correctamente el Padre Nazario los centenares de antropoglíficas que desenterró en el barrio «Los Indios»; figuras humanas talladas en piedra e inscritas con extraños signos, diferentes a los petroglifos indoantillanos ya conocidos en toda la isla.

Vinimos en conocimiento del misterio en diciembre de 1931 cuando el autor de este ensayo dirigía la triangulación y la colocación de puntos de referencia sobre el terreno para la confección del Mapa Topográfico de Puerto Rico, basado en fotografías tomadas a 10,000 pies de altura. Al recorrer partes frías de la isla vinimos en contacto íntimo con aspectos que nos eran desconocidos

de la arqueología indígena, aunque ya la conocíamos en parte. Bateyes, cuevas, barrios como «Los Indios», las Indieras, Caguana, Las Cucharas, la ensenada de Calvache, las Bocas del Infierno en Salinas. Entre todos, lo más interesante fue el barrio «Los Indios», el que visitamos al trazar el lindero entre los municipios de Guayanilla y Yauco y en donde escuchamos relatos que nos incitaron a conocer la obra arqueológica que había hecho el cura párroco de Guayanilla.

Nadie se acordaba del lugar preciso en el cual el Padre Nazario había excavado los centenares de antropoglifitas a las cuales se había referido en su libro *Guayanilla y la Historia de Puerto Rico*.

Unos años después, cuando construíamos bajo contrato un puente y varios kilómetros de la carretera por el barrio Machuchal entre Sabana Grande y Yauco, recibimos en la oficina de campo a un conocido vendedor ambulante de libros raros, a quien antes le habíamos comprado el libro del Padre Nazario, entre otros. Ofrecía en venta varias reliquias indígenas de cerámica y hachas de piedra, y entre ellas una estatuilla humana rarísima que aseguró procedía de las piedras que había guardado el Padre Nazario, y la cual aún conservamos. Poco después logramos ver algunas más en una visita al hogar del señor Adolfo de Hostos, quien al mostrarnos su rica colección, aventuró la opinión que en esas estatuillas con sus raros signos inscritos posiblemente estuviera encerrado uno de los enigmas más difíciles de resolver de la prehistoria de Puerto Rico, ya que su tallado y sus inscripciones diferían notablemente de los muy conocidos petroglifos indoantillanos. Advirtió que aun cuando el arqueólogo doctor Fewkes y algunos escritores del país habían insinuado a principios de siglo que fueran falsificaciones, él consideraba que tal supuesto parecía de todo punto inconcebible por tratarse de más de ochocientas antropoglifitas inscritas con signos que se parecían a los de una forma de escritura de Oriente Medio. Indicó además que en Puerto Rico no podía haber falsificadores de tal clase en la década del 1880, ni que nadie acometiera tan agotadora misión de engaño sin provecho aparente.

En una visita del historiador puertorriqueño residente en la República Dominicana, señor Luis Padilla D'Onis, dialogamos junto con el académico Fernando J. Géigel sobre dicho enigma, y nos recordó que el arqueólogo doctor Narciso Alberti Bosch había encontrado signos parecidos a cruces gamadas, y otros parecidos a signos semíticos y mayas de Yucatán. Juan de Grijalba se extrañó en 1517 que los indios aztecas usaran el signo del Cristianismo, sin compren-

der que todos los pueblos primitivos del Viejo y Nuevo Mundo lo usaban como ornamentación mural, siendo su origen antiquísimo. (*Apuntes para la Prehistoria de Quisqueya*, doctor Narciso Alberti Bosch, La Vega, R. D., 1912.)

El Padre Nazario y el doctor Manuel Zeno Gandía se dieron a la tarea de intentar descifrar los signos en las antropoglíficas, y es posible que llegaran a algunas conclusiones, pero deben haberse extraviado sus trabajos sin haberse dado a la publicidad.

Tanto el doctor Cayetano Coll y Toste como el señor Adolfo de Hostos, historiadores oficiales de Puerto Rico, se interesaron en el enigma de los «monumentos» del Padre Nazario, pero quizá por motivo de su dispersión entre distintos museos y colecciones privadas, no pudo hacerse un estudio concluyente sobre los mismos. El que mayor estudio dedicó como historiador y arqueólogo a este misterio fue don Adolfo de Hostos, quien años más tarde nos mostró una comunicación del Museo Británico que opinaba que algunos de los signos inscritos en el espécimen de las piedras que había remitido eran de carácter cuneiforme.

En su *Diccionario Histórico Bibliográfico Comentado de Puerto Rico*, el señor de Hostos escribió un artículo titulado «*Piedras del Padre Nazario*» (páginas 711 y 712) con una breve síntesis del enigma de las inscripciones, las que han quedado bajo sospecha de superchería por parecer tan rectas sus incisiones como si hubieran sido hechas con un instrumento de hierro, aunque los indios cincelaban en forma similar usando instrumentos de piedra, conchas, huesos y cabuyas inmersas en arena húmeda y polvo de la misma piedra.

Al colocar las estatuillas del Padre Nazario en secuencia, éstas recuerdan las estatuas monolíticas llamadas «*Orejas Largas*» de la isla de Pascua, ya que en su gran mayoría se parecen, pero los signos inscritos sobre ellas son diferentes, aunque algunos parecen repetirse en varias de las figuras. Es posible que dichas figuras sirvieran a manera de símbolos mnemónicos, como un método para formar una memoria artificial que incrementaba el alcance y el poder de la memoria natural. De ser ese el caso, y por tratarse de una ayuda a la memoria por medio de signos especializados convencionales, quizá no sea posible descifrarlos palabra por palabra. En el caso de las estatuas en la isla de Pascua, los naturales repetían de memoria los relatos contenidos en unas tabletas de madera que fueron encontradas enterradas al pie de las estatuas, pero al encontrarse, ya los naturales habían perdido el método para interpretar con exactitud el significado de los símbolos inscritos en las table-

tas. Estos consistían de pictografías o ideogramas estilizados, los que se podían leer en una secuencia alternando las líneas al virar la tableta, en forma similar al surcado de un terreno, siguiendo el final de un surco con el principio de otro.

Existe evidencia de que el proceso mnemónico estaba generalizado en América, y como ejemplo, los indios Cuna, de la región del Darién, al Oeste del Golfo de Urabá, tenían un sistema pictórico para poder recordar ciertos sucesos históricos importantes. Entre los indios de Cuzco existía un grupo llamado «amauta», dedicado a cultivar las tradiciones históricas y preservarlas con su transmisión a los jóvenes que les sucederían en dicha misión. Los amauta se valían de una escritura pictórica sobre tabletas de barro inscritas con datos históricos para la ayuda mnemónica que requería su oficio. Fue atribuida la creación del sistema pictórico en secuencia al inca Pachacutec, las que fueron descritas como «bibliotecas» por los españoles. Al fundar las escuelas de los amauta, dicho inca perfeccionó la cronología de sus súbditos, y ordenó la confección de mapas en bajorrelieve sobre barro de todas las regiones del Imperio Inca. (Walter Krickeberg. *Etnología de América*, página 447). En forma análoga, el libro azteca *Tecamoxtli* se le atribuye al tolteca Huemac, en el que vertió conceptos e ideas por medio de palabras, pues algunas han podido ser descifradas.

No es de extrañar que nuestros araguacos hubieran desarrollado un sistema pictórico similar, y que durante dicho proceso la nueva escritura hubiera sido aprovechada, no solo como ayuda mnemónica, sino para confeccionar en bajorrelieve sobre barro, mapas que evidentemente poseían de toda la región del Mar Caribe, según se deduce del Diario de Colón y de otros Diarios de Navegación. La escritura talna era pictórica, pero en evolución hacia la ideográfica, por lo que no sería de extrañar que algunos caciques o bejiques hubieran aprendido a inscribir y leer con los nuevos signos enseñados por los recién llegados, signos petroglíficos, fonéticos y silábicos, los que adoptarían como un mejor método mnemónico que usarían como guía secreta para su uso, y que serían parte de la «biblioteca» que excavó el Padre Nazario. Al creer tener evidencia de que esa escritura parecía fonética, sería porque el Padre Nazario pudo haber hallado alguna clave importante que le podría permitir descifrar los signos, pues le parecieron similares a los de la escritura caldática-hebrea, la cual conocía, según informó, por medio de grabados publicados.

Se infiere de sus escritos que el Padre Nazario encontró seme-

janzas notables entre las inscripciones en sus piedras al consultar una copia del «disco mágico caldáico-hebreo» que había sido excavado en las ruinas de Babilonia, el que se conserva en el Museo Británico, «pudiendo apreciarse que son idénticos sus signos o caracteres»... según se lo relató en una entrevista al escritor Guillermo Atilés García en 1905. (*Kaleidoscopio*, Ponce, pág. 143). La piedra inscrita aludida era conocida con el nombre de Mesh de Moab, data del año 850 A. de C. y fue encontrada a mediados del siglo XIX.

Debido a que se hace muy difícil aceptar estas convergencias o coincidencias, el primer impulso es presumir que se trata de falsificaciones, sobre todo si así lo han expresado ciertas «autoridades». Es necesario pecar de cierta irreverencia para no aceptar tales «autoridades» sin una fuerte prueba de sus opiniones, como ocurre en este caso, al adoptar un sistema contrario al método de la historia escolástica, en la que el «magister dixit» no se discute, aunque practicando la humildad para rectificar, de probarse alguna equivocación en deducciones contrarias a las «autoridades».

De acuerdo con la historia científica, nada debe aceptarse si no puede probarse con documentos, pero en el caso de la prehistoria o la protohistoria, que carece de ellos, tal criterio no resulta posible. En el caso de los viajes transatlánticos por hombres blancos y barbudos de distinto nivel cultural, existen testimonios de ellos encontrados en el Nuevo Mundo que han sido rechazados consistentemente, pero a los cuales podría hallarse una explicación razonable, de estar dispuestos a conceder algún grado de probabilidad a los mismos, sin atribuirlos a la fantasía.

Existe evidencia que los pescadores celtas y vascos conocían «el país de los bacalaos» cerca de los bancos de Terranova. Los irlandeses con San Brendan y los galeses bajo Madoc también tienen leyendas sobre un país allende el Mar Océano. En Brasil se estudió en 1874 la piedra inscrita de Parahyba, inscrita con caracteres fenicios, por el doctor Ladislau Netto, director del Museo Nacional en Río de Janeiro. Cerca de dicha ciudad también se encontró otra piedra inscrita, en la Pedra de Gavea, a 900 metros de altura, una pared agrietada cuyos caracteres fenicios se han descifrado en la forma siguiente: «Tyrus, Fenicia, Badezir primogénito de Jethbal»..., lo que significaría que fue inscrita de 855 a 850 años antes de Cristo. La halló Bernardo da Silva Ramos, quien había estudiado lenguas antiguas en el Asia Menor, y al copiarlas y mostrárselas a un rabino judío, éste descifró la inscripción atribuyéndola a una antigua lengua semítica, evidentemente relacionada

con la fenicia. El señor Silva Ramos fotografió la escritura inscrita y escribió dos volúmenes con un catálogo que constaba de 2,800 inscripciones protohistóricas, en su mayoría fenicias y griegas. El autor del hallazgo y de dicha obra descriptiva murió en 1931 cuando ocupaba el cargo de Presidente del Instituto Geográfico-Histórico de la ciudad de Manaus.

Sus hallazgos y escritos fueron repudiados por las «autoridades», entre ellas el Ministerio de Educación y Sanidad de Brasil. El dictámen de dicho Ministerio hacía constar que «tras las investigaciones geológicas efectuadas por especialistas, se trataba de un simple fenómeno de erosión y desgaste que casualmente producía el efecto de escritura... La arqueología brasileña niega en absoluto la existencia de inscripciones fenicias en todas las regiones del país». Frase olímpica que cubre la inmensidad inexplorada de ese enorme país, y que ha desalentado la investigación.

Esta ha sido la reacción característica de las «autoridades» al aparecer inscripciones pictóricas o signos inscritos que difieren de los ya conocidos típicos de las razas americanas. Sin embargo, son tantos los testimonios que han aparecido que señalan posibles contactos entre el Viejo y el Nuevo Mundo, así como su diversidad, independiente unos de otros, que los convierte en verosímiles por estar fundados en hechos conocidos y visibles.

No parece prudente descartar como meras consejas o leyendas las tradiciones antiguas, por fantásticas que parezcan a primera vista. El hecho de haber llegado navegantes europeos al Nuevo Mundo con anterioridad al año 1492 tiene trazas de verosimilitud, aunque no ha podido probarse con la clase de documentos en blanco y negro que exige la historia científica, aunque existen testimonios en monumentos en piedra y en cerámica que cobrarían un valor mayor de encontrarse en su forma original. El enigma de esas raras inscripciones en piedra no ha podido ser aclarado, ni es posible predecir cuándo ni cómo pueda resolverse.

La tendencia ha sido declarar *prima facie* la solución adelantada de estos enigmas arqueológicos como supercherías, aunque las deducciones derivadas señalen hacia su probabilidad, mientras no aparezca algún documento con un testimonio escrito, de lo que ha surgido el aforismo: «Quod est in actis, non est in mundo».

Un ejemplo de lo señalado es la ignorancia que existía en Europa hasta poco antes del descubrimiento de América, cuando sólo se sabía algo de la China a través de los escritos de Marco Polo y del fantástico Sir John de Mandeville. Se trataba de conocimientos

distorsionados y vagos, aunque el cristianismo ya había sido predicado en China, lo que parece increíble. El Padre Trigault, un misionero jesuita, encontró en 1625 una lápida inscrita con caracteres sirios y chinos por cierto obispo llamado Adam, quien había vivido en Singanfu del Veiho, capital de Shensi, y era «sacerdote y maestro de la Ley en Sinistan», durante el reino del Emperador Tait-sung, quien había sido su propulsor del año 626 al 649 D. de C. Cuando dicho misionero escribió su información sobre dicha lápida, fue acusado de falsario refinado, que justificaba el fin con los medios. No fue hasta mediados del siglo XIX que se pudo demostrar que el cristianismo había existido en China en una época tan remota y la memoria del Padre Trigault pudo ser rehabilitada.

Todos los hallazgos fuera de lo corriente han corrido parecida suerte, acusándose a los que los han dado a conocer como falsificadores, en lo que el ejemplo de las piedras del Padre Nazario es característico.

Con el fin de señalar las posibilidades de que los contactos entre el Viejo y el Nuevo Mundo hubieran ocurrido antes del descubrimiento de América por Cristóbal Colón, es conveniente hacer un poco de historia. Cuando llegaron los primeros conquistadores al Perú en 1527, los incas los recibieron pronunciando el nombre de «Viracocha» o Kon-Tiki, equivalente a Señor, tal como los aztecas habían recibido al primer conquistador español con el nombre de «Quetzalcóatl», el dios blanco y barbudo; en Yucatán con el nombre de Zamna; en Paraguay y Brasil con el de Zume, y en Colombia con el de «Bocachica», que es «Viracocha» hispanizado.

Pedro Pizarro, primo del conquistador Francisco Pizarro, describió en «La relación del descubrimiento y conquista del Perú», a las princesas incas como «de porte bello y majestuoso; ellas mismas están orgullosas de su figura, y con buen motivo... Este pueblo es rubio como el trigo... algunas de las damas y de los caballeros son incluso más blancos que los españoles. Vi a una señora con su hijo, tan blanco, que raramente se encuentra cosa igual. En este caso, los indios afirman que son hijos de los ídolos».

Las noticias e informaciones sobre indios blancos son muy frecuentes en las crónicas de la conquista de muchas regiones de Norte y Sur de América y de las Antillas, fenómeno que conviene explorar con algún detenimiento, tal como el de los monumentos hallados con inscripciones y signos o símbolos que coinciden con los europeos.

La costumbre de usar el signo de la cruz era frecuente en Méxi-

co y Yucatán, como representaciones estilizadas de árboles en forma de la cruz, al pie de los cuales se sacrificaban animales. El arqueólogo C. M. Kaufman encontró cierta semejanza entre los motivos religiosos indios y los de la iglesia copta. Empleaban también los indios ciertos ritos parecidos al del bautismo, la confesión auricular, y la comunión. Desde luego, el signo de la cruz es un motivo ornamental sencillo y primitivo que ha sido usado por muchos pueblos de la más remota antigüedad.

Existían también varias profecías que anunciaban la próxima llegada de hombres blancos y barbudos, tanto en el Perú, como en México y Yucatán. En el Perú, Ecuador y Bolivia, todavía el nombre «Viracocha» significa Señor, aunque también le llamaban «el Eterno» o Kon-Tiki y Pachayachachi, o Creador del Mundo. De acuerdo con la tradición, Viracocha había sido un hombre blanco barbudo que cargaba con una cruz, la que procedió a erigir en una altura. Se había dedicado a predicar, condenando los pecados, y había echado agua sobre la cabeza de uno de los príncipes que le habían seguido, a manera de bautismo. La tradición era que había sido el fundador de la antigua capital del Imperio Inca, Cuzco, así como los Templos del Sol en el Lago Titicaca, en donde había sido atacado por el rey Cari, del Valle de Coquimbo, sacrificando a los dioses los hombres blancos que pudieron, pero perdonando la vida a las mujeres y a los niños. Cuando Viracocha se retiró al Océano Occidental con los sobrevivientes, les advirtió a los indios que en su día les enviaría sus mensajeros, «hombres blancos barbudos».

Es probable que como los hombres blancos en retirada ante el ataque del Rey Cari no disponían de mucho tiempo, utilizaron las balsas o almadías, construidas por los indios que los siguieron con madera muy liviana, muy rápidas y con menor cantidad de madera que las naves convencionales a que estaban acostumbrados a navegar. En una balsa parecida fue que modernamente Thor Heyerdahl informó haber recorrido hasta ochenta millas náuticas en 24 horas con el impulso de los vientos y las corrientes del Este hacia el Oeste, lo que indica que como las piraguas dobles de los polinesios no podían remontar el empuje de tales vientos y corrientes contrarias, resulta increíble la población de la América del Sur desde el Oeste, desde la Polinesia por la vía marítima.

Desde luego, existe evidencia tradicional de viajes fortuitos de los polinesios desde Tahití a Hawaii, una distancia de unas 2,300 millas, por lo que no pueden dudarse viajes transoceánicos fortuitos en naves algo mejores aunque parecidas que cruzaran aun mayo-

res distancias. Es bastante probable que casi en la totalidad de tales casos esporádicos, los navegantes deben haber muerto antes de haber podido regresar a su tierra de origen, luego de haberse integrado a la población aborigen y haber sido absorbidos biológicamente por ésta. El antropólogo hawaiano, doctor Peter A. Buck, asegura que los nombres de los antepasados de los polinesios son los mismos en todas partes, por lo que son comunes desde Nueva Zelandia hasta Hawaii.

Es conveniente recordar que existe una distancia de unos 4,000 kilómetros desde el continente sudamericano hasta la isla de Pascua, y unos 1,600 kilómetros desde dicha isla hasta el atolón más cercano de la Polinesia.

En la isla de Pascua se yerguen unas cabezas con dos prominentes orejas, talladas en un solo bloque de piedra enorme, todas iguales, con las caras hacia el mar, conocidas con el nombre popular de «Orejas Grandes». Se ha supuesto que dichas estatuas fueron obra de inmigrantes de la Polinesia, pero como los vientos prevalentes son del Este, parece imposible que tales navegantes pudieran remontarlos, por lo que pudieran haber procedido del continente sudamericano. Dichos monolitos pesan desde tres hasta más de cincuenta toneladas cada uno, y fueron transportados desde una cantera en un cráter volcánico a través de una topografía accidentada sobre varios kilómetros de caminos desde dicho alto cráter hasta unos antiguos desembarcaderos aun en uso. Dichas tallas recuerdan la fisonomía característica europea, más que a la de ninguna otra raza, pues la nariz es perfilada y aguda, los labios delgados, las orejas grandes, el rostro estrecho y la barbilla prominente.

El explorador Thor Heyerdahl considera que de acuerdo con las tradiciones de la isla de Pascua, entre los años 400 y 500 D. de C., llegaron a la isla hombres blancos que procedían del Este en grandes naves que se integraron a la población morena natural polinésica, lo que parece confirmar los estudios del etnólogo Peter A. Block de Hawaii.

La mayoría de las estatuas aparecen con un cinturón análogo al de las estatuas del Lago Titicaca, el llamado cinturón del arco iris, símbolo de Kon-Tiki.

Un diccionario escrito por el Obispo Tepano Jausen contiene unas pictografías de signos encontrados en la isla de Pascua en las que aparece una especie de piragua ocupada por hombres con el cabello o con plumas arregladas en forma triangular, que es típico de los adornos de los indios del Perú. También puede verse el signo de

una ave mítica estilizada, enmarcada entre dos bastones verticales, análoga al que se ha encontrado tanto en el Perú como en la Melanesia. Dichas coincidencias se repiten con tan inusitada frecuencia, que parecen descartar el puro azar.

Tal parece que los contactos transpacíficos ocurrieron con mucho mayor frecuencia desde el Este hacia el Oeste, desde América hacia la Polinesia. Sin embargo, es evidente que algunas balsas o botes balancines polinesios pudieron haber llegado hasta las costas de la América del Sur entre Valdivia y Valparaíso, que es la región donde la corriente fría del Océano Pacífico bate contra sus playas. Esto no obstante, los vientos prevalecientes y la Corriente de Humboldt favorecen el tránsito desde el Perú hacia Oceanía, y además debe considerarse que las balsas y las piraguas construidas por los indios de Sudamérica eran de mejor construcción que las polinesias, pues su madera liviana y sus «guaras» estabilizantes las hacían insubmersibles.

Durante el año 1525, el Capitán Bartolomé Ruiz pudo ver a considerable distancia de las costas del Ecuador, una gran embarcación que calculó en unas treinta toneladas, tripulada por veinte indígenas navegando a la vela, por lo que la llegó a confundir con una carabela española. (*Conquista del Perú*, William H. Prescott. Capítulo III, página 855). Desde luego, son bien conocidas las descripciones contenidas en el Diario de Navegación de Cristóbal Colón de piraguas hasta de 150 tripulantes que eran capaces de efectuar travesías por alta mar de ocho a diez jornadas de 24 horas.

Viajes informados transoceánicos tenían que ser más frecuentes de Este a Oeste debido al conocido efecto de la rotación de la tierra sobre los vientos y las corrientes marítimas naturales que prevalecen mayormente en dicha dirección.

Cierto es que se creía en tierras imaginarias y legendarias, así como supuestos viajes por mar en busca de ellas, entre las que figuraban la isla de Brasil; la de Ogigia mencionada por Homero, hogar de Calipso; las islas de los Bienaventurados o de los Afortunados; el Eliseo; la isla de San Brandán, y la isla Ballena.

Sin embargo, para los prácticos comerciantes de España, Portugal e Inglaterra, la meta era la India y Cathay del Gran Can, y no las legendarias tierras que se mencionaban a los navegantes como un incentivo adicional alternativo.

Algún suceso fuera de lo corriente debió ocurrir el año 1480 que sirvió para revivir el interés de los armadores de barcos en Bristol, Inglaterra, que los instó a organizar unos siete viajes en y des-

pués de dicha fecha a través del Mar Océano, aunque no produjeron ningún resultado práctico. No fue hasta después de los dos primeros viajes de descubrimiento de Cristóbal Colón que Sebastián Caboto, navegando en el *Mathew*, halló una tierra que creyó que era la del Gran Can, a una distancia de unas 700 leguas italianas hasta la isla desde el Cabo Bretón, a lo largo de unas 300 millas de costa sin haber visto a un solo aborigen.

Desde la antigüedad más remota habían llegado relatos de viajes que han sido clasificados sólo como legendarios, pero por increíbles que parezcan no existe prueba en contrario de que no hubieran ocurrido en la manera relatada.

En la antigua Grecia, Erastótenes (275 a 195 A. de C.), basado en su cálculo del meridiano que pasa entre Siena y Alejandría, estimó que el Viejo Mundo ocupaba solo una tercera parte de la esfera terrestre, y que la distancia entre Europa y la costa Oriental de China era de 240°. Posiblemente influyeron en sus estimados los indicios que frecuentemente llegaban a Europa con pruebas tangibles arrojadas por el mar a sus playas de la existencia de otras tierras al otro extremo del Mar Océano. Pausanias escribió alrededor del año 150 D. de C. sobre unas tierras cuyos habitantes tenían la piel roja y el cabello grueso parecido al del caballo. Su coetáneo Pomponius Mela informó que Quinto Metelo Celer, Procónsul romano en Galia, había recibido tales como regalo del Rey de los Botos alrededor del año 62 A. de C., quien le había indicado que procedían del Mar Indico, y que una tempestad había desviado el rumbo de su embarcación, arrojándolos a las costas de Alemania. Ante la imposibilidad física de que tales náufragos hubieran procedido de Asia, es evidente que sólo podían haber llegado del Nuevo Mundo. Plutarco (46 a 120 D. de C.), en su Diálogo sobre la Luna, informó que había sabido de unas tierras en la latitud de Inglaterra que tenían la luz solar plena durante la noche excepto por una hora, y sabemos que tal conocimiento no podía ser el resultado de una fantasía. Séneca, Eliano y Estrabón informaron datos similares sobre viajes a tierras a gran distancia de Europa a través del Mar Océano. Aunque no pueden probarse de modo categórico tales viajes, por carecer de documentos, es posible que naves impelidas por los vientos alisios del Nordeste, de la intensidad y persistencia que impulsaron las carabelas de Cristóbal Colón en su primer viaje, pudieron haber llegado en tiempos muy antiguos al Nuevo Mundo.

La tecnología naval durante la antigüedad ofreció demostracio-

nes de la probabilidad de que pudo construir naves capaces de cruzar el Mar Océano. Por ejemplo, la transportación alrededor del año 1500 A. de C. de dos obeliscos de treinta metros de altura en una sola pieza con un peso de unas 700 toneladas cada uno aguas abajo del río Nilo, hasta el templo de Hatsepsut en Carnak, 500 años antes de iniciarse los fenicios en la historia de los descubrimientos. Además, el viaje de la Reina Hatsepsut hasta la desembocadura del río Zambeze en 1493 A. de C. El año 945 A. de C. una expedición de fenicios y judíos zarpó desde Akaba en el Mar Rojo y llegó al País de Ofir en busca de oro para el Rey Salomón, fundando la que se cree fue Simbaye, cuyas ruinas fenicias existen a 27 kilómetros al Sudeste de Victoria en Rodesia, y a 450 kilómetros del mar, en el Valle del Alto Mtilikwé, un afluente del río Lundi. Por último, es conveniente recordar la circumnavegación del continente africano por la expedición egipcio-fenicia que despachó el Faraón Necho II (609 a 594 A. de C.), y la «Ciudad Eterna» Lixus en la costa Oeste africana.

La tendencia general ha sido declarar los hallazgos de inscripciones en piedra en América que se han considerado de origen egipcio o fenicio como supercherías, y en consecuencia, han sido descartadas y desacreditadas por las «autoridades», no obstante las conclusiones lógicas presentadas en su apoyo, por lo que permanecen en la categoría de los enigmas arqueológicos que no han sido resueltos con pruebas a satisfacción de dichas «autoridades».

A pesar de tales rechazos, existe evidencia del comercio que tuvo lugar entre Creta, Tarteso e Inglaterra, así como entre los puertos del Báltico, Jutlandia y el Adriático. El hallazgo de monedas cartaginesas de los años 330 al 320 A. de C. en la isla de Corvo en las Azores, demuestra su descubrimiento por los fenicios de Cartago, pero como no apareció algún documento como prueba, tal descubrimiento se atribuye a Portugal, quienes solo la volvieron a «descubrir» durante el siglo xv. La evidencia de que hubo contactos entre el Viejo y el Nuevo Mundo son considerables, pero como no se han encontrado testimonios escritos, se han considerado como fantasías, y peor aún, de supercherías, con la insinuación de que la intención aviesa al presentarlos ha sido para acomodarlos a hipótesis preconcebidas. Tales criterios «a priori» constituyen una forma de coacción al querer parar el reloj y suspender toda discusión ulterior del caso con el respaldo del prestigio oficial.

No debe aceptarse nada sin la debida presentación de pruebas documentales, pero de ocasión, a falta de datos o testimonios feh-

cientes, surge la necesidad de usar la imaginación, en cuyo proceso algunos investigadores impacientes, en su urgencia por probar alguna teoría preconcebida en la cual tienen una fe ciega en su corrección, han osado falsificar los hechos. Un ejemplo famoso es el caso del Hombre de Piltdown, cuando un eminente hombre de ciencia británico, el antropólogo Sir Arthur Smith Woodward, alteró unos dientes y parte de la quijada de un antropoide con instrumentos metálicos hace poco más de medio siglo. Otro caso fue el del «Conde Jean Frederick Waldeck», de quien se duda el sitio de su nacimiento, si en Praga, Viena o París, así como otros extremos de su vida. Waldeck hubo de leer el año 1822 una traducción al inglés del Informe del Capitán español Antonio del Río y alteró sus deficientes dibujos de glifos aztecas para acomodarlos a las teorías que desarrolló el Vizconde Edward King Kingsborough sobre la cultura azteca. Este publicó en nueve tomos *Antigüedades de México*, obra en la que intentó probar que los indios americanos descendían de las Tribus Perdidas de Israel. Con el propósito de respaldar dicha teoría, Waldeck alteró los dibujos que vio en las ruinas de Palenque, descubiertas en 1773, para que se parecieran a las inscripciones en ruinas romanas o fenicias, intento que no engañó a nadie por mucho tiempo.

El enigma es sumamente difícil de descifrar, pues aunque los monumentos existen en parte, sus creadores desaparecieron. Es necesario analizar la prehistoria y la epigrafía con obligadas especulaciones abstractas sobre el significado de los glifos misteriosos que evidencian haber sido inscritos por una raza distinta a la aborígen americana, y aunque desaparecida dicha extraña raza totalmente, sólo quedan especímenes arqueológicos, como los del Padre Nazario en el caso de Puerto Rico. Opinamos que la Historia, la Geografía y la Arqueología pueden combinarse con la Etnología para hacer su estudio interesante, aunque bastante inconexo. Las «autoridades» son por lo regular muy cautelosas el enfrentarse a algo que no aparece comprobado documentalmente, por lo que lo rechazan instintivamente en forma casi compulsiva.

En esta monografía hemos intentado señalar las circunstancias bajo las cuales pudo ser posible una visita de navegantes fenicios a Puerto Rico, y como pudieron haber dejado sus huellas inscritas con extraños signos de una escritura cuneiforme, distinta a la pictografía araguaca.

Por razón de que las piedras del Padre Nazario proceden de una clase de rocas cuya composición geológica indica que se encuen-

tran en abundancia entre Guayanilla y Yauco, la suposición de que las hubieran podido traer por mar desde Fenicia a manera de lastre no parece probable. Se acostumbraban usar como lastre materiales pesados como ladrillos y piedras irregulares que no se movieran con el vaivén de la nave, las que se depositaban en el fondo, cerca de la quilla. Por el contrario, las piedras del Padre Nazario son redondeadas, y aunque se ha sugerido que pudieran encajar unas dentro de otras, su enlace hubiera sido muy débil debido a la naturaleza y la forma del material. Por tal motivo es casi seguro que fueron talladas en Puerto Rico, lo que queda comprobado con la abundancia de la piedra serpentina con piritas de hierro. Pudieron ser talladas e inscritas por los recién llegados para dejar constancia de su viaje, o por los araguacos que hubieran sido enseñados a inscribirlas con sus raros signos, los que eran diferentes a las pictografías taínas. Los taínos las escondieron bajo tierra a la llegada de los conquistadores españoles, circunstancia que ofrece una idea del valor informativo que les atribufan, ya que de valor material no parecían tener ninguno. Uno de los impulsos humanos más fuertes ha sido el de proteger la propiedad, luego de su adquisición y posesión, y así lo hicieron los taínos con sus ídolos, collares, y otros objetos que constituían su riqueza más preciada.

Un rechazo del valor de dichas antropoglíficas, insinuando que eran una superchería, engaño o mentira, no es nada nuevo. Don Marcelino de Santuola, Señor de Altamira, quien descubrió en 1868 las cuevas cubiertas de dibujos a color del hombre Neandertal, fue víctima de las burlas, del escarnio y del desprecio de las «autoridades» durante muchos años, y fue condenado oficialmente en el Congreso de Prehistoria de Lisboa como el autor de una superchería. No fue hasta que se descubrió en 1909 el primer esqueleto del Hombre de Aurignac, que se comprobó que las pinturas eran auténticas, reivindicándose su buen nombre.

Hemos ofrecido antes otros ejemplos del rechazo casi compulsivo por las «autoridades» de varios descubrimientos novedosos que confligen con las teorías formuladas previamente, por considerarlos increíbles. El año 1722 el Almirante holandés Jacobb Roggeveen, en su búsqueda de una tierra montañosa informada en 1686 por el corsario John Davis, casualmente se topó con la Isla que llamó (Paschen) de Pascua en el Océano Pacífico, en la que informó dioses de piedra de gran tamaño coronados con otras piedras cilíndricas rojas hasta de setenta pies de altura y ocho pies de diámetro. Debido a la magnitud de las obras descritas, atribuidas a un pueblo

que carecía de instrumentos metálicos, su informe fue considerado como un producto imaginativo que no merecía ser creído. Posteriormente, se descubrieron ciertas tablillas de madera inscritas con jeroglíficos parecidos a los signos minóicos encontrados en Creta, enterradas al pie de las extrañas estatuas, todas similares, con una sonrisa desdenosa, o de superioridad sardónica, con una nariz prominentemente parecida a la caucásica y distinta a la polinesia, con unas orejas muy grandes y corona rojiza.

Se ha determinado que las estatuas fueron talladas *in situ* en una cantera en el cráter Rano Raraku, y las coronas rojas en una cantera en Punapau, luego transportadas hasta una distancia de diez millas. La roca es toda de una toba volcánica gris (traquita) tallada con cinceles de piedra y toscas hachas de material más duro de origen ígneo. Dentro de las canteras pueden verse huecos cuidadosamente redondeados que han debido usarse para encajar dentro de ellos gruesos troncos de árboles para levantar las estatuas, y amarrar los cables de fibras de una línea tendida a una distancia de más de un kilómetro capaces de sostener pesos enormes. Parte del trayecto lo recorrían con sus estatuas probablemente sobre troncos de árboles y sobre piedras redondeadas cubiertas de sargaso para que rodaran con más facilidad. Como todas las estatuas siguieron un mismo modelo; es de suponer que las basaron en la estigie de algún gobernante que los disciplinó y dirigió durante su vida sumamente activa, presumiéndose que dicho colosal esfuerzo debe haberse efectuado durante una sola generación.

En la Isla de Pascua se halló en 1864 el único lenguaje escrito originado en la Polinesia. Apareció en tablillas de madera y fibra inscritas con signos ideográficos estilizados representando peces, animales, aves, cangrejos, el Sol, símbolos fálicos, etc. Llamaban dichas tabletas Kohaurongo-rongo, que significa «cosas para ser recitadas o relatadas». El origen legendario de la escritura se le atribuye a Hotu-Matua alrededor del siglo XII al XIV D. de C. en 67 tabletas inscritas con canciones, genealogías de 22 a 28 reyes y tradiciones, aunque parece evidente que no tienen la antigüedad alegada. Los «maoris» o maestros, similares a los bejiques taínos, conocían sus significados y la forma de copiarlos, y eran los responsables de custodiarlos. Se supone que conocían el contenido de cada tableta completa y lo memorizaban, por lo que es de presumir que los signos cesaron de representar sílabas y palabras para emplearse como estímulos a la memoria.

Los instrumentos que usaban para sus inscripciones eran hachas

toscas de piedra ígnea, puntas de obsidiano y dientes de tiburón. Los escribas vivían en chozas aisladas de las de la población, en las que no podían residir sus esposas ni familias debido a que eran autores de criptografías o documentos secretos cifrados en clave. A la llegada del Rey Hotu o Tikiuh halló estatuas que llamaron «Moai», de una raza que les precedió en la isla.

Los discípulos principiantes practicaban la escritura sobre hojas de guineo antes de ser autorizados a practicar las inscripciones sobre piedra. El descubrimiento de que dichos signos son similares a los usados en Creta, señala la posibilidad de que pudieron haber sido inscritos luego de que la Isla de Pascua fuera poblada con inmigrantes del Viejo Mundo que hubieran llegado a la América del Sur y de allí hubieran pasado a la isla, lo cual concuerda con leyendas de los incas, y sus estatuas semejan las aimarás del Perú.

El Obispo Tepano Jaussen pidió a uno de los habitantes antiguos que le leyera una de las tabletas, y el resultado fue que pudo comprobar que la recitaba de memoria, y no que pudiera leer los signos como si representaran palabras o sílabas. Dichas tablillas representaban imágenes de animales desconocidos en la Isla de Pascua, escenas ceremoniales, genealogías y listas de hombres muertos violentamente.

La evidencia señala que las estatuas colosales tenían que haber sido el producto del esfuerzo colectivo dirigido por un gobernante de gran energía, y la leyenda sugiere que era «un hombre blanco cuya familia era también blanca», por lo que podría presumirse que pertenecía a inmigrantes procedentes del Este, de ascendencia caucásica, de nariz bien perfilada y larga.

Según declararon los primeros visitantes de la Isla de Pascua, las estatuas les parecieron moldeadas de alguna clase de argamasa o de mortero cementado, debido a que consideraron inconcebible que por motivo de su gran peso en toneladas, pudieran haber sido transportadas por una distancia de casi veinte kilómetros desde la cantera. Eran talladas dentro de una excavación rectangular o nicho de tamaño mayor que la estatua en la roca macisa, en la que cortaban un pequeño hueco para acomodar la prominente nariz, evidentemente de tipo caucásico y no polinésica. Al terminar su talla, sólo dejaban un listón que unía la espalda de la estatua con el fondo del nicho, que era lo último que se cortaba, luego de lo cual se levantaba la estatua por medio de cuñas de piedra y cables tejidos de fibra, y una vez fuera del nicho, se supone que se deslizaba cuesta abajo sobre fango, y una vez en el llano se rodaba sobre troncos

de árboles. La estatua consistía solamente del torso desde la cintura hacia arriba, con brazos delgados que colgaban y terminaban en manos con dedos finos cruzados sobre el abdomen, al nivel de las caderas. En algunos casos descansaban la estatua sobre dos piernas que quedaban enterradas en forma de base.

Aún se encuentra en la cantera del cráter de Rana Raraku una estatua terminada dentro de su nicho de unos 66 pies de largo con un peso de unas sesenta toneladas, cuyo tallado fue abandonado misteriosamente, en forma parecida a como los mayas abandonaron varias obras que tenían en construcción. Existen unas 116 estatuas dentro y fuera del cráter, a todo su alrededor, como en un taller abandonado, por lo que es difícil imaginar la manera como podían ser elevadas hasta el borde irregular del cráter repleto de rocas cortantes, para ser luego bajadas hasta el llano y transportadas hasta lugares distantes a casi veinte kilómetros de la base del cráter.

Hemos hecho esta descripción para dar una idea de las proezas de las que los hombres primitivos eran capaces de acometer con éxito sin la ayuda de instrumentos de metal. Quizá esta comparación pueda hacer creíbles las estatuillas y las inscripciones sobre ellas de los monumentos del Padre Nazario. El enigma no puede reducirse a tan simples términos, pero una comparación puede que nos sugiera soluciones sobre su origen y significado.

Muchos siglos antes del descubrimiento de América, los polinesios habían cruzado miles de kilómetros del Océano Pacífico sin la ayuda de cuadrantes ni brújulas, pero dibujaban mapas sobre cortezas vegetales y observaban el Sol y las estrellas a través de un roto hecho a un coco de agua, y conocían las corrientes marítimas y los vientos acompañantes por métodos naturales de observación. Nuestros indios tenían conocimientos muy parecidos que se han puesto en duda no obstante una evidencia abundante. Las semejanzas son muchas, y en el caso de las estatuas de la Isla de Pascua con las estatuillas del Padre Nazario, todas son muy parecidas. Cada estatuilla ofrece la impresión de haber tenido superpuesta sobre la cabeza alguna clase de coronación, o de encajar unas con otras, en forma parecida a como las estatuas de la Isla de Pascua tenían coronas rojas, las que como eran cilíndricas, eran rodadas desde la cantera de origen.

Los muros de piedras cuadradas de Vinapu en la Isla de Pascua comparan favorablemente con los de Egipto, Perú y Yucatán, hechos con piedras talladas cuadradas y unidas entre sí a perfección sin cementar. Un muro en la playa en Tongariki es tan larga como

la Terraza del Elefante en Angkor Vat, y hay otros de más de 300 pies de longitud, todos dando frente al mar. Las estatuas alrededor del cráter están con la cara hacia el Norte.

Una idea del procedimiento para tallar las estatuas lo reveló un incidente relativamente reciente. Un museo de Valparaíso en Chile encargó la transportación de una de las estatuas, por lo que un grupo de unos 200 hombres excavó una de unos quince pies de altura y la cargaron sobre una carreta tirada por bueyes hasta el embarcadero. Al bajarla de la carreta la estatua cayó con violencia y su aguda nariz quedó rota. Un natural llamado Juan Tepano, con un cortafrío que le fue facilitado, en unas quince horas talló sobre la imagen averiada otra completa, la que se encuentra en una colección en Valparaíso. Una labor como la descrita revela que la tradición artística perduró por muchos años en la Isla de Pascua.

Se ha conjeturado que el relativo atraso del indio americano puede atribuirse a su desconocimiento de la rueda, inexactitud demostrada con el hallazgo de juguetes montados sobre ruedas. La explicación puede que sea en que carecían de animales de tiro, tal como los árabes continuaron empleando animales de carga y de montar a pesar de conocer la rueda. Los fenicios y los egipcios desarrollaron la técnica de la fabricación del vidrio, pero no obstante sus estrechas relaciones con los griegos, éstos no hicieron uso del cristal. Son enigmas inexplicables que se usan como argumentos negativos que no prueban nada, pero que no podemos menos que aceptarlos como una realidad, sin comprenderlos a cabalidad.

Existe evidencia de que fueron posibles largos viajes marítimos en la más remota antigüedad con posibles contactos interhemisféricos. Casi todos los descubridores y exploradores del Nuevo Mundo relataron su encuentro con indios de tez blanca en Norte y Sur América y Las Antillas, lo que no es una prueba definitiva, pero que deja abierta la posibilidad de tales contactos antes del descubrimiento en 1492. De ser así, los navegantes del Viejo Mundo hubieron de mezclarse racialmente con la población aborigen, por lo que es natural que dejaran alguna huella de su historial, tanto en la sangre de sus descendientes mestizos, como en mensajes escritos en piedra con su sistema de escritura pictográfica o ideográfica.

Al encontrar el Padre Nazario imágenes con extraños signos inscritos se dio cuenta que no eran pictografías indígenas, por lo que se dio a la tarea de estudiarlos abiertamente y no oculto, dándoles publicidad. Tuvo por ayudantes y confidentes a varios profesionales ilustrados en las ciencias como el doctor Zeno Gandía, quien fue

el autor de obras de geología cósmica; el doctor Darío Franceschi y el doctor Rafael del Valle Rodríguez, distinguido etnólogo. El doctor Zeno Gandía fue autor de *Resumpta indoantillana* sobre paleontología y geología de Las Antillas en 1907. Mantuvo un vivo interés en la etnología de la población indígena, como lo demuestran sus ensayos, *Pueblo padre indoantillano*, *Cránea indoantillana*, e *Influencias de las lenguas de Europa sobre las indoamericanas*. Se trataba de un médico escritor, filólogo y gramático que esgrimía una lógica difícil de refutar, según su crítico coetáneo Joaquín Pujals Santana (Semper). Su obra *Compendio razonado de la gramática castellana*, ofrece una idea de su amplia cultura y erudición. Era difícil engañarlos con supercherías y colaboraron sin reservas.

Habrán personas a las que les parecerán los trabajos del Padre Nazario elementales o disparatados, tal como les han parecido a algunos el manuscrito de Fray Diego de Landa sobre *Las cosas de Yucatán*. Sin embargo, un arqueólogo del prestigio de J. E. S. Thompson ha asegurado que la obra de Landa es lo más parecido a una Piedra Roseta maya que podrá encontrarse. Los signos indígenas son ideogramas que representan ideas abstractas en forma pictórica y simbólica, pero no silábica, aunque el Padre Nazario creyó haber encontrado signos fonéticos entre sus inscripciones. Reconoció que los extraños signos diferían de los araguacos, quienes dibujaban en sus brazos y piernas distintivos personales o de la tribu, pictografías, inscritas en sellos de cerámica.

Se ha proclamado con frecuencia el descubrimiento de alguna clave para poder descifrar los glifos mayas. Ultimamente, empleando computadoras, un miembro de la Academia Rusa, Yuri Knorosow, anunció que poseía dicha clave para unos 270 glifos ideográficos, fonéticos y determinativos. De dicho total, sólo 170 eran de uso frecuente, en especial los ideogramas que ofrecían su propio significado, como chapul (esperanza) sobre un tepec (cerro); los fonéticos a manera de acertijos en los que se usaba con frecuencia el primer sonido de una palabra; y los determinativos, raros porque no se leían. Se han clasificado sobre 1,500 signos de la lengua maya, careciendo de los correspondientes en castellano de a, b, d, t, r, z o x.

Como el Padre Nazario no era un arqueólogo profesional, se le ha querido restar mérito a sus trabajos, aunque una gran parte de los descubrimientos arqueológicos se deben a autodidactos. Jean Francois Champollion comenzó su estudio de la Piedra Roseta a la edad de 19 años; Georg Grotefend, un maestro de escuela alemán,

descifró lo que llamó «huellas de las patas de un ave sobre arena húmeda», que no era otra cosa que la escritura cuneiforme. Michael Ventris, un joven arquitecto británico, descifró la escritura linear de Creta, aunque al iniciar su estudio creyó que se trataba de una escritura primitiva de Grecia. El fraile Diego de Landa, quien tenía una preparación similar a la del Padre Nazario, descubrió la clave de los glifos de la escritura de los indios maya, quizá debido a sus conocimientos del griego y del latín, mas posiblemente la escritura cuneiforme y los jeroglíficos egipcios.

Los mayas escribían sobre una forma de papel hecho de cortezas o fibras de plantas como el magüey, por ambas carillas, unidas en forma de libros de páginas dobladas de lado a lado a manera de biombos de unos veinte centímetros por los lados y cinco dedos de espesor. Los indios araguacos dibujaban pictografías en barro o piedra, así como también mapas para dirigirse por el mar, pues eran grandes navegantes. En forma algo parecida a los mayas, la información contenida en sus pictografías era mayormente calendárica, con noticias sobre sus guasábaras, sequías, hambres, inundaciones, huracanes, epidemias y proezas de sus antepasados, para recordarlas generación tras generación.

Fray Diego de Landa declaró que la posesión más preciada por su importancia para los indios que se retiraban ante el avance de los conquistadores, la que cargaban hasta sus escondites, eran sus ídolos y petroglifos con la historia de sus antepasados. Por tal motivo, es de creer que se tratara de un recurso mnemónico que les permitía preservar y recordar los sucesos más importantes, tal como antes de escribir Homero las aventuras de Odiseo, éstas se cantaban en forma de versos rimados con métrica, para poder recordarlos.

Es posible que las piedras del Padre Nazario tuvieran un propósito análogo, un recurso mnemónico o método artificial para reforzar el poder y el alcance ulterior de la memoria por medio de ideogramas o símbolos que no han podido ser descifrados aún palabra por palabra debido a que el método de su interpretación se ha perdido. Sin embargo, el Padre Nazario informó que había descubierto cierto significado en los signos que había podido interpretar y comprender, según el título de un trabajo inédito que tituló: *Escritura fonética de los indios de Puerto Rico, o sea el caldaico-hebreo, basado en su parecido con la escritura del «disco mágico» conocido.*

Es evidente que el Padre Nazario logró determinar que la misteriosa escritura inscrita en sus estatuillas era parecida a la hebreo-caldea del grupo semita que incluía tanto el hebreo como el dialecto

de Moab, similar a la de Sumer, que se ha supuesto que no era ya un lenguaje sino un sistema artificial de escritura secreta. Su origen se ha considerado alrededor de 3,500 A. de C. y su desaparición durante el último siglo anterior al comienzo de la Era Cristiana. Desarrollaron los sumerios una temprana preferencia por la escritura fonética y cesó de hablarse alrededor de 1,500 A. de C. al ser sustituida por el hebreo. Ambas lenguas tuvieron como ascendiente común el Cananeo, por lo que el hebreo fue conocido como «el labio de Canaán», precursor del fenicio.

Desde que de los Heteos surgió Fenicia alrededor de 1,600 A. de C., sus navegantes fueron los más expertos del Mediterráneo, y fueron indispensables para las expediciones de las grandes naciones de la época acompañando a cretanos y egipcios bajo Senaquerib, Neco, Xerxes y Alejandro Magno. El profeta Ezequiel hizo constar sus proezas marítimas (XXVII-12-25). Su mayor comercio lo sostuvieron con Tarteso en España, lo que los llevó a colonizar tierras allende Gibraltar o los Pilares de Hércules después de la guerra de Troya. Sus navegaciones, que se extendían durante varios años, demuestran que pudieron tener la capacidad para cruzar el Mar Océano en sus naves, dejando huellas con signos misteriosos inscritos en rocas en varias partes de América, así como quizá el origen de los indios blancos que fueron descritos por los primeros conquistadores y cronistas, inclusive en la Isla de Pascua. En esta isla se ha encontrado evidencia del antagonismo que existió entre dos razas que se disputaron la supremacía, lo que causó una dicotomía social que provocó guerras violentas. Ambas se distinguían por el tamaño de las orejas en las estatuas, nariz perfilada caucásica, faz altiva y orgullosa con una sonrisa desdeñosa, talladas en cenizas volcánicas compactas no muy duras. Los antagonistas fueron vencidos, reconocidos por sus orejas cortas, quienes no dejaron muchas huellas para recordarlos.

El barón Von Humboldt recordó que Aristarco refirió que Menelao circunnavegó África más de medio siglo antes que Neco lo hiciera desde Gadeira hasta la India.

El mayor misterio de la escritura cuneiforme de los sumerios estriba en la dificultad en poder determinar su origen en Mesopotamia. Fueron los iniciadores de un alfabeto cuyos caracteres no estuvieron entremezclados con otros signos gráficos. Dicha escritura demuestra que el Caldeo era de origen Asirio y equivalente al babilónico, según Ezequiel. XXIII-23). Las lenguas hebreas y fenicias diferían únicamente en su forma dialéctica. Los babilonios, aunque

de origen semita, adoptaron la escritura cuneiforme de los sumerios no semitas; la que consistía de unos 600 signos y miles de ideogramas. Cuando cesó de hablarse la lengua sumeria, los babilonios hubieron de preparar listas de signos a manera de vocabulario de más de 300 ideogramas que relacionaban el signo con el nombre. Tales listas, junto a ciertas traducciones escritas entre líneas, fueron la clave que permitió descifrar los documentos cuneiformes. Dicha escritura se transformó en el alfabeto semita común empleado por los moabitas, hebreos y fenicios, y estos últimos se lo transmitieron a los griegos y a los arameos.

Como el lenguaje de Moab era casi idéntico al hebreo bíblico, el Padre Nazario conjeturó que era el hablado por alguna de las diez tribus perdidas de Israel, aunque en realidad habían sido conducidas en cautiverio a Asiria después de la conquista de Israel. No es tan peregrina su hipótesis, pues varios historiadores modernos han intentado conectarlas con los hindúes, con los indios americanos y con los pueblos celta-anglo-sajones.

Fray Gregorio García, en su obra *Origen de los indios del Nuevo Mundo* (1607), inició la hipótesis de que los indios americanos eran descendientes de las tribus perdidas de Israel, la que aún perdura entre algunos historiadores que alegan que los pueblos celta-anglo-sajones descienden a su vez de las tribus perdidas, y por lo tanto, que ese es el pueblo escogido de Dios y es el moderno Israel, lo que implicaría que los celtas y los anglo-sajones son semitas. Las diferencias étnicas, antropológicas y lingüísticas son marcadas, así como la incompatibilidad cronológica, pero aún así persiste como una teoría que es defendida con vehemencia en algunos círculos. El historiador H. B. Rand alega que cincuenta años después de la muerte del Rey Salomón, cuyo reino floreció por los años de 950 A. de C., su sucesor Omri reinó sobre las diez tribus de la Casa de Israel. (I-Reyes-16:23). Durante los doce años de su reinado violó las leyes divinas, con el resultado de que las supuestas tribus antecesoras de los pueblos celta-anglosajones, fueron sojuzgados y hechos prisioneros por los Asirios, quedando libre sólo la tribu de Judea, lo que ocurrió alrededor de 900 A. de C. (II-Reyes-17:18).

El Rey Salamanazar de Babilonia venció a los israelitas en Judea y llevó las restantes diez tribus al Norte de Mesopotamia. Existe una leyenda de que algunos de esos israelitas se desplazaron hacia el Norte de Asia y llegaron hasta el Estrecho de Bering, cruzándolo y quedándose para poblar América. La hipótesis no tomó en cuenta

que dicho estrecho no podía cruzarse salvo por el mar alrededor de 1,000 A. de C. y sólo en tiempos prehistóricos. Más aceptable sería que hubieran cruzado toda Europa hasta unirse a los celtas y a los anglo-sajones, pero no hay evidencia alguna de que una migración de tal naturaleza hubiera ocurrido en tiempos históricos.

Los pueblos semitas eran nómadas procedentes del desierto arábigo, acostumbrados a migrar. Unos se establecieron en el Valle del Nilo influyendo en el desarrollo de la civilización egipcia; otros invadieron a Canaán y construyeron ciudades como Jericó, Eblas y Biblos, y aún otros invadieron el Valle del Eufrates y el Tigris desplazando a los sumerios, pero asimilando su cultura. Una confederación de tribus que se autodenominaban hebreos tuvieron una era de florecimiento durante los reinados de Saul, David y Salomón, un milenio antes de la Era Cristiana. Al Norte, los fenicios heredaron el imperio de los micenos que habían sojuzgado a Troya, desarrollando su poderío en el Líbano, con sus centros de operaciones en Tiro y Sidón, extendiéndose hasta Cartago alrededor de 800 A. de C.

Si algunos historiadores del último cuarto del siglo XX todavía afirman su creencia en legados olvidados de la humanidad, tales como los templos que suponen haber pertenecido a las tribus perdidas de Israel, o a la fabulosa Atlántida descrita por Platón, la crítica sarcástica de que fue víctima el Padre Nazario no fue justa. El Padre Nazario declaró que los signos en sus piedras eran comparables con los que aparecían en una copia del «disco mágico» hebreo-caldáico que se excavó en las ruinas de Babilonia, y el cual se conserva en el Museo Británico, pudiendo apreciarse que eran idénticos sus signos o caracteres a los estampados en las piedras... Esa hipótesis del Padre Nazario fue confirmada parcialmente por el Museo Británico, por lo que su deducción no fue tan errónea como se le atribuyó por los críticos de la época. Opinó que los indios americanos eran descendientes de las tribus perdidas de Israel, y que esa era la explicación de su conocimiento de la escritura hebreo-caldáica, sin considerar que tal conocimiento pudo haber llegado por medio de navegantes que cruzaron el Océano Atlántico. La presencia de esos navegantes se infiere de numerosas inscripciones halladas en Norte y Sud de América.

De acuerdo con el dictamen del Museo Británico, las inscripciones en el espécimen que les fue sometido por el señor Kaufman, las piedras representan datos administrativos de Sumer de alrededor de 2,000 A. de C., cuya escritura era parecida a la hebreo-caldáica,

que fue la deducción a que llegó el Padre Nazario, pero como dicha escritura se convirtió en la escritura fonética de Fenicia, cuyos navegantes pudieron haber llegado a América después de haber poblado a Cartago alrededor de 800 A. de C., podría atribuirse la inscripción de dichas piedras en Puerto Rico después de tal fecha. Achacar la evidencia material de las inscripciones del Padre Nazario a una superchería y no a un contacto marítimo con la región del Oriente Medio, posiblemente con Sumer o Fenicia, demuestra cierta temeridad negativa en lugar del estudio sosegado que amerita.

El estudio de esas lenguas de la antigüedad es muy controvertible. Allan H. Gardiner ha opinado que los principios fonéticos son de origen egipcio, pero fueron los fenicios los que inventaron el alfabeto, libre de otros elementos gráficos al comprender sus ventajas para el comercio. Los inventores de la escritura fueron miembros de una raza que vivió en Mesopotamia, nombre que significa «entre dos ríos», el Eufrates y el Tigris, unos dos milenios antes de los imperios de Asiria, Babilonia y aún de Egipto. La escritura más antigua encontrada consiste de inventarios administrativos sumerios, lenguaje que se ha clasificado como indoeuropeo pero no semita, el que fue adoptado o influyó en la lengua de los acadios, babilonios, egipcios, asirios, fenicios y griegos. Se atribuye su origen a la ciudad de Ur de los Caldeos, supuesta cuna de Abraham.

De comprobarse que los signos inscritos en las piedras del Padre Nazario, examinadas en mayor número, son definitivamente de origen sumerio, tal como lo determinó el Museo Británico, y como dicha escritura, debido a la escasez de rocas la inscribían sobre tabletas de barro en su mayor parte, esa sería otra indicación adicional de que fueron talladas e inscritas en Puerto Rico, y no importadas durante la segunda mitad del siglo XIX, como ha sugerido el Museo Británico. Sería un caso análogo al de los mástiles de las naves egipcias, que se importaban de los bosques de cedros del Líbano, por carecer Egipto de maderas propias. En forma parecida, todas las tierras de la antigüedad fueron influidas unas por otras distantes entre sí. Egipto trajo príncipes sirios a Tebas como rehenes, los educaban y luego les servían de gobernantes en su país de origen. Los faraones se casaban con princesas extranjeras que luego influyen en su prole. El faraón Amenhotep IV revolucionó su gobierno, su religión y el arte con ideas foráneas, eliminando los dioses seculares y ordenando la adoración de uno solo, Aten, reinando en su nueva capital de El Amarna con su esposa Nefretiti, por lo cual ha sido considerado por

J. H. Breasted como «el primer individuo de la Historia», antes de Jesucristo.

Una indicación de las lecturas variadas del Padre Nazario son sus citas clásicas en sus escritos históricos, como la del «hilo de Ariadne» en el mítico laberinto de Creta, en los que su imaginación, en busca de los hechos reales, encontró en ellos la verdadera poesía de la Historia de la Humanidad.

En relación con un análisis especializado de las inscripciones del Padre Nazario, de un espécimen que entregó el señor Harold N. Kaufman al doctor C. B. F. Walker, Curador Auxiliar del Departamento de Antigüedades del Asia Occidental del Museo Británico, con carta acompañante del doctor Adolfo de Hostos del 2 de diciembre de 1969, contestó el 12 de diciembre de 1969 el doctor Walker que era «con entera certeza una tableta administrativa sumeria de alrededor del año 2,000 A. de C.»... Consideró que «aún cuando se pruebe que son auténticas, creo que estaríamos renuentes a imaginar que habían llegado a Puerto Rico antes de la segunda mitad del siglo XIX debido a que las tabletas cuneiformes provocaban muy poco interés antes de dicha época, y de hecho no se podían reconocer con frecuencia como inscripciones».

La anterior fue la reacción del doctor Walker a la información que le suministró el doctor de Hostos en su carta descriptiva, en la que le comunicó que el arqueólogo doctor Jesse Walter Fewkes había insinuado que podía tratarse de falsificaciones. Opinó el doctor Walker que el espécimen que se le había sometido para su evaluación era auténtico, pero aun en el caso que pudiera determinarse que todos los especímenes restantes de la colección también fueran auténticos, no creía posible que hubieran podido ser tallados en Puerto Rico e inscritos con caracteres cuneiformes sumerios, ni tan siquiera falsificados, porque se sabía tan poco de dicha escritura, que provocaba muy poco interés y no llamaba la atención. Por tal consideración opinó que dichas piedras tendrían que haber sido traídas a Puerto Rico por mar durante la segunda mitad del siglo XIX.

La increíble implicación sería que de ser auténticas las piedras, el Padre Nazario tendría que haber excavado y transportado a Puerto Rico desde el Oriente Medio, más de ochocientas estatuillas inscritas, que calculándoles un peso medio de cuatro libras cada una, representaría un peso total de más de tonelada y media, más el peso del embalaje, hazaña que sería una imposibilidad física y económica para un cura de aldea. Tal implicación también demostraría que las piedras tuvieron que ser talladas e inscritas en Puerto Rico,

con técnicas del Viejo Mundo, ya que sus caracteres y símbolos no son indoantillanos sino evidentemente alfabéticos.

Las incisiones no podían haber sido hechas, debido a la dureza de la piedra, con un «mocho» por un jíbaro, instrumento que se embota con facilidad, pero esa fue la alegación de algún crítico coetáneo del Padre Nazario. Más aún, las incisiones y marcas triangulares en forma de cuña, tendrían que haber sido hechas por un operario experto con instrumentos de acero tales como cortafríos y limas, en cuyo caso hubieran dejado sus huellas y marcas, tal como sucedió con los dientes y la quijada del antropoide alterados para que parecieran de un humanoide en el tristemente célebre caso del «hombre de Piltdown». Efectuar una superchería tan laboriosa como hubiera sido tallar e inscribir más de ochocientos antropoglíficos con bastante arte, hubiera significado la obra monumental de todo un taller durante meses o años, con los consiguientes rumores y sospechas sobre un trabajo tan fuera de lo corriente.

El señor Kaufman, quien visitó el Museo Británico para someter el espécimen a examen, al serle devuelto éste, recibió la impresión verbal de que la fecha que se le había calculado al espécimen había sido de alrededor de 500 A. de C., la que es una fecha probable más cercana a las de los viajes de los fenicios por las costas atlánticas. Durante uno de esos viajes cabe la posibilidad de que hubieran tocado en América, pues una vez se comenzó a navegar a lo largo de dichas costas, el contacto fortuito o expresamente aventurado con América era inevitable, ya que los vientos prevalentes y las corrientes marítimas favorecen las travesías del Este hacia el Oeste en la mayor parte del Océano Atlántico. La cronología de tales viajes es solo aproximada, pudiendo considerarse que los contactos transoceánicos pudieron haberse efectuado desde la Edad de Bronce, la que es una era histórica y documentada mediante la escritura cuneiforme alrededor de 2,000 A. de C., cuando los reyes de Minos acompañados de marinos fenicios surcaban el Mar Mediterráneo y las aguas del Océano Atlántico.

El doctor C. B. F. Walker nos sugirió por carta del 21 de septiembre de 1978, que sería conveniente efectuar un examen más completo de toda la colección del Padre Nazario por otro especialista competente para obtener su opinión tanto sobre «la autenticidad como de la fecha de las inscripciones y sobre la manera de conservarlas si fuera necesario».

Debido a que la colección del Padre Nazario se repartió entre varios museos y coleccionistas, sería difícil reunirla para efectuar

un examen completo de la misma, y con los especímenes separados quizá no podría hacerse una evaluación significativa de la misma. Por tal circunstancia nos hemos dirigido al doctor E. Leichty, de la Sección de Babilonia del Museo de la Universidad de Pennsylvania, por recomendación del doctor Walker, para con dicho valioso contacto recibir consejos especializados, aún sin respuesta.

Por increíbles que parezcan, debe examinarse toda la evidencia sobre los posibles contactos interhemisféricos de navegantes celtíberos o púnicos con el Nuevo Mundo. Debe consistir de algo más que el estudio de posibles desembarcos fortuitos, sino de desarrollar y formular métodos y teorías formales para intentar resolver esos misterios, de cuyo estudio es posible que puedan surgir conocimientos inesperados sobre la conducta humana en la más remota antigüedad.

No existen métodos para comparar los grandes adelantos de las distintas civilizaciones, antiguas y modernas, por no poderse determinar si la civilización actual ha podido crear una armonía mayor entre la naturaleza, la sociedad y el individuo, que la que caracterizó a las antiguas. No es razonable definir la civilización como un cúmulo de riquezas, tecnologías avanzadas, especializaciones en las ramas del esfuerzo humano dentro de una comunidad, y el bienestar material. Tampoco podemos reclamar que el arte moderno sea un adelanto sobre el arte de los egipcios o el de los camboyanos de Angkor Tom.

La civilización se ha definido como una condición superior al barbarismo, o como la búsqueda de la felicidad. Al estudiar la historia de las civilizaciones que han desaparecido, podemos reconocer estados que nos parecen extraños y hasta grotescos, pero también estados comparables con los llamados modernos en cuanto se refiere a logros de la humanidad, valores y situaciones humanas.

Al acometer la tarea de intentar descifrar los enigmas de la historia de las culturas remotas, ampliamos nuestros medios con los cuales poder determinar y orientar nuestro futuro y aprovechar mejor nuestras experiencias. Debemos estar escépticos de nuestro propio escepticismo al sorprendernos con el descubrimiento de situaciones que nos parecen increíbles y fantásticas.

La literatura desaparecida que es desenterrada continuamente, nos demuestra que muchos de los relatos de la Biblia que se tenían por fabulosos, ocurrieron en la realidad según los hallazgos arqueológicos nos van revelando. Dicha circunstancia demuestra que el cristianismo está basado en libros de Historia, por lo que es una

religión histórica, sujeta a rectificaciones documentadas. No es tarea fácil distinguir entre un descubrimiento aparentemente absurdo y poco científico, ya que es una línea muy fina la que separa el genio creativo de una creación imaginativa sin sentido alguno.

La primera civilización floreció en Sumer, hoy Irak, en Mesopotamia, y se extendió a lo largo del Valle del Paraíso hasta el río Shatt al Arab, en el que desembocan los ríos Eufrates y Tigris al Golfo Pérsico. Fueron armadores de embarcaciones hechas de juncos y capaces de efectuar largos viajes marítimos, en lo que fueron precursores contemporáneos de los faraones egipcios.

Thor Heyerdahl ha confirmado, tanto en el Pacífico como en el Atlántico, que los océanos no eran impedimentos infranqueables para haberse establecido contactos entre las más antiguas civilizaciones de la antigüedad.

Luego de años de estudios, el Padre Nazario había formado la opinión de que los monumentos que excavó contenían inscripciones hebreo-caldáicas, antes de escribir su libro *Guayanilla y la historia de Puerto Rico*. Años después, el doctor Fewkes lo visitó y efectuó un examen de sus antropoglifitas y al comprender que no eran indoantillanas, el Padre Nazario le comunicó su opinión de que las inscripciones eran cuneiformes, lo que implicaba una escritura de origen sumerio. El doctor Fewkes debe haber considerado increíble e imposible que hubiesen inscripciones sumerías en Puerto Rico, apelando al recurso de tratar de explicarlas insinuando que las piedras no le parecían muy antiguas, y por lo tanto, una superchería.

Dejamos con nuestros lectores este recuento y las deducciones que se derivan del mismo, con el propósito de provocar el diálogo entre los interesados en estos enigmas de nuestra historia y tratar de preservar su memoria con un recurso mnemónico parecido al que empleaban nuestros más remotos antepasados.

Opinamos que se formuló un juicio adverso festinado cuando se valoró la significación del hallazgo arqueológico del Padre Nazario, el que tiene los indicios de ser importantísimo, y que debe estudiarse más a fondo, no obstante la opinión de un etnólogo de la talla de Fewkes. Es natural que si Fewkes aceptó la palabra del Padre Nazario en cuanto a que había sido una anciana de sangre indígena quien le había revelado el secreto ancestral, sería ilógico que hubiera podido concebir que las antropoglifitas no fueran otra cosa que de factura indígena. Al manifestar en su informe oficial al Smithsonian Institution que no le habían parecido muy viejos los especímenes, quiso significar, por haber comprendido que no

eran de hechura indígena, ya que las inscripciones y las tallas eran radicalmente distintas a las indoantillanas, que se trataba de una superchería con el propósito de engañar, en lo que parece que fue influido por las opiniones que ya había escuchado de la crítica local. Aparentemente, esa fue la deducción que se le hubo de ocurrir *prima facie*, aunque luego la cualificó en el mismo informe con un *caveat* muy significativo aunque casi indirecto.

Es de presumir que al mostrarle sus piedras inscritas, el Padre Nazario hubo de impartirle su personal opinión de que no eran signos indoantillanos, y que por comparación le parecían más a signos caldáico-hebreos, lo que por lo novedoso y sorprendente, debe haberle hecho pensar a Fewkes que la crítica local que tildó al Padre Nazario de loco, podía tener algún fundamento. Sin embargo, luego de haber insinuado Fewkes una posible superchería, procedió a anotar un pensamiento retardado que evidentemente le preocupaba, en el sentido que existía la remota posibilidad de que otras razas pudieran haber dejado huellas arqueológicas en Puerto Rico. Es posible que un etnólogo perspicaz como Fewkes tuvo que razonar que en las figuras geométricas abstractas inscritas en las estatuillas predominaban las formas cuadradas como grecas con signos.

Parece evidente que dichas formas eran empleadas como elementos de composición simbólica para representar las que en su origen eran figuras naturales sencillas, las que fueron estilizándose con el transcurso del tiempo. La geometrización ha sido una manera convencional frecuente de estilización para representar figuras pertenecientes a la fauna y a la flora, y aun para significar expresiones rituales mitológicas siguiendo una técnica progresivamente más rígida, la que sería inconcebible que hubiera sido conocida y practicada en Puerto Rico durante la segunda mitad del siglo XIX, como ha supuesto el arqueólogo Walker. La relativa uniformidad de la producción tecnológica de las antropoglifitas del Padre Nazario demuestra un rigor metodológico imposible de atribuir salvo a escribas y talladores expertos en el manejo de la roca, los que emplearon caracteres del tipo sumerio cuneiforme. Es absurdo haberle atribuido tales tallas e inscripciones a «un jibarito con un mocho», o a un sacerdote de aldea ocupado diariamente y sin ayuda en sus deberes religiosos y en otras faenas propias de su cargo en una pequeña población de Puerto Rico con exiguos medios económicos.

Es explicable la reacción compulsiva de escepticismo de los estudiosos Fewkes y Walker, de haber considerado física y racionalmente imposible los contactos interhemisféricos anteriores al año

1492. Fewkes descartó tal posibilidad al insinuar livianamente que podía tratarse de una superchería reciente. Walker presumió que podrían haber sido importaciones arqueológicas del Oriente Medio, luego que la escritura cuneiforme comenzó a llamar la atención y a estudiarse durante la segunda mitad del siglo XIX, no concibiendo que pudiera haber sido posible que hubieran llegado a Puerto Rico en ninguna otra época. Es conveniente recordar que el Padre Nazario había estado en posesión de dichas piedras durante muchos años, estudiándolas desde alrededor de 1880 hasta el año 1893, en ocasión del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, que fue cuando publicó su libro y escribió varios cuadernillos en los que desarrolló su controvertible hipótesis sobre los caracteres fonéticos de una escritura de origen caldaico-hebreo.

Como tanto Fewkes como Walker consideraron inconcebible que existieran inscripciones sumerias en Puerto Rico por no ser racionalmente explicables, Fewkes razonó que podía tratarse de una superchería plantada en fecha reciente, quizá al escuchar el infundio de que el autor había sido «un jíbaro con un mocho», o hasta el propio Padre Nazario para ganar algún galardón; y Walker que se trataba de tabletas administrativas sumerias importadas, supuestamente por el Padre Nazario desde el Asia Menor, quien en tal caso tenía que haber mentido al decir que las había excavado, y no que las había importado o falsificado.

Ambas alternativas resultan absurdas al intentar encontrarles alguna explicación racional. Por tal motivo, debe dársele alguna consideración a la credibilidad de la explicación del Padre Nazario en cuanto al secreto ancestral de la anciana que lo condujo a su hallazgo, para tratar de encontrar alguna explicación racional de su presencia en Puerto Rico.

Como la importación por un cura de aldea de más de 800 piedras con un peso de alrededor de tonelada y media es imposible de justificar durante la segunda mitad del siglo XIX, de haber sido éstas importadas, debió ser durante algún viaje fortuito y accidental de alrededor de 500 A. de C., época durante la cual los fenicios viajaban a lo largo de las costas atlánticas, y que las hubieran empleado como lastre, pues aun cuando contenían datos administrativos, no eran tabletas livianas de barro, sino antropogléfitas inscritas de gran peso.

Más aún, como la roca empleada es serpentina con piritas de hierro, la que abunda cerca de Guayanilla, existe la posibilidad que hubieran sido talladas e inscritas en la región de Guayanilla por na-

vegantes que llegaron fortuitamente a sus playas, y al no poder regresar a su tierra de origen en el Mediterráneo, se integraron a la población taína y les enseñaron su método de escritura cuneiforme. Dicho sistema sería conservado en secreto por los caciques y bejiques como un recurso mnemónico, el que quizá explique la razón de la preponderancia que tuvo el cacicazgo de Guaybana en Guayanilla.

El gran prestigio de los investigadores que han estudiado nuestra arqueología prehistórica no debe impedir que sus opiniones sean rectificadas cada vez que las nuevas fuentes nos señalen conclusiones cuestionables. Tal actitud es de suma importancia, ya que nuestra historia se inició con los vestigios más antiguos de nuestra prehistoria, aunque todavía se considere por algunos historiadores que nuestros aborígenes eran entes subhumanos y que la herencia biológica de ellos en nuestra población es totalmente inexistente, sobre la base de un enfoque racista prejuiciado que alega que sólo los caucásicos y los africanos pueden ser considerados como significativos en el proceso de la fusión innegable de la raza indígena autóctona con las otras dos.

Tal confusión ha debido surgir por razón de que la raza autóctona tuvo un crecimiento biológico natural que pasó casi inadvertido debido al proceso que le permitió absorber biológicamente al inicio de la conquista a las otras dos razas, las que sin embargo continuaron nutriéndose por el proceso inmigratorio, principalmente la caucásica, que no sufrió la mortandad masiva causada por las grandes epidemias, agravadas por el hacinamiento, la deficiente alimentación y la pobreza de los medios sanitarios de los esclavos.

La evidencia arqueológica no puede estudiarse con abstracción de otras disciplinas como la etnografía y la lingüística; la sociología, la ecología y la economía.

La indigesta prehistoria indoantillana que iniciaron los cronistas con sus prejuicios interesados y tendenciosos, se ha continuado repitiendo por algunos historiadores modernos sin analizar las fuentes originales, y han dependido para sus estudios de relatos legendarios tradicionales. Esa persistente repetición ha ejercido una influencia marcada sobre los prestigiosos arqueólogos extranjeros que nos han visitado, y que con muy honrosas excepciones se han basado en conclusiones nacidas de conjeturas tradicionales locales, adoptando éstas al no revisar adecuadamente las fuentes originales. Por otro lado, el prestigio de los arqueólogos que han escrito excelentes obras precursoras de investigación, ha servido como un valladar intelectual

imponente que ha desalentado la refutación, salvo en casos obvios de errores científicos.

Sus conclusiones han sido aceptadas como artículos de fe y se repiten casi sin variación. Algunas de ellas son injustas y falsas, como la de que los indígenas de Puerto Rico eran poco menos que subhumanos, con facultades mentales inferiores, que no empleaban arcos y flechas, y menos con puntas envenenadas, que no eran grandes navegantes en alta mar, que su sistema agrícola era de mera subsistencia y que no se había desarrollado hacia uno de excedentes, que no eran buenos guerreros, que los indígenas de Puerto Rico eran distintos racial y lingüísticamente de los de las Antillas Menores, que desconocían el pedernal o el sílex para sus puntas de flechas y para instrumentos para tallar la piedra, que no sostenían comercio marítimo con otras tierras, en especial de artículos de lujo o de rituales, que eran antropófagos, que el nombre «Carib» era el de una nación caribe y no el de la isla de Puerto Rico, que los taínos siempre tenían sus rancherías en el interior por temor a los «feroces» caribes, que el cacique Caonabó era caribe de las Antillas Menores y no borinqueño, y que sólo había 1,148 indios naturales en Puerto Rico en 1530, lo cual es patentemente erróneo.

El caso de las piedras del Padre Nazario sugiere que los indígenas de Puerto Rico pudieron haber adquirido destrezas extraordinarias, pues parece evidente que participaron en alguna forma en la talla, la inscripción y conservación de dichas piedras, pues las mantuvieron ocultas de los españoles con mucho celo de generación en generación. La composición geológica de dichas piedras demuestra que procedían de la región de Guayanilla, en donde abundan. De piedra serpentina, un silicato hidratado de magnesio incrustado con piritas de hierro, además de mica y cuarzo, el color de las piedras es verdoso variando a gris y pardo. Por ser un mineral coloide, no adquiere una forma geométrica, manteniendo como a manera de suspensión ciertos minerales extraños en forma bastante compacta, pero siendo su fractura irregular. Su dureza varía desde el grado 2.5 en su forma foliácea, cuya fractura es astillosa, pero untuosa y suave al tacto cuando contiene saponita y talco, por lo que su polvo es blanco, hasta el grado 4.0 en los especímenes más resistentes y tenaces, que aunque son resistentes a la raya, pueden cortarse con un filo de acero, como los del Padre Nazario, y sería posible con pedernal y aún con cobre, metal que conocían.

La técnica usada para tallar e inscribir tales piedras ha debido ser obra de hombres de sensibilidad y conocimientos, y no los

entes subhumanos de una «primitiva capacidad mental», como se ha venido repitiendo compulsivamente, desde que los cronistas de la conquista iniciaron tal infundio hasta nuestros días.

Es obvio que si la población indígena había desaparecido como por arte de magia en 1530, sería imposible justificar su aparición reiterada en los documentos estadísticos posteriores, durante varios siglos.

Sea como fuere, los signos inscritos en las piedras del Padre Nazario no son indoantillanos, sino de forma piramidal o triangulares, inscritos con un filo de dureza sobre piedra para que perduraran, muchos de las cuales recuerdan la escritura cuneiforme.

No fue hasta el año 1825 que tales primeros especímenes fueron adquiridos por el Museo Británico, cuyo nombre fue acuñado por Thomas Hyde basado en el latín «cuneus» o cuña, pero creyó dicho estilo como una decoración oriental de origen desconocido. En 1732, Isaac Preston Cory consideró que dichos signos no habían sido escritos para ser leídos, comentando un estudioso alemán que se trataba de una oscura forma de versos latinos, mientras otros los clasificaron como petroglíficos egipcios, y hasta talismanes o caracteres chinos. En 1878, más o menos cuando el Padre Nazario excavó sus piedras, un catedrático de Cambridge opinó que dichas inscripciones cuneiformes eran partes de un lenguaje pagano que nadie podría descifrar. El doctor Edward Hincks fue el precursor que logró descifrar tales «formas de ornamentación oriental» al estudiar en 1857 el cilindro cerámico Rassam junto a Rawknison, Opert y Fox-Talbot. En sus cuatro distintas versiones lograron convenir que se trataba de las crónicas de Tiglath-Pileser, Rey de Asiria alrededor de 1,400 A. de C. Poco después, un antropólogo francés disintió al opinar en 1864 que dichas inscripciones eran indescifrables. Sir George Cornewell Lewis afirmó también que «ni el lenguaje egipcio ni el asirio podrán jamás ser reconstruidos», y se negó a reconocer que Champollion hubiera podido descifrar los petroglíficos egipcios basándose en las tres escrituras de la Piedra Roseta.

El arqueólogo que se reputa como el padre de la arqueología moderna, G. Schliemann, descubridor de Troya, se basó en estudios hechos con anterioridad a los escritos cuneiformes, cuyos originadores fueron los sumerios de Mesopotamia alrededor de 8,500 A. de C. Se calcula que se han descubierto alrededor de 500,000 tabletas cuneiformes, con relatos sobre la creación mosaica, el diluvio universal, la creación de la mujer de una costilla de un varón y describiéndola como «la que da la vida».

Ante un cúmulo de opiniones tan diversas, no nos debe extrañar que se dudara de la hipótesis que dio a conocer el Padre Nazario sobre las inscripciones de sus piedras alrededor de 1893. Con su agudo sentido arqueológico, intuyó que los signos de sus antropoglifitas eran similares a los que ya estaban publicándose con grabados y descripciones en distintas obras arqueológicas y enciclopédicas, opinando que aunque su origen parecía hebreo-caldáico, habían sido talladas e inscritas por los indígenas, quienes aparentaban conocer su significación y su gran valor.

En vista de los ejemplos que hemos expuesto, no nos debe extrañar que la hipótesis del Padre Nazario fuera malentendida y recibida con excepticismo rayante en sorna por algunos de sus contemporáneos. La opinión del Padre Nazario tuvo que basarse necesariamente en comparaciones que estudiaba en las obras enciclopédicas recién publicadas para la época que había excavado sus antropoglifitas. Luego, con la evidencia de otros hallazgos parecidos en el hemisferio americano, dicha hipótesis no parece tan insólita, y ha recibido algún apoyo del Museo Británico.

Es conveniente recordar que muchos de los precursores en descifrar los textos de las escrituras de civilizaciones desaparecidas no fueron arqueólogos profesionales. En México, Juan Pío Pérez, un oscuro empleado público de Peto en Yucatán, fue quien primero descifró el sistema numérico de los mayas; el arquitecto británico Michael Ventris descifró el sistema lineal de Creta; y en 1539 el Padre Testera inventó los jeroglíficos que le permitieron vertir el catecismo católico en el idioma maya por medio de signos pictóricos, lo que demuestra que no es indispensable un diploma de arqueólogo para estar versado en dicha disciplina.

La rígida creencia originada por los primeros cronistas y repetida «ad nauseam» sobre nuestra raza autóctona, es que la herencia biológica autóctona es «totalmente inexistente», al aceptar el número exíguo de indígenas informado en el censo de 1530. Muchos de los que sostienen tan liviana hipótesis aceptan al mismo tiempo diversos cálculos para la población indígena del año 1506, con resultados que fluctúan desde la cantidad de 15,000 hasta 200,000 indígenas. Para poder justificar una reducción tan masiva en solo dos décadas no alegan el genocidio, ya que no fue informado ni por implicación, ni tampoco epidemias que causaran una mortandad extraordinaria, sino una supuesta emigración en gran escala a las Antillas Menores, olvidando que eran áridas y rocosas.

Es de observar que las expediciones de saqueo procedentes de dichas pequeñas y estériles islas tenían el propósito evidente de procurar alimentos cuando sufrían huracanes o sequías prolongadas, ya que no tenían la capacidad de absorber un gran número adicional de bocas que alimentar, por lo que dicho argumento resulta limitativo. En tiempos de bonanza, comían y celebraban a sus anchas, pero cuando padecían de escasez practicaban una abstinencia rigurosa, embarcándose en sus piraguas para saquear las rancherías y poblados con el fin de abastecerse de alimentos para sus familias en las islas con lo que saqueaban en Boriquén.

Don Salvador Brau calculó que una tercera parte de los indios borinqueños emigraron a las Antillas Menores, pero que muchos regresaron en expediciones de revancha y de saqueo, uniéndose muchos a los indios alzados en las cordilleras, pues dichas pequeñas islas no producían lo suficiente para alimentar una población mayor de la que ya existía en ellas, alterando el equilibrio ecológico. Esta circunstancia es una evidencia que sugiere que los supuestos ataques de los indios «caribes» contra Puerto Rico, eran expediciones de los propios indios araguacos de Boriquén que estaban aliados a los de las Antillas Menores, con quienes continuaron relaciones familiares estrechas de convivencia luego de la Conquista.

Existe una explicación evidente en los relatos de los crónistas de que los indios se fueron retirando hacia las cordilleras ante el avance de la población española, y por razón de que muchos españoles preferían el clima fresco de las montañas, se facilitó el mestizaje que había comenzado con la conquista, del que surgió el jíbaro puertorriqueño.

Ultimamente, algunos historiadores que han alegado la inexistencia de la herencia biológica indígena, han adoptado la actitud ambivalente y confusa de defender la capacidad intelectual de nuestros indios en ocasiones, mientras en otras niegan su contribución biológica y cultural en nuestra población, lo que sólo podría explicarse por ciertas influencias racistas extrañas a nuestras realidades insulares, de índole imitativa, quizá con el propósito aparente de realzar las contribuciones biológicas de otras razas.

Estos historiadores parten de la base tendenciosa de que el Censo del gobernador Lando indicó una población en 1530 de 426 españoles, de indígenas autóctonos y de otras tierras 2,296, y de esclavos, aparentemente africanos todos, 1,523, entre los cuales es evidente que se enumeraron, debido a su piel oscura, muchos indios fraudulentamente y aun pardos libres, de indias y blancos.

Los frailes dominicos formularon la acusación a ciertos hacendados españoles y criollos, de que habían ocultado a un número de sus indios de la vista de los anotadores del censo, y cuando era descubierto el fraude por los visitadores o veedores, alegaban que eran mulatos esclavos. Es aparente que no fue muy difícil que los enumerados de piel algo obscura fuesen clasificados genéricamente como mulatos y no como indios o pardos, quizá con la connivencia de los enumeradores. Algunos hacendados fueron acusados por los visitadores de haber cometido tales fraudes, y al ser encontrados culpables, fueron condenados a pagarles a los indios y pardos así encubiertos los salarios fijados por ley a que tenían derecho, con efecto retroactivo.

De todo esto se deduce que el número de indios informados en el censo de 1530 fueron únicamente los declarados voluntariamente por los hacendados como tales, con el encubrimiento de otros tantos que aumentó el número de los esclavos. Aun más, como un gran número de indios se había retirado a las cordilleras, la población indígena tenía que consistir de un número considerablemente mayor al informado oficialmente.

Un ejemplo que, entre muchos otros, corrobora esta apreciación, es que de acuerdo con Fray Iñigo Abbad, el pueblo de Añasco se fundó en 1733 casi totalmente con indios que vivían en la región montañosa de los alrededores. Informó Fray Iñigo Abbad en su *Historia de Puerto Rico de 1782*, que los habitantes de Añasco ascendían a 577 familias con 3.061 almas, «son de un color muy obscuro», el que era implícito por la alta proporción del elemento indígena en su población de cincuenta años antes (página 136). «Viendo el corto número de españoles que había quedado en Puerto Rico... se subieron muchos de ellos a las montañas de Loquillo, y a las que estaban sobre el pueblo de Añasco, desde donde hacían sus correrías y robos a los de Puerto Rico y San Germán» (*Historia*. Fray Iñigo Abbad, página 73). Es así como los tres barrios de la Indiera, Alta, Baja y Fría, en las montañas de Maricao y San Germán estuvieron poblados por indios puros hasta fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

Fray Iñigo Abbad permite inferir que el caso del mestizaje indígena-español se repitió en otros poblados de Puerto Rico, sobre todo en las regiones contiguas al interior montañoso, que fue a donde se retiraron los indios con preferencia siguiendo la ley natural de contiguidad. Por el contrario, en las haciendas de cañas de azúcar de tierras llanas cerca de las costas, se empleaban los esclavos.

vos africanos con preferencia; por lo que prevaleció el elemento mulato, ya que los esclavos negros resistían los fuertes trabajos en el clima caluroso mejor que los indios, los que además eran libres y estaba prohibido trabajarlos sin la retribución fijada por ley, por lo que en gran número vivían en rancherías aisladas en las cordilleras. «Estos dejaban en la circunferencia de sus conucos una faja de grandes árboles, cuya sombra defiende los frutos del excesivo calor que los destruye; ponen sus casas en medio de los bosques, a barlovento y apartadas de las tierras que cultivan; la vivienda de los bosques es sana, la frescura que conservan aun con el mayor rigor del sol impide la transpiración y sudor excesivo... las exhalaciones perjudiciales que arrojan las tierras nuevas, de que resultan las terribles calenturas que se experimentan en todas las haciendas y nuevos establecimientos». (*Ob. cit.* Capítulo XV).

Los indios naturales, con su experiencia de las condiciones de la tierra, resistían mejor que los europeos «la influencia de un sol eternamente abrasador», y mucho mejor que los esclavos africanos, quienes vivían hacinados en inmundos cuarteles de haciendas en donde eran víctimas de las epidemias y de los rigores del trabajo rudo bajo el calor en las llanuras costaneras. Los indios construían sus bohíos «sobre vigas, abiertas por todas partes... han hecho a los españoles adoptar la misma idea de construir las». Debido a la gran preponderancia en la importación de esclavos varones, su reproducción fue inferior a la de los europeos y de los indios. Los esclavos sufrían la enfermedad llamada «pian o framboesia», parecida a las bubas o sífilis, así como de la disentería y la viruela. «Las piernas se les hinchan, el pecho se les levanta y son pocos los que escapan; la mayor parte mueren sofocados después de haber sufrido muchos meses». (*Ob. cit.* Capítulo XV.)

En 1517, por carta del Prior del Convento Dominicó de San Germán, el regidor Fernando Mogollón fue informado de que «los indios andaban tan alborotados que huían a los montes, que estaban alzadas la tercia parte de ellos, y que habían muerto ciertos pobladores, y si algún naboria se iba a los alzados, lo mataban». Estos naborias eran los indios obreros de las tribus, por lo que el significado de dicha última oración debe presumirse que era que daban muerte a todo aquel indio que desertaba para unirse a los españoles. (*Puerto Rico en los escritos de Juan Bautista Muñoz*, Vicente Murga Sanz, U. P. R., 1960, pág. 182). Dicha información implica que en 1517 una parte considerable de la población indígena estaba aún en pie de guerra en las montañas contra los españoles.

A la llegada de los españoles, es evidente que varias tribus indígenas se encontraban guerreando unas contra otras, lo que ocasionó que algunas se aliaran a los españoles en una continuación del feudo contra sus antiguos enemigos. El 8 de septiembre de 1514, don Juan Ponce de León declaró en Valladolid, en una probanza que se efectuó para averiguar las circunstancias de la muerte de don Cristóbal de Sotomayor, que cuando estuvo en guerra contra los indios sublevados en 1511, estuvo acompañado de indios aliados con sus tropas, constituidas por «los cristianos e indios que con este testigo iban a la dicha guerra». (A. G. I., Indiferente General, 418, libro 3, folios 155-156 vto.). Todos los conquistadores siguieron igual práctica en toda América, aprovechándose de las rivalidades de las tribus entre sí.

La realidad que va surgiendo cada vez con mayor claridad de la documentación, es que los indios de Boriquén o Carib y de las Antillas Menores eran de una misma raza y lengua con diferencias meramente regionales, que tenían un parentesco que los unía, pero que los indios de Boriquén prevealecían sobre los de las islas de menor tamaño y aun sobre los de La Española. Parece evidente que los llamados indios «caribes» no pertenecían en realidad a una raza de sangre y lengua distinta a la de los indios de «Boriquén», sino a una misma raza, pues luego que se sublevaron los borinqueños y fueron ayudados por los de las Antillas Menores, al ser derrotados por los españoles muchos se retiraron por mar a dichas islas desde las cuales lanzaban ataques con la ayuda de sus aliados isleños contra los poblados españoles, así como contra las rancherías de los indios aliados a los conquistadores para vengarse por su colaboración con el enemigo común que era lo que los distinguía.

Fray Iñigo Abbad observó, dos siglos después de tales sucesos, una repetición del proceso de integración racial. «Los indios naturales, molestos con la compañía de los españoles por el nuevo método de vida a que se les redujo, y hostigados de la hambre... pasándose a las circunvecinas de Mona, Monico, Vieques y otras de la costa... después de algunos años, no pudiendo subsistir por ser muy reducidas, pidieron tierras en la de Puerto Rico, y se les señalaron en las sierras de Añasco y San Germán, en donde vivieron separados de los españoles, hasta principios de este siglo (XVIII), en cuyo tiempo empezaron a casarse con españoles y negros, viniendo por este medio a extinguirse la casta de los indios de esta isla». (*Historia de Puerto Rico*, Capítulo XV, página 77).

Una confusión que se viene aclarando mediante el estudio de la

documentación histórica y la arqueología es la supuesta existencia de una raza y cultura caribe, tanto en la isla Carib o Boriquén como en las Antillas Menores. Ha sido aceptado como artículo de fe que la isla de Carib o Boriquén era la «frontera de choque» entre dos razas distintas, la caribe y la taína. Sin embargo, la evidencia demuestra que se trataba de luchas por la sobrevivencia misma de los isleños de las Antillas Menores, cada vez que carecían de alimentos por razón de alguna sequía prolongada o de algún huracán. Eran miembros de la misma raza araguaca, que hablaban la misma lengua, solamente con diferencias de origen ritual y sexual, las que fueron interpretadas como lenguas distintas en lugar de modalidades no muy fuertes. Tal fenómeno fue observado en La Española, Cuba y Jamaica, pero todos se entendían por medio de una sola *lingua franca* araguaca, de la que «aruaica» es corrupción aparente.

Existía la lengua araguaca como base lingüística en toda la cuenca del Caribe, de carácter homogéneo, aunque con regionalismos, préstamos lingüísticos, y algunas influencias externas, los que no impedían la comunicación entre todas las islas. Los mismos indios capturados en las cabalgadas, que se suponían caribes, se entendían con los naturales, y las alianzas entre los indios de las Antillas Menores y de Carib o Boriquén demuestran que hablaban una misma lengua. Con el fin de distinguirlos, los españoles se idearon marcar a los indios capturados con el famoso «carimbo», voz que fue derivada del nombre «caribe» y que luego se aplicó a esclavos de Africa.

La mayor diferencia lingüística fue observada entre los varones y las mujeres, interpretándose que se debía a que pertenecían a razas distintas, a hombres caribes que capturaban mujeres taínas, y que éstas le enseñaban a sus hijos la lengua taína solamente, lo que significaría que no había madres caribes. Es evidente que se trataba de un dualismo social convencional, a tal extremo, que el indio que empleaba términos femeninos, quedaba marginado como homosexual. Existieron otras diferencias entre la manera de hablar de los guerreros veteranos y los bisonos, aparentemente con el propósito de mantener en secreto sus planes y tácticas militares, así como también ocurría entre los bejiques y los caciques con los naborias y entre mujeres y jóvenes en los areitos. Se trataba de recursos sociales que por ser muy frecuentes en nuestra moderna sociedad no nos deben extrañar, como es el uso del latín en ceremonias religiosas y la separación de los sexos en las reuniones sociales.

Las mayores diferencias no fueron raciales y lingüísticas, sino geográficas y sociales, al verse obligados los indios de las Antillas

Menores a invadir la de Carib o Boriquén, la que tenía mejores terrenos y medios de producción de alimentos, para poder subsistir luego que eran castigados por algún huracán devastador o por una sequía muy prolongada.

Parece evidente que la clasificación de «caribe» fue una conveniencia de los conquistadores para poder tomar esclavos a los indios que rehusaban hacerse *guaitiaos*, o sea, que no se sometían. Se ha supuesto que solamente los llamados indios caribes eran navegantes y usaban flechas envenenadas. Sin embargo, como está probado que los indios de Carib o Boriquén también las envenenaban y eran navegantes, los indios de Puerto Rico se consideraban «caribes» pues la mayoría no se sometió, con excepción de los caciques don Alonso y Caguax, aunque Caguax luego se levantó en armas. La isla de Puerto Rico fue llamada Carib hasta bien entrado el siglo XVI, pues el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo la incluyó entre las islas de los indios caribes hasta el año 1549, que fue cuando terminó de escribir su obra histórica.

El cacique Guaybana el Joven concertó una alianza ofensiva y defensiva con los indios de Vieques, Santa Cruz y aun Dominica bajo Yaureibo, según Fray Iñigo Abad, para el levantamiento general en 1511, por cuya razón los indios de Puerto Rico fueron designados como caribes, pero la razón verdadera es que tenían relaciones de parentesco con los de las islas vecinas, por lo que fue fácil aliarse contra el común enemigo, los conquistadores.

Cada vez que surgía la necesidad de brazos indígenas adicionales, se declaraban «caribes» a los indios de la zona interesada con el fin de poderlos cautivar legalmente. Esta situación ocurrió no solo desde la Boca del Dragón hasta el Cabo de Vela en la costa Norte de la América del Sur, sino en Castilla del Oro, en la cadena de las Antillas Menores desde Trinidad hasta Puerto Rico, y aun en tierras bien al Sur en el continente, como en Tucumán en 1528, según informó Luis Ramírez, uno de los compañeros de Caboto, según Salas y Vázquez.

En Puerto Rico, los Padres Jerónimos apoyaron tal burla jurídica, al permitir que se incluyeran en la clasificación de «caribes» hasta a los indios borinqueños que se habían exiliado de Puerto Rico a las Antillas Menores, las que, según la moderna evidencia arqueológica, y salvo las islas pequeñas más cercanas a la costa Norte de Sudamérica, como las de San Vicente, Bequia y Granada, estaban habitadas por araguacos del mismo tronco de los de Carib o Boriquén.

La isla de Carib o Boriquén era el centro de las influencias culturales sobre las Antillas Menores, posiblemente desde el período nombrado Ostiones (600-900 D. de C.) hasta la conquista, efecto debido a la natural influencia de una isla de mayor tamaño y desarrollo socioeconómico, la que se iba debilitando en relación directa con la distancia que la separaba de dichas islas.

Su organización gubernamental en forma de cacicazgos permitió a los indios de Puerto Rico ejercer el dominio sobre áreas de considerable extensión, así como poder concertar alianzas ofensivas y defensivas contra los conquistadores bajo el mando central de su jefe supremo, Guaybana.

Este supremo cacicazgo central sugiere el posible motivo para que fueran celosamente guardadas en su territorio las más de ochocientas antropoglíficas que excavó, dirigido por la confidencia de una anciana de ascendencia indígena que guardaba el secreto, el Padre Nazario cerca de Guayanilla alrededor del año 1880. Este religioso expresó por escrito en un libro en 1893, «siento la fuerte tentación de crerlas el archivo nacional... encontradas casi juntas... ¿no podría suceder que hubieran sido puestas a cubierto de los choques que en la guerra habían de dirigirse con preferencia contra la capital de la Isla?» Esa declaración del Padre Nazario nos sugiere la gran importancia que le atribuyó a las inscripciones, las que luego de un prolongado estudio, consideró que eran signos fonéticos, y que no tenían relación alguna con los petroglifos indoantillanos. Al llegar a la conclusión de que se trataba de una escritura de origen hebreo-caldáico, tuvo que suponer que las habían dejado allí navegantes que habían cruzado el Mar Océano en alguna remota ocasión. Surge la posibilidad que tales navegantes del Viejo Mundo hubieran desembarcado en otro lugar, de donde podrían haber sido llevados ante el cacique supremo, o que la posesión de los conocimientos transmitidos por los recién llegados y grabados en piedra hubieran convertido al cacique que los socorrió en el más poderoso y respetado de la isla, manteniéndolos en el más estricto secreto para su conveniencia.

A la llegada de los españoles dicho tesoro debió ser ocultado lejos de su ranchería, pues luego del levantamiento general del año 1511, Guaybana tuvo que mantenerse fuera del alcance de los españoles y de sus aliados indígenas, hasta que pereció en alguna refriega. Es posible que el secreto del escondite de las inscripciones y de su significado fuera guardado por los bejiques y transmitido a sus sucesores de generación en generación hasta el siglo XIX.

Otra posible explicación es que alguna persona interesada en beneficiarse económicamente, o para ganar nombradía o prestigio, tallara e inscribiera las más de ochocientas antropoglifitas *copiándolas* de algún modelo, ya que todas son similares. En tal caso, habría que señalar al Padre Nazario como el falsificador o el instigador del fraude. Sin embargo, como no puede concebirse que un trabajo tan laborioso y prolífico fuera la obra de una sola persona, se ha insinuado que el Padre Nazario gratificó en alguna forma a algunos «jibaros con un mocho» para que tallaran e inscribieran las piedras con figuras humanas y extraños e ininteligibles signos. El señor Adolfo de Hostos ha opinado que «las especiales circunstancias en que se realizó el hallazgo, la eminente solvencia moral de Nazario, el gran número de estos objetos que sumaban centenares, el hecho que los millares de incisiones que muestran tener cierto parecido a signos alfabéticos sugieren la posibilidad de que obedecieron a determinado propósito. Si en realidad hubo falsificación por mano de algún campesino analfabeto, debió haber cuando menos, un solo objeto auténtico que le sirviera de modelo. No hay en ellas representación de objeto alguno con excepción de una que otra muy rudimentaria del rostro humano. Por otro lado, no es fácil creer que un paupérrimo cura de aldea en el rural Puerto Rico del siglo pasado, pudo ofrecer una compensación satisfactoria al falsificador». Al escuchar que se le acusaba de cómplice en tal superchería, el Padre Nazario se lamentó con el señor de Hostos: «Yo le hacía un mísero regalo», refiriéndose a los humildes obreros que lo habían ayudado a excavar y cargar las piedras hasta su casa parroquial. El señor de Hostos ha informado que sostuvo bastante intimidación con el Padre Nazario, por lo que que se aventuró a dialogar con él sobre los contradictorios rumores que circulaban sobre su hallazgo arqueológico y sobre las teorías que había dado a la publicidad sobre su significación, por lo que pudo examinar las piedras cuando aun se encontraban colocadas en cierta secuencia y orden. Tales circunstancias convierten al señor de Hostos en un testigo de la mayor excepción para opinar sobre este enigma tan apasionante. (*Diccionario Histórico Bibliográfico Comentado de Puerto Rico*, Adolfo de Hostos, Barcelona, 1976, págs. 689-690 y 711-712.)

El Padre Nazario impresionó al señor de Hostos como un sacerdote sencillo y afable en su trato, de mucha fe, sumamente inteligente, de ideas liberales, de mente científica y analítica, muy ordenado y cuidadoso en sus estudios, los que lo llevaron a estudiar nuestra prehistoria indoantillana y nuestra historia. Había estu-

diado en el Seminario Conciliar, del cual pasó a estudios avanzados en la Universidad de Salamanca en teología, filosofía, latín, griego y otras lenguas antiguas, de las que solía citar para afirmar sus ideas. A su regreso a Puerto Rico se carecía de conocimientos científicos sobre nuestra prehistoria y la raza autóctona, por lo que fue un golpe de suerte para él haber sido destacado en Guayanilla, en una región tan rica en nuestra prehistoria, por haber estado ubicado en su territorio el centro cacical más importante de Puerto Rico. Allí pudo interesar en sus estudios étnicos y arqueológicos a los doctores Manuel Zeno Gandía y Darío Franceschi, quienes colaboraron con él en sus exploraciones y lo relacionaron con otras personalidades interesadas, como Mariano Abril, Gabriel Navarrete Texera y Vicente Balbás Capó. Este último fue quien se ocupó de trasladar su colección arqueológica al Obispado en San Juan, embalada en cajas de madera, y la cual, según informó al señor de Hostos pesaba no menos de dos toneladas.

De resultar no auténticas las piedras del Padre Nazario, una posible explicación sobre su origen sería que alguna persona con bastantes conocimientos talló e inscribió las más de ochocientas piedras siguiendo algún modelo, ya que todas las piedras son parecidas, con el propósito de obtener algún beneficio de alguna manera. Puede dudarse que lo hubiera hecho para lograr algún beneficio material, pues el Padre Nazario era un pobre cura de aldea. Si fue para ganar algún prestigio o nombradía, sólo podría señalarse al Padre Nazario como el falsificador o el instigador del hecho. Como no puede concebirse un trabajo tan agotador y abarcador como la obra de una sola persona, habría que presumir que el Padre Nazario hubo de gratificar a algún «jibaró con un mocho» o a varios de ellos, para poder haber hecho la tarea colosal de tallar e inscribir los miles de extraños e ininteligibles signos.

Aun en el caso que se descartara por completo la autenticidad de las estatuillas con sus inscripciones, o que sus signos no fueran hebreo-caldáicos o cuneiformes, faltaría por explicar no tanto las motivaciones de la superchería, pues éstas suelen surgir de las debilidades de los humanos, sino la imposibilidad física de haber tallado e inscrito una sola persona instruida, como era el Padre Nazario, o uno o varios jibaros analfabetos, estatuillas y signos que indican haber seguido una técnica rígida de un sistema de escritura fuera del alcance de tales personas.

El Padre Nazario fue el blanco de acerbos críticas por sus teorías prehistóricas e históricas publicadas, pero fue también defendido

por distinguidos puertorriqueños que habían dialogado con él sobre tan insólita forma de escritura, la que evidenciaba no ser de origen indoantillano. Seguía más bien con alguna precisión un estilo definido, el que la tosca mano de un campesino analfabeto o de un tallador de santos en madera era incapaz de copiar de un modelo que se le hubiera entregado con tal propósito. Entre las personas que salieron a la defensa del Padre Nazario estuvo el conocido periodista señor Vicente Balbás Capó, director del periódico *La Integridad Nacional*, y notable coleccionista de objetos arqueológicos, quien consciente del valor del tesoro, lo transportó al Obispado de San Juan en cajas y barriles de madera.

Tan sumamente extraño parece este enigma de nuestra historia, que requirió valor para salir en defensa pública de una hipótesis tan difícil de probar. Recientemente ha aparecido publicado un paralelo asombroso con dicho caso, el reciente hallazgo, en las selvas de la cuenca del río Amazonas en el Brasil, de petroglifos y restos de cerámica inscritos con signos similares a los de las antropoglifitas del Padre Nazario. (*National Geographic*. Vol 155, Núm. 1, enero de 1979). Se trata de los resultados de una expedición patrocinada por dicha sociedad geográfica y el Smithsonian Institution en 1970 a la meseta del Matto Grosso, en la ribera Este del río Galera, cerca de la frontera con Bolivia. En unas cavernas en el lugar llamado Abrigo do Sol, a donde fueron conducidos por una mujer de la tribu Wasúsu, hallaron las huellas de una raza que grabó los petroglifos, la que vivió allí alrededor de 9,000 A. de C. Los signos inscritos son parecidos a los que se han hallado como rastros de culturas primitivas en muchas partes del mundo, entre los cuales se encuentran los símbolos femeninos y masculinos, el del sol, y los de animales, peces y aves. Aunque muchos de tales petroglifos se han atribuido a la «erosión tropical», éstos demuestran la mano del hombre, y además apareció en una caverna una escalinata tallada digna de una cultura bastante adelantada.

La manera como al Padre Nazario le fue revelado el secreto de las piedras que excavó, es muy parecida a la forma como una mujer de la tribu Wasúsu condujo al arqueólogo W. Jesco Von Puttmaker al refugio cavernoso en el cual se encontraban dichas huellas ocultas. La indígena temía que su tribu fuera desalojada de esa región por el gobierno brasileño, y a cambio de ayuda para evitarlo le reveló el secreto a dicho arqueólogo.

«Le diré las cosas secretas que no enseñaríamos a ningún otro civilizado», le confesó. «Estas cosas demostrarán a los altos jefes

del gobierno que nuestro rincón en la jungla nos ha pertenecido desde antes de la llegada de los civilizados y que es ahora nuestro hogar. Si el gobierno comprende eso nos dejará tranquilos». El arqueólogo siguió a la indígena durante varios días por oscuras veredas en la selva hasta que llegaron al lugar nombrado Abrigo do Sol. Allí encontró la evidencia de que los miembros de alguna raza prehistórica desconocida inscribieron misteriosos e indescifrables signos y dibujos en la roca, así como en pedazos de cerámica entre las cenizas de antiguas fogatas.

Comenta el arqueólogo Jesco: «Si los indios guardaron sus sitios sagrados del conocimiento de todos los extraños por cien siglos o más, lo continuarían haciendo mientras puedan». Algo muy parecido puede decirse en cuanto a la revelación que le hizo la anciana de origen indígena al Padre Nazario alrededor del año 1880, pues significa la ocultación de un secreto guardado celosamente de los extraños durante siglos, y transmitido de padres a hijos desde tiempo inmemorial.

Como los signos inscritos en las antropoglifitas del Padre Nazario tienen considerable similitud con los petroglifos hallados en Abrigo do Sol y con otros que hemos descrito a grandes rasgos con anterioridad, hallados en diversos lugares del hemisferio americano, hemos intentado recopilar en esta monografía los datos que sobre ellos hemos encontrado publicados dispersos en distintas publicaciones. Es de presumir que todos fueron importados al Nuevo Mundo por navegantes que cruzaron el Mar Océano, debido a sus diferencias con los petroglifos autóctonos. Las presunciones sobre tales viajes intercontinentales son recibidos con marcado escepticismo, aunque se ha demostrado por el navegante sueco Thor Heyerdahl que las civilizaciones prehistóricas del Viejo y del Nuevo Mundo pudieron haberse comunicado por mar empleando las naves primitivas que cada una desarrolló. Mediante el estudio de los vientos y las corrientes marítimas, Heyerdahl cruzó desde el Perú hasta la Polinesia en una barca que nombró Kon-Tiki, construida con troncos de árboles de balsa; desde Marruecos hasta Barbados atravesó el Océano en la barca *Ra II*, hecha de papiro, y luego navegó unas 4,500 millas dentro del Golfo Pérsico en otra barca de 60 pies de largo hecha de cañas que crecen en las ciénagas entre el Tigris y el Eufrates en Mesopotamia, tejidas y atadas con cáñamos del mismo material, copiadas de las que aparecen grabadas en los sellos sumerios de unos 3,000 años antes de la Era Cristiana.

La teoría de que los océanos eran barreras infranqueables que

aislaron a las civilizaciones ha quedado muy maltrecha con la evidencia de esos viajes. Las culturas desenterradas recientemente en la isla de Malta y en Bahrain, anteriores a las de los valles de Mesopotamia y Egipto, sugieren navegaciones extensas, cuyo punto de origen, la legendaria cuna de la civilización, se desconoce.

De demostrarse la imposibilidad de un viaje prehistórico transatlántico, quedaría la posibilidad de tratarse de una superchería dirigida a justificarla, pero con evidencia tan marcadamente vulnerable como la que hemos señalado, la credibilidad de tal supuesta falsificación resulta ser muy débil, y por lo tanto descartable. La polémica en cuanto a las piedras del Padre Nazario se mantiene en pie, debido a que la mayoría de los que tenían conocimiento directo de ellas ha fallecido. Un ejemplo al punto de esta clase de polémicas es el de la superchería del Hombre de Piltdown, la que de acuerdo con las últimas informaciones, parece haber sido una treta inspirada en el espíritu de una venganza por celos profesionales entre científicos de talla.

Poco antes de su muerte en el otoño de 1978, el doctor James A. Douglas, profesor de geología en la Universidad de Oxford del año 1937 al 1950, grabó una declaración en la que expresó su creencia de que la falsificación de Piltdown había sido perpetrada por su predecesor de cátedra, el profesor W. J. Sollas, con el propósito de vengarse de su pretencioso pero inepto rival académico, Sir Arthur Smith Woodward, al quedar desacreditado y en el mayor de los ridículos. La treta la derivó el profesor Sollas de una idea anterior desarrollada en unión de varios estudiantes al regalarle con grandes elogios al doctor Smith Woodward el dibujo espúreo sobre un hueso de un caballo «prehistórico», quien ingenuamente lo aceptó como genuino. Se ha comentado también que todo surgió de una confabulación entre científicos para convencer al pueblo inglés que aceptara la teoría considerada como antirreligiosa de la evolución de las especies. En su grabación, el doctor Douglas alegó haber visto en poder del profesor Sollas un paquete de bicromato de potasio que empleó para darle un tinte antiguo a los huesos del antropeide, para atribuirle luego el fraude a Smith Woodward. El famoso caso ha adquirido la apariencia de un acto vengativo entre científicos provocado por celos profesionales, mediante el cual se ocasionó un terrible daño a la reputación de un ingenuo científico británico.

Es aparente que la acerba crítica dirigida contra el Padre Nazario tuvo un origen parecido, los celos profesionales, así como el escepticismo ante una teoría casi imposible de creer cuando el buen

sacerdote de aldea dio a conocerla, resistencia escéptica que aun prevalece. Al tratar este tema, hemos escuchado la repetición de las conocidas contestaciones escépticas de ser falsificaciones, comparándolas con las hechas en Santo Domingo con una piedra mucho más blanda y fácil de trabajar, copiando modelos indígenas auténticos. Hemos escuchado la repetición de la versión de la supuesta confabulación del Padre Nazario con «un jíbaro con un mocho», al que pagaba con suma generosidad. Quien conozca la mano tosca del jíbaro del siglo pasado podrá comprender la imposibilidad física de tamaña superchería, en 800 piedras con un peso de unas dos toneladas, aun teniendo como modelos objetos reales. La diferencia entre los especímenes es notable, aunque sus inscripciones, en forma de líneas geométricas y signos parecidos a letras, implican que obedecían a cierto plan y a un propósito determinado.

Se trata de un enigma de apasionante interés para nuestra rica historia regional, referente a un extraño caso que permanece en un estado de indecisión. Con tales consideraciones dejamos ante nuestros lectores los datos recopilados y presentados con el propósito de preservarlos y tenerlos presentes para posibles ulteriores estudios que puedan conducirlos a sus propias conclusiones, y con buena fortuna, a una solución definitiva.

De acuerdo con diversas fuentes de información, la magnífica colección de reliquias indígenas del Padre Nazario se encuentra dispersa entre varios museos y colecciones privadas de Puerto Rico y del exterior.

El año 1934 compramos a un vendedor ambulante de Sabana Grande varias curiosidades indígenas, y a nuestras preguntas, nos informó que algunas procedían de la antigua casa del Padre Nazario en Guayanilla, lo que hace presumir que habían sido extraídas del fondo del aljibe en donde informó haberlas ocultado en 1898. Actualmente hay una construcción de hormigón sobre dicho aljibe, lo que impide buscar los restos que puedan quedar de ese tesoro arqueológico.

El señor Adolfo de Hostos, quien conoció muy bien al Padre Nazario y examinó cuidadosamente su colección, nos ha informado que el señor Vicente Albás Capó, amigo y admirador del Padre Nazario, se encargó de trasladar una gran parte de las piedras desde Guayanilla hasta el Obispado en San Juan, en donde estuvieron guardadas en barriles y cajas de madera. En alguna forma quedaron dispersadas dichas piedras en varios museos, tanto de Puerto Rico

LOS MONUMENTOS DEL PADRE JOSÉ MARÍA NAZARIO Y CANCEL

como del exterior, así como en colecciones privadas, según diversas informaciones, las que ofrecemos a continuación.

Colección del doctor Agustín Stahl; Museo de Berlín, Alemania Occidental; Museo del Indio Americano, Fundación Heye, Nueva York.

Colección del señor Jorge Látimer; Smithsonian Institution, National Museum, Washington, D. C.

Museo de la Universidad de Puerto Rico; Recinto de Río Piedras, como parte de la colección del señor Adolfo de Hostos y de E. Rodríguez.

Instituto de Cultura Puertorriqueña; colección del señor Robert C. Junghanns.

Museo Peabody; Universidad de Yale.

El Coronel George R. Shanton y el Capitán R. López de Azúa se informa que adquirieron buenos especímenes de las piedras del Padre Nazario, las que él llamó antropoglifitas, por tener la mayoría tallas humanas, y sobre ellas diversos signos grabados con formas geométricas, cuneiformes, y alfabéticas. Otros especímenes deben encontrarse en distintas colecciones privadas, como la que tuvo el señor Vicente Barbás Capó, distinguido periodista y gran amigo y defensor del Padre Nazario.

La evaluación de los escritos y de la colección del Padre Nazario nos conducen a la reconstrucción de los acontecimientos históricos que resultaron en el rescate de un yacimiento arqueológico de primer orden en Guayanilla, aunque aun falta por resolver las posibles conexiones u orígenes de las inscripciones representativas de algún idioma que evidentemente no tiene raíces indoantillanas.

Deben efectuarse ulteriores investigaciones arqueológicas porque pueden arrojar resultados de gran valor para la antropología, la etnografía y la lingüística en el estudio de los orígenes y la evolución de las primitivas formaciones de nuestra cultura. Nos hallamos ante enigmas de cuyo estudio puede que surjan resultados positivos sobre las diferencias de adaptación o los hábitos entre las razas, las que no son susceptibles de fácil explicación a menos que puedan descubrirse algunas diferencias étnicas entre los humanos que posiblemente habitaron sucesivamente nuestro limitado espacio geográfico. Sería conveniente estudiar el misterioso impulso estatista orgánico que creó una forma de gobierno tribal centralizado en un cacique supremo que residía en Guayanilla, cuyo poder ramificado se extendía hasta el Occidente de La Española y hasta la isla de Santa Cruz. Un Estado puede desaparecer mediante la emi-

gración de su pueblo, según el ejemplo que nos ofrece la Historia con Israel, cuyo pueblo se dispersó y formó parte de otros sin perder ciertas peculiaridades físicas y otras características adquiridas a través de influjos seculares, mayormente religiosos. El secreto de su poder para sobrevivir ha sido guardado de generación en generación en tradiciones no escritas. En América, existe el caso del secreto guardado celosamente durante siglos por los indios del Perú de la ciudad «perdida» de Machu Picchu, descubierta el año 1911 luego de 400 años de «olvido» o de ocultación absoluta.

Sin embargo, no puede desdeñarse la influencia de una pequeña inmigración, desproporcionadamente fuerte en relación con su número. El poder misterioso que ejercía el centro tribal de Guayanilla puede que haya sido el resultado de la introducción de conocimientos superiores a los indoantillanos y que fueron mantenidos en secreto por los caciques y los bejiques de la tribu. Ofrecemos esta idea que el antropólogo doctor Jesse Walter Fewkes sospechó a principios de siglo: «Objetos encontrados bajo la tierra, nativos en apariencia, pueden haber sido propiedad de razas distintas a las prehistóricas puertorriqueñas». (*The Aborigenes of Puerto Rico*, página 149.)

El desarrollo y la prueba científica de las hipótesis relacionadas con el origen del material excavado por el Padre Nazario ofrece la clave de su interpretación prehistórica, disciplina nombrada por Tournal en 1833 para designar la arqueología de las épocas anteriores a la Historia escrita, y que sólo ha sido usada ampliamente desde mediados del siglo XIX.

LOS MONUMENTOS DEL PADRE NAZARIO

CONSIDERACIONES GENERALES

Hemos presentado los datos que más luz pueden arrojar sobre el enigma de los monumentos del Padre Nazario. Las inscripciones de las estatuillas fueron consideradas por el Padre Nazario como de origen hebreo-caldáicas, determinación muy difícil debido a las diferencias de los signos grabados con los de dichas lenguas. Hay que determinar también cómo pudieron aparecer signos tan distintos a los indo-antillanos en Guayanilla, en la isla de Puerto Rico. Si fueron grabados *in situ* como parece, tuvo que ser por navegantes del Viejo Mundo que llegaron al lugar en algún navío y que al no poder re-

gresar a su tierra de origen, se unirían a las mujeres indígenas, procreando descendencia a la que enseñarían su manera de tallar y escribir con sus signos y caracteres. Si las estatuillas llegaron en algún navío que llegara fortuitamente a Guayanilla luego de atravesar el Océano Atlántico, la probabilidad indica que sus tripulantes debieron ser hititas, cretenses, fenicios o cartaginenses, grandes navegantes que bojeaban las costas atlánticas de Africa y Europa. Como los signos no son fenicios ni púnicos, es conveniente analizar otras posibilidades, entre ellas, las que consideró el Padre Nazario, de los hebreos y los caldaicos.

El idioma heteo, así como el caldaico, fue un idioma monosilábico protofenicio que dio base al fenicio y al púnico. El fenicio y el siríaco habían formado grupos septentrionales de lenguas semíticas, entre ellas el arameico, cuya rama oriental era la que hablaban en Babilonia, Asiria y Mesopotamia. Eran tan similares que los hebreos y los asirios se entendían sin la necesidad de intérpretes.

El texto más antiguo del caldeo bíblico es el Libro de Esdrás, el que incluía decretos reales de Babilonia en una lengua algo distinta a la hebrea. El arameo de los targumes (derivado de tarjan = explicar), era la lengua que hablaron Jesucristo y sus apóstoles, y luego de la destrucción de Jerusalén, continuó como la lengua de los judíos, dando base al hebreo. Las inscripciones caldaicas son de carácter cuneiforme, pero no se ha logrado aún su interpretación de manera satisfactoria, aunque las palabras, los giros y las formas caldaicas se encuentran en casi todas las líneas del hebreo, que fue la circunstancia que evidentemente inclinó al Padre Nazario a considerar los signos de sus piedras como hebreo-caldaicos. Debido a que los fenicios fueron los mejores navegantes del Mar Mediterráneo, es de presumir que fueron ellos los que pudieron haber difundido ciertas formas de escribir por todo el litoral mediterráneo y atlántico, rezagos de las cuales pudieron llegar fortuitamente a América. Por tal razón es conveniente hacer un breve recuento de la geografía e historia de ese influyente país.

Originalmente, Fenicia comprendía el territorio a lo largo de las costas de Siria hasta la frontera con Egipto. Más tarde se limitó desde el río Eleúteros (Nahr-el-Kebir) por el Norte, hasta el Belos (Nahr Mamón) y el Corseos o Karaye en el Sur. El famoso Monte Líbano y la parte Sur del Antilíbano era la frontera Oriental, que viene a ser la vertiente Oeste de dichos cerros de cedros y olivos. Su extensión era de unos 250 kilómetros de longitud por un máximo de unos 43 kilómetros de ancho, que incluía las ciudades de

Aradio, Trípoli, Biblos, Berito, Sidón, Sarepta y Tiro. Fenicia perduró por dos milenios desde 500 A. de C. y siempre fue más Occidental que Oriental. Su nombre se derivó de «hombre rojo», por lo que se suponían oriundos del Mar Rojo. También pudo derivarse de la industria de la púrpura, pero ellos mismos se nombraban Cananeos y luego Chanani por los púnicos. Su lengua era afín al hebreo, al moabita, al amarua y al Ras Shamara, pero no muy parecida al arameo originándose en Canaán.

Los viajes que hicieron por el Atlántico evidentemente procedieron de Cartago (Kart Hadasht o Ciudad Nueva), fundada en el siglo IX A. de C. por fenicios procedentes de la ciudad de Tiro, ciudad tan poderosa que llegó a disputar a Roma su imperio desde el año 264 A. de C. hasta el año 146 A. C. La ciudad de Cartago fue establecida cerca de Túnez, en el interior del Golfo entre el Cabo Rom y el Cabo Zibida con el nombre de Utica durante el quinto siglo A. C., la que conservó luego privilegios negados a otras ciudades. Más tarde se establecieron en Cádiz, las islas Baleares, las dos terceras partes de Sicilia, Córcega, Cerdeña, Malta, las islas Canarias, Madeira y Azores.

Se han encontrado inscripciones fenicias casi indecifrables del año 1259 A. de C., pero la fundación de Utica data del último cuarto del siglo IX A. de C. Durante el año 698 D. de C., el Jalifa Abd-el-Melick arrasó a Utica por completo. Su lengua se llamó Púnica, del latín Paanea y Phenus o fenicio, siendo más cursivo que el fenicio propio, pero el estilo era epigráfico que revela la influencia Bereber o libio-fenicia. El nombre Bereber se derivó de bárbaro o extranjero respecto a los romanos y griegos, para designar a los habitantes de piel clara del Norte de Africa, por lo que la región del Norte de dicho continente se conocía como la Costa de Berberfa. Luego de la destrucción de Cartago, sus colonias perdieron todo su contacto con Fenicia, por lo que su idioma púnico continuó diferenciándose del fenicio debido a la gran influencia del latín y el bereber. Es de notar que muchas palabras aparecen en el latín hasta la época de San Agustín, en cuyos escritos se revela su origen numídico.

El lenguaje escrito fenicio era sencillo y lineal de derecha a izquierda, constando solamente de letras consonantes. Cada letra era acrofónica, de manera que cada palabra empezaba con el sonido de la letra inicial, con el resultado de crearse un alfabeto fonético. Tal modalidad explica porqué las vocales del griego, al tomar préstamos del idioma fenicio, le impartieron un carácter vocálico al feni-

cio. La evidencia señala que el alfabeto semítico se basó en un dialecto fenicio totalmente aconsonantado. La escritura de esa arcaica época estaba en las manos de un grupo pequeño de escribas, los que escribían sin espacios entre los caracteres o signos, lo que hace que su interpretación sea difícil en extremo. Los números los escribían con líneas verticales y oblicuas transversales. El lenguaje fenicio se ha podido interpretar por medio de escritos bilingües paralelos, especialmente con el hebreo como contraste.

Las ciudades púnicas de Africa Septentrional tuvieron una población mixta que se llamó libiofenicia, cuyo idioma varió del fenicio especialmente en las ciudades de Constantine (Cirra) y Handrumetum (Susa). Tal idioma neopúnico preservó algunas formas antiguas dialectales del fenicio, pero demuestra la influencia local bereber, la que prevaleció sobre la influencia semita.

Como muchos de los esclavistas que operaban al Sur del desierto del Sahara eran bereberes que hablaban el idioma púnico, es de presumir que algunos de los que llegaron hasta la Guinea introdujeran los caracteres y signos de su idioma y enseñaran a inscribirlos. Es posible que algunos esclavos que llegaron a Puerto Rico hubieran aprendido a escribir dichos signos púnicos, y procedieran a grabarlos en Guayanilla. Tal es en esencia una teoría formulada en un dictamen preliminar sobre varios especímenes de las piedras del Padre Nazario presentado en forma informal por varios orientalistas de la Universidad Central de Madrid, quienes no llegaron a determinar el lenguaje al que pertenecen los signos inscritos en dichas piedras. Como es evidente que los signos no son indoantillanos, es de confiar que algún buen día aparezca la solución total al enigma del origen de signos y caracteres tan distintos en una isla de América, Puerto Rico, en forma análoga a como se ha reclamado la solución de signos parecidos que se han encontrado en Brasil, en los Estados Unidos y en otros países americanos.

La teoría de los expertos orientalistas complutenses de que los signos en las piedras que examinaron son de origen africano y del siglo XIX, se contradice con la aceptación de que la naturaleza geológica de las piedras es del lugar en donde aparecieron, a menos que algún esclavo africano culto, con conocimiento de la escritura púnica, las hubiera grabado *in situ*. Dicha teoría está también en conflicto con la declaración del Padre Nazario de que la anciana que le había confiado el secreto del escondite de las piedras, era de ascendencia indígena, lo que significa que son muy anteriores al siglo XIX.

A base de estudios lingüísticos efectuados en el Brasil, se ha determinado que existe una influencia de términos exóticos en el idioma portugués de dicho país de importancia, principalmente de términos de origen hebreo, idioma muy parecido al fenicio. Ambos pertenecen a una familia de lenguas similares que comprendía el caldeo, el heteo, asirio, sumerio, babilónico, acadio y fenicio. El idioma fenicio fue copiado por el griego en cuanto a los nombres de las letras del alfabeto y en cuanto a los nombres de los dioses. Hubo intercambio constante de letras, como en el caso de la letra *i griega* o *y* que aparece en la variación púnica del fenicio, en el que puede que fuera introducida al azar porque dicha letra, la que ocurría solamente en palabras extranjeras, se creía que estaba más afín y en carácter en ellas. El alfabeto fenicio ha servido para descubrir los recursos fonéticos de dicha lengua en su origen, lo que no sucede en el caso de otras lenguas que tomaron del alfabeto fenicio para componer o derivar el propio. Es evidente que el alfabeto semita se desarrolló de un dialecto fenicio aconsonantado, ya que no empleaba letras para representar a los sonidos vocales.

Es evidente la influencia de las lenguas del Oriente Medio en la lengua portuguesa, como determinó Fray Francisco de San Luis en 1827 en su «Glossario de vocabulos portugueses derivados das linguas orientaes e africanas, excepto o árabe». De 385 vocablos, 223 eran hebreos, 88 persas, turcos o árabes, 24 africanos de Angola y el Congo y el resto orientales. En el español de América existe una situación algo similar, y quizá esa observación captada por el Padre Nazario al efectuar su estudio de las piedras que excavó en Guayanilla lo inclinaran a considerar que los signos inscritos en ellas eran hebreo-caldáicos.

En el territorio cartaginés de Numidia, que comprendía los actuales territorios de Algeria y Túnez, la población hablaba el púnico, que era la *lingua franca*. Cartago no permitía la competencia en el comercio allende Gibraltar por las costas atlánticas, y para atemorizar a los navegantes de otras regiones, propagaba la especie de existir arrecifes de arena, grandes extensiones de algas, monstruos marinos y densas neblinas. Heródoto describió cómo los marinos púnicos trocaban oro por mercancías a lo largo de las costas atlánticas. «Los cartagineses dicen que comercian con una raza de hombres que viven en una parte de Libia más allá de los Pilares de Heracles». El año 470 A. de C. Hanno llevó una expedición de pobladores a lo largo de la costa atlántica de Africa para consolidar su comercio con el metal oro. Dicho comercio púnico cesó cuando

los Farusios y los Negritos los atacaron con su caballería de nómadas que empleaban arcos y flechas, al Sur de Marruecos. Estrabo aseguró que resultaron destruidas más de 300 estaciones comerciales cartaginesas en las costas atlánticas. A los habitantes de Cartago se habían incorporado los libios del interior de Africa y del Sahara, quienes aunque no se les reconocían derechos políticos, mezclaban su sangre con la de los cartaginenses.

Los fenicios habían llegado al Norte de Africa alrededor del año 1000 A. de C. para poblar en una región que no estaba bajo el dominio de las grandes potencias de Grecia, Roma y Egipto, y por necesidad imperiosa tuvieron que escoger solamente las regiones aun no pobladas en las costas del Mediterráneo y del Océano Atlántico en Africa, Europa y las islas Canarias, Madeira y Azores allende los Pilares de Hércules. Tuieron que conformarse con lo que esos grandes imperios no codiciaban aún o lo habían desechado como problemático para colonizar. Fenicia tuvo que dedicarse a poblar y desarrollar regiones distantes de los centros de población europea en pleno desarrollo, libres aun del dominio de los grandes imperios europeos. No es de extrañar que habiendo llegado hasta el archipiélago de las Azores, el que se encuentra a una tercera parte de la distancia entre Europa y América, intentaran penetrar el Mar Océano por en medio del Mar del Sargazo al descubrir señales evidentes de vida que llegaban periódicamente a las islas atlánticas, tales como troncos de árboles exóticos, naves extrañas labradas de un solo tronco de árbol, cuerpos de gentes ahogadas de aspecto mongólico, aves migratorias que cruzaban en dirección Oeste y muchos otros indicios. Los fenicios cartaginenses o púnicos se convirtieron en mejores navegantes que los griegos y que los romanos porque tuvieron que arriesgarse más por necesidad. Bien fuera en forma deliberada o fortuita, sus navegaciones por el Océano Atlántico tenían que resultar tarde o temprano en que alguna de sus naves llegaría a alguna parte de las tierras ignotas al otro lado del Mar Océano, de seguro flotando sobre la Corriente de las Islas Canarias en alguna tormenta y alguna huella siempre queda de tales visitas. El primero que logró regresar sirvió de estímulo para que muchos otros lo siguieran.

Es de considerar que si se han encontrado extraños signos y caracteres de un gran parecido a los de las lenguas del Oriente Medio y del Norte de Africa a lo largo de las costas mediterráneas y atlánticas, no sería de extrañar que aparecieran en algunas partes del Nuevo Mundo. Como se ha determinado que los signos en las

estatuillas que excavó el Padre Nazario no son indoantillanas y tienen un parecido reminiscente de los signos y caracteres del Viejo Mundo, su grabación tiene que atribuirse a personas procedentes de esa parte del planeta con alguna lengua indígena ya influida por ellos.

Fenicia fundó el imperio púnico, que subsistió por unos mil años, y su idioma sufrió los cambios naturales en su contacto con las otras culturas europeas y africanas, tanto antes como después de la destrucción de Cartago. En su época ascendente, Cartago dominó en Sicilia, Malta, Cerdeña y Córcega. Invadió a España el año 237 A. de C. bajo Amílcar Barca, lo que le permitió continuar sus campañas militares contra Roma y su comercio. Dominó también a los reinos establecidos de los Mauri o moros de la Mauretania, así como a los reinos numidios de Orán y Túnez. Con el fin de evitar revueltas, enviaba soldados españoles a África y soldados bereberes a España, lo que ocasionó que la población se les volviera hostil. Al decretar el Senado de Cartago la pena de muerte al que intentara pasar allende Gibraltar, se cortó la comunicación entre el Viejo y el Nuevo Mundo, quedando aislados los pobladores y absorbidos biológicamente por la masa indígena.

Luego de la caída del imperio fenicio púnico, el triunfante imperio romano transformó la costa de Berbería en el granero de Roma, pero durante el siglo VII D. de C., luego de dos siglos de lucha contra los vándalos y los bizantinos, Roma perdió su dominio sobre el Norte de Africa. La lengua que prevalecía entonces en dicho territorio africano, la región del Maghreb, que fue la única sección que no fue invadida por las hordas de los godos, fue una lengua híbrida compuesta por el púnico, el arábigo, el idioma griego de Nubia, el cóptico y el hebreo, por lo que resulta muy difícil determinar la exacta combinación de caracteres que empleaban. Por ejemplo, la tribu Tuareg era la única de las bereberes que poseía un alfabeto, el que consistía de 23 consonantes, pero ha sido olvidado, y aunque los tuareg modernos derivaron su dialecto y su sistema de escritura de dicho alfabeto, no ha ayudado mucho a descifrar los cientos de inscripciones bereberes que datan desde los tiempos de Roma.

El origen de los bereberes se desconoce, pero se han descubiertas inscripciones parecidas en el Sinaí y en el delta del río Nilo, lo que indica que quizá procedían del Sudoeste de Asia. El lingüista Arthur Greenberg ha agrupado a los numerosos dialectos bereberes con el egipcio, el somalí, el galla, el hebreo y el arábigo, lo que ofre-

ce una idea de la dificultad de interpretar signos inscritos que parecen haberse originado en esa parte del Viejo Mundo.

De acuerdo con la Historia del Almirante por su hijo Hernando Colón, refiriéndose al Cronista Gonzalo Hernández de Oviedo, «si los cartaginenses, como él dice, arribaron a Cuba o a la Española, y encontraron que aquella tierra no estaba poblada más que de animales, ¿cómo será verdad que los españoles la poseyeran mucho tiempo antes, y que su rey Héspero le había dado nombre?... salvo si por ventura no dice que algún diluvio la dejó desierta, y que después, otro Noé la volvió al estado en que fue descubierta por el Almirante». Citas como esta demuestran que existía la creencia de que naves fenicias habían estado en América mucho antes del siglo XVI, pero debido a la dificultad de probarlo, la tendencia ha sido declarar tales hallazgos como el de las piedras del Padre Nazario, como fraudes, pero sin explicar como este pudo perpetrarse. La manera más fácil de esquivar el arduo trabajo de descifrar un enigma es descartarlo como una superchería, tal como se consideró la ciudad de Troya hasta que fueron descubiertas y excavadas sus ruinas. Otro enigma que se consideraba insoluble se ha estado resolviendo a partir del año 1973, al hallarse un verdadero archivo gubernamental, «el primero en la historia de la humanidad», escrito en la lengua eblaíta y su traducción paralela al idioma sumerio en la ciudad de Ebla del siglo XXV A. de C., la llamada Ciudad de las Piedras Blancas, entre Biblos en Fenicia y Alepo en Siria. Dicho hallazgo ha obligado a los historiadores a revisar una buena parte de lo escrito sobre la historia del Oriente Medio, ya que confirma que los patriarcas del Antiguo Testamento existieron en realidad pues los anales eblaítas resultan paralelos a los de la Biblia, circunstancia que podría ocasionar repercusiones teológicas importantes, en vista de que la religión cristiana está basada en libros de historia.

Los arqueólogos eran de opinión casi unánime que la escritura no había existido en Siria antes del año 2000 A. de C. y que no había existido ciudad alguna de gran tamaño fuera de Mesopotamia y Egipto. El año 1974 aparecieron unas cuarenta tabletas de barro cocido escritas con los caracteres cuneiformes de Mesopotamia, pero no eran ni de la lengua sumeria ni de la lengua acadia. En 1975 aparecieron unas 15,000 tabletas entre las cuales alrededor de una centena contenía la traducción al sumerio de unos 3,000 vocablos de otra lengua desconocida que resultó ser la eblaíta. Se trataba de la «Piedra Roseta» de Siria, el diccionario más antiguo jamás excava-

do, en la lengua eblaíta, de origen semita tal como el fenicio y el hebreo, pero anterior al fenicio por unos mil años.

Tal escritura ha revelado que Ebla mantenía relaciones comerciales con Alepo en Siria, Anatolia, Akkad en Mesopotamia y Biblos en Fenicia en metales, maderas y otros objetos, comercio que se extendía hasta Egipto. La ciudad de Ebla tuvo unos 250,000 habitantes y 11,000 empleados públicos, entre estos, escribas que traducían su lengua semita a la cuneiforme de Mesopotamia. Se han revelado referencias paralelas con la Biblia a pesar de ser más antiguas, como la de «las dos ciudades perversas» y la del «diluvio universal», aunque el paralelo bíblico no es muy claro y los arqueólogos Matthiae y Pettinato difieren en sus traducciones y en la fecha por 200 años.

En casos como el que nos ocupa sobre los monumentos del Padre Nazario, conviene mantener una actitud de escepticismo, pero con una mente libre para considerar todas las teorías. Como observara el eminente arqueólogo mexicano doctor Alfonso Caso, no puede desecharse por completo la idea de que pudo haber contactos entre ambos mundos a través del Mar Océano, aunque es peligroso tratar de llegar a conclusiones definitivas basadas en comparaciones de estilos que no tengan una comprobación independiente. La ausencia de analogías entre los estilos es tan importante como las similitudes, por lo que ninguna teoría debe descartarse, a menos que se compruebe mediante procesos arqueológicos científicos que es absolutamente falsa. Debe tenerse en mente que la antropología tiene menos de un siglo de existencia, por lo que existe el reto de penetrar en el enigma de las comunicaciones intercontinentales. La espesa niebla que oculta tales enigmas parcialmente se podrá penetrar con nuevos estudios y datos que justifiquen las analogías tan sorprendentes entre ambos mundos.

De acuerdo con el doctor Cyrus H. Gordon, Director del Departamento de Estudios Mediterráneos de la Universidad de Brandeis, máxima autoridad en el alfabeto Ugarita y autor de varios estudios basados en el descifre de inscripciones de la más remota antigüedad y de su impacto sobre la cultura contemporánea, antes de la llegada de los Vikingos a América alrededor del año 1000 D. de C., mesoamérica había sido el escenario de contactos y mezclas entre distintas razas a través de los océanos Atlántico y Pacífico. Opina que hubo viajes por naves de Creta y Fenicia durante las eras iniciales de bronce y hierro, basado en la literatura clásica y en las inscripciones que se han descifrado recientemente. No debe per-

derse de vista que algunas naves cartaginenses excedían de mil toneladas, mucho mayores que las carabelas de Cristóbal Colón. Naves de esa envergadura pudieron sobrevivir un cruce oceánico con vientos tormentosos, pero es de lamentar que la historia fenicia o púnica es muy escasa.

El doctor Gordon considera que la leyenda azteca de la serpiente alada es similar a la de la Biblia, la babilónica, la griega y la egipcia, indicio de que las comunicaciones existieron entre el Viejo y el Nuevo Mundo al compartir creencias comunes.

El doctor Gordon reconoce que tienen que considerarse las diferencias y las analogías tanto en las leyendas como en las inscripciones y esculturas, pero que la táctica de explicar todas esas inscripciones como fabricaciones o supercherías en vez de intentar de llegar a su origen significa una terquedad que raya en el obscurantismo. Considera auténticas las inscripciones de origen canaanita descubiertas en el Brasil en 1872 sobre una nave del Oriente Medio que llegó al Brasil el año 532 A. de C.; las de la Piedra Metcalf, descubierta en terrenos del Fuerte Benning en el estado de Georgia; la de Bat Creek en Tennessee con caracteres hebreos según el Informe Smithsonian 1890-91 y las de ciertas monedas hebreas del año 133 D. de C. en el Sudeste de los Estados Unidos. Considera que se ha olvidado lo que los antiguos clásicos revelan sobre América, como el griego Theopompus, en cuanto a un continente enorme lejos del Viejo Mundo habitado por una raza exótica. Aristóteles describió una «isla» enorme con ríos navegables que había sido descubierta por los cartaginenses. El fenicio Diodorus de Sicilia describió una enorme «isla» a muchas jornadas de viaje al Oeste de Africa con montañas y ríos navegables, y es evidente que la única tierra que responde a esa descripción al Oeste de Africa o Europa es América. «Los fenicios, mientras exploraban las costas por fuera de los Pilares de Hércules en Africa, fueron empujados por vientos tormentosos a una gran distancia dentro del océano hasta llegar a la «isla» descrita. Luego los etruscos, quienes dominaban los mares, intentaron fundar una colonia allí, «pero los cartaginenses se lo impidieron». El romano Aelio, Estrabón, Platón y otros escritores clásicos describieron viajes intercontinentales de los fenicios después de la Guerra de Troya. Estrabón aseguró que los informantes de Homero fueron los fenicios, quienes habían ocupado los mejores territorios de España y Africa y fundaron colonias allende los Pilares de Hércules. La tradición griega de la Tierra de los Feacios en la Odisea de Homero, identificada con América, o con la fabulosa

Atlántida, puede relacionarse por las numerosas inscripciones halladas a lo largo de las costas del Mediterráneo y en América.

El hecho de que la evidencia sea muy oscura no debe impedir que se continúen los estudios sobre este apasionante tema de la protohistoria del Mundo Occidental. Algunos arqueólogos excesivamente imaginativos o estusiastas han falsificado inscripciones. Eso se ha dicho de la Piedra Davenport encontrada en el Estado de Iowa en 1877, de la que se ha alegado que fue una superchería deliberada. Sin embargo, el autor Barry Fell alega que tiene que ser auténtica, pues ni las inscripciones libias ni las ibéricas habían sido descifradas cuando apareció dicha piedra. Alega que está escrita en tres lenguas, con caracteres egipcios, ibero-púnicos y libios, los que no datan de antes de 800 A. de C. Interpreta que contiene signos de la escritura Ogam de los celtas, como las letras G-W-N que significan «blanco» en fenicio-semita de Tarshish o Tarteso en España. Fell interpreta otra serie de signos como P-I-A, como fbero del Norte que en púnico significa «blanco». Fell opina que los libios eran semitas con mezclas de anatolios, griegos y bereberes que se cruzaron con los nubios y que algunos se vendieron en América como esclavos mucho después. («América - BC»).

Hay que ser muy escéptico con estas teorías obviamente fantásticas. Fell resucitó una teoría del doctor Harold Gladwyn en el sentido de que una flota de Alejandro Magno había cruzado el Océano Pacífico con un ejército griego o púnico el año 23 A. de C. Erich Von Däniken es un entusiasta defensor de la teoría de los vuelos espaciales para explicar muchos enigmas con una serie de soluciones frívolas a problemas serios. Las construcciones de Tiahuanaco de Bolivia, las del Perú y las pirámides mayas de México o Mesoamérica, así como los gigantescos dibujos de Nazca en el Perú los atribuye Von Däniken a astronautas, como única explicación en su concepto, lo que revela su absoluta falta de fe en la capacidad humana desde la remota antigüedad.

Una de las teorías favoritas de tales escritores es la del dios blanco, barbado y vestido que llegó a varios lugares de América desde el Este, la que es una leyenda que existe en casi todas las culturas antiguas, pero que la defiende el doctor Morgan. (*Before Columbus*, 224 págs. Crown Publishers, New York).

En cuanto a las teorías del autor Barry Fell (H. Barraclough) en su libro (*América - BC*), es de notar que tanto el idioma Ogam de los celtas como las inscripciones libias o púnicas consisten de sencillos dibujos geométricos parecidos a los que excavó el Padre

Nazario en Guayanilla, los que ofrecen al que los intente descifrar una gran latitud. El Padre Nazario comparó los signos en sus monumentos con una ilustración del famoso Círculo Mágico que aparece en la obra *Historia de las Naciones* por la doctora Zenaida A. Raguzin en el artículo sobre Caldea a la página 348. En esa misma forma, el doctor Joseph B. Mahon, del Museo de Columbus del estado de Ohio, comparó la inscripción de Bat Creek con las ilustraciones de inscripciones de Canaán en la enciclopedia *Cambridge Ancient History* para poderlas identificar como de origen fenicio, cuya lengua incluía letras antiguas hebreas y púnicas de Cartago.

Las letras y palabras fonéticas de la lengua fenicia pueden ilustrarse con la «totau», que es una cruz, y la *r*, llamada *ros* (cabeza) pues su signo parece una cara. El primer sonido del nombre fenicio 'alp era la letra *a griega*, ya que el signo (') no era reconocido como un sonido fonético en griego, tal como el nombre fenicio *he* era *e* en griego, por lo que el signo fenicio *h* era también *e* en griego. A falta de textos paralelos de los idiomas, resulta extremadamente difícil descifrar las inscripciones, pues los signos y las letras cambiaban de uno a otro idioma.

Hemos dado especial atención a la posible influencia africana de los fenicios-púnicos pues algunos de los esclavistas que operaban al Sur del desierto de Sahara eran bereberes que evidentemente hablaban dicho idioma y conocían su escritura, por lo que cabe la posibilidad que algunos de los esclavos que llegaron a Puerto Rico desde la Costa de los Esclavos o de las islas Canarias hubieran sido enseñados a grabar sus caracteres y signos, que es la teoría de algunos orientistas de la Universidad Complutense. Un caso interesante lo presenta el antropólogo hindú R. A. Jairazbhoy sobre la posible influencia egipcia en América. (*Antiguos egipcios y chinos en América*, Londres, George Prior, 1974). Alega que durante el reinado del faraón Rámeses III de 1195 a 1164 A. de C. hubo contactos transatlánticos con los olmecas de México, de los que resultaron dos elementos raciales, uno negroide y otro caucásico. Los negroides procedían de Egipto y eran africanos y los caucásicos eran semitas. Sin embargo, es de considerar que en dicha época los llamados «Pueblos del Mar» de Creta y Chipre, predecesores de los fenicios, penetraron al delta del río Nilo, por lo que su influencia pudo haber prevalecido en los viajes transatlánticos. Justifica su presunción por medio de ciertas esculturas olmecas con facciones negroides y con unas veinte y unas semejanzas entre dioses y mitos olmecas y

egipcios. Como las naves egipcias carecían de quilla, evidentemente se apoyaron en los navegantes fenicios para sus largas travesías.

La más extraña de todas las teorías de viajes transatlánticos es la contenida como artículo de fe en el *Libro de Mormón*, que expresa la creencia de que el Nuevo Mundo se pobló por los Jareditas, quienes emigraron a América luego del colapso de la Torre de Babel, suceso que aparece en el libro del Génesis de la Biblia. Dicho libro, de acuerdo con su autor Joseph Smith, lo transcribió en 1827 de unas tabletas metálicas de oro que un personaje resucitado llamado Moroni le entregó luego de excavarlas en un cerro entre Palmyra y Manchester en el Estado de Nueva York, en donde las había enterrado el padre de Moroni. Según Smith, las logró interpretar mediante «el regalo del poder de Dios» ante once testigos, con la ayuda de los personajes bíblicos Urim y Thummin, que eran los intérpretes hebreos de los mensajes divinos más unas «piedras videntes». Otra versión mormónica describe el cruce del océano el año 600 A. de C. en ocho naves que llegaron a América desde Jerusalén y el Océano Indico y se extendieron hasta la América del Sur. En esa forma la historia de los indios americanos se ha incorporado a la doctrina de una influyente iglesia, la que modernamente se basa en las *Obras Históricas* en dos tomos del cronista mexicano Fernando de Alva Ixtlilxóchitl (Editorial Nacional, 1952, Ciudad de México). Según la moderna teoría del presidente de la Fundación del Nuevo Mundo, Thomas Stuart Ferguson, el dios barbado Quetzalcóatl era en realidad Jesús, la Estrella de la Aurora y el Buen Pastor. Otros autores lo han identificado con Atlas, Baco, Poseidón, Santo Tomás de Aquino, Votán, Dionisio, Osiris, Viracocha y Mango Capac del Perú, así como Hotu Maru de la isla de Pascua.

Raya en lo asombroso la manera como surge una religión que atrae miles de creyentes y adquiere un poderío económico enorme aun en tiempos relativamente modernos. La religión mormónica fue fundada por Smith el 6 de abril de 1830 junto a otros cinco creyentes, cuyo fundamento lo publicó en su *Libro de Mormón*, en el que pretendió describir un período de la historia de Norteamérica desde el año 600 A. de C. hasta 421 D. de C. Comenzó dicho período con la migración de un grupo de israelitas que escapó de la esclavitud babilónica y embarcaron en el Océano Indico, cruzaron el Pacífico y desembarcaron en la costa occidental de Norteamérica, en donde fundaron una civilización.

De acuerdo con dicho libro, cuando Cristo resucitó, apareció en Norteamérica con la intención de organizar su iglesia. Después de

dos siglos se dividieron en facciones rivales que se aniquilaron mutuamente, quedando finalmente los ascendientes de los indios americanos. Las tabletas de oro fueron enterradas de nuevo por Moroni, que fue el último profeta de una de las sectas destruidas.

Lo primero que surge de dicho famoso libro es la imposibilidad física y antropológica de la rapidísima evolución de miembros de la raza israelita al convertirse en indios americanos. Tal evolución tuvo que haber ocurrido en los 971 años desde 421 D. de C. hasta el año 1492, cuando los europeos vieron los primeros indios. Está probado que los indios americanos descienden predominantemente de la raza mongólica, miembros de la cual cruzaron el estrecho de Behring desde Siberia hace más de 40,000 años, por lo que tal teoría no puede sostenerse científicamente.

En vista de tal discrepancia, los mormones han intentado trazar su ascendencia a la brillante civilización maya según las crónicas de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, no obstante que dicha civilización se remonta a una antigua época muy anterior a las fechas que fueron citadas en el famoso *Libro de Mormón* de Joseph Smith de 1830.

Los dioses indígenas Quetzalcóatl en Mesoamérica y Con-Ticci o Kon-Tiki en Sudamérica fueron concebidos como dioses del sol «que surgían en el Este y desaparecían en el Oeste como el astro Sol. Se llamaba Con-Ticci con el nombre de Pachamach o Hijo del Sol y Viracocha o Espuma del Mar en distintas épocas y lugares. Tal como Quetzalcóatl, Viracocha se ausentó del país sobre la espuma del mar, por el Poniente como el Sol, aunque en otra versión ambos fueron consumidos por el fuego en la costa. La tradición común al efecto de que caminó sobre las aguas del mar parece simbolizar el movimiento diurno del dios Sol, que sale y se pone sobre las aguas.

Hemos hecho el recuento de las teorías más conocidas sobre comunicaciones y contactos transatlánticos en las leyendas americanas para que se conozcan todos los ángulos de los enigmas existentes. La mayoría son ciertamente fantásticas, por lo que solo ameritan ser conocidas como curiosidades de poca trascendencia. Se ha conjeturado sobre el origen del indio americano como descendiente de los israelitas, los romanos, los cartaginenses y de los irlandeses.

Existen realidades que no pueden echarse a un lado, las inscripciones en piedra encontradas en Guayanilla por el Padre Nazario, cuyos signos no son indoantillanos, pero que tienen parecidos con signos labrados en el Viejo Mundo. No se puede precisar la fecha de las inscripciones, las que pueden remontarse a la prehisto-

ria. Sólo sabemos que en huesos de animales encontrados en Europa, se ha determinado por el antropólogo Alexander Marshak que hace 30,000 años ya el hombre había comenzado a desarrollar las anotaciones simbólicas, evidentemente relacionadas con las fases de la luna y la medida del tiempo, como guía para el desarrollo de la agricultura, y de una civilización cada vez más adelantada.

Los heteos y sus sucesores fenicios sobresalen como el primer pueblo del Viejo Mundo que desarrolló naves capaces de sobrevivir un cruce del Mar Océano, por lo que la preponderancia de la evidencia los señala como los potenciales primeros navegantes transatlánticos. Queda ahora a la ciencia de la epigrafía, el descifre de escrituras antiguas, para interpretar los extraños signos grabados en las estatuillas del Padre José María Nazario y Cancel, cuyo estilo es similar a los del Oriente Medio.

Uno de los propósitos de este ensayo es el de rescatar del olvido y preservar, antes que se pierda para siempre, la información relevante que aun subsiste sobre uno de los descubrimientos arqueológicos significativos aunque enigmáticos que se han hecho en Puerto Rico. Por este medio confiamos que se difunda y pueda despertar el debido interés en querer penetrar la espesa niebla que oculta este enigma tan apasionante de interés internacional.

El hallazgo hecho por el Padre Nazario alrededor del año 1880 fue menospreciado por varios de sus contemporáneos y criticado acerbamente como una superchería por otros. Posteriormente, ha sido desatendido, por lo que ha quedado en un estado de indecisión, posiblemente debido a la escasez de información que ha pre-
prevalido hasta el presente entre nuestros estudiosos, o quizá por haberse insinuado por un prominente arqueólogo a principios de siglo que podía tratarse de una burda superchería. (Véase Apéndice I.)

Nos decidimos a estudiar este problema porque hemos opinado que la importancia de un caso como el que nos ocupa no puede determinarse de antemano, ya que está sujeta al resultado del análisis de datos desconocidos, de los que se tiene solo una vaga idea de su relevancia. Creemos que el escepticismo es muy saludable en casos controvertibles, aunque generalmente se adopta una posición contradictoria, pues a un mismo tiempo se presume poseer los mismos conocimientos que se niegan a otros. Las pistas aparentemente falsas deben explorarse hasta asegurarse que lo son realmente.

La interpretación histórica en el momento presente es lo que debe proseguirse, aunque comprendemos que los argumentos más

coherentes y lógicos siempre aparentan ofrecer dudas a los que no están familiarizados con el problema.

Es por tal motivo que hemos hecho este intento por analizar y difundir los escasos conocimientos que sobre el tema de este ensayo aun subsisten, con la esperanza de poder despertar el interés que merecen y se pueda encontrar la solución definitiva que hasta el presente había eludido los esfuerzos que se le han dedicado, aunque con una conspicua falta de vehemencia.

La espera paciente de que alguien se ocupe de hacer algo provechoso pero difícil será infructuosa, pues para poder encontrar soluciones a los problemas tiene que acudirse con diligencia en su búsqueda. La materia prima que pone en marcha los procesos mentales del investigador son los datos directos, aunque también pueden iniciarse mediante las analogías y los contrastes. De seguro que los críticos remozarán las ciegas insinuaciones de superchería, acusando sin pruebas que la idea original del Padre Nazario consistió de un fraude perpetrado por un cerebro desequilibrado. Característicamente, no mostrarán ninguna sensación de lo desconocido, tal como sorpresa, satisfacción o aún confusión, ya que su táctica es la de asumir la posición del sabelotodo que sermonea o aconseja lo que debería hacerse en contrario pero sin aportar ideas constructivas.

Por razón de la incalculable importancia potencial de un hallazgo arqueológico tan asombroso como el efectuado por el Padre Nazario en Guayanilla, que fue una de las ubicaciones que tuvo la Villa de San Germán durante su azarosa vida nómada, nada más propio nos ha parecido que dar a conocer y así preservar para el futuro los datos que nos ha sido factible rescatar del olvido, en ocasión de la celebración de los Cuartos Juegos Florales del Círculo de Recreo, al conmemorar el primer centenario de su fundación.

LAS ANTROPOGLIFITAS DEL PADRE NAZARIO Y SU POSIBLE RELACION CON EL PREDOMINIO DEL CACICAZGO DE GUAYBANA

Recapitemos los datos que anteceden sobre el posible origen de las antropoglifitas del Padre Nazario o el de la naturaleza de los signos o caracteres inscritos en ellas.

Es evidente que han sido desdeñadas por los arqueólogos las conjeturas del Padre Nazario sobre el posible origen en el Oriente Medio de los más de 800 especímenes excavados todos juntos cerca del centro cacical más influyente de Puerto Rico. A falta de una explicación documentada de su origen se han considerado como falsificaciones, lo que significa una evidencia negativa que tampoco prueba nada, pues las falsificaciones también hay que probarlas.

La circunstancia de que una poderosa secta religiosa de los Estados Unidos predique como artículo de fe que los indios americanos descienden de alguna de las Tribus Errantes de Israel desde mediados del siglo XIX, quizá haya contribuido en parte a que se haya ridiculizado lo expuesto por el Padre Nazario.

Ha surgido una confusión del hecho de que al notarse que los signos inscritos son distintos a los indoantillanos, pero que estaban en posesión de indios borinqueños en el centro cacical más importante de Puerto Rico, quienes los habían enterrado con mucha secretividad, tal actitud defensiva merece algún estudio sobre su posible motivación. Fue tan significativo ese hecho que el Padre Nazario, al excavar y examinar su hallazgo arqueológico, sintió «la fuerte sensación de creerlas el archivo nacional. Encontradas casi juntas... ¿no podría suceder que hubieran sido puestas a cubierto de los choques que en la guerra habrían de dirigirse con preferencia contra la capital de la Isla?» Es de considerar que el Padre Nazario, al excavar y recibir esa fuerte tentación, debe haber colegido que el predominio del cacicazgo de Guaybana en Guayanilla pudo haberse

derivado de conocimientos de trascendencia grabados en esos petroglifos tan celosamente guardados en «la Capital de la Isla».

La idea parece fantástica, pero deben estudiarse las distintas conjeturas en cuanto al origen de dichos petroglifos, ya que el tallado e inscripción de más de ochocientas estatuillas de piedra con un peso total conjunto de varias toneladas parece descartar la posibilidad de que fueran falsificaciones.

Como los petroglifos no concuerdan en cuanto a sus signos inscritos ni con los indoantillanos ni con los del Perú ni de Mesoamérica, de descartarse tal origen en definitiva, conviene explorarlo de fuera de Puerto Rico por el parecido de los signos con los de alfabetos antiguos del Viejo Mundo. Siendo así, su posible relación con el predominio del centro cacical en el que se hallaron, fue quizá logrado mediante la ayuda de los conocimientos superiores en ellos inscritos.

Al insistir el Padre Nazario en su apreciación de que los indios de La Española llamaban a la isla de Puerto Rico con el nombre de Carib, no parece que hubiera estado muy despistado en la explicación que hizo sobre la preponderancia del centro cacical de Guayánilla en el gobierno de una parte considerable del Caribe. Es evidente que ese centro cacical logró imponer su predominio no solo sobre toda la isla de Carib, sino sobre la región occidental de La Española y sobre varias de las Antillas Menores como Vieques y Santa Cruz. Existe abundante evidencia que señala su predominio interisla, el que emanaba desde la ranchería de Guaybana.

Al comprender que las inscripciones en sus petroglifos no eran indoantillanas, incas ni mayas, el Padre Nazario hubo de intuir su origen de algún lugar fuera del Nuevo Mundo. Tal conjetura ha sido ridiculizada por algunos arqueólogos y etnólogos pero debe examinarse objetivamente, ya que con frecuencia se efectúan nuevos descubrimientos arqueológicos que destruyen antiguas ideas aceptadas como dogmas.

Ha existido la tendencia a menospreciar los indios americanos en muchos aspectos, aunque en otros habían superado la civilización europea. El 12 de agosto del año 3113 A. de C. corresponde al año 4 ahau 2 cumhu, que es el año cero de los mayas para el inicio de su cuenta calendárica, la que al igual que el año cero de la Era Cristiana debe haberse distinguido por algún suceso de enorme trascendencia, como lo fue la aparición de Jesucristo. En la tradición de los indios maya, parece haber sido la llegada de Quetzalcóatl, Kukulcan o Itzamná por su costa Este y en la de los incas,

la de Tici-viracocha, según el cronista Cieza de León. Fueron acontecimientos tan memorables que los anotaron con gran precisión en sus calendarios.

El calendario maya de 365.2420 días pierde sólo un día en 5,000 años, mientras que el cristiano adelanta día y medio en ese espacio de tiempo. Una inscripción en Palenque demuestra que 81 meses equivalen a 2,392 días de 29.53086 días al mes, con una diferencia de sólo 2.4 segundos de su duración exacta. Tales cálculos astronómicos requirieron extensos y complicados algoritmos efectuados durante siglos para perfeccionarse, lo que implica que fueron iniciados mucho antes del año cero 3113 A. de C. Se sostenía hasta hace poco que la cultura Olmeca, predecesora de la maya, había aparecido del año 1200 A. de C. al 900 A. de C., pero nuevas investigaciones han señalado una fecha anterior cerca de los años 2750 A. de C. a 2450 A. de C., fecha cercana al año cero —3113 A. de C.— en el calendario maya. El año cero indígena concuerda en sus tradiciones con la llegada de personajes legendarios, blancos y barbados por las costas del Este, lo que significaría contactos entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Los incas tenían otro calendario de 365 días y 6 horas, más décadas y siglos. (*Montesinos, Memorias, VII, Prescott, pág. 37.*)

No existe evidencia escrita de tales contactos, aunque la tradición maya indica que cabe la posibilidad de que procedían de una tierra intermedia en el Océano Atlántico que pudo haber desaparecido dejando sólo leves trazas. ¿Atlántida?

Se han encontrado signos parecidos inscritos en petroglifos afroasiáticos anteriores a los fenicios y algunos jeroglíficos de los maya. Al intentar descifrar esa evidencia circunstancial de orígenes en el Viejo Mundo, sus dibujos demuestran que navegaban en embarcaciones grandes. Por otro lado, al seguirle el rastro al hombre americano en Puerto Rico, a medida que se han investigado sus primeras menciones, han podido descubrirse datos que ayudan a aclarar una enigmática dicotomía muy persistente en cuanto a su naturaleza. Los indios borinqueños tenían características asociadas tanto con los taínos como con los caribes, las que han dado pie a cierta confusión, aun en cuanto a la identidad de la isla de Puerto Rico. Tanto sus naturales como los indios de las Antillas Menores la conocían por el nombre de Boriquén, mientras que los de La Española se referían a ella por el nombre de Carib.

De los primeros escritos durante y después del descubrimiento, surge el cuadro de una isla poblada por prósperos y pacíficos indí-

genas que poseían técnicas de artesanía más avanzadas que las de sus vecinos, pero también el de una isla poblada por guerreros que navegaban en flotillas poderosas que invadían tierras fuera de sus playas y en las guasábaras se comían a dentelladas a sus enemigos luego de haberlos muerto a flechazos disparados con arcos tan grandes como los de Francia e Inglaterra y macanas tan gruesas como el brazo de un hombre.

Es aparente que los indios borinqueños respondían a ambas descripciones según el caso descrito, por lo que conviene explorarlas para intentar obtener una explicación razonada de esa confusa imagen que surge al seguirle las huellas al hombre aborigen de Puerto Rico.

La primera mención de los indígenas de Puerto Rico aparece en el Diario de Navegación de Cristóbal Colón, a quien se atribuye haber sido el primer europeo en haber cruzado el Mar Océano, aunque la falta de prueba de un cruce precolombino con la ayuda de la misma corriente que ayudó a Colón no constituye una evidencia negativa convincente. Se ha ridiculizado a quienes han escrito sobre la posibilidad de un cruce oceánico precolombino, pero se acepta la navegación precolombina aun más complicada desde el Oriente Medio a las Islas Canarias. Tal distancia es casi igual a la que media entre las Canarias y Yucatán. El cruce se ha efectuado con una balsa, lo que demuestra que una balsa que flote puede ser llevada por los vientos alisios desde las Canarias hasta América y desde allí de regreso a Europa sobre la corriente circular que se mueve alrededor del Mar del Sargaso en latitudes más altas. Se niega que tal cruce pudiera haberse hecho antes del año 1492, pero no puede negarse la mayor proeza de haber caminado los españoles, en una sola generación, a través de toda Mesoamérica, gran parte de la América del Norte y toda la América del Sur por agua y tierra.

Los mismos escépticos que rechazan compulsivamente que los incas hubieran podido cruzar las 600 millas desde la región del ecuador hasta las islas Galápagos con el viento a su favor, aceptan que los polinesios pudieran haber cruzado 8,000 millas del Océano Pacífico con vientos contrarios hasta la isla de Pascua, pero no hasta la América del Sur, sólo unas 2,400 millas más adelante. Es un hecho que el Obispo Tomás de Berlanga llegó a Galápagos en 1535 arastrado por la corriente marítima desde el Perú, poco después de la conquista por Francisco Pizarro. Cabe en lo posible que algunos de los escépticos en relación con lo apuntado, crean lite-

ralmente lo escrito en el libro sagrado, incluyendo la aparición de ángeles y arcángeles con alas avícolas.

Cristóbal Colón llegó a América después de haber navegado una quinta parte de la distancia hasta el Continente asiático, aunque creyó haber llegado a la India a pesar de estar aun a cuatro veces la distancia que había recorrido. Para justificarlo, su hijo Hernando Colón escribió que su padre entendía que como Marino de Tiro había calculado que un espacio de quince horas representaba la parte no descubierta desde Europa hasta la India, «si tal espacio fuere mar, sería fácil navegarlo en pocos días». De ser así, Colón, basado en los conceptos cosmográficos medievales, estaba seguro de que las tierras allende el Mar Océano eran asiáticas y debió comprender que no era nada fácil navegarlo «en pocos días». Por tal razón, la absoluta certeza que tenía Colón de que hallaría tierra «en pocos días» tenía que basarse en alguna otra información de primera mano obtenida mediante alguna experiencia adquirida por otro navegante o por él mismo, sobre tierras intermedias.

Según se desprende de sus propios escritos, Hernando Colón intentó ocultar tales conocimientos directos cuando escribía su *Historia del Almirante*, utilizando el socorrido recurso de ocultar los elementos temáticos de un relato substituyéndolo por los de otro. Citó la historia del piloto desconocido que dio a conocer Las Casas, pero lo ocultó mediante el sencillo recurso de substituir en su lugar otros relatos para distraer y desviar la atención del lector.

El enorme error en los cálculos de Colón es indicativo de que tuvo que haber en el éxito de Colón algo más que una mente ágil e inquisitiva unida a una preparación consciente, que le permitiera hacer cálculos tan lógicos capaces de demostrarle que a 750 leguas desde las islas Canarias existía tierra. De no haber sido así, hubiera sido muy dudoso que hubiera intentado el cruce oceánico sin algún conocimiento previo de que realmente existía tal tierra a esa distancia.

Colón conocía el ancho del Mar Océano, pero no fue hasta que se circunnavegó el globo terráqueo por Juan Sebastián Elcano, que se determinó en forma directa que la distancia hasta la India era cinco veces mayor que el cálculo de Colón y que el cálculo de la circunferencia terrestre por los antiguos sabios de Grecia era casi correcta. Sin embargo, al descubrir el Nuevo Mundo, Colón estaba seguro de que se trataba de una parte de Asia cuya antesala eran las islas, y el aspecto mongólico de sus habitantes se lo anticipaba.

Luego del descubrimiento el 12 de octubre de 1492, Colón

anotó en su Diario de Navegación el día primero de noviembre el nombre *Cavila* para los habitantes y el 26 del mismo mes el de *Caniba*, nombres misteriosos que asoció con el Gran Can que esperaba encontrar, cuyos súbditos consideraba que eran distintos a los que ya había visto. Notó que todos hablaban una lengua «que es toda una en todas estas islas *de India*, y todos se entienden y todos las andan con sus almadías, lo que no han en Guinea, adonde es mil maneras de lenguas, que la una no entiende la otra». Colón empleó el término «almadías» hasta el 26 de octubre, cuando anotó que «sus almadías son navetas de un madero, adonde no llevan vela. Estas son las *canoas*».

El día 30 de noviembre describió una almadía o canoa «de 95 palmos de longura, de un solo madero, muy hermosa, y que en ella cabrían y navegarían *cientos y cincuenta personas*». Describió también «cinco grandes almadías que los indios llaman *canoas*, como fustas muy hermosas y labradas».

De una de las islas lucayas, Colón había decidido, el 23 de octubre, dirigirse a otra isla que nombraban «Cuba que creo debe ser Cipango». Al día siguiente se enteró de que «era muy grande (la isla) y de gran trato y había en ella oro y especierías y naos grandes y mercaderes... por señas que me hicieron *todos los indios* destas islas»; la primera vez que los nombró *indios*. Apuntó el 30 de octubre que Cuba era *tierra firme* muy grande... y que el Rey de aquella tierra tenía guerra con el Gran Can, cuyos súbditos eran gente distinta. Colón ya comenzaba a crear el concepto de dos clases de habitantes en las tierras recién descubiertas, basado en leyendas medievales.

El día 4 de noviembre creyó entender de los indios que cerca de Cuba vivían «hombres de un ojo y otros con hocicos de perros que comían los hombres y que en tomando uno lo degollaban y le bebían la sangre y le cortaban su natura». Se referían a la isla de Bohío (La Española) según Colón interpretó de sus señas y palabras sueltas, anotando en su Diario el 23 de noviembre que «había en ella gente que tenía un ojo en la frente y otros que se llamaban *canibales* a quienes mostraban tener mucho miedo».

Fue en esa ocasión que Colón empleó por vez primera el nombre de *canibales*, «con quienes no podían hablar porque los comían y que son gente muy armada». En esta ocasión Colón confirmó lo que le habían mostrado los naturales de Guanahani, «señales de heridas en sus cuerpos... y ellos me amostraron como allí venían

gente de otras islas que estaban cerca y les querían tomar y se defendían».

Al intentar comprender la reacción de Colón al escuchar tales relatos de los indígenas, es necesario tener en mente que él zarpó de España con la idea preconcebida medieval de que habría de encontrar los monstruos de los que había leído en las crónicas de Marco Polo y en las fantasías de Sir John Mandeville, tales como peces que crecían en los árboles, hombres con rabos y gente sin cabeza con los ojos en el abdomen. Es probable que al interrogar a algunos indios por medio de señas sobre hombres de un solo ojo en la frente o con cabezas de perro al estilo de Mandeville, éstos quizá creyeron que lo complacían asintiendo por medio de señas y de la mímica. De tales contestaciones a preguntas tendenciosas es probable que fuera surgiendo el cuadro de los temibles indios caribes.

A sus insistentes preguntas respondieron que los atacantes procedían del Sudeste y que «los cabellos traen por encima de las cejas salvo unos pocos detras que traen largos que jamas cortan». Señalaron también que procedían del «Norueste», por lo que Colón interpretó que «vienen de tierra firme (La Florida) a tomarlos por captivos», indicando confusión en los informes, por lo que pudieron también haber señalado hacia las islas al Sudeste en alguna otra ocasión.

Colón hizo una observación el día 11 de diciembre que demuestra su confusión. «Todas estas islas viven con gran miedo de los *Caniba*... que Caniba no es otra cosa sino la gente del Gran Can... cada día entendemos mas a estos indios y ellos a nosotros». El día 26 de diciembre ya Colón dejaba de identificarlos con la gente del Gran Can y empleó el nombre de «caribes» al referirse «sobre el habla de los de Caniba aquellos llaman *caribes* que los vienen a tomar y traen arcos y flechas sin hierro»...

Luego de haber estado en La Española y de haber sufrido el ataque de los indios del cacique Caonabó, el 13 de enero de 1493 bajaron a tierra en la Bahía de las Flechas según la bautizaron debido a que «hallaron ciertos hombres con arcos y flechas con los cuales pararon a hablar»... Uno de ellos fue en una canoa a la carabela para hablar con el Almirante y «tenía el rostro todo tiznado de carbón puesto que *en todas partes* acostumbran a se teñir de diversos colores... Traía todos los cabellos muy largos y encogidos y atados atras y despues puestos con una redecilla de plumas de papagayos y el asi desnudo como los otros. Juzgó el Almirante que

debía ser de *los caribes* y señalaba al Leste *cerca de allí*, la cual diz que ayer vido el Almirante antes que entrase en aquella bahía... y que es mas al Leste... que en las islas pasadas estaban con gran temor de *Carib* y en algunas la llaman Caniba, pero en *La Española, Carib*». De acuerdo con todas las descripciones de los indígenas, la isla de *Carib* era la isla de Puerto Rico. En esta ocasión se refirieron a solo otra isla, Matinino (Guadalupe), «mas al Leste de *Carib*... toda poblada de mujeres sin hombres».

Mientras el Almirante hablaba con el indio en la carabela... «estaban detras de los arboles 55 hombres desnudos con los cabellos muy largos... detras de la cabeza traian penachos de plumas de papagayos y otras aves y cada uno traia un arco». Al regresar el indio a tierra de la carabela ordenó que los otros dejaran «sus arcos y flechas».

El Padre Las Casas observó en una nota al Diario de Colón que «estos debian ser los que llamaban *ciguayos*, que todos traian los cabellos *asi*, muy largos». Esa nota la insertó Las Casas discrepando de la observación de Colón de que esos indios «debian ser de los *caribes*», procedentes de la *isla de Carib* «al Leste cerca de allí, la cual diz que ayer vido el Almirante antes que entrase en aquella bahía». Las Casas escribió *ciguayo* con la *c* inicial española, en lugar de con *s* indígena, aunque no conocían el sonido suave de la *c* ni de la zeta de uso corriente español, debiendo ser *siguayo*. Afirmó Las Casas de manera rotunda: «No eran caribes ni los hubo en La Española jamás». Es interesante que Las Casas los llamó *ciguayos* en una nota y no en el texto del Diario en esa ocasión porque discrepó del Almirante que los creyó *caribes*. Pudo ser también debido a una mala interpretación del Diario ya que Las Casas no fue testigo presencial y su fuente, Hernando Colón, no empleó el nombre de *ciguayos* en su versión del Diario sino el de *caribes*.

En su *Historia de las Indias*, el Padre Las Casas insinuó el motivo por el cual los llamó *ciguayos*, ofreciendo la impresión de que interpretaba un vocablo descriptivo indígena en cuanto a la forma de llevar el cabello. «Llamaban *ciguayos* porque tenían todos los cabellos muy luengos, como en nuestra Castilla las mujeres». (Capítulo LVII). En otro lugar de su *Historia* aclaró, al describir la Bahía de las Flechas, de «un gran pedazo desta costa, bien mas de 25 o 30 leguas, y 15 buenas o aun 20 de ancho hasta las sierras que hacen, desta parte del Norte, la gran vega inclusive, era poblada de una gente que se llamaban *mazoriges*, y otras *cyguayos*... no me

acuerdo si difieren estos en la lengua... y no hay hoy uno ni ninguno a quien lo preguntar»... (LVII).

En relación con este relato de Las Casas, el Almirante Samuel Eliot Morison hizo una observación muy aguda: «Los ciguayos eran araguacos que habían sido infiltrados por caribes o que en defensa propia habían adoptado las armas caribes». (*Admiral of the Ocean Sea*. Cap. XXI). Esta observación concuerda con la de Colón, quien «creía que eran *los de Carib*... y que si no son de los caribes al menos deben ser *fronteros* y de las mismas costumbres y gente sin miedo... dizque hacian muchas ahumadas»... Estas apreciaciones parecen ser una descripción adecuada de los indios de *Carib* o Puerto Rico, la que se comprueba más adelante de varias maneras, entre ellas por medio de las manifestaciones de cuatro mancebos indígenas que desde la Bahía de las Flechas le indicaron a Colón la ruta para llegar hasta la isla de Carib, que indicaron era la isla de ellos y de donde procedían.

Es evidente que se trataba de indios borinqueños, según veremos, los que tenían nexos o procedían de la isla que llamaban *Carib* y que señalaban hacia el Este, cerca de allí, «la cual diz que ayer vido el Almirante antes que entrase en aquella bahía»... Esos indios aparentemente ejercían un dominio efectivo sobre toda la costa Este de La Española, desde la isla Saona, pasando por la región del Higüey dominicano hacia el Norte hasta la región de la Bahía de las Flechas, en donde había caciques rigiendo que estaban emparentados con los de *Carib*. La evidencia indica que eran indios taínos de la isla Carib que habían invadido la costa Oriental de La Española y que se debían a caciques de idéntica procedencia bajo el mando supremo del cacique máximo Guaybana.

Uno de esos caciques se conocía por el nombre de don Andrés Guaybana y otro don Francisco Guaybana, parientes del cacique supremo. Otro se llamaba «el cacique de San Juan» debido a su procedencia y había aun otro más en la isla Saona. Los cronistas señalaban que el cacique Caonaboa o Caonabó era también de la isla de Carib o Puerto Rico, así como su hermano, el cacique Bohechio, hijos del cacique Cacivatex. El cacique Corubanamá era también pariente de Guaybana y procedente de la isla de Carib, según indica el doctor Charles E. Novell. (*A Letter to Ferdinand and Isabella*. Carta que les escribió el Contador Juan de Ayala el año 1503. University of Minnesota Press, 1964). El cacique Caonabó casó con Anacaona, hermana del cacique Bohechio del Jaragua. El cacique Guacanagarí, quien fue ayudado por Caonabó para desalojar

a los españoles del Fuerte de la Navidad, estaba casado con Inés de Cayacoa, hermana del cacique Cayacoa del Higüey, quien tenía nexos familiares con los indios de Carib.

Los famosos caciques que pasaron de isla en isla, bien exiliados voluntariamente o por los españoles durante la conquista, tales como Hatuey, Guarionex, Caonabó, Caguax y Guamá procedían «del país de los caribes», el cual era la isla de Carib o Puerto Rico. El cacique Enriquillo o don Enrique, cuyo nombre indígena era Guarocuya, era hijo del cacique Magicatex del Bahoruco y sobrino de Anacaona, por lo que tenía nexos familiares con los caciques de Carib. Hija de la cacica Anacaona, viuda del cacique Caonabó, fue Higuemota, llamada por los españoles doña Ana de Guevara al casar con Hernando de Guevara, poblador español. El cacique Guaroa era tío de Gaorocuya o Enriquillo, lo que demuestra que las relaciones familiares con los caciques de Carib eran muy estrechas. Esos parentescos afianzaron el predominio del cacicazgo de Guaybana en toda la región Oriental de La Española y puede explicar la agresividad y belicosidad de los indios desde la isla Saona hasta Jaragua.

El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo observó que los indios no eran flecheros en La Española, «solamente había en ella flecheros en una parte o provincia que se dice de los ciguayos en el servicio de Caonabó». Esos indios eran los de Carib o Puerto Rico que residían en la costa Oriental con su centro en el Higüey y que Colón encontró en la Bahía de las Flechas, en donde fue atacado por ellos durante el primer viaje.

En la versión de Las Casas del segundo viaje de Colón, describió otro ataque de los indios del Higüey bajo el cacique Cayacoa. «Salieron los indios contra los cristianos con sus armas de arcos y flechas herboladas con hierba ponzoñosa... y por esto creo cierto, que esta tierra era la provincia de Higüey, porque la gente della es mas belicosa y tenia de la dicha hierba». (*Apologética Historia*). No informó en cuanto a la región de origen de los indios que llamó ciguayos, pero Oviedo indicó que estaban al servicio del cacique Caonabó y por lo tanto de la región de Maguana, lo que demuestra que no eran oriundos de la Bahía de las Flechas. Sólo pudo informar Las Casas que los «llamaban ciguayos porque traían todos los cabellos muy luengos, como en nuestra Castilla las mujeres», pero no porque procedieran de determinada región. En esa clase de misterio ha quedado para muchos su naturaleza, pero la evidencia señala que se trataba de guerreros taínos de la isla de Carib, según ellos mis-

mos le informaron a Colón, «que de allí se parecía la isla dellos y que tenía determinado ir a ella pues está en el camino»...

Explicó Las Casas que «llegaron cuatro mancebos a la carabela (en sus canoas debieron venir) y pareció el Almirante dar de todo lo que les preguntaba tan buena cuenta, y de las islas que estaban hacia el Oriente o Leste, camino que el había de llevar (y desde allí se parecía la isla que después el llamó Sant Juan) que determino de los llevar consigo a Castilla». Describió Colón las armas que tenían: «Dice que los arcos desta gente eran mayores que los que habían visto en los de atrás, grandes como los de Inglaterra». (*Historia de las Indias*. Cap. LXVII).

Esos indios llamados ciguayos residían en La Española, pero como eran flecheros procedían de la isla de Carib, aunque no eran caribes, según aseguró Las Casas con gran vehemencia. El hecho de que procedían de «la isla dellos» y no de la Bahía de las Flechas es evidencia de un constante flujo marítimo entre Carib y La Española, así como del hecho que esos indios eran los que ejercían cierto dominio sobre la región como consecuencia de alguna invasión desde Carib de fecha no muy remota. El Padre Las Casas describió como «los vecinos indios de aquella provincia de Higüey fuesen los más propincuos, y en la más propincua tierra viniesen a la dióha isla de Sant Juan y no hubiese sino 12 o 15 leguas de distancia, cada día se iban en canoas o barquillos los de esta a aquella y los de aquella a esta venían y se comunicaban». El predominio de Carib sobre la región Oriental de La Española quizá pueda explicarse debido a la mayor pericia y agresividad bélica de los indios de Carib, luego afianzada por los cruces entre las familias dirigentes, como fue el caso de la unión entre el cacique Caonabó con Anacaona.

Es abundante la evidencia que señala que el cacique Guaybana regía sobre una vasta región antillana, cuyo centro de mando estaba ubicado en Guayanilla. Regía sobre toda la isla de Carib o Puerto Rico, sobre toda la zona hacia el interior de La Española desde su costa Occidental y sobre muchas de las islas de las Antillas Menores como Vieques, Santa Cruz y según Fray Iñigo Abbad sobre Dominica. El Capitán Antonio de Torres comunicó al Cronista Pedro Mártir de Anglería que «toda la isla tiene un solo Rey y cuando manda se le obedece con admirable reverencia». La reunión-areíto convocada por el cacique don Andrés Guaybana en La Española para celebrar la victoria obtenida por el cacique Guaybana sobre las fuerzas españolas en Carib, perseguía el objetivo de organizar una

rebelión general en La Española imitando las tácticas de su pariente Guaybana de Guayanilla y es un indicio de que se le obedecía allí también.

Es evidente que la región del Higüey estaba dominada por los indios taínos de Carib, mando que se extendía desde la isla Saona hasta la Bahía de las Flechas por lo menos, pues el cronista Oviedo indicó que llegaba hasta el Señorío del cacique Caonabó de Maguana, quien de acuerdo con Hernando Colón era de Carib. Las Casas informó que el cacique que estuvo rebelado en el Higüey durante diez meses llamado Cotubananá, hermano de Caonabó, era también de los de Carib. Hubo otro cacique en el Higüey de nombre Cayacoa, quien era hermano de Inés, la viuda del cacique Guacanagarí. Esa complicada madeja de enlaces de los caciques de Carib en La Española demuestra que el poder de los caciques de Carib era muy grande allí.

En el Interrogatorio de los Padres Jerónimos del año 1517, el colono Marcos de Aguilar declaró que el año 1511 el cacique don Andrés Guaybana del Higüey «se tenía por pariente del cacique Guaybana» de Carib, quien al hacerse guaitiao de Cristóbal de Sotomayor se llamó don Cristóbal Guaybana. Declaró además que don Andrés Guaybana «juntó en su casa a todos los mas caciques desta provincia de Higüey e mucha gente e hicieron grandes fiestas e alegrías por la victoria que los indios de San Juan hubieron habido contra los cristianos... pues el cacique Guaybana en la isla de San Juan mataba a los cristianos e los debia llebar de la Isla, que así lo debian ellos hacer, pues ya los indios eran *maricatos*, que quiere decir *esforzados*... y en aquella noche acordaron enviar mensajes a los caciques para que cierto día se juntasen e que cientos de ellos diesen en la Villa de Salvaleon, donde habian de hechar una ponzoña que tenia hecha en el fuego, para que el humo que saliese matase a todos los cristianos que lo oliesen, e que otros caciques quedarian en la ciudad de Santo Domingo que así lo concertarian por toda la Isla». Eran gases asfixiantes indígenas.

El plan de batalla estratégico delineado ofrece una idea de la influencia que tenían los caciques de Carib sobre toda La Española y por ende la del centro cacical de Guayanilla, que era el supremo. Es de inferir un sistema de comunicaciones rápido por medio de canoas que debió existir entre Guayanilla, el Higüey y la isla Saona para recibir órdenes del cacique máximo en Guayanilla. La rebelión general en Carib resultó en una gran victoria para las armas indígenas y los españoles tuvieron que pedir refuerzos con urgencia a

La Española para conjurar la crisis. No es de dudar que parte de la estrategia de Guaybana fuera atraer fuerzas de La Española para dividir las y así poder proclamar la rebelión de sus caciques en el Higüey, desde la Saona hasta Samaná. La alianza de Guaybana con los indios de las Antillas Menores y con los de La Española ofrece un atisbo de su poderío, pues aunque fue dominado por la fuerza de las armas de fuego y las espadas de acero, se continuó la lucha hasta fines del siglo XVI en Puerto Rico.

Colón describió a los primeros indios de Carib que vio en La Española: «Llevaban el cabello corto hasta la frente (como los taínos) y por detrás largo con adorno de plumas de papagayos y otras aves». Esa parece ser la descripción de una forma de llevar el cabello recogido, mitad taína y mitad caribe, que demuestra la asimilación de ambas influencias por dichos indios.

Colón quiso apresar a algunos de ellos «creyendo que eran caribes», especialmente al indio que el día antes había venido a la carabela, «con este diz que venia un Rey... Este Rey con tres de los suyos entraron en la barca y vinieron a la carabela... despues los envio a tierra bien contentos». Deseaba Colón partir de regreso a España pero haciendo una parada en la isla de Carib porque «en la isla de Carib habia mucho alambre... puesto que sera dificultoso en Carib. porque aquella gente diz que come carne humana y que de alli se parecia la isla dellos y que tenia determinado ir alla pues esta en el camino... despues... vinieron diz que cuatro mancebos a la carabela y parecieronle al Almirante dar tan buena cuenta de todas aquellas islas que estaban hacia el Leste en el mismo camino que el Almirante habia de llevar que determino traer a Castilla consigo... Los arcos de aquella gente diz que eran tan grandes como los de Francia e Inglaterra; las flechas son propias... que son de los pimpollos de las cañas... de longura de una vara y media y de dos y despues ponen al cabo un pedazo de palo agudo de un palmo y medio, encima de este palillo... le ingieren un diente de pescado y algunos, los mas, le ponen alli yerba»...

De acuerdo con Las Casas, usaban «una resina sacada de un árbol llamado guao y de ella y de otras cosas hacen los indios la yerba que ponen en las flechas con que matan. Ponianles cierta yerba ponzoñosa que de cosas ponzoñosas confecionaban puesto que hay pocas en esta Isla, o ningunas, y asi la yerba desta Isla hacia poco daño». Las Casas significó que en La Española no había muchas plantas venenosas... «solamente habia en ella flecheros en una parte o provincia que se dice de los ciguayos en el señorío de Cao-

nabó». Estos indios eran de Carib, muy parecidos a los «cuatro indios muy valientes» del cacique Guamá de San Germán que llevaban varias cargas de arcos y flechas envenenadas para los indios compañeros que tenían cercado a San Germán en la bahía de Añasco el año 1511. (*Fundación de San Germán*, Aurelio Tió, pág. 62.)

En esta acción Juan González hubo de atormentarlos hasta que les arrancó la confesión de que eran indios del cacique Guamay y que se dirigían a la Villa de San Germán en donde los esperaban para lanzar el ataque. En dicho asalto murieron cuarenta españoles y aunque no ha aparecido una descripción de la manera de su muerte, es de inferir que una parte murió por heridas de flechas envenenadas. Sólo en casos especiales de personajes famosos o importantes se describían los detalles de la muerte, como en el caso de Juan de la Cosa, jefe de una expedición y cosmógrafo reconocido, pues en general los jefes que escribían los informes trataban más de la descripción de los hechos que de las innumerables trivialidades incidentales, que eran detalles interesantes pero no de importancia para ellos.

Es de colegir de los incidentes descritos, que los indios taínos de la isla de Carib habían adoptado y desarrollado las tácticas y armas guerreras de los indios, araguacos como ellos, que habían invadido la cadena de islas desde Trinidad hasta Carib desde Sudamérica.

Debido a la confusión que ha existido en cuanto al nombre de la isla de Puerto Rico (Boriquén, Buruquena o Carib), así como en cuanto a la identidad de los indios que la poblaban, araguacos, taínos o caribes, es conveniente revisar el origen de las primeras menciones de la isla en el Diario de Navegación del Almirante Colón. El miércoles 16 de enero Colón zarpó «antes del día tres horas del golfo que llamo Golfo de las Flechas, llevando la proa al Leste cuarta del Nordeste para ir diz que a la *Isla de Carib* donde estaba la gente de quien todas aquellas islas y tierras tanto miedo tenían porque diz que con sus canoas sin numero andaban todos aquellos mares y diz que comian los hombres que puedan haber. La derrota diz que le habian mostrado unos indios de aquellos cuatro que tomo ayer en el puerto de las Flechas. Despues de haber andado a su parecer 64 millas señalaronle los indios quedaria dicha isla al Sueste; quiso llevar aquel camino y mando templar las velas y despues de haber andado dos leguas refresco el viento muy bueno para ir a España... hobo de dejar el camino que creia llevaba de la isla y volvió derecho a España, Nordeste cuarta del Leste... no

dudaba que los indios *supiesen bien la derrota* y el se podía detener. En Martinino le dijeron que «en cierto tiempo del año venían los hombres a ellas *de la dicha isla de Carib* que diz que estaba della 10 o 12 leguas y si parían niño enviabanlo a la isla de los hombres y si niña dejabanla consigo. Dice el Almirante que aquellas dos islas (Carib y Martinino) no deben distar de donde había partido 15 o 20 leguas y creía que eran al Sueste y que los indios no le supieron señalar la derrota»... El 18 de enero de 1493 escribió el Almirante, «y al Lesueste de la Isla Española dijo que quedaba la Isla de Carib y la de Martinino u otras muchas».

Colón fue informado muy bien de la derrota o rumbo correcto para dirigirse a Carib, pues cuando se alejó de la misma los indios le corrigieron el rumbo, error que él aceptó y corrigió de inmediato. Se pudo enterar también que los indios de la isla de Carib, «con sus canoas sin número andaban todos aquellos mares». Estos apuntes de Cristóbal Colón en su Diario sobre hechos compulsados por él directamente de los indios mismos, demuestran que los indios de la isla de Carib eran grandes navegantes que tenían innumerables canoas y piraguas, eran flecheros con arcos tan grandes como los de Francia e Inglaterra, empleaban veneno tanto en la punta de sus flechas como en zahumerios asfixiantes y su fama de guerreros inspiraba temor entre sus vecinos indígenas. No eran indios pacíficos que se dejaban robar sus mujeres impunemente, sino que *invadían a su vez otras regiones*, según los informes de Colón, «en cierto tiempo del año *venían los hombres a ellas de la dicha isla de Carib*». Es evidente que se invadían mutuamente, pero los indios de la isla de Carib habían logrado prevalecer para la época del descubrimiento. Los naturales de las Antillas Menores, islas pequeñas, rocosas y áridas, invadían la parte Oriental de Carib para conseguir alimentos en tiempos de escasez motivada por sequías o huracanes y para cortar troncos de árboles grandes, de los que ellos carecían, para labrarlos en forma de piraguas. En cuanto a La Española, es evidente que habían llegado a una relación acomodaticia con sus naturales, afianzada por medio de nexos familiares.

La preponderancia de la evidencia demuestra que los informes de algunos cronistas en cuanto a que los indios de la isla de Carib no eran navegantes, ni flecheros, ni que usaban veneno en sus puntas de flecha, no eran correctos.

La versión del Diario de Colón por el Padre Las Casas es elocuente en certificar, mediante su uso frecuente de la locución «diz» o «dice», que estaba citando al Almirante de su Diario, escrito al

momento que ocurrían los hechos o recibía las informaciones que escribía. Es evidente que la Isla Carib era la de Puerto Rico, la misma isla a la que sus naturales y los indios de las Antillas Menores conocían por Boriquén.

Los indios naturales de La Española y de Cuba se referían a Puerto Rico con el nombre de Carib, pues de allí procedían las invasiones a sus territorios y algunos de sus caciques permanecieron en ellos uniéndose a mujeres relacionadas con los caciques locales, pero eran señalados como «caribes» procedentes de la isla de Carib, que es Puerto Rico. También sostenían relaciones de alguna índole convencionales con los naturales de las Antillas Menores, como lo evidencia la información de que los indios borinqueños navegaban hasta la isla Matinino en cierta época del año en donde se juntaban con sus mujeres, dejándoles las hijas y reclamando a los hijos. Tal información es similar, pero a la inversa, de la que los invasores de Puerto Rico se llevaban niñas para criarlas y niños para engordarlos y comerlos. Si los naturales de Puerto Rico hubieran temido a los de las Antillas Menores no hubieran navegado a Matinino para estar con sus mujeres, lo que implica cierta clase de alianza o entendido, por ser las invasiones en ambas direcciones y por temporadas. Cacimar era cacique en Vieques y Yaureybo en Dominica, según Fray Iñigo Abbad. (¿Guacimar o Guaureybo?). Es evidente que peleaban entre sí en guasábaras, pero eso ocurría también entre los propios borinqueños, lo que indica que los asaltos y correrías de los indios de las Antillas Menores a Puerto Rico ocurrían en tiempos de hambruna ocasionada por alguna sequía o huracán o para cortar troncos de árboles grandes para sus canoas. En vista de que sus islas eran pequeñas y rocosas en gran parte, se veían obligados a procurarse alimentos en Boriquén para sus familias y maderos para sus piraguas. Los naturales de Puerto Rico y de las Antillas Menores, según apuntaron Colón y Bernáldez, se entendían entre sí por hablarse en toda la región una *lingua franca* y proceder del continente sudamericano. Es aparente que las diferencias en el lenguaje eran relativamente menores, empleando los hombres ciertos modismos distintos a los de las mujeres, lo que no es de extrañar aún en estos tiempos modernos entre los sexos.

El lingüista Douglas Taylor ha opinado que existían diferencias entre el habla de las mujeres, que hablaban el Araguaco-Taíno y los hombres, que hablaban el Galibi o Caribe puro. Se trataba de algo atávico que se remontaba a varias generaciones o siglos. Los hombres usaban expresiones propias que las mujeres entendían pero no usa-

ban y viceversa, algún indicio del machismo que existe en toda sociedad. El origen de esa dualidad lingüística ha sido atribuida a la migración de indios caribes desde la tierra firme sudamericana varios siglos antes al descubrimiento de América. En el siglo XVI la lengua hablada por los indios de las Antillas Menores era mayormente la *lingua franca* de todo el Mar Caribe, el araguaco, con algunas palabras del Galibi o Kaliné. Los hombres preferían hablar entre sí de esa manera en lugar de emplear el araguaco o taíno como sus mujeres, en lo que parecería ser una forma de machismo orgulloso de su origen en recuerdo de haber invadido y conquistado las islas.

Guaybana estaba aliado por lazos familiares con caciques de La Española y de Santa Cruz y no sería de extrañar que tales relaciones se hubieran extendido a otras islas, pues se sabe de indios de Puerto Rico que viajaban hasta las islas de Dominica, Guadalupe y Trinidad. En febrero del año 1512, Juan Cerón y Miguel Díaz informaron al Rey sobre «cinco indios e una india naturales de la Isla de Sant Xoan que llevaron los caribes de la Isla Trinidad e se vnyeron a su navio», lo que sugiere que caribes de Trinidad acudieron en ayuda de Guaybana durante la rebelión general del año 1511 y regresaron con indios rebeldes de Carib, tal como muchos miles se exiliaron a las islas porque sabían que serían bien acogidos.

Desde el centro cacical de Guaybana en Guayanilla se despachaban las órdenes y mensajes por mar entre las islas, encargados a pilotos indígenas que demostraron poseer vastos conocimientos de la geografía de la cuenca del Mar Caribe ante el Rey de Portugal, a quien dieron una cátedra de cartografía al regreso de Colón de su primre viaje.

Es evidente que los cuatro mancebos indios que Colón decidió llevar a Castilla le habían demostrado previamente sus conocimientos marítimos y como fueron acompañados hasta la carabela por su «rey» o cacique, éste debió darles su conformidad antes de ofrecerse a Colón para conducirlo hasta la isla «dellos», que era Carib.

Los amplios conocimientos de esos indios, según lo comprobaron ante un Rey navegante como el de Portugal, inducen a creer que en la «biblioteca» o «archivo nacional» de Guaybana pudo haber un mapa maestro de las islas y tierras del Mar Caribe para enseñar a los pilotos y del cual calcar secciones para entregárselas para sus viajes. Esa es la única manera de explicar los conocimientos geográficos de los cuatro mancebos, pues por ser jóvenes no podrían haber conocido personalmente todas las islas que le dibujaron con habas sobre una mesa al Rey portugués. Se trataba de conocimientos acu-

mulados por muchos navegantes y dibujados en un mapa maestro del cual se tomaban los que eran necesarios, al estilo del Padrón General de la Casa de Contratación en Sevilla.

Presumiendo que esa fuera la realidad, no es de extrañar que hubiera allí también conocimientos de otra índole avanzada inscritos en los petroglifos que excavó el Padre Nazario que quizá podrían explicar el predominio que alcanzó el Señorío de Guaybana en Puerto Rico, La Española y las Antillas Menores.

Desde luego, la base cultural indígena había sido el resultado de la invasión de las islas varios siglos antes desde la América del Sur, la que había cristalizado en una región cultural cuyo centro más importante era la isla de Carib o Puerto Rico. Podría explicarse el predominio que alcanzó Carib por su sistema de gobierno basado en caciques hereditarios por la línea materna, a diferencia de las Antillas Menores, en las que aparentemente no los había, aunque todos los indios de las islas parecían ser muy similares, según los cronistas.

Cuneo informó que todos eran de «un solo lenguaje, viven del mismo modo y parecen pertenecer a una misma nación». Recibió la impresión de que como eran más las semejanzas que las diferencias culturales, pertenecían a un solo grupo cultural. (El Araguaco).

Oviedo anotó que los indios de Carib eran taínos iguales a los de La Española «en el traje o hábito y en la manera de la gente no difieren en cosa alguna de los que tengo dicho de la Isla Española, excepto que estos indios de San Juan eran flecheros e mas hombres de guerra». Los indios de Puerto Rico, La Española, Jamaica y el Este de Cuba eran taínos, pero en Puerto Rico su defensa contra los invasores que llegaron desde tierra firme con escalas en las Antillas Menores, transformó sus tácticas guerreras y los convirtió en guerreros tan temibles como habían sido los invasores.

El doctor Diego Alvarez Chanca, escribano durante el segundo viaje, observó sobre los indios borinqueños que «cuando los vienen a saltar los pueden prender también y se los comen (a sus enemigos) como los de caribe a ellos».

El cronista Pedro Mártir de Anglería hizo una observación muy aguda al apuntar que cuando los indios caribes los atacaban era «en busca de botín» (alimentos, maderos, prisioneros), y si eran derrotados, «se toman idéntico desquite y descuartizando el cuerpo de un guerrero canibal en presencia de los demas, lo asan, lo desgarran y devoran con furiosas dentelladas»...

Sobre la alianza de los naturales de Puerto Rico con los de las

Antillas Menores, Oviedo los describió como flecheros que se aliaron con los caribes contra los españoles: «algunos dicen que comen carne humana... pues los caribes los ayudaban e conversaban con ellos»...

Es de suponer que se excitaban como el Padre Labat describió a los indios de la isla Dominica en 1694, aun después de su transformación cultural, en los areitos guerreros. «Bebían licor alcohólico y al excitarse comienzan a dar signos de furor... arrojan en medio de la asamblea algunos pedazos ahumados de los que han matado en la guerra sobre los cuales caen rápidamente como furiosos, los desgarran, los parten en pedazos y los muerden y los mastican con toda la rabia de que son capaces... no es mas que para conservar por mas tiempo la memoria de sus combates y de sus victorias y animarse a la venganza y a la destrucción de sus enemigos y jamás para comérselos»... Las anteriores citas tienden a demostrar que el canibalismo practicado era del orden ritual y no gastronómico.

Como los indios tainos de Puerto Rico se rebelaron y los españoles tuvieron que organizar una verdadera campaña militar contra ellos, los *tainos* que no depusieron sus armas fueron clasificados como indios *caribes*, que significaba lo mismo que *indios rebeldes*. Como los tainos eran libres por ley, no podían ser esclavizados y tenían que ser remunerados por su trabajo, era conveniente a los españoles que fueran clasificados como indios caribes para poder mantenerlos legalmente esclavizados. Para tal propósito fueron organizadas las llamadas «cabalgadas» contra los *indios tainos* rebeldes y hostiles a los españoles, a los que clasificaban como *indios caribes* sin serlo. Los únicos indios caribes en Puerto Rico eran de otras islas que venían a procurar alimentos pero que nunca lograron establecerse en firme en tierra borinqueña, aunque luego junto a indios borinqueños exiliados a las islas solían atacar a Puerto Rico. Esa alianza con los indios de Puerto Rico fue posible debido a que las diferencias en el lenguaje no eran mayores y todos se entendían, por lo que al ser derrotados por los españoles fueron bien acogidos en las islas al retirarse a ellas con la esperanza de regresar y expulsar a los invasores. La manera de clasificar a los indios tainos de Puerto Rico la definió el Comendador Ovando el año 1505: «Los que se pueden cautivar *si no quieren obedecer* son los que se dicen *canybales*»... aunque no fueran caribes ni comieran carne humana.

Una prueba fehaciente de tal retirada casi masiva es la nómina de los caciques borinqueños que se encontraban en Guadalupe (Martinino) cuando llegó la Armada contra los Caribes de don Juan

Ponce de León en 1515, los cuales fueron apresados por una de las naves de la flotilla. «Los caciques Causcan del Rincón, Abey, Canovana del Rincón, Caguax, Bayres de Utuado y Francisco Cuabona Aynayo», así como un número de mujeres borinqueñas que se encontraban en dicha isla y en la de Santa Cruz. (AGI, Contaduría, Legajo 1072). Esos caciques con sus indios eran una parte pequeña de la retirada al exilio de los indios taínos de Boriquén hacia las Antillas Menores y que llegaron hasta Dominica, Guadalupe y Trinidad, aparte de los que se refugiaron en la Cordillera Central, en la Sierra del Yunque y en la Sierra de Cayey, buscando la protección de las zonas más frías, en las que se defendieron con tenacidad y heroísmo. La buena acogida que recibieron los indios borinqueños en las Antillas Menores es una prueba del predominio que tuvo Puerto Rico en toda la región circundante.

En vista de ese predominio, no es tan peregrina la idea de que desde su base hubieran emanado ciertos conocimientos poseídos exclusivamente por Guaybana por encontrarse grabados en piedra en el «archivo nacional» que conjeturó el Padre Nazario. (*Guaymilla y la Historia de Puerto Rico*, pág. 139). La estrategia ofensiva del cacique Guaybana para derrotar a los españoles bajo Juan Ponce de León fue magistral, la que fue copiada por los caciques de La Española que estaban supeditados a él. (AGI, Indiferente General, Legajo 1624). Tal predominio quizá quede explicado por la idea esbozada por el Padre Nazario sobre los conocimientos que poseían los caciques taínos de la isla de Carib, topónimo que empleó al prologar su libro. «Sobre ochocientas antropoglifitas que tengo en mi colección, son testimonio de que los indios de Carib tenían una escritura más perfecta que la de Méjico y el Perú». Opinó el Padre Nazario que tenía «la convicción de que el nombre indígena no era Boriquén sino Carib». (*Ob. cit.*, pág. 53.)

En cuanto al nombre de Carib, el Padre Nazario observó: «Dado el parecido entre la escritura de los naturales de Carib (según los signos inscritos en sus estatuillas) y la hebrea, ¿no sería Caniba infinitivo que significa comer carne humana?» (*Ob. cit.*, pág. 56). Ambos nombres para la isla de Puerto Rico son correctos, Carib y Boriquén. Los naturales de Puerto Rico y los de las Antillas Menores la llamaban Boriquén y los de La Española, Carib, circunstancia que escapó al Padre Nazario:

«Mucho y bien se ha escrito sobre el nombre Burenquen. Pero no se ha escrito algo sobre si Burenquen o Borinquen era el nombre propio de la isla... y lo que es más importante, si se ha probado.

»El doctor Pinart, célebre antropólogo, comisionado por el gobierno francés para recorrer las Américas y estudiar las antigüedades indias, me dijo que tenía por probable que Borinquen no era el nombre indio de Puerto Rico y sí de una región de la isla que todavía lo conserva para designar un cabo al Noroeste.

»Del trabajo emprendido, a fin de acopiar elementos para este libro, he obtenido la convicción de que el nombre indígena no era Borinquen sino Carib». (*Ob. cit.*, pág. 53.)

El historiador Luis Padilla D'Onis observó que «para algunos autores, y así consta en ciertos mapas antiguos, los caribes fueron llamados también calibes o galibes, atribuyéndoseles por patria la parte oriental de la isla de Puerto Rico, que historiadores equivocados han llamado antojadizamente Carib, cuando su verdadero nombre fue Borique o Boriquén, hoy Borinquen». Aunque puertorriqueño, el señor Luis Padilla D'Onis hizo la mayoría de sus investigaciones en Santo Domingo, por lo que parece extraño que no hubiera releído las declaraciones de Colón en la Bahía de las Flechas, las que no dejan lugar a dudas de que el nombre que le daban en La Española a Puerto Rico era Carib, aunque sus naturales y los de las Antillas Menores la llamaban Boriquén, por lo que ambos nombres son correctos. (*Prehistoria Dominicana*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, publicación núm. 21, 1943.)

Ya el Padre Nazario había encontrado en sus estatuillas inscritas, ciertos signos parecidos a los de lenguas del Oriente Medio, tal como algunos arqueólogos han encontrado en ellos cierto parecido con los de «alfabetos antiguos». La mera idea del hallazgo de signos del Viejo Mundo en el Nuevo parece tan fantástica que la explicación fácil ha sido la de clasificarlos como falsificaciones de algún modelo suplido por el Padre Nazario, pero sin aportar pruebas del fraude, los que también tienen que probarse y verificarse plenamente. Se ha descartado por ridícula la idea de que los indios fueran capaces de transmitir informaciones inscritas por tratarse de entes casi subhumanas. Sin embargo, en ciertos aspectos, los indios americanos habían superado a los europeos, aunque en otros se hubieran mantenido en la etapa primitiva de la mera subsistencia.

Existe una escuela de pensamiento que sostiene como artículo de fe que todos los logros de los indios americanos fueron desarrollados en forma independiente de los de otras culturas, por lo que rechazan como imposibles los contactos precolombinos interoceánicos, considerando que era imposible cruzar el Mar Océano antes del año 1492. Cualquier evidencia que indique tales contactos se recha-

za como una leyenda ridícula o una superchería, pues consideran que todas las semejanzas y paralelos culturales con otras culturas son meras coincidencias sin relación entre ellas.

Deben considerarse no solo las semejanzas sino las diferencias que demuestren que los productos culturales son autóctonos sin ninguna influencia exótica, según los que así piensan. No es posible comparar culturas que se han desarrollado en ambientes completamente distintos. Es de considerar, por ejemplo, que los fenicios, los egipcios y los mayas poseían conocimientos de astronomía que eran muy superiores a los de Cristóbal Colón, Juan Ponce de León, Hernán Cortés o Francisco Pizarro.

Los fenicios tuvieron una ciudad-colonia en la costa Oeste de Africa alrededor del año 1200 A. de C. llamada Lixus, la que los romanos llamaban Ciudad Eterna, que fue en donde fue sepultado Heracles (Hércules). Frente a la ubicación de esa gran ciudad es que surge la Corriente de las Canarias, con cuya ayuda Colón pudo cruzar el Mar Océano en sólo 33 días flotando sobre ella y con la ayuda de los vientos prevalecientes. Como los fenicios acostumbraban navegar frente a las costas atlánticas de Africa y de Europa, era sólo cuestión de tiempo para que los fuertes vientos de alguna tormenta forzaran a alguna embarcación fuera de su ruta a través del Océano Atlántico flotando sobre la corriente marítima de las islas Canarias, o en dirección opuesta, pues se ha atribuido a los guanches ascendencia indígena americana.

Evidencia de esos viajes fortuitos son las tradiciones legendarias que existían en varias regiones americanas sobre la presencia de hombres blancos y barbados en ellas a la llegada de los españoles, la evidencia de haberse visto indios tan blancos como los españoles y la de dibujos en la cerámica de los indios olmeca e incas de caras con barbas. La falta de prueba directa sobre algún cruce oceánico con la ayuda de la Corriente de las Canarias no representa una evidencia contraria convincente. Los mayas tenían la tradición sobre un hombre blanco llamado Quetzalcoatl o Kukulcán que los había gobernado y había prometido regresar y los incas tenían otra leyenda sobre otro hombre blanco que conocían por el nombre de Ticiviracocha.

Del libro *Guayanilla y la Historia de Puerto Rico* se infiere que el Padre Nazario había estudiado las historias de México y el Perú, así como que conocía algo de sus petroglifos y signos inscritos en ellos. «Sobre ochocientos antropoglifitas que tengo en mi colección son testimonio de que los indios de Carib tenían una escritura más

perfecta que la de Méjico y el Perú». (*Ob. cit.*, pág. VIII). También, de una entrevista que tuvo con el periodista ponceño Guillermo Atilés García, le refirió que tenía preparado un trabajo inédito que tituló: *Escritura fonética de los indios de Puerto Rico*, de cuyos signos el Padre Nazario encontró bastante semejanza con la lengua caldaica-hebrea. (*Kaleidoscopio*, Tipografía Manuel López, Ponce, año 1905, pág. 143.)

Es significativo que el Padre Nazario consideró, al principio de estudiar sus petroglifos, que los signos eran indoantillanos y que por ser una escritura con signos fonéticos, era más perfecta que la de jeroglíficos de México o el Perú, aunque no llegó a publicar su determinación sobre el fonetismo de los signos. Luego descubrió un marcado parecido de los signos en sus petroglifos con ciertos caracteres de lenguas escritas del Oriente Medio, como el caldaico-hebreo, en lo que le pudo haber parecido un lenguaje híbrido tanto pictográfico como fonético, parte del Nuevo y parte del Viejo Mundo. Como la mayor parte de las lenguas del Oriente Medio tienen un tronco común, los signos podrían atribuirse al caldaico de Babilonia, al Heteo de Canaán, al hebreo de Judea, al Minóico de Chipre, y al cretense, al chipriota, al libio, al fenicio, al púnico o a casi cualquiera de dichas lenguas del Viejo Mundo mezcladas con las americanas como el maya, el inca o el quechúa.

Al no poder explicarse con claridad una mezcla tan aparentemente absurda, el Padre Nazario siguió la corriente de pensamiento en boga ya en su época, el origen hebreo de los indios americanos de algunas de las tribus errantes de Israel, conjetura aun propulsada en América por la secta de los Mormones. Sin embargo, los que pensaron en esas migraciones interoceánicas no dieron mucho pensamiento a las posibles migraciones intercontinentales en América, de las cuales ha aparecido alguna evidencia.

El Padre Carlo Crespi, de la iglesia de Santa María Auxiliadora de Cuenca, Ecuador, antigua capital de los incas, ha coleccionado una importante serie de copias en bronce de esculturas de dioses babilónicos en piedra, las que se cree son de posible origen heteo de la isla de Chipre de fecha probable de 800-600 A. de C. Relacionadas con esos objetos excavados en los campos ecuatorianos han aparecido signos inscritos con influencias de lenguas del Oriente Medio que han sido rechazadas por los «expertos» profesionales como coincidencias fortuitas que no prueban nada. Hemos citado otros hallazgos tanto en la América del Sur como en Norteamérica que repiten el mismo patrón y que son un indicio de que han debido

existir contactos tanto entre el Viejo y el Nuevo Mundo como entre las culturas americanas, pero son desechados como invenciones.

Para ofrecer un indicio del ingrato proceso que hemos proseguido, un arqueólogo de una gran universidad a quien se le mostraron las piedras las rechazó negándose a evaluarlas al saber que eran las que había insinuado el doctor Fewkes como falsificaciones. (Tenían que ser de algún modelo, pero todas son distintas). «Sospeché de inmediato cuando leí que habían sido excavadas en 1880 por un sacerdote que había estudiado lenguas bíblicas. Tiene un moderno émulo en Ecuador, llamado, creo que el Padre Corvo (Crespi), quien ha suplido a Von Däniken con curiosos artefactos. Entonces nos enteramos que el buen cura (Padre Nazario) murió creyendo que las piezas habían sido traídas a Puerto Rico desde Judea o Fenicia, pero en otro lugar del texto vemos que las piezas fueron labradas localmente de rocas del lugar... por lo que quizá no fue muy consistente.

»De todos modos, si desean que se estudien las piezas en detalle, podrían someterlas a Brandeis (Ud. sabe a quién),¹ o muy cerca de Lexington se puede encontrar a la Sociedad Epigráfica (aunque siento decir que no está en la guía telefónica) que cuenta entre sus más entusiastas miembros a uno que ahora tiene un poco más de tiempo para dedicar a esos secretos estudios, es decir, a Barry Fell.

»Los materiales recibidos han pasado de departamento en departamento y se han convertido en un palimpsesto. (Manuscrito antiguo que conserva huellas de una escritura anterior borrada artificialmente, o tablilla antigua en que se podía borrar lo escrito para volver a escribir). Como se puede observar de los comentarios áridos de nuestros expertos, ellos creen que los materiales son falsificaciones y sugieren que al doctor Ricardo Alegría se le encargue de notificárselo con suavidad a las personas concernidas, si es que todavía no lo ha hecho.

»Todo esto pertenece aparentemente a ese mundo trascendental, sólo asociado vagamente con la arqueología, en el que los Dioses se sabe que son astronautas y los Fenicios estuvieron allí, como Squanto en la Nueva Inglaterra, para darle la bienvenida a don Cristóbal a su llegada.

»Esto es algo que debe ser considerado dentro del contexto de la arqueología puertorriqueña. Debe referirse este nombre al doctor

1. Cyrus H. Gordon, erudito experto del alfabeto Ugarita.

Ricardo Alegría en el Centro de Estudios Avanzados, San Juan, Puerto Rico —el principal arqueólogo de Puerto Rico y uno de nuestros antiguos doctores en filosofía. (Creo haber oído algo de ese material). Es falso —pero debemos dejar que Alegría se lo diga— aunque Alegría probablemente ya se lo ha dicho varias veces».

Cien largos años después del hallazgo arqueológico del Padre Nazario en Guayanilla, todavía impera el espíritu del doctor Fewkes entre muchos de los arqueólogos profesionales de los Estados Unidos, Las falsificaciones tienen que probarse, aunque se trate de evidencia negativa, pero los que esgrimen el argumento de superchería no han hecho nada por probarla y se han contentado con criticar a los que se han ocupado de tratar de esclarecer el enigma de Guayanilla, no importa el resultado terminante.

Ingrato y penoso como ha sido el camino recorrido, luchando contra la inercia o el obscurantismo aun a fines del siglo de las luces, ya vislumbramos el final exitoso de la jornada al haber tenido la buena fortuna de poder habernos relacionado con entusiastas que han adquirido sus conocimientos en la práctica y no se amilanan ante los escollos a su paso.

La convicción del doctor Fell tanto en la influencia del Viejo Mundo en América como de las influencias mutuas entre las distintas regiones americanas de Norte y Suramérica son bastante conocidas, pues ha publicado dos obras tituladas *América BC* y *Saga América*, en las cuales el texto aparece profusamente ilustrado con centenares de fotografías de hallazgos arqueológicos de Norte y Sudamérica. En algunas de ellas se nota un parecido bastante llamativo con las estatuillas inscritas del Padre Nazario, en especial las que denotan alguna influencia del Oriente Medio, así como *Occasional Publications* de la Epigraphic Society, 6 Woodland Street, Arlington, Massachusetts.

De las conjeturas del Padre Nazario se deduce que había leído bastante sobre las escrituras maya e incaica, para poderse haber aventurado a comentar que «los indios de Carib tenían una escritura más perfecta que la de Méjico y el Perú», por considerarla fonética y no jeroglífica. Debe haber pensado en posibles contactos entre las culturas americanas con intercambios de signos escritos, pero al convencerse que la mayoría de los signos tenían mayor parecido con alfabetos antiguos del Oriente Medio, descartó los contactos americanos. Es posible que pensara que los contactos interoceánicos eran más fáciles que los interamericanos, aunque la distancia entre la costa de Africa y la de Sudamérica en más o menos la misma

a la que separa México del Perú. Por tierra era muy difícil cruzar las junglas y pantanos al Norte y al Sur del Istmo de Panamá aunque sí por la cordillera andina, y por mar era muy fácil. En el Istmo, desmontaban las balsas y las armaban en el Golfo de México y Las Antillas, luego de cruzar el Istmo por tierra.

Es interesante que la influencia del Oriente Medio se refleja tanto en el arte de México como en el del Perú y sus principales tradiciones eran similares, Quetzalcóatl en México y Con-tici-Viracocha en el Perú. Existen grandes semejanzas entre la cerámica de ambas regiones, no obstante la distancia de 2,000 millas entre ambas, pero hay evidencia de que existía un comercio por la vía marítima bastante nutrido. Les era posible ese comercio e intercambio por medio de balsas hechas de la madera muy liviana de ese mismo nombre de los bosques de Ecuador que podían cargar 50 hombres y tres caballos en promedio. Los españoles le calculaban una capacidad de 30 toneles y todos los hombres y caballos de Francisco Pizarro fueron llevados a la isla de Puna en balsas como esas.

De haber sostenido intercambios por tierra, hubieran tenido que cruzar por el territorio entre Ecuador y Colombia de los indios llamados jíbaros y quizá los que llegaron hasta Puerto Rico dejaron ese nombre que se le ha aplicado a los campesinos de la Isla, pues es el único otro lugar en América que se emplea corrientemente. Hemos visto empleado ese nombre por vez primera oficialmente en el Diario de Navegación del Jefe de Escuadra don Andrés de Reggio en 1736 cuando estuvo con su Flota de Azogues en el puerto de Rincón en la Ensenada de Calvache la «que Llamam los que vienen de España de San Francisco y los Gíbaros de la Ysla, de Calbache».

No han sido aceptadas en pleno tales influencias interamericanas o interoceánicas en las lenguas porque las inscripciones bilingües en América son escasas y mayormente pictográficas. Además escasean los conocimientos de Epigrafía y Lingüística antigua entre los arqueólogos en América, por estar acostumbrados a las inscripciones pictográficas sin signos alfabéticos. Los celos profesionales han causado cierta hostilidad hacia los arqueólogos no doctorados, como en los casos del Padre Nazario en Puerto Rico y el Padre Crespi en Ecuador. En Brasil se acosó al descifrador de la famosa Pedra Lavrada encontrada en Pouso Alto en la provincia de Parahyba, inscrita con caracteres fenicios, que describía el cruce del Océano Atlántico desde Ezion-geber durante el siglo VI A. de C., y fue obligado a retractarse. Al consultarse con el célebre Ernesto Renán, éste emitió una opinión superficial basada en extractos copiados de

la inscripción incorrectamente, según ha determinado luego el doctor Cyrus H. Gordon, pues los signos eran desconocidos en 1872. El señor Ladislau Netto, su descifrador, se deslumbró o sobrecogió tanto por la figura de Renán que aceptó retractarse, y prácticamente firmó una confesión de superchería. El doctor Frank Cross de Harvard ha dictaminado que dicha piedra es un fraude, pero el doctor Gordon sostiene que es auténtica, aunque la piedra ha desaparecido aparentemente, pero contenía signos desconocidos en 1872.

El doctorado del doctor Fewkes era en Ciencias Biológicas Marinas, el mismo que ostenta el doctor Barry Fell, pero los que sostienen la insinuación de fraude hecha por el doctor Fewkes y tratan de silenciar al doctor Fell porque no ostenta un doctorado en arqueología, silencian o desconocen que ambos tenían el mismo entrenamiento científico. La gran diferencia estriba en que el doctor Fewkes desconocía la epigrafía y la lingüística de idiomas antiguos, mientras que el doctor Fell domina varias lenguas antiguas y modernas y en 1941 ya estaba descifrando inscripciones antiguas en Europa, en donde se le respeta y admira.

Tal como le ocurrió a Netto en el Brasil con el célebre Ernesto Renán, intérprete de la Biblia durante el siglo XIX, los grandes nombres pueden destruir con la enorme fuerza de su reflejo una reputación. Como en Puerto Rico no se sabía casi nada de Epigrafía durante el siglo pasado, no se pudo decretar el ostracismo cultural del Padre Nazario como ocurrió en el Brasil. Por lo mismo que en Puerto Rico no existe un centro epigráfico, no debe dejarse que transcurran otros cien años de inactividad desde que el Padre Nazario dio a conocer su gran hallazgo arqueológico, para descifrar el enigma. Nos hemos ocupado de intentarlo acudiendo a especialistas de universidades y museos, desechando a los escépticos compulsivos y acercándonos a los que no han llevado su escepticismo a un extremo ridículo. Hasta ahora habíamos tocado a las puertas del Museo Británico, de las universidades de Valladolid y Madrid, de las de Harvard, Yale y Pennsylvania sin que se pudieran descifrar los signos de los petroglifos, aunque confirmando que no son indoantillanos y que son análogos a los de alfabetos antiguos.

Armados solamente con viva curiosidad intelectual, habíamos llegado a la convicción de que los signos eran alfabéticos, pues eran muy parecidos a los de alfabetos antiguos del Oriente Medio, tal como opinara el Padre Nazario y no parecían ser en absoluto indoantillanos, pero aun faltaba la clave para el descifre entre miles de petroglifos excavados en los confines del mundo, una especie de

Piedra Roseta que contuviera algunos de esos mismos signos. En nuestras lecturas nos fuimos acercando lentamente pero con instintiva seguridad al centro de conocimientos epigráficos más progresista y entusiasta que hemos conocido, debido a la hábil dirección de un epigrafista y lingüista de gran preparación académica y pragmática, el doctor Barry Fell. La publicación de sus grandes logros en el descifre de inscripciones de Europa, Africa y América ha sido impresionante, los que han provocado tanto comentarios favorables de verificación, como rechazos absolutos que han llegado hasta la vilificación en ciertos casos, como Dean R. Snow.

En los Estados Unidos, la reacción profesional a sus descifres no ha sido recibida con beneplácito general, declarándose falsificado todo lo que no resulte inteligible, en lugar de ponderar soluciones aunque fuera leyendo lo que otros han escrito en otros países sobre enigmas análogos y desechando opiniones por el mero hecho de haber sido condenadas previamente por alguna «autoridad». Ha habido casos de críticas mordaces cuyos autores han demostrado no haber leído la obra criticada, luego de haber decretado desde su sitial olímpico que signos descifrados representan sólo rayas hechas casualmente por la punta de un arado o por la naturaleza. Sería posible que el temor a tener que retractar ciertas opiniones anteriores probadamente erróneas se convirtiera en hostilidad o en una persecución sistemática compulsiva. Se han escuchado, tras cierto sarcasmo de ocasión, frases confundiendo expresamente las locuras imaginativas de un Von Däniken con las realidades fantásticas de un marino práctico como Thor Heyerdahl.

En la obra, *El hombre primitivo y el Océano*, Heyerdahl ha hecho un estudio sobre los posibles contactos interamericanos, demostrando que uno de los centros culturales más desarrollados en América era Ecuador, el que sostenía un importante intercambio comercial con México por medio de sus famosas balsas dirigidas con *guaras*. También cruzaron desde Ecuador por tierra a través del territorio poblado por los indios llamados *Jibaros* entre Ecuador y Colombia hacia la costa Norte del continente, desde la cual podían navegar saltando de isla en isla por todas las Antillas y por Mesoamérica. Posiblemente su estadía en Puerto Rico quedó patentizada con el nombre que aún se utiliza para designar a nuestros campesinos, pues es en el único lugar en América que dicho vocablo se emplea corrientemente y su origen se desconoce con certeza.

Basados en las analogías de los signos inscritos en los petroglifos de Guayanilla con las huacas o wakas inscritas de Ecuador con

signos de la lengua Quechua - Heteo - Minoica, no puede menos que llegarse a la conclusión de que se ha encontrado la clave de su descifre. Los escasos especímenes que han sido sometidos al doctor Fell señalan y son elocuentes en demostrar que está establecida la conexión entre las prehistorias del Viejo y Nuevo Mundo en lo que puede resultar el descubrimiento arqueológico más importante del siglo.

La impresión que han ofrecido a primera vista las antropoglifitas del Padre Nazario, de simular momias como las de los incas y aymarás, según lo observó Adolfo de Hostos, se confirma con el aspecto de las momias aymarás «con las cabezas inclinadas al suelo y las manos tranquilamente cruzadas sobre el pecho». Una de las estatuillas de Guayanilla tiene todas las trazas de ser una copia de una momia de los antiguos Aymarás, según un grabado en el que aparece una momia sentada con solo el *llaucu* en la cabeza y según Garcilaso, vestían el traje real. (*Historia de la Conquista del Perú*. William H. Prescott, Madrid, 1853, pág. 13). El Corregidor de Cuzco, Lcdo. Ondegardo, descubrió las momias de Viracocha, Tupac Inca Yupanqui y de su hijo Huyana Capac, las que el inca Garcilaso de la Vega declaró haberlas visto en 1560. (*Historia de la Conquista del Perú*, William H. Prescott, pág. 14.)

Los gobernantes o incas, «tuvieron otra lengua particular que hablaban entre ellos que no la entendían los demás indios, ni les era lícito aprenderla». El cronista Pedro Cieza de León informó en 1553 que los incas le informaron que sus grandes edificios de piedra fueron construidos antes de los incas por hombres que al cruzarse con las mujeres indias procrearon a los incas. La prehistoria del Perú y de México está aun por escribirse y se entiende mejor al descifrarse sus inscripciones que aún guardan sus secretos.

El descifre completo de los petroglifos de Guayanilla nos arrojará alguna luz sobre la influencia de la lengua Heteo-Minoica sobre la Quechua y de esa lengua híbrida, sobre la lengua taína y caribe. El nombre Inca significa Rey o Soberano, y Capac, grande y poderoso. El nombre Perú se presume que fue derivado del sonido para río, que era Birú o Pelú, al oído español, habiendo acampado Francisco Pizarro en un río que como es natural, nombró río Birú. El nombre *huaca* se aplicaba a varias cosas, tales como templo, tumba y cualquier objeto notable como un ídolo o estatuilla. El nombre para la cordillera andina se derivó de las terrazas agrícolas, llamadas andenes, de anta o cobre, montañas de cobre, cuya abundancia era tal que los instrumentos de trabajo consistían de 94 %

cobre y 6 % estaño, aunque tenían muchos de piedra como el sílex y el pedernal. (*Ob. cit.*, pág. 42). Se ha creído que los *quipús* eran meras sartas de cuentas para contar, pero ese sistema tan sencillo era una ayuda de memoria y contenía la más diversa información como leyes, sucesiones de Reyes, etc. (*Comentarios Reales*, Inca Garcilaso, Parte I, Libro VI, Capítulos VIII al IX.)

Según el doctor Morton en su libro *Crania Americana* (Fildelfia, 1829), el ángulo facial Inca era mucho mayor que el del peruano del pueblo, el que era muy chato, e interpretólo como señal de más escaso carácter intelectual. (*Ob. cit.*, pág. 15). Recientemente, un estudio publicado en *Alabama Journal of Medical Sciences* (Vol. 16, Núm. 1, 1979) sobre medidas craneanas deduce que «existe una correlación significativa entre los cráneos de los varones adultos de Creta con los de China, Japón y los de las civilizaciones Caribe-Andeanas... Entre los cien pueblos más parecidos a los de Creta están Coquimba, Chile; Atacapa, Alaska; Imbadura, Ecuador; San Francisco; California; los Araucanos de Chile; Titicaca en el Perú; los Polinesios; Pancarcanta, Perú. Los resultados sugieren que América fue poblada por inmigrantes mongoles vía Alaska, California, Ecuador, Perú, Chile y Polinesia, lo que tiende a probar la teoría de las migraciones de Este a Oeste. (*The Epigraphic Society*, Vol. 8, Part 2, Pages 175-179.)

Según costumbre secular cristiana, los frailes españoles asociaron a Kukulcán con Santo Tomás de Aquino y los incas hicieron lo propio con Viracocha y San Bartolomé, tal era el parecido que encontraron en las figuras labradas o dibujadas, aunque fueran paganas. (*Historia de la Conquista del Perú*, William H. Prescott, Página 32, Madrid, 1853.)

Hubo indios con capacidades mentales iguales a los de Puerto Rico, que fueron capaces de desarrollar civilizaciones extraordinarias, pues eran de la misma raza. Guaybana regía lo que podría considerarse como un minimperio indoantillano que sucumbió al empuje arrollador de los conquistadores, pero con menos facilidad que los aztecas o los incas. La extensión de su dominio a otras tierras demuestra su empuje, resultado de la asimilación de los taínos y la ola inmigratoria desde tierra firme. No se trataba de entes poco menos que subhumanos, sino de un pueblo en marcha que quizá prevaleció sobre sus vecinos debido a algunos conocimientos que les llegaron fortuitamente desde el Viejo Mundo y que atesoraron y aprovecharon en el más estricto secreto. Se trata de una presunción que no es tan fantástica como aparece a primera vista al cono-

cer sus logros y hazañas de superación sobre sus vecinos de las islas comarcanas. Habían desarrollado una economía de excedentes agrícolas, que era el motivo de los ataques desde las Antillas Menores cuando ocurría algún desastre natural y surgía una hambruna desesperante.

Es de inferir que el gran auge y el predominio que alcanzó el centro cacical de Guaybana ha podido deberse en parte a los conocimientos superiores que les fueron transmitidos a sus antecesores por navegantes procedentes del Oriente Medio. La secretividad con la que los guardaron de generación en generación podría explicar la gran importancia que le atribuían y la cual no compartían con otras regiones para poderlos dominar.

Es posible que esa circunstancia pueda explicar porqué el cacique Guaybana regía sobre un imperio incipiente que se extendía sobre toda la isla de Puerto Rico y varias de las Antillas Menores, la costa occidental de La Española desde la isla de Saona pasando sobre el Higüey y Samaná hasta el Señorío del cacique Caonabó de Maguana, hermano de Cotubamana del Higüey, casado con Anacaona y ambos oriundos de la isla de Carib. Cotubanama estuvo rebelado en el Higüey durante diez meses no obstante el empuje de Juan de Esquivel y Juan Ponce de León. Caonabó fue el cacique que destruyó el fuerte de La Navidad y exterminó a su guarnición. Estaba casado con Anacaona, hermana del cacique Bohechío de Jara-gua, y todos estaban emparentados con Guaybana de Puerto Rico, nexos que le permitieron consolidar su dominio sobre una parte considerable de La Española. El cacique Guarionex de Maguá se rebeló y se refugió al Norte de Macorix con el cacique Mayobanex de los ciguayos que encontró Colón, todos con lazos de familia en Carib según se deduce del Diario de Navegación.

El primer conocimiento que tuvo Colón de los indígenas de la isla de Carib fue en su primer viaje, cuando se topó con ellos en la Bahía de las Flechas o Samaná y le informaron que ellos procedían de una isla que llamaban Carib, la que Colón había visto en la distancia el día antes de entrar a la bahía, el día 12 de enero de 1493, cuando se acercó lo suficiente para descubrirla de ojos al ver en la distancia algunas de las alturas de su costa Noroeste. El primer nombre indígena que conoció Colón para la isla que luego nombró San Juan Bautista fue el que oyó de labios de los indios, Carib, de donde esos indios procedían. La mayoría de los caciques de la costa occidental de La Española eran oriundos de Carib y aunque eran aragacos taínos, eran considerados en La Española como «caribes»

debido a su gran agresividad y a que eran procedentes de la isla de Carib. No fue hasta el segundo viaje que Colón se enteró que los indios de las Antillas Menores identificaban la misma isla con el nombre de Borinquén. Fue atacado por dichos indios, quienes moraban junto a sus caciques en dicha bahía, pero reconocían como su jefe superior a Guaybana de la isla de Carib, con quien estaban en constante comunicación por medio de canoas y por tierra «hacían muchas ahumadas como acostumbraban», para comunicarse. Los describió como que «si no eran caribes, al menos deben ser fronteros, y de las mismas costumbres, y gente sin miedo»... «Y esta fue la primera pelea que hubo en todas las Indias y donde hubo derramada sangre de indios».

Colón fue informado que se llamaban «cyguayos»... «porque tenían todos *los cabellos muy luengos*... traían penachos de plumas de papagayos y cada uno con su arco». Es aparente que «cyguayo» era un nombre descriptivo del cabello largo, distinto al recortado de los indios de La Española, pero igual al de Carib de donde eran oriundos y se debían al cacicazgo principal de la isla de Carib. Acompañando a dichos indios «vino el Rey de aquella tierra... vino este Rey (cacique) con tres de los suyos a la carabela en la barca, mandoles dar el Almirante de comer bizcocho y miel y dio al Rey un bonete colorado y cuentas y un pedazo de paño colorado ... y el Rey ofrecio que mañana traería una caratula de oro». Este cacique de los llamados *siguayos* (de «sigua» o grande), fue Mayobanex.

El hecho de tener caciques dicho grupo numeroso de indios señala que no podían proceder de las distantes Antillas Menores cuyos indios no tenían jefes hereditarios como en Carib, ni una organización militar y de gobierno bajo un jefe máximo al que todos obedecían. En Carib había un gran número de reyezuelos o caciques dentro de una organización de gobierno bien definida, todos los cuales obedecían a un cacique máximo. Las armas que usaban eran temibles... «los arcos desta gente eran mayores que los que habían visto... grandes como los de Inglaterra... y una espada de tabla de palma... no aguda sino chata de cerca de dos dedos en gordo... con la cual, como es dura y pesada, como hierro, aunque tenga el hombre un capacete en la cabeza, de un golpe le henderan los cascos hasta los sesos». (*Historia de las Indias*, Las Casas, Cap. LXVII.)

Durante el segundo viaje, Colón volvió a toparse con unos indios similares a los de Samaná en un punto de la costa Este en donde le salieron al paso «con sus armas de arcos y flechas herboladas con hierba ponzoñosa». El Padre Las Casas opinó que dicho ataque ocu-

rrió en el Higüey, que colinda con Samaná, «porque la gente della es mas belicosa y tenían de la dicba hierba», la que describió como una resina del árbol llamado «guao». (*Ob. cit.*, Capítulo XCVII). Gonzalo Fernández de Oviedo, quien vivió muchos años en La Española, observó que sólo «había en ella flecheros en una parte o provincia que se dice de los *ciguayos* en el Señorío de Caonabó»... Esos indios tan belicosos que se distinguían de los naturales de La Española por su forma guerrera eran los que indicaban a la isla de Carib como la isla «dellos» y cuyos caciques acataban órdenes del cacicazgo de Guayanilla, por lo que tanto los naturales como los españoles se referían a ellos en forma genérica como «caribes», pero por estar residiendo en La Española con sus caciques los nombraban también «ciguayos», según Las Casas, por la forma de sus *cabellos largos* con penachos de plumas de aves. La descripción que de ellos anotó Colón en su Diario indica que eran tan distintos a los naturales que le parecieron pertenecer a una clase aparte de indios, tanto por la manera de llevar el pelo como por la pintura negra que usaban en el rostro y las armas, consistentes de arcos tan grandes como «los de Francia e Inglaterra», flechas envenenadas y grandes macanas. Desde entonces, los cronistas comenzaron a impartirles cierto aire de misterio a esos indios tan raros llamados «ciguayos» como si se tratara de una raza exótica bajo el mando del cacique Caonabó, quien era considerado como «caribe». El misterio ha parecido insondable al ser tan distintos a los naturales y a los «caribes», aunque los indios mismos dieron la clave de su solución al declarar que procedían de la isla que estaba al Este y cercana a la costa Este de La Española, la isla «dellos» a la que llamaban Carib.

La descripción que de ellos apuntara Colón se aplica por las razones expuestas a los indios de Carib o Puerto Rico, pues de allí eran oriundos. Un leve indicio era la forma de llevar sus cabellos recogidos, cortos por la frente como el de los tainos y largo por la espalda, como el de los naturales de las Antillas Menores, señalando que los tainos de Puerto Rico adoptaron lo que les convenía adaptar en lo que era una frontera de choque. Las armas son otro indicio, ya que eran desconocidas en La Española por sus naturales, «parecíale que los arcos eran de tejo», según Colón, una madera muy dura, confíera como el pino o el ciprés.

Cuando los españoles se establecieron en el Fuerte de la Navidad, no fue el cacique de la región de Marién, Guacanagarí, natural de La Española, aunque casado con una hermana de un cacique del Higüey llamado Cayacoa, quien los desalojó y exterminó.

Sus nexos familiares con los indios oriundos de la isla Carib establecidos en el Higüey le permitieron la ayuda del cacique de la provincia al Sur y Este de Marién, Maguana (la Vega Real), Señorío de Caonabó, el cual ha sido señalado como el territorio de donde procedían los ciguayos, aunque otros señalan la provincia de Maguá del cacique Guarionex como su procedencia. Según Las Casas, también se les llamaba «mazoriges», que significaba «*extraños*», lo que comprueba su procedencia de la isla de Carib, la que se confirma por sus caciques emparentados con los de Puerto Rico. Sven Lovén consideró que la lengua de los ciguayos o mazoriges pertenecía al grupo lingüístico de los taínos-araguacos y llamó la atención al hecho de que cuando atacaron a Colón en Samaná «traían también unas cuerdas haciendo ademanes que los hablan de atar con ellas», forma de combatir allí desconocida, según esto implica.

La pronta ayuda que le dio Caonabó a Guacanagarí indica la existencia de una alianza entre ellos, ofensiva y defensiva, derivada de la que forjó Guaybana en Puerto Rico y que se extendió hasta La Española y las Antillas Menores. Eran indios taínos, llamados ciguayos (¿pelos largos?) o mazoriges (¿ojos fieros?) en La Española debido a sus hábitos bélicos y diferencias en la manera de llevar el cabello y «el rostro tiznado de carbón», como notara Colón. Una prueba de que eran taínos es que la población de las Antillas Mayores era taína porque la invasión desde América del Sur por caribes, también de origen araguaco, no databa de mucho antes del descubrimiento, unos cuantos cientos de años. Aunque tenían un entronque genésico continental de origen común araguaco, se diferenciaron debido a la influencia del clima, la alimentación y su movilidad nómada, la que no les permitió tener caciques hereditarios «caribes».

Distinto a lo que ocurrió en las demás Antillas Mayores, las batallas que libraron los indios borinqueños contra los invasores españoles fueron campales, como correspondía a la defensa de una potencia tan extendida por el Caribe. Según el cronista Oviedo, Juan Ponce de León perdió ochenta hombres en el primer ataque de la rebelión general de principios del año 1511. El cacique Guarionex, bajo el comando de Guaybana, atacó la Villa de Sotomayor con más de 3,000 indios. Cuando el Capitán Miguel de Toro acudió a enterrar a Cristóbal de Sotomayor, sólo pudo contar con 40 sobrevivientes y a los capitanes Diego de Salazar y Luis de Añasco sólo les quedaron 30 hombres a cada uno. En la batalla por el centro cacical de Guaybana en la boca del río Coayuco «murieron muchos indios, assi como caribes de las islas comarcanas y flecheros con quien se

habían juntado... habiendo por cada cristiano mas de diez enemigos». Ponce de León también atacó al cacique Mabodomoca con 50 hombres contra 600, de los cuales murieron 150. Luego con 80 hombres fue a Yagueça, en donde le hicieron frente 11,000 indios, por lo que optó por retirarse prudentemente a pesar de sus armas superiores, para pedir refuerzos, con los que aumentó a 400 sus hombres.

El historiador Carlos Pereyra ha opinado que la única verdadera campaña militar en las Antillas fue la de Puerto Rico. Se explica tal peculiaridad porque Guaybana mobilizó sus fuerzas tanto en Puerto Rico como en La Española y en las Antillas Menores, aunque ya La Española había quedado sojuzgada para el año 1511, por lo que algunos caciques se habían exiliado a Cuba, la que todavía estaba casi libre de españoles. Una gran ventaja de Guaybana fue su flota de piraguas y canoas, la que le permitió una movilidad superior para dominar otras tierras fuera de sus playas. Por el contrario, los naturales de las Antillas Menores tenían que venir a Carib a cortar árboles para poder construir sus canoas ya que carecían de suficientes árboles grandes para tal propósito.

El Padre Nazario tenía la convicción de que el centro cultural y militar de las Antillas residía en el cacicazgo de Guaybana en Guayanilla, según lo expresó en su libro *Guayanilla y la Historia de Puerto Rico*. Consideró que los objetos de cerámica y de piedra de su colección eran típicamente indoantillanos. «Los de Guayanilla son más perfectos, más acabados... las hachas de piedra... sólo en Guayanilla las he encontrado de la época más adelantada de la piedra bruñida... sobre ochocientas antropoglíficas que tengo en mi colección son testimonio de que los indios de Carib tenían una escritura más perfecta que la de México y el Perú». Atribuyó tales signos inscritos a una escritura fonética, lo que la colocaba en una posición más adelantada que la jeroglífica de los mayas e incas. El fonetismo lo dedujo de ciertos signos evidentemente alfabéticos o silábicos muy parecidos a los de alfabetos antiguos, ya que él había estudiado lenguas antiguas en Salamanca. De hecho, en su estudio inédito *Escritura fonética de los indios de Puerto Rico*, el que aparentemente se ha perdido, señaló el parecido de ciertas palabras indígenas con hebreas: «hamaca - adormecer, amodorrar; macana - matar a golpes; Camuy - se precipitó en un abismo; beneque - en las excavaciones». (*Kaleidoscopio*, Guillermo Añiles García, Ponce, 1905, pág. 144.)

Al convencerse que la escritura en sus petroglifos estaba más

adelantada que otras americanas, descartó esas posibles influencias y ponderó la posibilidad de su origen en algunas de las legendarias tribus errantes de Israel. Al dar a conocer tal conjetura, se convirtió en el blanco de los críticos y detractores compulsivos, siendo objeto de tajantes ironías e insinuaciones. Se le acusó de haber instado a falsificar las estatuillas y sus inscripciones para que simularan a los signos de alfabetos antiguos del Viejo Mundo que había estudiado en Salamanca y del cual tenía que tener algún modelo.

No se le acusó de copiar los signos sencillos indoantillanos, sino los que se parecían a los antiguos alfabetos. De haber cometido tal fraude, el Padre Nazario hubiera alegado de inmediato que eran signos del Oriente Medio que habían sido traídos por sacerdotes hebreos por mar en sus peregrinaciones. Sin embargo, sostuvo que se trataba de petroglifos indoantillanos con unos signos fonéticos desarrollados por los indígenas, lo que evidencia que no había motivo para una falsificación.

Una falsificación de algún modelo siempre es un acto deliberado impulsado por una motivación previa. Como dijera el Padre Nazario; «Si no hay un propósito, la lógica es un gran enemigo de falsedades». (*Ob. cit.*, pág. 90.)

Los petroglifos fueron excavados alrededor del año 1880, por lo que de haber sido falsificaciones tuvieron que serlo anteriores a tal fecha. Sin embargo, cuando el Padre Nazario publicó su libro en 1893, declaró que las inscripciones eran indoantillanas y no semíticas. No fue hasta el año 1903 que dio a conocer tales observaciones al periodista Guillermo Atilés García quien lo entrevistó unos 23 años después de haber excavado los petroglifos, lo que evidencia que no pudo haber tal clase de superchería deliberada en o antes del año 1880, sino que la motivación que se le achacó tendría que haber surgido en su mente entre los años 1893 y 1903.

Parece una imposibilidad física que se hubieran podido labrar e inscribir más de 800 petroglifos por «unos jíbaros con mochos» como se había insinuado, en forma de estatuillas toscas, todas distintas con inscripciones, sin que hubiera provocado tal actividad masiva una fuerte sensación en una pequeña población. Su peso fluctuaba entre 2 a 20 libras cada una, por lo que su peso total era de varias toneladas, lo que hubiera sido algo de conocimiento general en vez de un desconocimiento tal que parecía más a una confabulación de silencio. Tal silencio parece indicar que había sido aceptada la información ingenua del Padre Nazario de que su ha-

hallazgo arqueológico era una verdad solemne y absoluta, la de un religioso consciente y practicante.

En contraste con la reacción de sus coterráneos críticos, veremos a continuación la opinión que merecieron esos petroglifos, del prominente arqueólogo, doctor Alphonse L. Pinart, contemporáneo del Padre Nazario y miembro de una expedición oficial francesa en América, quien conoció al Padre Nazario en Guayanilla, donde le mostró su colección arqueológica indoantillana, pues se refirió a él en su libro. Informó el doctor Pinart que los signos en los petroglifos parecían a los de alfabetos antiguos, que es la reacción que desde entonces se ha venido repitiendo entre los que los examinan. Declaró en su informe oficial que los especímenes que él había examinado con signos inscritos eran «*incuestionablemente auténticos*». Añadió que hasta él habían llegado luego rumores de que personas inescrupulosas que conocían el genuino interés del Padre Nazario en reunir especímenes para su colección, lo estaban explotando, tallando copias de las piezas que halló para vendérselas. Un pobre cura de aldea no era la persona indicada para aprovechar un fraude de tan baja estofa y al ser enterado de los rumores contestó: «Yo le hacía un mísero regalo».

La declaración contundente del gran científico francés en su informe oficial, casi contemporáneo con el hallazgo, debería bastar para probar la honradez intelectual del Padre Nazario de una vez y para siempre, así como la autenticidad de su importante hallazgo arqueológico.

La convicción de la imposibilidad física de una falsificación en este caso nos ha llevado a acudir al dictamen de varios arqueólogos para intentar descifrar el significado de los extraños signos inscritos. En 1979 los sometimos a varios arqueólogos de las universidades de Valladolid y Madrid, quienes en un informe muy preliminar indicaron el parecido de los signos a los de alfabetos antiguos, lo cual es una reacción casi general. Al sometérselos algunos especímenes a arqueólogos de la Universidad de Harvard y enterárseles de que esos petroglifos eran los que el doctor Jesse Walter Fewkes había clasificado de no haberles parecido ser «muy antiguos», insinuando ser espúreos, los dieron por falsos sin haberlos examinado de manera científica. El doctor Fewkes ha ejercido una gran influencia entre los arqueólogos y etnólogos desde la publicación de su informe, *The Aborigenes of Puerto Rico and the Neighboring Islands* en 1907 al Smithsonian Institution. Si bien insinuó una su-perchería, su mente científica y ordenada le instó a condicionar

su anterior opinión y anotó que cabía la posibilidad que algunos especímenes excavados en la isla pudieran haber sido dejados por otra raza anterior a la indígena puertorriqueña.

El doctor Fewkes consideró la colección del Padre Nazario como la mejor que había examinado en la isla y éste rechazó la oferta de compra que le hizo el doctor Fewkes. Sin embargo, algunos de sus detractores le vendieron las suyas, entre ellos el que se escudó tras el seudónimo de Fray Guajón, según rumores de la época.

De haberse tratado de falsificaciones, al surgir los rumores de fraude, el Padre Nazario hubiera intentado deshacerse de ellas, pero en 1898 las protegió escondiéndolas en el aljibe de su casa parroquial, para salvarlas de las tropas invasoras. Ya las había sacado del escondite cuando las mostró al doctor Fewkes, pero es posible que quedaran algunas en el fondo del aljibe, el que quedó sellado al construirse luego un edificio sobre su boca. Si el Padre Nazario hubiera ideado copiar ciertos signos de alfabetos antiguos para ganar algún galardón, hubiera proclamado que los signos tenían su origen en el Oriente Medio y no hubiera escrito en su libro que eran de una escritura fonética más perfecta que la de los mayas e incas. No tiene sentido alguno una acción de esa naturaleza, tal como algunos arqueólogos aun la creen.

La Arqueología es una disciplina que por depender de búsquedas muy dispersas y ocultas, ofrece al que no es un especialista o profesional la oportunidad de contribuir a su desarrollo prestándole sus poderes de observación independientes. Esa circunstancia ha ocasionado algunos fraudes «plantados» para que luego sean «descubiertos». El famoso mapa de Groenlandia de la Universidad de Yale, defendido por especialistas es un ejemplo flagrante. Han estado bajo sospecha entre otros casos el de la Piedra de Kensington en Minnesota y Mystery Hill en New Hampshire, aunque la evidencia corroborativa es algo convincente.

Se cometen muchos errores en investigaciones exploratorias y sólo el tiempo será el árbitro final. Puede que el futuro nos depare la fortuna de conocer el significado de los signos en las estatuillas de Guayanilla como resultado de un estudio objetivo y científicamente competente y válido como el que promovemos al presente.

La realidad es que todo el que no sea un arqueólogo profesional suele servir de blanco para las críticas irónicas de los que se auto-designan como expertos infalibles, al confundir la lógica con la diatriba. Las interpretaciones del Padre Nazario puede que no sean las más aceptables, pero sus antropoglifitas son reales y están a la vista

para su examen. Se trata de un enigma difícil que merece mayor estudio, pero la tendencia de algunos arqueólogos es a clasificar a todo lo que no comprenden como una falsificación.

Se ha insinuado que el Padre Nazario falsificó sus estatuillas y las enterró en un lugar accesible para que las «descubriera» algún jbaro de manera que pareciera un «hallazgo» afortunado. En este caso tal «descubrimiento» se lo atribuiría a una anciana de origen indígena. De haber falsificado el Padre Nazario los signos inscritos para que simularan ser hebreos, no se explica que continuara alegando durante varios años después del hallazgo que eran indoantillanos. Si con aviesa intención le atribuyó a la anciana haberle confesado que se trataba de la «biblioteca de Guaybana», la acción no tendría sentido, ya que la falsificación que se le insinúa es la de haber simulado aviesamente signos de alfabetos antiguos y no indoantillanos, en realidad una lengua híbrida indo-mediterránea.

El Padre Nazario acuñó con verdadero acierto el término «antropoglíficas» en 1880 para sus estatuillas humanoides o imágenes, inscritas cada una con una serie de signos o símbolos geométricos hasta el presente indecifrados. Desconocemos si eran pequeños ídolos o imágenes sagradas con información de alguna índole importante, ya que las escondieron con gran secretividad. Desconocemos también su propósito, tal como se desconoce el de las pinturas prehistóricas del Norte de España y de los megalitos europeos fechados entre 3,800 y 2,000 años A. de C.

Debido a que el doctor Fewkes no intentó descifrar los signos y los que lo siguieron encontraron los signos incomprensibles, los declararon falsos. La opinión del Padre Nazario no se interpretó como una inferencia razonable, sino como algo avieso, imaginativo o fantástico. Existe una escuela de pensamiento que acostumbra prejuzgar toda nueva evidencia de posibles contactos con el Viejo Mundo como supercherías, falsificaciones, interpretaciones erróneas de petroglifos y hasta de objetos recién introducidos subrepticamente del Viejo al Nuevo Mundo. Sin acudir a las fantasías de un Erich von Däniken o a los extremos de algunos modernos astroarqueólogos, estos hallazgos enigmáticos deben analizarse de manera sobria y equilibrada, ya que se ha encontrado evidencia parecida dispersa por el Nuevo Mundo.

Como en este caso, algunos arqueólogos han aceptado como dogmas ciertas versiones académicas impuestas por interpretaciones previas evidentemente subjetivas. Como ejemplo, tenemos un memorándum de arqueólogos de la Universidad de Harvard en el

que prejuzgaron piezas que se le sometieron del Padre Nazario, sin un estudio científico, prefiriendo aceptar el dictamen del etnólogo doctor Fewkes en 1907, quien aunque mencionó el informe del gran trabajo del doctor Pinart en América, no lo pudo haber leído entero pues permaneció inédito hasta muy recientemente. (*Revista del Museo de la Universidad de Puerto Rico*, número 1, págs. 71-88, año de 1980).

Se han basado algunos arqueólogos al rechazar opiniones sobre especímenes, en que éstas son aisladas o únicas y que por lo tanto, no demuestran que exista un patrón continuado que permita constatar varios de ellos en serie. En el caso que nos ocupa, se excavaron más de 800 petroglifos y aunque se encuentran dispersos, podrían reunirse más de cien de ellos. Además, los signos, símbolos o letras pueden analizarse por separado para determinar a qué lengua pertenecieron. No es indispensable que se interprete un mensaje completo, sino que se determine la procedencia o el origen de la lengua. Se han hallado en diversos lugares de la América del Sur y del Norte, petroglifos con inscripciones aparentemente indescifrables «prima facie», las que luego han cedido a los esfuerzos y conocimientos de los epigrafistas, descubriéndose en varios casos que pertenecen a antiguas lenguas del Viejo Mundo. Algunas de las interpretaciones, que se habían clasificado como altamente imaginativas porque nadie más que el intérprete podía leerlas, han sido luego confirmadas por epigrafistas competentes de universidades y museos de Europa, África y América. Los arqueólogos americanos, acostumbrados a pictografías, suelen desconocer la epigrafía y los signos alfabéticos de lenguas arcaicas del Viejo Mundo.

Es interesante que las culturas, tanto en Mesoamérica como en el Perú y Ecuador, surgieron de súbito, sin poderseles trazar un trasfondo prehistórico como las del Viejo Mundo. De acuerdo con una emergente evidencia arqueológica, deben haber habido contactos, tanto transoceánicos como interamericanos. En América, las culturas de los mayas, los aztecas y los toltecas se derivaron en gran parte de los olmecas, una cultura de origen desconocido que de súbito surgió desarrollada en pleno, con su escritura, su construcción de pirámides y su sistema matemático y calendárico. Algo similar ocurrió con la civilización incaica, derivada de culturas anteriores que no dejaron un definido trasfondo; las de Nazca, Tiahuanaco, Mochica y Chavín, en el Perú y Ecuador.

La persistente mención por los primeros conquistadores y cronistas de evidentes contactos con el Viejo Mundo surgió tanto en

Sudamérica como en Norteamérica. (*Historia de la Conquista del Perú*, W. H. Prescott, Madrid, 1853, págs. 28-32). Para dar sólo un ejemplo, Pedro Pizarro, primo del conquistador a quien acompañó como cronista, informó que había miembros de la clase gobernante Inca «mas blancos que los españoles» que se decían descendientes de *los Viracochas* (*Ob. cit.*, pág. 28), tal como aun al presente se conocen los extranjeros blancos. En México, desde Anahuac al Norte hasta Yucatán al Sur, los aztecas se referían a un hombre blanco y barbado llamado Quetzalcóatl, tal como los incas se referían a Ticiviracocha, y aunque lampiños, tenían una palabra quechua para la barba, «sonkhasapa».

Parece significativa la distancia que separa a las Islas Canarias de Mesoamérica, así como la que separa a dichas islas del Oriente Medio, pues son casi iguales. La misma situación existe en cuanto a la distancia entre África y el Brasil, que es casi igual a que la de Mesoamérica al Perú. Parecería a primera vista que tan fácil sería navegar entre esos dos lugares por mar, siendo casi iguales las distancias. Sin embargo, sería casi imposible viajar por tierra desde uno a otro de los centros avanzados de cultura de Mesoamérica o del Perú, por interponerse las selvas y los pantanos al Norte y al Sur del Istmo de Panamá, excepto por el mar. Por tal razón, el origen común, casi súbito y casi simultáneo de ambas culturas, que ha sido señalado por algunos arqueólogos modernos, sería sólo explicable de situarse en el exterior de América, bien fuera por el cruce transatlántico desde el Viejo Mundo, o desde el Lejano Oriente a través del Océano Pacífico, aunque los vientos y corrientes marítimas prevalecientes hacen más factible el cruce Atlántico de Este a Oeste.

Existen tantas significativas analogías entre las culturas Maya e Inca, como entre esas dos con la jeroglífica de Egipto y la fonética de Babilonia (Caldea), lo que hace aún más interesante el enigma. Puede que la cultura Maya tenga un origen distinto al de la Inca o viceversa y puede que una sea más antigua, o que una se haya derivado de la otra. La explicación de tales analogías culturales podría depender de contactos mutuos interamericanos, los que debido a la naturaleza geográfica que los separa por tierra, deben haberse hecho por mar. Parece increíble que pudieran haber llegado indios Maya o Inca, a Puerto Rico. De Yucatán existe evidencia de que hubo contactos mutuos con las Antillas. En cuanto a los indios caribes que llegaron desde la América del Sur a Puerto Rico, la evidencia es de viajes de trasbordo en canoas y piraguas de isla en isla. En cuanto a los Inca y otras subrazas de Sudamérica, los con-

tactos con las Antillas se explicarían por tierra hasta las costas del Norte del continente o desde Ecuador vía Colombia por los Jíbaros y desde allí mediante trasbordos con el uso de balsas, por el Golfo de México y el Mar Caribe, saltando de isla en isla.

Los indios Inca construían sus balsas con una madera sumamente liviana que abunda en las selvas ecuatorianas llamada por tal razón «madera de balsa». Generalmente usaban un número de tablones, siempre nones, algo separados entre sí y sobre ellos un piso liviano y una «choza» para resguardarse del agua y del sol. A través de los tablones horizontales sobre el agua colocaban dos o tres tablones cortos en forma vertical que proveían a la balsa estabilidad y el medio de dirigirla, las que llamaban «guardas». (*Ob. cit.*, página 64). Tal sistema de construcción les permitía ensamblarlas y desmontarlas con facilidad al efectuar trasbordos en el Istmo de Panamá para comerciar por agua en el Golfo de México y en el Mar Caribe. Tal operación parece ser algo sumamente difícil, pero los españoles del siglo XVI efectuaron esa misma operación marítima a través del Istmo de Panamá en innumerables ocasiones cruzando un territorio desconocido y hostil. En esa forma, los indios americanos, quienes tenían conocimientos profundos de las corrientes marítimas, las utilizaban con gran habilidad para navegar unas 2,000 millas al Norte y al Sur del Istmo de Panamá.

Es evidente que hubo cierta influencia cultural entre Mesoamérica, Sudamérica y las Antillas en dos direcciones, como lo señala el cultivo del maíz y el algodón y el juego de pelota, éste muy parecido al de los araguacos del río Xingú de la región adyacente al Mar Caribe que poblaron las Antillas. Es así que cuando Francisco Pizarro se dirigía al Perú desde Panamá, halló en la costa del Océano Pacífico unos indios que cocían en una olla miembros del cuerpo humano y los tildó de caribes, lo que demuestra el enorme campo que cubrían las influencias entre las distintas razas americanas. Es cierto, como se ha apuntado, que en Mesoamérica y en las Antillas no se conocía la papa o patata, aunque sí el age o batata, aunque su cultivo se había extendido por toda la cordillera andina, hasta la isla de Pascua y Polinesia.

Existe abundante evidencia que señala con insistencia hacia esa influencia cultural tanto por medio de contactos interamericanos como transatlánticos, por lo que la presencia de signos de lenguas del Oriente Medio entremezclados con signos de lenguas americanas en una escritura híbrida y fonética en las antropoglífitas excavadas

por el Padre Nazario en Guayanilla, no debe seguirse considerando como algo inverosímil o fantástico como lo ha sido hasta ahora.

El escepticismo en estas disciplinas es algo necesario al acometer sus estudios, ya que aunque las coincidencias que se descubren resultan a veces asombrosas, éstas no autorizan a deducir una consecuencia aventurada. Los materiales hallados son aun tan escasos que no permiten atravesar el abismo que existe entre el Viejo y Nuevo Mundo debido a la ignorancia histórica que ha sido llamada «amnesia colectiva». Tal como se ha estado reconstruyendo la historia de las antiguas culturas del Viejo Mundo, debe intentarse hacer lo propio con las del Nuevo Mundo para poder determinar las influencias recíprocas, no cerrando los ojos a los signos aparentemente ininteligibles que señalan nuestra continuidad histórica. Los signos inscritos pueden descifrarse con la ayuda de signos análogos hallados, aunque sean de otros sistemas de escritura, en lo que constituye una especie de conveniente bilingüismo epigráfico que el insigne Padre Nazario utilizó evidentemente en el estudio de sus antropoglíficas, insinuando una lengua híbrida indo-semítica.

El doctor Narciso Alberti Bosch utilizó un sistema análogo al del Padre Nazario para descifrar varias de las inscripciones silábicas y alfabéticas que estudió en los petroglifos hallados en La Española. Se ha insinuado que como ninguno era arqueólogo, fue una osadía imprudente penetrar en dicho vedado campo, pero de no haberlo hecho, quizá todo se hubiera perdido, en espera de los profesionales. A veces la ignorancia ingenua y sin juicios previos es atrevida, pero de buena fe y de ocasión obtiene resultados sorprendentes, en contrario a la persona que por creer que lo sabe todo, cierra su mente a lo novedoso que no está de acuerdo con su línea preconcebida de pensamiento.

Tanto el Padre Nazario como el doctor Alberti Bosch eran graduados de universidades europeas, uno en la carrera eclesiástica y el otro en la de medicina, pero tal preparación académica no fue obstáculo para que se autoeducaran en la Arqueología y comprendieran que la Epigrafía era un complemento indispensable para poder llevar adelante sus trabajos. Como hemos apuntado antes, muchos arqueólogos americanos, debido a la naturaleza pictográfica preponderante en América, han descuidado o desechado la Epigrafía y por su desconocimiento de las lenguas arcaicas no han prestado atención a los signos alfabéticos o silábicos encontrados en distintos lugares de las Américas entremezclados con símbolos indígenas.

El historiador señor Luis Padilla D'Onis opinó sobre una posi-

ble conexión cultural maya-taina sin aportar evidencia alguna, pero sin embargo conjeturó que «de haber tenido el doctor Alberti y Bosch noticias del alfabeto del Padre Landa, seguramente que habría tratado de descifrar las inscripciones de nuestras grutas por medio de este alfabeto y no por elucubraciones hebreo-fenicias». El argumento es frívolo, pues los signos que estudió el doctor Alberti en las cavernas son evidentemente hebreo-fenicios. Lo que ha sucedido es que desde hace muchos años esas cavernas han sido mutiladas y pintadas por los visitantes con marcas incisas y pinturas obviamente hechas por vándalos y visitantes ignorantes.

Una inscripción antigua en piedra, por tosca que parezca a primera vista, tuvo algún propósito de importancia y demuestra haber seguido el que la grabó una técnica y método inconfundible. Por el contrario, la imitación o falsificación siempre tiene que haber seguido conscientemente algún modelo y su diferencia con el original se conoce sin mucha dificultad por cualquiera que haya estudiado algo de Epigrafía. Es posible distinguir entre las inscripciones hechas por un grabador inexperto o descuidado de la antigüedad, tanto como por un imitador que ha intentado simularlas, lo que es más difícil que la grabación original, pues dejan huellas acusatorias.

El descifre de inscripciones antiguas ha logrado vencer de ocasión tal «amnesia colectiva» que sufre el mundo moderno, pues la Epigrafía, que es una forma de la Paleografía, ha contribuido al enriquecimiento de la Historia y de la Filología. Dicha disciplina impresiona al no iniciado como una de las ciencias ocultas o un arte misterioso y casi insondable, porque requiere un esfuerzo agotador, gran paciencia y aguda ingeniosidad. El mayor obstáculo es la falta de clasificación y catalogación metódica, pues en tal caso es difícil aplicarles un sistema científico para interpretarlas.

El caso de la Piedra Roseta ofrece una idea de la dificultad en hallar la clave que resultó en su descifre, luego de haber opinado varios expertos que los jeroglíficos egipcios y la escritura cuneiforme nunca podrían ser descifrados. Los grandes epigrafistas como Hincks, Rawlinson, Oppert y Menant se basaron en el trabajo de Botta en Khorsabad en 1882 para interpretar las inscripciones asirias, caldeas y persas de tipo cuneiforme. En España, Antonio Delgado descubrió la clave para descifrar las inscripciones que llamó autónomo-ibéricas y el Padre Fidel Fita escribió varios monografías sobre las inscripciones celtíberas.

Trabajos precursores como esos han logrado vencer en parte esa ignorancia histórica, resultante de la llamada «amnesia colectiva».

Para ofrecer un solo ejemplo, relataremos el caso, casi olvidado por completo, del Rey Juba II de Mauritania, un reino satélite del Imperio Romano. Juba era yerno de Marco Antonio por haber casado con Cleopatra Selena, hija de Marco Antonio y Cleopatra. (Nació en 52 A. de C. y murió en 18 D. de C.). Juba ayudó al Emperador César Augusto en su campaña contra Marco Antonio y Cleopatra, en la que aquél resultó vencedor, por lo que le concedió el país de los getulos al Sur de Numidia y la Mauritania Tingitana. Además de haberse conocido Juba II como uno de los hombres más ilustrados de su época, habiendo escrito sobre Historia Política y Natural, Arqueología y Filosofía (*Muller-Fragmenta Historicum Graecorum*), de manera rápida y misteriosa apareció convertido en el hombre más acaudalado del mundo, con una enorme fortuna en oro, plata y perlas. Se desconocía la procedencia de sus riquezas, aunque se comentaba que sus flotas acostumbraban emprender largos viajes hacia Occidente desde las costas de Mauritania. Como no se conocía que hubiera habido grandes descubrimientos de minas de oro y plata ni de criaderos de perlas en Europa o Africa, tenía que presumirse que su procedencia debía ser de ciertas tierras legendarias en medio del Mar Océano.

El paranoico Emperador Calígula, hermano de Nerón e hijo del Emperador Germánico y Agripina, nació el año 12 A. de C. y su apodo Calígula (que significa «botitas», pues se ponía cuando niño sandalias de soldados romanos), decretó ser nulos los testamentos de todos los Centuriones que no lo hubieran nombrado como legatario, habiendo hecho morir a los más ricos. Al recibir insistentes informes de la enorme fortuna del Rey Juba II, Calígula no tardó en invitarlo para una visita de Estado en Roma. Consciente de sus riquezas, Juba II se presentó ante el Emperador vestido con una túnica color púrpura, la que estaba reservada para el Emperador, lo que exacerbó la locura de Calígula, quien no tardó en forzarlo a testar a su nombre y luego lo ordenó matar para quedarse con todas sus fabulosas riquezas pero logró escapar a Africa.

Traemos a colación este relato como evidencia circunstancial de que hubo contactos interhemisféricos en la antigüedad, de los cuales escribieron la mayoría de los escritores de Grecia y Roma. De no haberse descifrado las inscripciones en piedra que se han excavado, estaríamos aun más a oscuras en cuanto a varias épocas de la historia de la Humanidad, sumidas en una «amnesia colectiva».

Por medio de la Epigrafía comenzamos a vislumbrar que los contactos interoceánicos e interamericanos, de los cuales solo se han

tenido atisbos circunstanciales y se han considerado como fantásticos e increíbles, fueron frecuentes en la más remota antigüedad.

Cuando se pretende parar el reloj en el curso de las investigaciones históricas debido a prejuicios ciegos, en realidad se retrocede. Luego de luchar por adelantar los conocimientos y al creer haber llegado casi hasta la cima extenuados, es frustrante encontrar obstáculos arrojados en el camino y como la roca de Sísifo, rodar dando saltos hasta el pie de la montaña de nuevo. Esa fue la triste suerte que les cupo a esas dos figuras osadas de la Epigrafía, el Padre Nazario y el doctor Narciso Alberti Bosch. Sin embargo su obra está poco a poco reconociéndose como precursora de trascendentales descubrimientos, en compañía de otras ilustres figuras que se arriesgaron a opinar libremente, dejando a un lado el lastre de informaciones consideradas como dogmas que ellos consideraron instintivamente erróneas.

En el caso que nos ocupa, en nuestra búsqueda por lograr una solución adecuada al enigma objeto del ensayo, creimos prudente no descansar en conjeturas de autores, sino en documentos y hechos. Nos dimos a la tarea de estudiar todo lo más que pudimos sobre otros enigmas análogos que han retado solución en otros países de Europa y de América. Por ejemplo, cómo fue tratado el caso de la Pedra Lavrada del Brasil y el caso del doctor Narciso Alberti Bosch en la vecina República Dominicana, así como el desconocimiento de la epigrafía por muchos arqueólogos americanos. Hicimos consultas a especialistas, la mayoría de las cuales resultó ser negativa y basada en los escritos previos de otros a base de deducciones sin base científica aparente que las sustentara.

Hemos procedido a emplear en este caso el mismo procedimiento que nos ha dado excelentes resultados en la investigación original histórica, basado en el análisis directo de las fuentes sobre el terreno, en museos, universidades, bibliotecas y archivos, hasta que nos hemos acercado cada vez más a la solución. Esa peregrinación nos ha puesto en contacto con la Sociedad Epigráfica, dirigida por un epigrafista experto y acucioso de aguda percepción, el doctor Barry Fell, quien ha estado tratando de superar obstáculos inconcebibles para romper los viejos moldes que aprisionan el desarrollo de la Epigrafía. Al estudiar la gran labor que ha estado haciendo y publicando dicha sociedad es que uno puede comprender lo vasto del campo por cubrir y los adelantos que se han logrado con los escasos medios disponibles. Casas editoras que rehúsan publicar sus trabajos por temor a represalias académicas, teniendo que recurrir a

LOS MONUMENTOS DEL PADRE JOSÉ MARÍA NAZARIO Y CANCEL

otras que por no publicar libros de texto, conservan su libertad de acción, significa obscurantismo en pleno siglo XX.

La labor sumamente complicada y paciente de la Epigrafía, según puede observarse en las publicaciones de la Sociedad Epigráfica y las obras del doctor Barry Fell, nos ofrece una idea de las dificultades con las que tuvieron que luchar esos precursores de esa disciplina, el Padre Nazario y el doctor Alberti Bosch, quienes aún así nos legaron una obra de la mayor importancia. Creemos estar acercándonos a la vindicación de sus nombres mancillados al lograr el descifre de las inscripciones que tanto los impresionaron y estimularon con gran fe en sí mismos, aun ante la obstrucción y el sarcasmo crítico de los escépticos compulsivos.

BIBLIOGRAFIA

A

- Abbad y Lasierra, Fray Iñigo: *Historia Geográfica, Civil y Natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*. Editorial Universidad de Puerto Rico, 1954.
- Aborigines of Puerto Rico and Neighboring Islands*, Annual Report of Bureau of American Ethnology, Washington, D. C., 1903-04 Published 1907.
- Alberti y Bosch, doctor Narciso: *Apuntes para la prehistoria de Quisqueya*, La Vega, 1912.
- Alva Ixtlilxóchilt, Fernando de: *Obras Históricas*. Dos vols. Ed. Nacional, México, 1952.
- Alvarez Chanca, doctor Diego: *Ensayo Biográfico*, Aurelio Tió, Asociación Médica de Puerto Rico, 1966.
- América B. C.*, Barry Fell, New York.
- Anthropological Papers*, Adolfo de Hostos, San Juan, Oficina del Historiador Oficial, 1941.
- Antiguos Egipcios y Chinos en América*, Londres, George Prior, 1974, Jairazbhoy, R. A.
- Atilés García, Guillermo: *Kaleidoscopio*, Tomo I, Ponce, 1905.
- Archivo General de Indias*, Sevilla, Documentos Inéditos.

B

- Before Columbus*, Cyrus H. Gordon, Crown Publishers, New York, 1972.
- Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Historia*, Tomo I, números 3 y 4.

BOLETÍN DE LA ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA HISTORIA

Boletín Histórico de Puerto Rico, doctor Cayetano Coll y Toste, 14 tomos.
Book of Mormon, Joseph Smith, 1843.

C

Cambridge Ancient History, Artículo *Canaá*, Londres.
Casas, Fray Bartolomé de las Casas: *Historia de las Indias*, Madrid, 1875.
Colección Arqueológica Antillana, Una, Adolfo de Hostos, Imprenta
Venezuela, San Juan, 1955.
Colón, Cristóbal: *Diario de Navegación*, Madrid, 1932.
Colón, Hernando: *Historia del Almirante*, Madrid, 1932.
Colonización de Puerto Rico, Salvador Brau, Cantero Fernández, San
Juan, 1930.

D

Diccionario Histórico Bibliográfico Comentado de Puerto Rico, Adolfo
de Hostos, Publicaciones de la Academia Puertorriqueña de la His-
toria, Editorial Rumbos, Barcelona, 1976.
Dumézil, George: *Lingüística histórica y comparada — Los nuevos ca-
minos de la lingüística — México*, 1974. — *Los seis primeros núme-
ros del Turco y del Quechua — Revista Educación 2-73-8*. La Plata.

E

Epigraphic Society, Arlington, Mass. Occasional Publications, Vols. 1-8.

F

Fernández de Oviedo, Gonzalo: *Historia General y Natural de las Indias*,
Real Academia de la Historia, Madrid, 1851-55.
Fundación de San Germán, Aurelio Tió, Editorial Orión, México, 1956.
Fell, Barry (H. Barraclough), *America B.C.*, 1976; *Saga América*, 1980,
Times Books.

G

García, Fray Gregorio: *Origen de los Indios del Nuevo Mundo*.
*Glosario de vocabulos portugueses derivados das linguas orientaes e afri-
canas, excepto o árabes*, Fray Francisco de San Luís.
Gordon, Cyrus H.: *Before Columbus*, Turnstone Prees, Londres., 1972.
Riddles of History, New York, 1974.
Guayanilla y la Historia de Puerto Rico, Presbítero José María Nazario
Cancel, Imprenta Revista de Puerto Rico, Ponce, 1893.

H

Heyerdahl, Thor: *Early Man and the Ocean*, New York, 1979, Kon-Tiki, Londres, 1952.

Homero, *La Odisea*.

Hostos, Adolfo de: *Diccionario Histórico, Bibliográfico Anotado de Puerto Rico*, Publicaciones de la Academia Puertorriqueña de la Historia, Editorial Rumbos, Barcelona, 1976. *Tras las Huellas de Hostos*, Editorial Universidad de Puerto Rico, 1966. *Anthropological Papers*, Oficina del Historiador, San Juan, 1941.

I

Isla de Pascua (Easter Island), Robert J. Casey, New York, Cornwall Press, 19331.

J

Jairazbhoy, R. A.: *Ancient Egyptians and Chinese in America*, Londres, George Prior, 1974.

K

Kingsborough, Vizconde Edward: *Antigüedades de México*.

Kon-Tiki, Thor Heyerdahl, Londres, 1952.

Krickeberg, W.: *Etnología de América*, Fondo de Cultura Económica, México, 1946.

Krieger, Herbert W.: *The Aborigenes of the Ancient Island of Hispaniola*, Annual Report, Smithsonian Institution, 1930.

Landa, Fray Diego de: *Relación de las cosas de Yucatán*.

M

Mártir de Anglería, Pedro: *Décadas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires, Editorial Bajel, 1944.

Monarquías Antiguas, Rawlinson, Londres, 1871.

Morales Cabrera, Pablo: *Puerto Rico Indígena*, Imprenta Venezuela, San Juan, 1932.

Murga Sanz, Mons. Vicente: *Puerto Rico en los manuscritos de don Juan Bautista Muñoz*, Palencia, 1960.

Museo del Indio Americano, *Boletín*, Tomo III, Número 3, julio de 1926.

N

- Nazario y Cancel, Presbítero José María: *Guayanilla y la Historia de Puerto Rico*, Revista de Puerto Rico, Ponce, 1893.
National Biographic Dictionary, Londres.
National Geographic Magazine. Vol. 155, Núm. 1, Washington, D. C., enero, 1979.
Nuevas Fuentes para la Historia de Puerto Rico, Aurelio Tió, *Universidad Interamericana de Puerto Rico*, 1961, Probanza de Juan González Ponce de León.

O

- Onffroy de Thoron, Vizconde Henri: *Les Phenices a L'Ille D'haiti* (Ophit Tarseckich), Parvain (Louvain 1882-1889). *Arte de la lengua Campa*, Lima, 1895.

P

- Padilla D'Onis, Luis: *Historia de Santo Domingo*, Primera parte, Prehistoria Dominicana, México, D. F., 1943.
Plutarco: *De Facie Quae in Orbe Lunae Apparet*.
Presscott, W. H.: *Historia de la Conquista del Perú*, New York, 1963.
Porras Garcés, Pedro Ignacio: *Arqueología de la Provincia Oriental*, Academia Nacional de Historia, Quito, Ecuador, 1961.

R

- Ragozin, Zenaida A.: *Artículo Caldea*, Historia de las Naciones, pág. 348.
Relación de las Cosas de Yucatán, Fray Diego de Landa, México, D. F.
Revista de Puerto Rico, 19 de noviembre de 1893, Ponce, Puerto Rico.
Riddles of History, Cyrus H. Gordon, New York, 1974.

S

- Santa Biblia, La*.
Smithsonian Institution, Washington, D. C., Report 1876, Report U.S.S., Mohican, Paymaster Thompson.
Sínodo Diocesano, Fray Damián López de Haro, Imprenta El Seminario, San Juan, Puerto Rico, Mons. Guillermo A. Jones, 1920.

LOS MONUMENTOS DEL PADRE JOSÉ MARÍA NAZARIO Y CANCEL

T

- Thomas, Cyrus: *Twelfth Annual Report of the Bureau of Ethnology*.
Smithsonian Institution 1890-1894, pages 392-394, figs. 272-273.
- Tió, Aurelio: Alvarez Chanca, Dr. Diego — *Ensayo Biográfico*, 1966.
Fundación de San Germán, 1956. Nuevas Fuentes para la historia
de Puerto Rico, 1961.
- Torquemada, Fray Juan de: *Monarchia Indiana*, núm. vols., México, 1943.
- Torres y Vargas, Fray Diego de: *Descripción de la Isla y Ciudad de
Puerto Rico* en Biblioteca Histórica de Puerto Rico, Alejandro Tapia.

V

- Vega, Garcilaso de la: *Comentarios Reales*, Universidad de Texas, 1966.
- Ventana, La, Revista Centrocultural de Guayanilla, julio de 1976.
- Vidas de Plutarco*, Sertorius.
- Voyage of González*, Hakluyt Society, Londres.

Z

- Zeno Gandía, doctor Manuel: *Resumpta Indoantillana, Pueblo Padre
Indoantillano, Cránea Indoantillana*, Ponce, Puerto Rico.

APENDICES

Como epílogo del ensayo relacionado con las antropoglifitas del Padre Nazario, a continuación se transcriben tres estudios de distintas fuentes y épocas que ofrecen varios puntos de vista sobre dicho hallazgo arqueológico.

El primero es un estudio cuyo autor fue el arqueólogo francés Alphonse L. Pinart sobre objetos indoantillanos de las Antillas y parte de la América del Sur, quien estuvo en Puerto Rico durante la década del 1880 en misión oficial del gobierno de Francia y examinó la colección del Padre Nazario en Guayanilla, quien lo citó en su libro *Guayanilla y la Historia de Puerto Rico* (pág. 53). También citó su gran trabajo el doctor Jesse Walter Fewkes en su informe *The Aborigenes of Puerto Rico and Neighboring Islands*. (Bureau of American Ethnology, Washington, D. C., 1907, pág. 148). Posiblemente el informe del doctor Pinart influyó para que el doctor Fewkes incluyera en su informe el «caveat» de que algunos objetos excavados en Puerto Rico pudieron pertenecer a razas anteriores a la de los indios puertorriqueños. El trabajo del doctor Pinart fue publicado en el Boletín del Museo de la Universidad de Puerto Rico bajo la dirección de la señora Mela Pons de Alegría, e incluye varias notas del doctor Ricardo Alegría. (*Revista del Museo de Antropología, Historia y Arte de la Universidad de Puerto Rico*, número 1, 1979.)

El segundo Apéndice da a conocer unas anotaciones muy preliminares para un informe sobre el resultado del examen de los petroglifos del Padre Nazario por arqueólogos de las universidades de Valladolid y Madrid, a quienes el doctor Demetrio Ramos, Director de la Casa Museo de Colón en Valladolid, sometió varios especímenes por encargo de la Academia Puertorriqueña de la Historia.

El tercer Apéndice contiene un informe preliminar del National Descipherment Center y suscrito por su director, doctor Barry Fell, el que tiende a confirmar la autenticidad de los petroglifos del Pa-

dre Nazario y su opinión de que los rasgos inscritos contienen muchos signos procedentes de alguna lengua del Oriente Medio en posible conjunto con signos Maya o Inca, autóctonos de América.

El doctor Fell deduce que los signos inscritos pertenecen a la lengua quechua preincaica junto a signos de la lengua chipriota Heteo-Minóica prehelénica e infiere que el hallazgo del Padre Nazario es el más grande de esa cultura fuera de la América del Sur.

Es posible que esa lengua híbrida inscrita en los petroglifos hallados en la región incáica influyeran en que el doctor Pablo Patrón, lingüista peruano, alegara que el quechua y el aymará eran de origen sumero-asirio, teoría que impugnó el argentino doctor Samuel Lafone Quevedo, sosteniendo que dos lenguas disímiles como las mencionadas, no podían derivarse de otras dos lenguas disímiles como el sumero y el semítico. Duzémil lo halló con el Turco.

Esta Academia confía que la transcripción de los trabajos adelante insertos faciliten el acopio de datos que permitan el ulterior estudio de un hallazgo arqueológico tan interesante e importante, pues tiene el potencial de una gran trascendencia internacional.

En cuanto a las credenciales del doctor Barry Fell como epigrafista, se transcribe una serie de notas relacionadas con el descifre efectuado por el doctor Fell de petroglifos excavados en el Valle del río Susquehana con caracteres vascos inscritos alrededor de los años 800-600 A. de C. y confirmados por la principal autoridad del idioma vasco, doctor Imanol Agiré, autor de la *Gran Enciclopedia Vasca* publicada en 1980 y *La Escritura en el Mundo*, texto mundial de epigrafía. El doctor Fell publicó dicho descifre en Occasional Publications, Epigraphic Society, Vol. 2, números 43-45, año 1975.

En vista del desarrollo logrado en la Epigrafía, para clasificar las distintas culturas americanas parece preferible el método basado en la analogía de las lenguas, que el método antropométrico craneano, aunque ambos se complementan.

APENDICE I

NOTAS SOBRE LOS PETROGLIFOS Y ANTIGÜEDADES DE LAS ANTILLAS MAYORES Y MENORES

(PUBLICADO EN 1893 EN TENTH ANNUAL REPORT OF
THE BUREAU OF AMERICAN ETHNOLOGY, FOR 1888-89:
136-137. WASHINGTON. «NOTE SUR LES PETROGLYPHS
ET ANTIQUITES DES GRANDES ET PETITES ANTILLES».
IN PICTURE WRITING OF THE AMERICAN INDIANS, BY
GARRICK MALLERY. PINART, A. L.)

Por ALPHONSE L. PINART

Introducción y notas por Ricardo E. Alegría
Traducción del francés por Manuel Cárdenas

INTRODUCCION

A fines del siglo pasado, las Antillas fueron visitadas por el francés Alphonse L. Pinart, estudioso de las culturas aborígenes americanas. Durante su viaje de estudio, Pinart visitó Puerto Rico, La Española, Cuba, las Antillas Menores, así como la isla de Aruba. Uno de los resultados de este viaje fue el estudio que hoy devolvemos a los investigadores del arte rupestre antillano. El mismo fue originalmente escrito en francés.

Aunque desde la visita de Pinart a las Antillas se han hecho importantes descubrimientos arqueológicos y muchas de sus observaciones sobre las culturas aborígenes han sido superadas, las noticias que este nos ofrece sobre los petroglifos y pictografías de las Antillas, es de gran importancia para el estudio del arte precolombino en las islas. Algunos de los lugares arqueológicos que él des-

cribe ya se han perdido para siempre. Fue Pinart el primero en descubrir y describir pinturas rupestres en Puerto Rico.

El destacado arqueólogo J. Walter Fewkes (*The Aborigenes of Porto Rico and Neighboring Islands*, Bureau of American Ethnology, Washington, D. C., 1907:148) al referirse a este estudio dice:

«La más importante contribución a la pictografía de Puerto Rico es por A. L. Pinart cuyo panfleto, aunque raro, es asequible en parte a través de extractos publicados por Mallery. Pinart pasó algún tiempo en Puerto Rico y fue el primero en señalar las pictografías descritas por él, e independientemente, redescubrió otras que menciona. Su panfleto es una importante contribución, aunque por su rareza ha pasado desapercibido por algunos de los principales estudiosos del tema.»

Además de esta obra que nunca se publicó y de la que solo circularon pocas copias heliostáticas del manuscrito (16 páginas y 15 láminas con dibujos), Pinart escribió otra sobre la cultura aborigen de la isla de Aruba y en especial sobre los petroglifos que hay en ésta: «Apercu sur l'Aruba, ses Habitants, ses Antiquités, ses Petroglyphes.» Esta obra tampoco fue impresa y sólo se conoce el manuscrito, que al igual que la anterior fue escrita en París hacia 1890. Junto a Eusebio Hernández, Pinart también preparó un *Vocabulario Castellano-Guaimie*.

Agradecemos al profesor Manuel Cárdenas la traducción al español de esta interesante obra.

Ricardo E. Alegria
octubre de 1979

París, 1890

Es un hecho histórico conocido de todos que en el tiempo del descubrimiento de Santo Domingo y Puerto Rico por el ilustre Almirante, los caribes estaban en vías de conquistar estas islas, y habían puesto ya un pie firme en Puerto Rico.¹ Viniendo del continente de la América del Sur habían pasado de isla en isla destruyendo a

1. No hay evidencia histórica de que los indios caribes de las Antillas Menores ocupasen parte de Puerto Rico.

su paso todas las poblaciones que pudieron encontrar, masacrando sin piedad a todos los hombres y no conservando como prisioneros más que a las mujeres. Eran estos una horda de bárbaros ávidos de pillaje y de carne humana que nadie podía detener en su marcha adelante.

En Puerto Rico, los caciques de la parte oriental de la isla, la más maltratada por los caribes, pidieron ayuda y alianza a los españoles.² Estos, beneficiándose de la situación, ayudaron en un primer momento a los borinqueños, habitantes de Puerto Rico y rechazaron a los invasores. Pero ¡ay! los borinqueños mismos se habían dado un amo y poco después desaparecieron a su vez víctimas de la crueldad y avaricia de los primeros conquistadores españoles.

¿A qué población pues podemos atribuir las antigüedades de todo género y los petroglifos encontrados en Puerto Rico? La lógica nos indica, me parece, el camino a seguir. Generalmente se le da a los objetos encontrados en Puerto Rico y en las Antillas Mayores el nombre de «objetos caribes». ¿Se puede suponer que durante el poco tiempo que los caribes han permanecido en estas islas, *las que apenas han penetrado*, hayan tenido el tiempo para producir todos estos objetos y diseñar todos estos petroglifos? ¿No es absolutamente más lógico pensar que los autores de estos trabajos fueron los habitantes que poblaban las Antillas antes de la llegada de los caribes que no eran otros que esta nación dulce y pacífica, suficientemente civilizada, que Colón encontró en Santo Domingo, en Puerto Rico, en Cuba, etc.?

Sin embargo, se me objetará que se han encontrado en la Martinica, en la Guadalupe, en San Cristóbal, en San Vicente, en la Granada, etc. inscripciones y objetos similares a los encontrados en Puerto Rico y Santo Domingo. Esto, por el contrario, viene a confirmar la teoría que propongo: *en las Antillas Menores se encuentran los mismos objetos y los mismos petroglifos que en las Antillas Mayores*. La más alejada y la más meridional de estas islas sobre las cuales se encuentran estos objetos es la de la Granada. Esta isla, para las poblaciones civilizadas de las Antillas Mayores, pero tímidas y poco habituadas a la navegación, debió ser el límite de su extensión. En efecto, desde esta isla no se avista ninguna otra costa, ni

2. Aunque Ponce de León refiere que los caciques taínos de Puerto Rico le informaron del daño que sufrían de los caribes, no hay evidencia de una alianza formal con los españoles para combatir a los caribes.

el continente de la América del Sur, ni las costas bajas de Barbados, ni Trinidad, ni Tobago. Por el contrario, desde Cuba, siguiendo toda la cadena de las Antillas Mayores y Menores, hasta la Granada no se pierde jamás tierra de vista.

Una vez establecido esto describiremos los principales petroglifos encontrados en las diferentes islas de las Antillas Mayores y Menores e indicaremos la identidad de sus figuras. A continuación haremos lo mismo en lo que concierne a los diversos objetos de piedra, de barro cocido, etc. que se encuentran allí también.

El primer ejemplo de petroglifo que presentamos aquí (Plancha I), fig. 1-2, se encuentra en la cueva del Islote sobre la Punta Brava, a unas 5 leguas al este de Arecibo y sobre la costa norte de la isla de Puerto Rico. La gruta se encuentra en una inmensa masa negruzca de roca ígnea en forma de punta que se adentra en el mar el cual la golpea con furia; ella comunica por el fondo con el mar, y el agua al penetrar por este pasadizo, que es bastante estrecho, produce un bramido formidable seguido poco después por auténticos truenos. Las gentes de los alrededores le tienen un temor supersticioso y no es más que con gran dificultad que se encuentra a alguien para que os acompañe allí. La entrada del lado de tierra está hacia la parte oriental: una grieta abierta en parte llena de desmoronamientos y en parte de vegetación achaparrada de la costa. Penetrando en el interior encontramos después de haber seguido un pasadizo de poca longitud pero bastante ancho, una cámara periforme de unos veinte metros de diámetro. En el techo, una grieta bastante estrecha deja entrar un rayo de luz que, reflejándose en las aguas del mar que llena el fondo de la gruta, da al interior de ésta una penumbra azulada. No obstante esta media luz, nos vimos obligados a emplear antorchas para distinguir bien los objetos. En todo nuestro alrededor, pero sobre todo por encima del lugar por donde penetra el mar se encuentran las inscripciones representadas en las planchas 1 y 2. La incisión de estas inscripciones es muy profunda y los bordes están generalmente arrugados por el martilleo; en ciertos lugares, hacia la parte inferior de la gruta, varias inscripciones están un poco borradas por el efecto del mar; pero éstas de la parte superior se encuentran en un notable estado de conservación. Por debajo de ciertas figuras principales de los grupos se encuentran talladas en la roca una especie de pequeñas fuentes circulares con desagüero que chorrea hacia abajo. No me aventuraré aquí a buscar una explicación formal a estas inscripciones, ¿pero no es lícito considerar el sitio donde las encontramos como un

lugar que servía de cita a los antiguos borinqueños para los sacrificios o las ceremonias de su religión? Por otra parte, el aspecto de estas inscripciones es muy particular.

Tomemos un ejemplo la figura (Pl. 1, fig. a). ¿No se creería tener delante de los ojos alguna representación de estas figurillas o estatuillas en piedra en México en la Mixteca y en el país del Sur? Después, esta otra cabeza (Pl. 2, fig. 2) curiosamente adornada con una diadema de plumas que parece presidir un banquete servido en la pequeña fuente circular colocada delante de ella. Después, está otra figura adornada caprichosamente (Pl. 3, fig. 10). Lo que notamos principalmente en este grupo de inscripciones, es la frecuencia de estas figuras gesticulantes en un círculo, a veces solas, a veces acompañadas de otras dos a los lados y que se encuentran universalmente sobre toda inscripción hallada en las Antillas Mayores y Menores. Igualmente, esta figura humana que parece envuelta en pañales como un niño pequeño,³ la cabeza y el cuerpo más o menos acompañados de ornamentos, y que se encuentran también muy frecuentemente.

A continuación de estas inscripciones del Islole daremos la lista de otras inscripciones que hemos encontrado en Puerto Rico describiéndolas sucintamente, no dando una descripción detallada más que de aquellas que pueden presentar el mayor interés.

En la gruta llamada la Cueva de los Archillas cerca del pueblo de Ciales se encuentra la inscripción (Pl. 9) donde observamos las curiosas figuras *a* y *b* en las que se notan vestigios de una diadema y adorno de orejas muy particulares. En la Cueva de los Conejos a alguna distancia de Arecibo en la carretera a Utuado encontramos la figura (Pl. 10, fig. 2). Esta figura en parte está tallada en la roca y en parte coloreada de un rojo negruzco; está artísticamente trabajada y representa el famoso «guavá», la araña monstruo de las Antillas Mayores a la que los naturales temían un gran terror.⁴ Es probable que los antiguos borinqueños la considerasen también con cierto respeto; habremos de encontrar la representación del mismo animal en la Cueva del Templo en la costa de Haití en Santo Domingo. Una roca solitaria rojiza, en un campo de la hacienda de don Pedro Pérez en la Carolina, a poca distancia de

3. Es esta la primera vez que se compara este diseño con un niño recién nacido, envuelto en pañales. Más tarde otros arqueólogos seguirán haciendo la comparación.

4. Es esta la primera descripción de una pictografía en Puerto Rico.

Río Piedras lleva una serie de figuras gesticulantes en círculos. Sobre una roca granítica de dimensiones muy grandes y sobrepuesta a una aglomeración de rocas de la misma especie, en medio de mangles y en la desembocadura del Caño del Indio en la Ceiba, cerca de Fajardo, sobre la costa oriental se encuentran tres figuras humanas fajadas, cuyas cabezas están engalanadas con diversos adornos (Pl. 4, figura 1). Sobre una roca negruzca en el río Arriba, uno de los brazos del río de la Ceiba, en el distrito de Fajardo, se encuentra una inscripción que apenas presenta interés.

En la loma Muñoz, cerca del río Arriba anteriormente mencionado, y sobre la cima de la colina, se encuentra una roca negruzca de superficie lisa, protegida por otra roca formando techo, en la cual se encuentra una inscripción compuesta de un batiburrillo de figuras gesticulantes.

En la confluencia del río Blanco y el río de la Ceiba, en el distrito de Fajardo, se encuentran una serie de rápidos muy violentos formados por rocas de grandes dimensiones de naturaleza granítica, sobre las cuales se encuentran talladas un gran número de figuras gesticulantes ya indicadas, así como figuras fajadas y otras que no presentan gran interés.

En la carretera de Caguas a Aguas Buenas, y en un rápido del pequeño río de Caguas, se encuentra una roca con figuras gesticulantes. En la Cueva de las Planadas en Pasto Viejo, cerca de Ciales, en el interior de la isla, se encuentran algunos petroglifos bastante borrosos de los cuales no he podido copiar de una manera exacta más que los representados en la (Pl. 9, fig. 4). *La Piedra Pintada* situada en el camino de Aibonito a Cayey en el interior de la isla, a unas 3 leguas de Aibonito, tiene algunos petroglifos bastante particulares representados en (Pl. 10, fig. 1). A poca distancia del río Manatí creca de su desembocadura, en una gruta de formación coralina llamada la Cueva de la Boquilla se encuentran algunos petroglifos poco interesantes.

En la Cueva Mallorquín, en el Llano Cañas cerca de Cabo Rojo, en el extremo oeste de la isla, se encuentran formaciones calcáreas muy curiosos y sobre un gran número de estas estalagmitas se encuentran talladas figuras gesticulantes del mismo estilo que estas que hemos citado ya varias veces. *Debemos señalar aquí antes de cerrar la lista de los petroglifos encontrados en Puerto Rico, ciertas figuras muy toscas en micaesquistos que han sido descubiertas sobre las alturas de Yauco al sur de la isla y que presentan inscripciones de un carácter absolutamente caprichoso. Ciertas piezas muestran*

un carácter absoluto de autenticidad, pero desde hace algún tiempo las gentes de país viendo el interés que un inteligente, aunque quizás ingenuo sacerdote vecino tomaba por estas piezas, se pusieron a fabricarlas.⁵ Hoy día, muchas de estas piezas que son traídas por las gentes del lugar son falsas; no obstante, es incuestionable, como he dicho más atrás, que las primeras que se hallaron, que se encuentran representadas en (Pl. 4, fig. 2), son auténticas. Los caracteres de las figuras tienen una semejanza sorprendente con las de ciertos alfabetos antiguos. Esto es extremadamente curioso; en los petroglifos copiados por nosotros en Aruba, en el grupo de las islas holandesas de Curacao, así como en el Chiriquí en el departamento de Panamá hemos encontrado caracteres similares. Señalamos este hecho pero no intentamos por el momento sacar conclusiones del mismo.

Dicho esto con respecto a los petroglifos que hemos encontrado en Puerto Rico, voy a dar brevemente las descripciones de los petroglifos existentes en las Antillas Menores comenzando por la isla más meridional del grupo de las verdaderas Antillas Menores, es decir, la isla de La Granada. En esta isla hacia el norte, sobre una roca del New River, roca negruzca y aislada, situada en un rápido, existe una inscripción desgraciadamente muy borrosa en la cual no hemos podido distinguir más que los rasgos casi deformes de figuras gesticulantes. En las Granadinas, en la isla de Bequia, se «nos ha señalado» en la montaña una roca con una inscripción que no hemos podido visitar. Hemos tenido esta indicación del señor Thomas Hill de San Vicente. En la Isla de San Vicente hemos visitado tres rocas con inscripciones.

La primera a unas 3 leguas E-N-E de la capital Kingstown, sobre el pequeño río de Mesopotamia; la roca está en el río en un lugar escarpado donde la corriente es muy rápida; la inscripción está muy borrosa.

La segunda es la plantación de Rutland Pale, cerca del pueblo de Layon sobre la costa oeste de la isla; esta roca está situada sobre la ribera del río de Layon; es un bloque granítico rojizo en la parte

5. Se refiere a las piedras con supuestas inscripciones que reunió el Padre José Nazario y que aparecen en algunas colecciones de Puerto Rico. Ver Nazario, José. *Guayanilla y la Historia de Puerto Rico*, Ponce, 1893.

Nota del Editor: Los petroglifos hallados en Aruba y Chiriquí similares a los de Guayanilla señalan hacia una migración desde el continente hacia su costa Norte y de allí a las Antillas y a Mesoamérica desde la región andina por el territorio de los indios «jivaros» entre Ecuador y Colombia.

superior del cual encontramos la figura (Pl. 3, fig. 1) que representa también los caracteres principales ya citados. Esta roca ha sido ya representada de una manera absolutamente incorrecta en la obra de Ober⁶ sobre las Antillas (1880).

La tercera se encuentra sobre una roca ígnea rojiza situada en un campo de arrow-root, a un kilómetro de Barrouaille, pequeño pueblo de la costa oeste, y presenta un tipo algo particular que no hemos encontrado más que en este lugar. No obstante, reconocimos en ella una figura humana rodeada de una diadema circular y de diversos adornos cuyo estilo la sitúan en el grupo que tenemos en la Plancha 5, figura 2.

En la isla de la Guadalupe, el señor Guesde, secretario de la Cámara de Agricultura de Pointe a Pitre ha tenido a bien el comunicarnos el diseño de un petroglifo existente a poca distancia de Capistère. Es la representación de una figura humana en pie que difiere bastante de las que hemos encontrado hasta el presente.

En la isla de San Cristóbal hemos encontrado dos petroglifos que se parecen completamente a los de Puerto Rico. El primero en un campo de Wingfield (Pl. 5, fig. 3) sobre una roca ígnea bastante bien conservada.

La segunda sobre la ribera misma del mar sobre una roca ígnea que parece haber sido desgarrada del farallón y que lleva una serie de figuras gesticulantes.

Por último en la isla de St. Jean o St. John, vecina a St. Thomas y una de las Islas Vírgenes, hemos encontrado en Reef-Bay las inscripciones ya publicadas burdamente en las memorias de la Sociedad de Anticuarios de Copenhague (1852); estas inscripciones son idénticas a las encontradas en Puerto Rico y se hallan situadas sobre las paredes mismas del farallón donde una pequeña caleta se adentra en el río, a unos dos kilómetros al fondo de la bahía (Pl. 5, figs. 4 y 5). Con esta última terminamos los petroglifos que han sido encontrados hasta el presente en las Antillas Menores y pasamos al oeste de Puerto Rico y a la gran isla de Santo Domingo, Quisqueya y Haití.

No hemos visitado personalmente más que el grupo de petroglifos de la costa de Haití, en la bahía de Samaño [Samaná].⁷ Nues-

6. Frederick A. Ober escribió la obra *Aborigenes of the West Indies*. Proc. American Antiquarian Society. Vol. 9 (1895) N.S. Worcester, Massachusetts.

7. El señor Louis Guesde, nació en Puerto Rico en el año 1844, pero siendo niño su familia se trasladó a Pointe-a-Pitre, Guadalupe. Heredó la

tra estancia en la isla fue bastante prolongada pero circunstancias independientes de nuestra voluntad no nos permitieron visitarla tan en detalle como a Puerto Rico y las Antillas Menores. Por otra parte, las inscripciones son allí mucho menos numerosas y, a pesar de todas las averiguaciones hechas por nosotros, no hemos sabido más que de las que se encuentran en la gruta del Sol, cerca del Monte Christi sobre la costa norte de la isla en el distrito de Dondon y sobre el artibonito en la República de Haití, así como en dos lugares del gran lago de Enriquillo, en el macizo de Baboruco.

Las inscripciones que presentamos aquí (Pl. 6 a 9) provienen de la gruta conocida bajo el nombre del Templo. Es la más oriental del grupo de grutas y cavernas de la costa de Haití, al lado de la bahía de San Lorenzo en la gran bahía de Samaño [Samaná]. El acceso a esta es muy difícil. Después de haber desembarcado en una pequeña playa muy estrecha al pie del farallón, nos vimos obligados a atravesar un ancho de 1/4 de kilómetro de una verdadera marisma de mangles. La entrada de la gruta forma un portal y las galerías son anchas pero poco iluminadas. Millares de murciélagos hacen además la entrada poco agradable. Tuvimos que utilizar antorchas hechas con hojas de palma y el humo nos incomodó considerablemente. Dondequiera sobre los muros se encuentran inscripciones que apenas están talladas en la roca sino más bien trazadas con la ayuda de un color ya negro, ya rojo. La galería principal termina a unas centenas de metros en una bóveda regular que forma una cámara bastante considerable; una fisura producida en ella deja entrar débilmente la luz. Es sobre estos muros que se encuentran las inscripciones que presentamos (Pl. 6 a 9). Reconocemos en estas inscripciones las figuras que ya hemos señalado en Puerto Rico y sobre todo la del guabá o gran araña. Estas inscripciones son mucho más groseras que las encontradas en Puerto Rico y presentan en muchos lugares puntos que parecen haber sido recargados, pero a pesar de ello su interés es considerable.

En las otras grutas del mismo grupo sobre la costa de Haití, encontramos también inscripciones pero son de muy poca importancia para que las demos aquí. De acuerdo a las afirmaciones de personas enteramente dignas de fe que han visitado la gruta del Sol, cerca de Monte Christi había muy poca diferencia en cuanto al tema de

colección arqueológica de su padre que enriqueció y lleva su nombre y se conserva en el Museo Fur Volkenkunke de Berlín. Ver Otis Mason, *The Guesde Collection of Antiquities in Pointe-a-Pitre, Guadalupe*, Smithsonian Institution Report, Washington, D. C., 1884.

los caracteres y esto que hemos encontrado nosotros mismos en la gruta del Templo.

Si dejamos ahora Santo Domingo y pasamos a Cuba, observamos que las inscripciones allí son muy raras o, para hablar mejor, hay una carencia total de ellas. La única que nosotros conocimos se encuentra sobre una roca situada en el lecho (seca al momento de nuestra visita) de una pequeña caleta sobre la vertiente S.E. del largo promontorio del Cabo Maysi, sobre el estrecho que separa a Cuba de Santo Domingo. Esta inscripción es muy reducida pero ella es completamente del tipo que ya hemos señalado. Las inscripciones encontradas en la isla de Pinos y que nos han sido enviadas por el comandante Fort y Roldán de La Habana, no tienen los suficientes rasgos de autenticidad como para reproducirlas aquí.

En cuanto a la Jamaica y otras islas pequeñas tales como los Caímanes, Navassa, etc., no he sabido jamás que se hayan descubierto allí inscripciones.

Vemos por lo que precede, que Puerto Rico fue de todas las Antillas la isla donde el arte de los petroglifos se había desarrollado más.

Vamos a ver ahora estudiando brevemente los objetos de barro cocido y piedra encontrados en las Antillas. Siendo Santo Domingo quien nos suministra los más bellos especímenes de cerámica, mientras que Puerto Rico nos da los más bellos especímenes del trabajo de piedra. Si estudiamos primeramente los objetos de cerámica encontramos que hasta el presente, sólo las tres Antillas Mayores nos han provisto con muestras; groseras en Cuba y en Puerto Rico y relativamente artísticas, por el contrario, en Santo Domingo.

No daremos más que muy pocos ejemplos de estos objetos para no extender demasiado este estudio que no es más que un resumen sucinto de los estudios generales que hemos hecho sobre este tema.

1. Un vaso de barro cocido rojizo cuya cocción es muy regular; las dimensiones de 19 cents. de altura por 12 en la base. Este vaso ha sido descubierto en una gruta en el Rancho Viejo entre Baní y Azua sobre la costa sureste de la isla de Santo Domingo, y perteneciente al señor Bollini de Santo Domingo (Pl. 11, fig. 1). Representa un indio acucillado, los brazos cruzados sobre las rodillas; la cabeza está cubierta de una especie de bonete y las orejas llevan ornamentos caprichosos señalados en lo que ya hemos dicho del tema de las inscripciones. El cuerpo, los brazos y el rostro son completamente delgados; las costillas resaltan de una manera muy especial; las piernas por el contrario están representadas desmesu-

radamente gruesas y espesas. Esto es curioso al más alto grado pues estos signos son muy característicos de la elefantiasis tan común en las Antillas. La enfermedad era pues común a los indios antes de la época colombina. El conducto que forma la continuación de la espada sirve de embocadero al vaso que por ello, y en su conjunto, tiene un gran parecido con las cerámicas provenientes de Perú.

La figura (Pl. 12, fig. 6) representa una cabeza de murciélago curiosamente adornada y sin ninguna duda ha servido de asa a un vaso llano, tipo taza. La pieza, de un trabajo muy fino, de barro rojo oscuro y de una cocción perfecta ha sido encontrado en el interior de la isla en los alrededores de Santiago de los Caballeros; ella pertenece al señor Roque Cocchia, en esta época arzobispo de Santo Domingo.

La figura (Pl. 12, fig. 5) representa una cabeza humana en barro cocido, engalanada con un bonete y con adornos de orejas bastante caprichosos y que ha debido servir ya sea de pata, ya sea de agarra-dera en un vaso. En el interior se encuentran pequeñas bolas de barro cocido que al menor movimiento chocan entre sí y hacen ruido.

La figura (Pl. 11, figs. 2, 3 y 4) representa diversas figurillas en barro cocido pero de un género más grosero. Es este el tipo que se encuentra de una manera casi general en la isla de Santo Domingo, en Puerto Rico, en Cuba y hasta en la isla de St. Croix donde nosotros la hemos encontrado en una excavación.

La figura (Pl. 11, fig. 5) representa un vaso en barro cocido rojizo, de formas y cocción perfectas y el cuello adornado por un diseño muy regular. Las dimensiones de este vaso son: 7.65 c. por 20 c. Ha sido encontrado en los alrededores de Azua. Es el único ejemplar completo que nosotros conocemos de un vaso de estas regiones. Los objetos en piedra encontrados en estas regiones, Antillas Mayores y Menores, son relativamente numerosos y los dividiremos como sigue: collares, mazas con protuberancias, pilones o macetas, hachas y ornamentos diversos.

Los collares en piedras duras (Pl. 10, figs. a, b) semejantes a las colleras que se ponen en los caballos han sido encontrados frecuentemente en las grutas de Puerto Rico y más raramente en Santo Domingo y en las Antillas Menores.⁸ Conocemos, sin embargo, va-

8. Pensamos que se trata de la bahía de Samaná, al norte de la República Dominicana y en cuyas cuevas se han descubierto numerosos petroglifos y pictografías.

rios de ellos en las colecciones privadas de Santo Domingo que han sido encontrados en la isla, y otro que se halla en la actualidad en el Museo del Trocadero en París y que fue encontrado en la Guadalupe.

Conocemos también al menos una instancia de hallazgo de collares⁹ del mismo género en cada una de las islas de Santa Lucía y de la Dominica. Sin embargo, es cierto que Puerto Rico ha suministrado los más excelentes. La colección Látimer,¹⁰ hoy día en el Smithsonian de Washington, posee numerosos ejemplares de ellos y nosotros incluso hemos podido procurar algunos en numerosas excursiones al macizo montañoso de Lares en Puerto Rico. ¿Cuál puede haber sido el uso de estos collares? Hasta el presente ninguna respuesta plausible ha sido dada y debemos confesar que nos encontramos obligados a no establecer más que hipótesis. Los hay de dos clases: los primeros, tal como este que presentamos (Pl. 10, fig. 4), cuyas dimensiones son..., están siempre muy finamente trabajados, incluso, frecuentemente adornados con cuidado; los segundos son excesivamente toscos y sin ningún adorno. Estos últimos son más raros que los primeros. El adorno de los primeros varía bastante, aunque el principal tema de la ornamentación se encuentra siempre en la parte donde el collar presenta una prominencia. Esta ornamentación representa en el caso presente una figura humana; hemos encontrado igualmente, el sapo, la lechuzca, etc.

Vienen a continuación las mazas con protuberancias (Pl. 4, fig. 3) que se han encontrado en abundancia en Puerto Rico, en Santo Domingo; en la isla de Vieques y en St. Thomas (un pequeño espécimen proveniente de estas islas nos ha sido mostrado y se encuentra hoy día en el Museo del Trocadero en París). La dimensión de estos objetos, y por consecuencia su peso, varía enormemente. El mayor que hemos encontrado tenía hasta 60 centímetros de largo y pesaba unos treinta kilos, y el más pequeño de 4 centímetros no pesando más que algunos gramos. El aspecto de estas mazas es siempre

9. Se refiere a los cinturones monolíticos, generalmente denominados «collares».

10. George Latimer, comerciante norteamericano, residente en Puerto Rico desde 1840, formó una rica colección arqueológica que a su muerte pasó al Smithsonian Institution. Ver Otis Mason, *The Latimer Collection of Antiquities from Puerto Rico in the National Museum at Washington, D. C.* Annual Report, Smithsonian Institution, Washington, D. C., 1876.

el mismo: es un ser humano, o un animal: sapo, lagarto, etc. de vientre aplastado; únicamente la cabeza y las extremidades inferiores se encuentran reproducidas. Sobre la espalda se eleva una protuberancia considerable que da al objeto una apariencia caprichosa. Tenemos toda la razón de creer que esta maza estaba agarrada a un codo de madera por sus dos extremidades (Pl. 4, fig. 10) y debía ser así un arma formidable.

Los pilones y macetas se han encontrado también en un gran número en Puerto Rico y en Santo Domingo. Este que presentamos aquí (Pl. 15, fig. 5) es de los más notables; es uno cuya empuñadura representa una cabeza humana coronada por un sapo; el otro tiene una lechuga. Los dos son en piedra dura y de dimensiones casi parecidas. Generalmente son de piedra dura y finamente trabajados. Debemos aquí la figura (Pl. 12, figs. 3, 4) que representa la cabeza de un indio. Esta cabeza evidentemente formaba la empuñadura de uno de estos pilones cuyo cuerpo ha sido roto. La presentamos de frente y de perfil. Es la cabeza aplastada de un indio tal como los historiadores nos la describen; es un trabajo muy fino, tallado en una roca verduzca muy dura, y de gran pulido. Hacia la cima de la cabeza se encuentra diseñado un sapo cuyas patas forman las dos protuberancias que notamos a los dos lados de la cabeza.

Las hachas en piedra encontradas en Puerto Rico son de dos especies muy cortantes; la primera; la verdadera hacha caribe, es importada, y sus dimensiones varían muchísimo aunque las formas permanecen absolutamente (Pl. 15; fig. 1); se las enmanga en un trozo de madera rajado en la cabeza, fortaleciéndose después este empaque con tiras de piel o filamentos de liana. El segundo tipo que es mucho más común en las Antillas Mayores, c-a-d y en verdad único en Santo Domingo y Cuba tiene siempre un lado suficientemente plano para agarrarlo a un cabo al cual está sólidamente atado por ligamentos similares a los precedentes.

En la isla de Nevis donde el señor C. J. Connell ha reunido una colección muy importante, ciertos tipos son muy bellos y trabajados de una manera caprichosa; citaré particularmente la (Pl. 14, fig. 8). Haremos notar también más especialmente la figura (Pl. 15, fig. 2). Esta pieza única en nuestra opinión, parece haber estado enmangada en una madera entallada y sus dimensiones así como su forma especial (tiene un lado absolutamente plano) hace suponer que ella ha podido servir de azada para remover la tierra.

Así la figura (Pl. 14, fig. 6) ha debido servir de pendiente ornamental en un collar.

En San Vicente, en la colección del señor Allen Lewis se encuentran algunas bellas hachas de forma caribe, y en la del señor William Loco de Barouville se encuentran otros especímenes de hachas en forma caribe curiosamente adornadas (Pl. 13). Estas hachas del primer tipo caribe han sido encontradas muy frecuentemente en las Antillas Menores donde los caribes han hecho una estancia mucho más prolongada (en San Cristóbal, Martinica, Guadalupe, Santa Lucía, Dominica, Granada, etc.) pero repetimos de nuevo que no se las encuentra; o muy poco, en Santo Domingo y Cuba. Además debemos notar aquí que no se han encontrado jamás en las Antillas «puntas de flecha» en piedra. Es casi totalmente cierto que los indios empleaban como punta de sus flechas madera endurecida al fuego, quizás como los «chuzos» lanzados con cerbatanas.

Citaremos ahora una pieza muy curiosa encontrada por nosotros en la Ceiba cerca de Fajardo en Puerto Rico. Es una especie de mate de mano acompañado de la piedra o puño que servía para moler los granos sobre aquel (Pl. 15, fig. 1). Estas dos piezas que están finamente trabajadas en una roca verduzca muy dura se encuentran actualmente en el Museo del Trocadero.

Por último, terminaremos este resumen ya demasiado largo con una breve descripción de un *dujo* o taburete en madera dura del cual se ha hecho mención tan frecuentemente en las historias de la conquista. Este que nosotros describimos (Pl. 4, fig. 4) y que fue encontrado en una gruta cerca de Bayamón en Puerto Rico está formado de una tabla bastante espesa, muy bien trabajada, lisa y pulida en su parte superior, y tiene cuatro patas; el conjunto está tallado en un mismo bloque de madera. Uno de los lados está encorvado con una cierta prolongación mientras que el otro se ensancha grandemente dando a la pieza, vista desde arriba y siguiendo su eje mayor, el aspecto tosco de un ave del tipo águila cuyas alas y patas le hubiesen sido arrancadas. Otro ejemplo de *dujo* pero de forma más simple, sin curvatura y casi cuadrilongo ha sido encontrado en una caverna en Long-Cay en las Bahamas y se encuentra depositado en el Museo Colonial de Nassau, capital de las Bahamas.

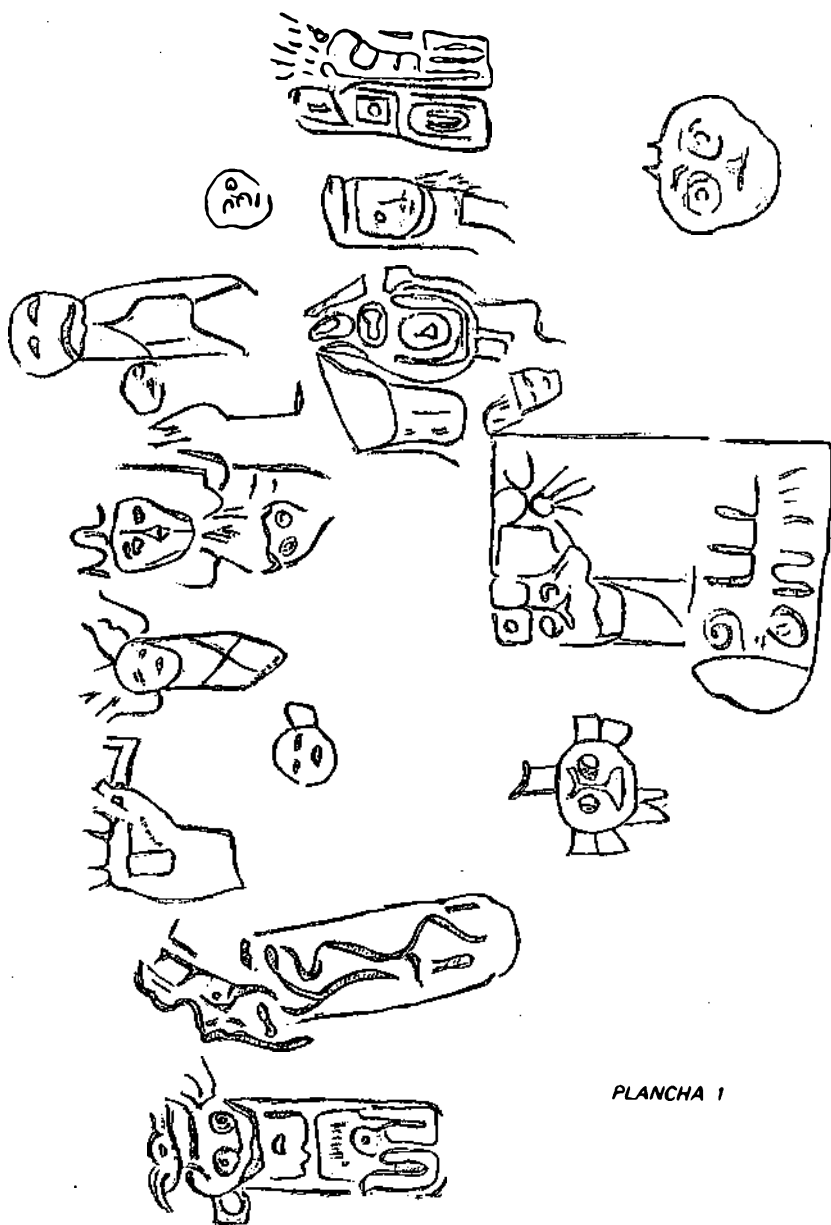
Antes de cerrar este resumen daremos también como espécimen del arte de los habitantes de Barbados las figuras (Pl. 15). La primera representa un hacha de concha (strombo) proveniente de Barbados (Museo del Trocadero).

Hemos visto más arriba que especímenes de hachas del mismo género habían sido encontrados en Puerto Rico, en su parte oriental ocupada en un momento por los caribes (Pl. 15).

Y el segundo una figurilla de barro cocido muy tosca que formaba parte de la colección del señor Allen Lewis de San Vicente. Es el único espécimen de barro cocido que se haya encontrado jamás sobre esta isla y hay toda la razón para creer que su origen es posterior a la llegada de los europeos a la isla. La cabeza representada nos parecen ser la de un europeo.

Nota: Obsérvese que brillan por su ausencia en los dibujos del Dr. Pinart, las «grecas» a las que han aludido algunos historiadores de Santo Domingo como muy frecuentes en Las Antillas para justificar sus opiniones de su origen araguaco, caribe, o aún azteca, en las cuevas que informó el Dr. Narciso Alberti Bosch en La Española. Se consideran los trabajos de investigación del Dr. Pinart por el Dr. Jesse Walter Fewkes como «los mejores y más abarcadores hechos en Las Antillas y Centroamérica», por lo que la ausencia de «grecas» señala que eran desconocidas en esas regiones, lo que demuestra que el Dr. Alberti Bosch no estaba muy despistado en sus analogías de dichas «grecas» con el Laberinto de Minos y máxime al aparecer rodeadas de caracteres hebreos y fenicios.

La mayoría de las supuestas «grecas» indoantillanas son cuadradas con las esquinas redondeadas, inscritas en cerámica una dentro de la otra en orden de tamaño descendente sin tocarse sus lados. Las «grecas» que informó el Dr. Alberti son en forma de cadena con líneas que toman distintas direcciones sin cruzarse, parecidas al Laberinto de Minos, dibujadas en forma artificiosa para confundir por el enredo de sus líneas y sus falsas salidas y entradas. El adorno de líneas paralelas y ángulos rectos, separadas por un espacio igual al de su anchura, se repite en el dibujo, simulando serpientes horizontales con una cruz encima y citó a Onffroy de Thoron en su interpretación del «término del viaje de Votán, jefe cartaginés» a América, cerca de las «guasácaras» que significa cuevas y «guasábaras» o guerras. La leyenda griega del Laberinto surgió del palacio de Knósos de 1,500 cuartos en 22,000 metros cuadrados, donde vivía el Minotauro legendario.



PLANCHA 1

PLANCHA 2

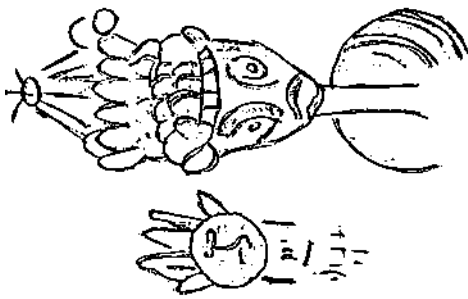


Fig. 1-2

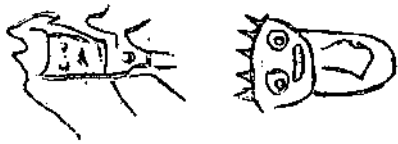


Fig. 3



Fig. 4



Fig. 5



Fig. 6

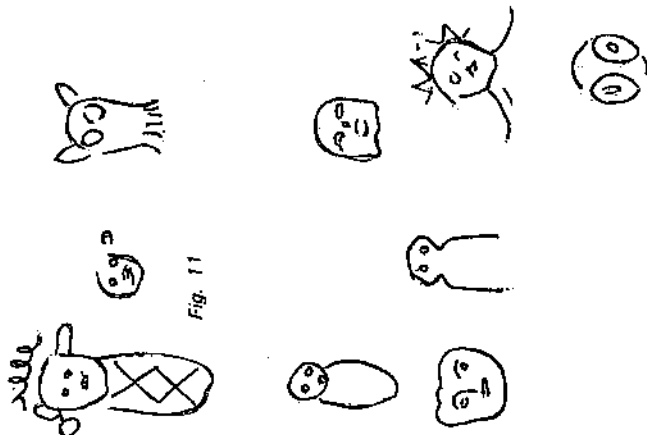
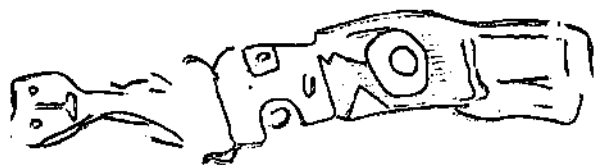


Fig. 11

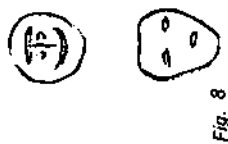


Fig. 8



Fig. 7

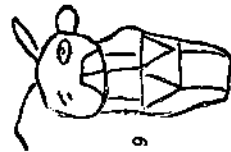


Fig. 9

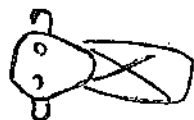


Fig. 10

PLANCHA 3

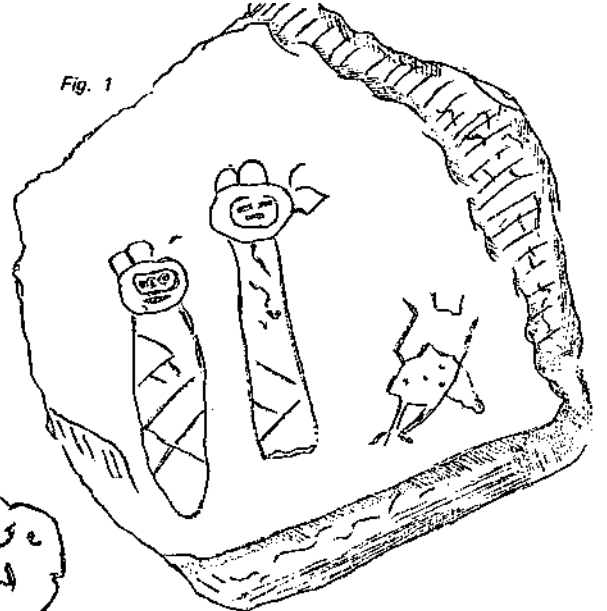


Fig. 1

PLANCHA 4

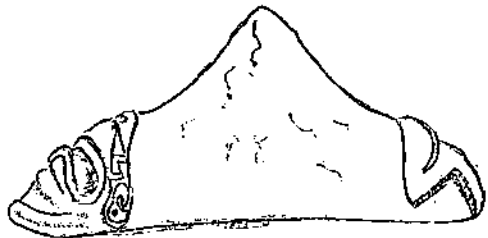


Fig. 3

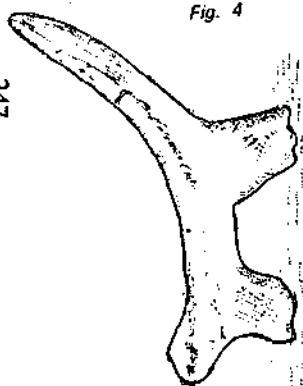
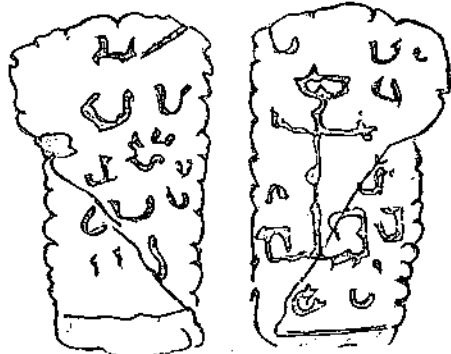


Fig. 4

247

Fig. 2



—GUAYANILLA—

NOTA: Al comparar los dibujos del Dr. Pinart en la Plancha 4, figura 2, con las piezas, se notan diferencias considerables con los signos inscritos en los petroglifos. El arte rupestre de las piezas es tosco, pero las líneas inscritas son bien definidas y la repetición de algunos signos evidencia un método rígido de escritura por un grabador de alguna pericia técnica, aunque la grave erosión de las piezas ha causado distorsión en los signos.

PLANCHA 5

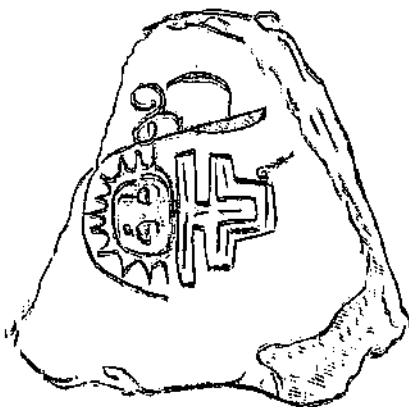
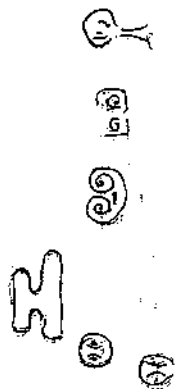
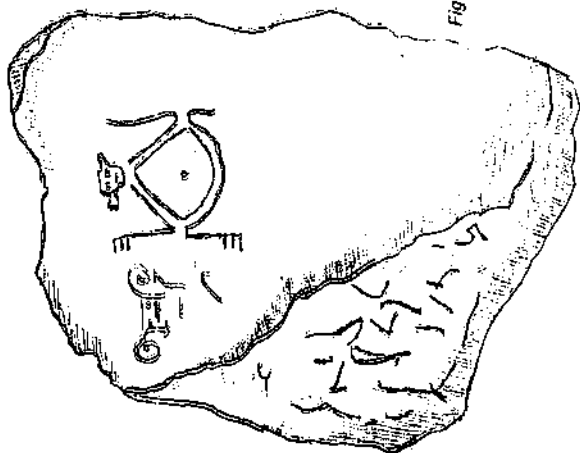
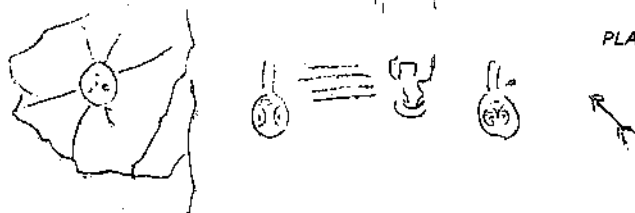


Fig. 2

Fig. 3

Fig. 1

LOS MONUMENTOS DEL PADRE JOSÉ MARÍA NAZARIO Y CANCEL

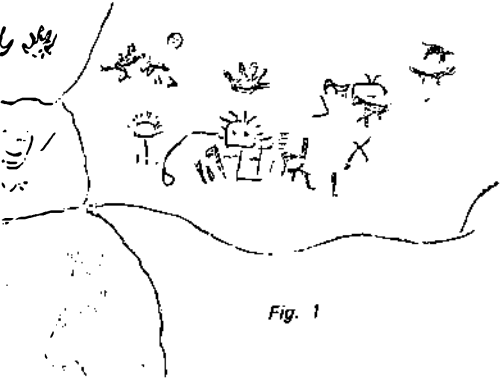


Fig. 1

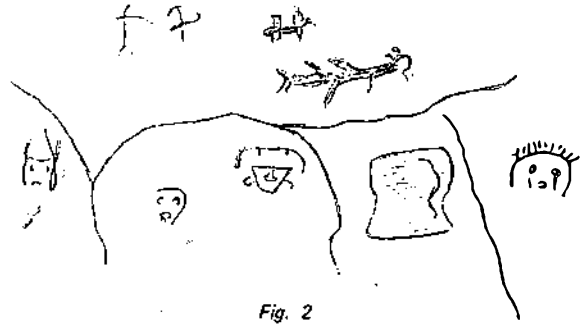


Fig. 2



Fig. 3

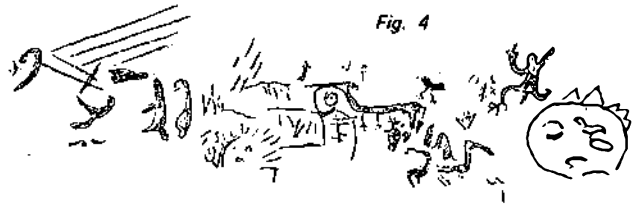


Fig. 4



Fig. 5



Fig. 6

PLANCHA 6

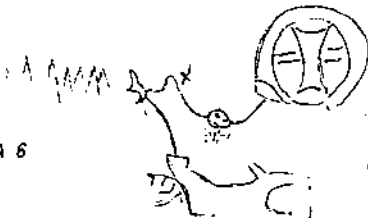
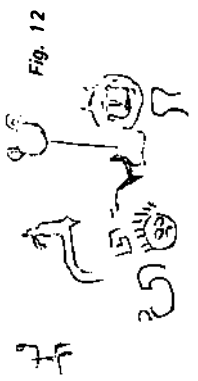
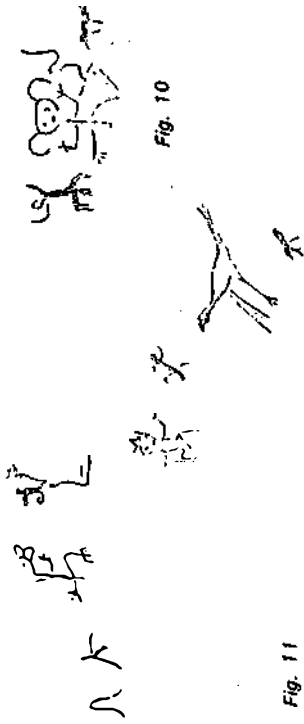


Fig. 7





PLANCHA 7

LOS MONUMENTOS DEL PADRE JOSÉ MARÍA NAZARIO Y CANCEL



Fig. 15

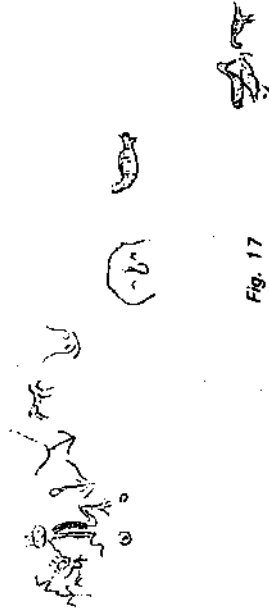


Fig. 17

PLANCHA 8

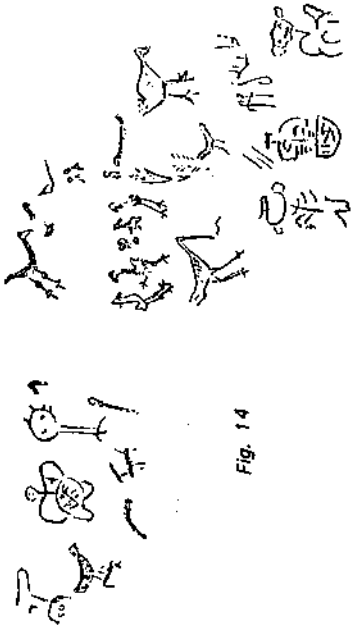


Fig. 14

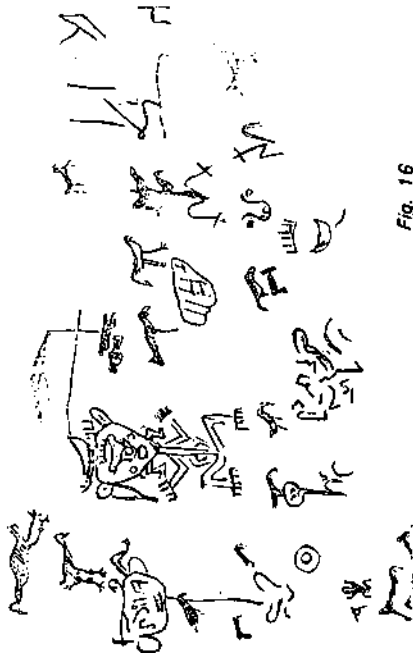


Fig. 16



Fig. 20



Fig. 3

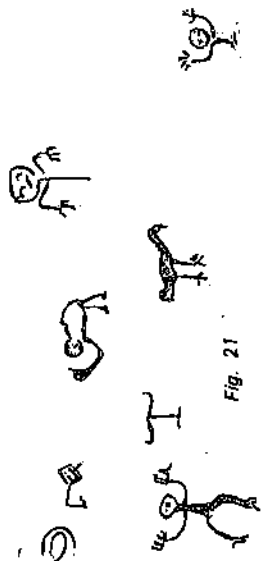


Fig. 21



Fig. 23



Fig. 2

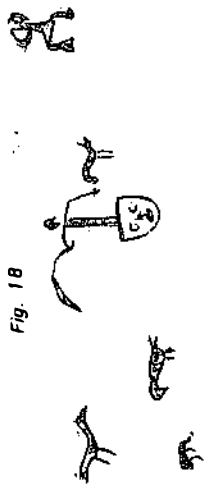


Fig. 18



Fig. 19



Fig. 4



LOS MONUMENTOS DEL PADRE JOSÉ MARÍA NAZARIO Y CANCEL

Fig. 3

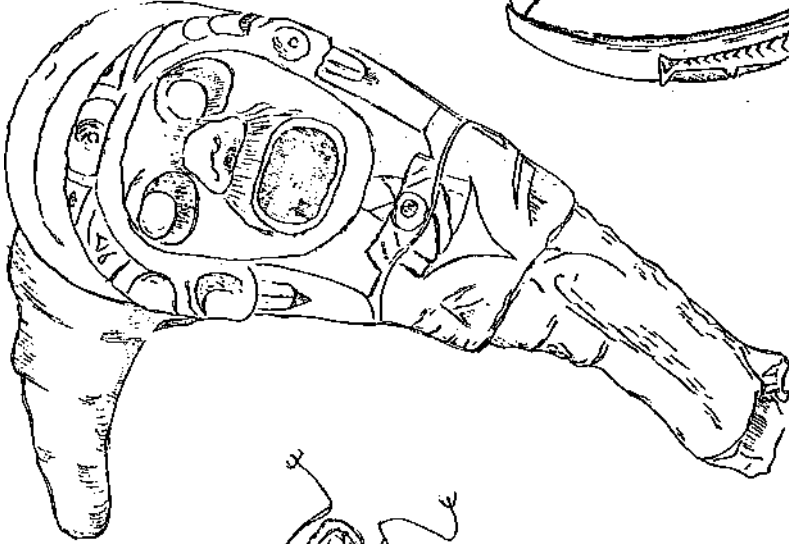


Fig. 4

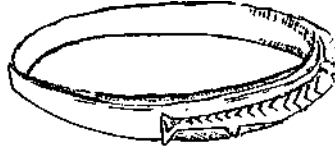
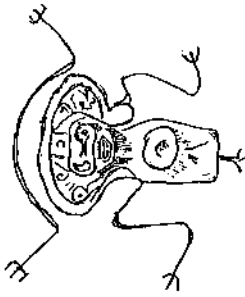


Fig. 2



PLANCHA 10

Fig. 1

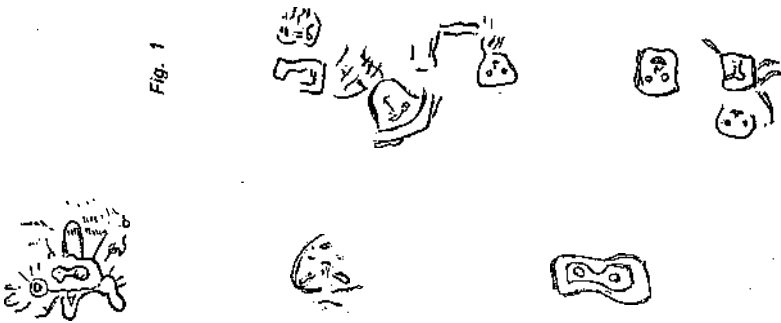




Fig. 2*



Fig. 3



Fig. 4

PLANCHA 11

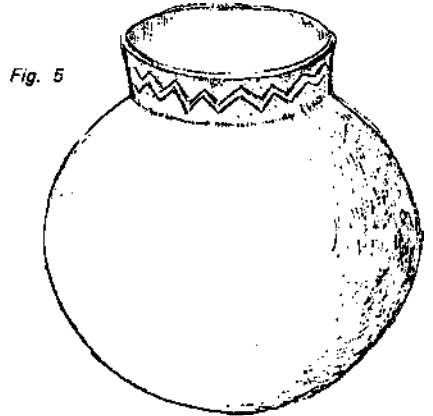


Fig. 5

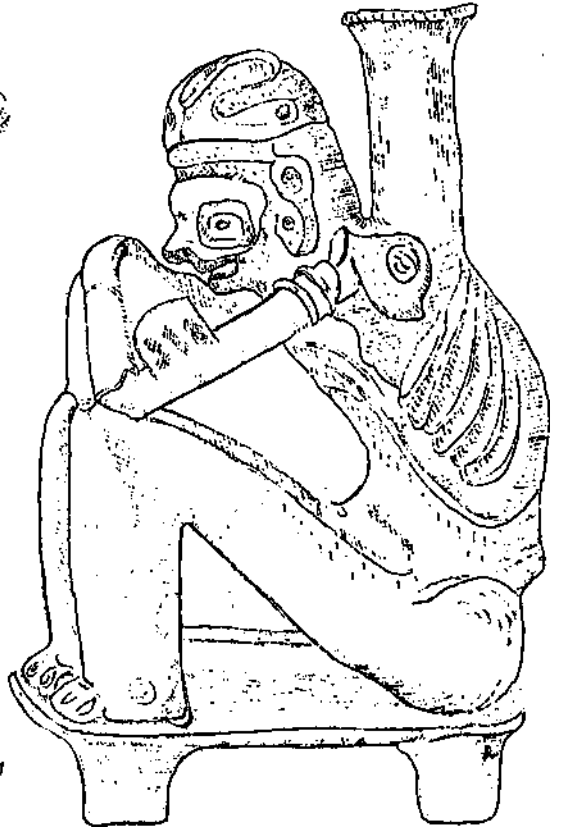


Fig. 1

LOS MONUMENTOS DEL PADRE JOSÉ MARÍA NAZARIO Y CANCEL

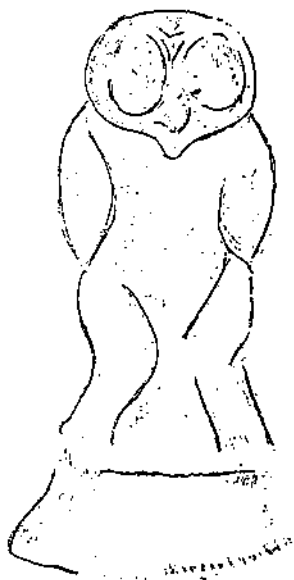
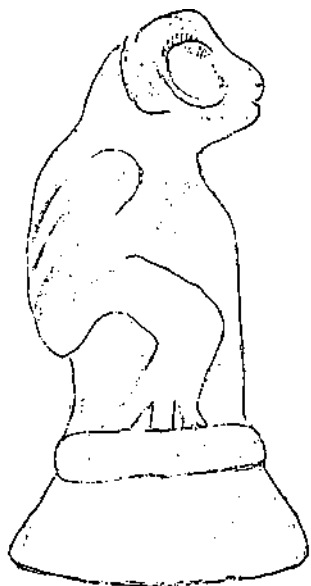


Fig. 1-2

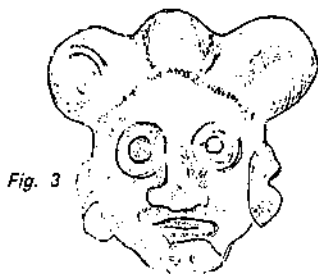


Fig. 3

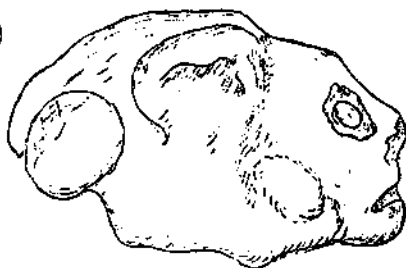


Fig. 4

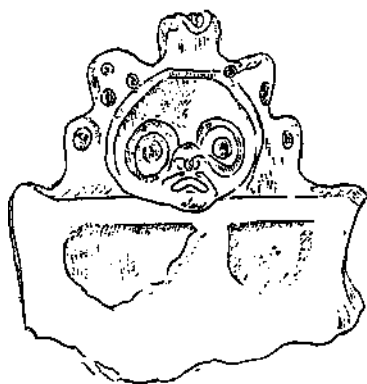
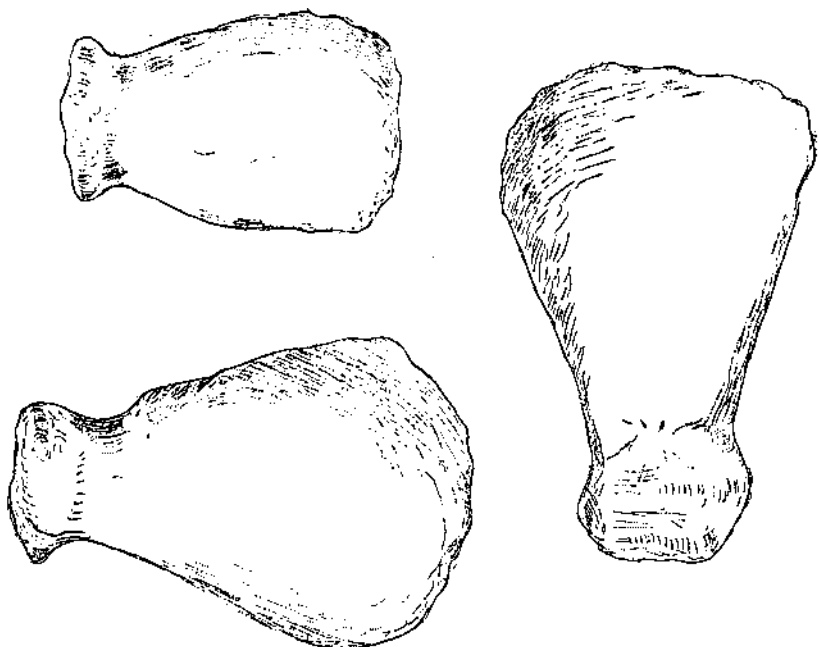


Fig. 6

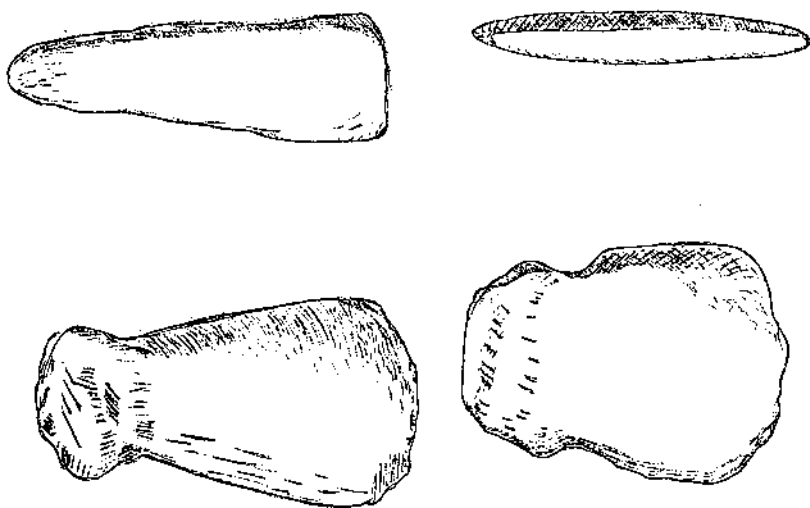


Fig. 5

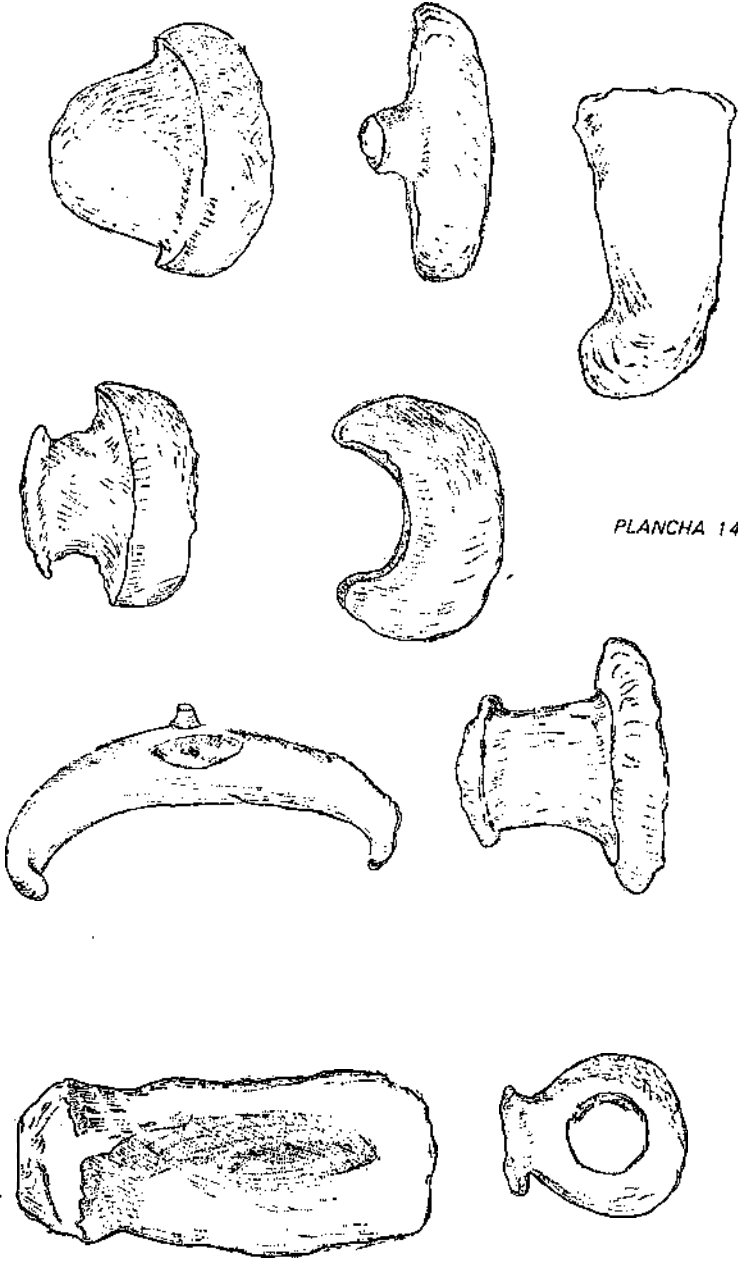
PLANCHA 12



PLANCHA 13



LOS MONUMENTOS DEL PADRE JOSÉ MARÍA NAZARIO Y CANCEL



PLANCHA 14

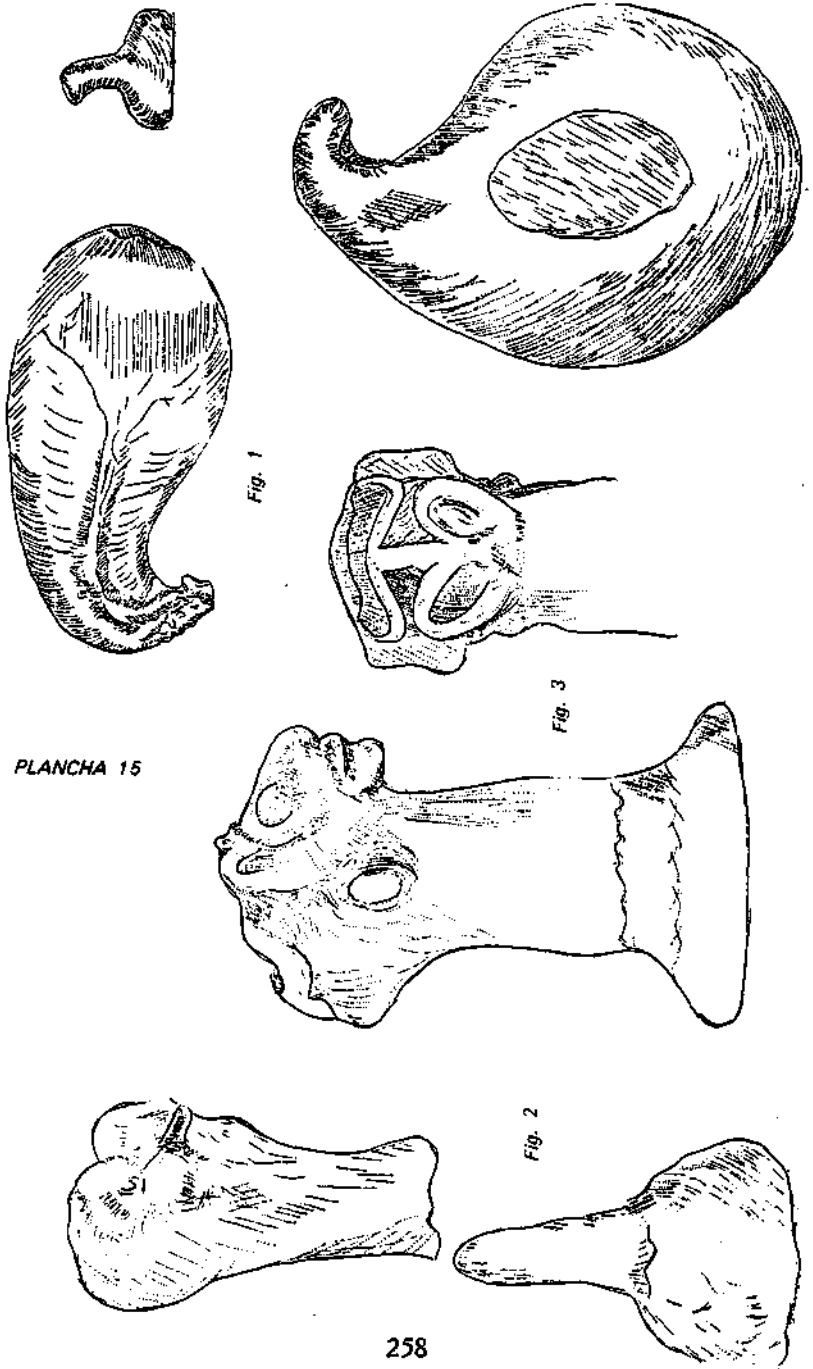


Fig. 1

Fig. 3

Fig. 2

PLANCHA 15

APENDICE II

INFORME PRELIMINAR DE ARQUEOLOGOS DE LAS UNIVERSIDADES DE MADRID Y VALLADOLID DE UNOS PETROGLIFOS EXCAVADOS EN GUAYANILLA, PUERTO RICO, POR EL PADRE JOSE MARIA NAZARIO Y CANCEL EN 1880 Y SOMETIDOS POR CONDUCTO DEL DR. DEMETRIO RAMOS, DIRECTOR DE LA CASA DE AMERICA Y EL MUSEO DE COLON DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, JULIO DE 1979.

Las escasas piezas que obran en nuestro poder no permiten realizar una profundización adecuada con respecto a su posible significación, dentro de la historia de esta zona. A ello se unen además otra serie de aspectos dignos de ser tenidos en cuenta:

a) Por las circunstancias y el momento del hallazgo parece deducirse que, desde el punto de vista arqueológico, la descripción y los testimonios técnicos del proceso de excavación sean nulos, por lo cual no es posible disponer de una estratigrafía que permita señalar el nivel en el que aparecieron las piezas ni los posibles restos materiales, óseos, etc., que les pudieron acompañar. En suma, al aparecer las piedras aisladas están fuera de todo contexto arqueológico, y por tanto habría que recurrir a su estudio por otros medios.

b) Tendría que emplearse así un criterio comparativo referido a dos puntos:

1) El estudio de la tipología de estas figuras en relación con otras ya conocidas y perfectamente identificadas en una cultura concreta.

2) El análisis de las líneas y signos incisos que aparecen en ellas. Para esto sería necesario la realización de calcos de todas las figuras contenidas en el muestrario completo, procediendo seguidamente a la relación estadística cuantitativa de los signos represen-

tados y su frecuencia, y posteriormente comprobar si existen parecidas representaciones dentro de otras culturas o grupos, sean o no de la zona. A este respecto, hemos solicitado la opinión del Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Valladolid y de su catedrático, doctor Angel Montenegro, el cual manifestó que, si bien podía pensarse que algunos de los signos que aparecen tienen una leve semejanza con algunas letras del alfabeto fenicio tomadas aisladamente, no cree posible su relación. Mucho más lejano queda cualquier intento de relación con caracteres cuneiformes.

También el doctor J. M. Blázquez, catedrático de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid y Director del Instituto Rodrigo Caro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, dio su parecer, y examinadas las piezas desechó cualquier posible parentesco, tanto con técnicas de trabajo escultórico como con tipo de ornamentación o de escritura con cualquiera de las culturas del oriente del Mediterráneo.

c) Con respecto al material en que están hechas las piezas, parece casi seguro que es coincidente con los tipos de roca existentes en el lugar del hallazgo. Por lo que se refiere a la técnica empleada para las incisiones, éstas pudieron ser realizadas con útiles de material posiblemente metálico.

d) Teniendo en cuenta todo lo anteriormente expuesto, no es posible entrar en ningún tipo de puntualización sobre el origen, el significado y la función de estas figuras antropomorfas. Los signos podrían interpretarse como de contenido mágico-religioso, tatuajes y sentidos similares, pero debe advertirse que ni siquiera responden a una tipología única.

e) Con respecto a la localización cultural de sus autores hay leves rasgos de similitud con alguna práctica de los taínos (por ejemplo: líneas incisas en bandas similar a algunas pictografías referidas a vendajes mortuorios), pero los elementos son del todo insuficientes para definir una adscripción cultural. No se excluye la hipótesis de que los supuestos realizadores no fueran indoantillanos.

NOTA: Los signos fueron inscritos dentro de cuadrículas acrósticas al estilo del Oriente Medio, de lo que no se percataron los arqueólogos que los examinaron.

APENDICE III
NATIONAL DECIPHERMENT CENTER
6 WOODLAND STREET
ARLINGTON, MASSACHUSETTS 02174
TELEPHONE: (617) 646-1651

July 20 1980

Dr. Aurelio Tió Nazario de Figueroa
President
Puerto Rico Academy of History
Dear Señor Aurelio Tió:

I received today five specimens of the «anthropoglyphs» referred to in your letter of September 18th 1979, addressed to Professor José Buscaglia. At the request of Dr. Buscaglia I submit to you the following preliminary report. A more detailed report will be made later, and ought to be published by the Epigraphic Society.

Summary

The so-called «anthropoglyphs» found by José M. Nazario, near Guayanilla, Puerto Rico, are a local development of the pre-Incaic megalithic culture of Oriente Province of Ecuador, and derived ultimately from pre-Hellenic Cyprus. The images are known as *waka* in the Kechwa language, and the script with which they are decorated is carelessly written syllabic Kechwa, employing the South American version of the Cypriot syllabary. The decorative inscriptions, written as usual in all Kechwa inscriptions, in acrostic checker-board squares, to be

read both horizontally and vertically, conform in this respect to the type material deciphered by Fell (1977) on the basis of the known attribution of the ceremonial embroidered robes of the eighth Inca, Viracocha. The Oriente material, unlike the metallic inscribed plates of the National Treasure of Ecuador, is of much older provenance, is associated with dolmens («mesa de piedra») and with mound burials, and is of a cruder style; it includes small and large stone images of a series of deities, both male and female. The Guayanilla images submitted are all small and appear to represent the same deity, a Virgin or Mother Goddess, one of whose aspects is that of a Kechwa equivalent of Nuestra Señora de Socorro, as the inscription indicates. The Guayanilla collection, since it apparently comprises some 800 pieces, represents the greatest single find ever made of this prehistoric pre-Incaic culture, and the only known occurrence beyond the shores of South America. Current investigations by Professor Torres Mosquera at the Panche pyramid mound of Armera, Colombia, may be expected to disclose links with that site. (Ver pág. 283.)

I attach a report on the individual objects. Thank you for allowing me to study these remarkable specimens. I retain custody of them for the time being, until they can be returned to you.

Sincerely

Barry Fell Ph. D., D. Sc., Professor Emeritus,
Director.

Material

The material submitted comprises 5 idols, *waka*. Their place of manufacture is evidently near the find-site, since the serpentine occurs there. The tools used to make the images and their inscriptions could have been copper or brass, as both these soft metals easily cut the samples submitted. Brass is unknown archaeologically before the time of Julius Caesar. Copper was mined and manufactured all over the Americas. Bronze was imported during classical times, including Phoenician imitative work of Cypriot origin (see Fell *Saga America* pp.80, 81), and relatively good inscriptions in gold were then manufactured in the Ecuador region (*Saga America* pp. 68, 69, in the Cypriot language and script, somewhat carelessly written). Later, during Incaic times, the script, now considerably modified, was employed in decorative art work, on royal and nobles

robes, on golden diadems (*Kanipu*) and especially on copper plates that served as abaci. Examples of the script as still known in the year 1638 were published by Antonio de la Calancha, though without explanation. His identifications of the various emperors by name, together with the illustrations of their robes, permit the embroidered signs to be deciphered, and the Kechwa script can then be recognized as modified Cypriot syllabic script.

Date: The persistence into relatively late times of «megalithic» cultures in the remote parts of the Andes, and the lack of detailed work on the tombs of Oriente Province, Ecuador, at present prevent us from determining a date for this culture. It may have survived contemporaneously with the Incas, but must certainly have been of pre-Incaic origin. In *Saga America* the presence of Carthaginian coinage along the navigable rivers of North America (where similar scripts also occur) leads to the assumption that Cypriot wares, and Cypriot script, reached America by at least the fourth century B. C. Long persistence in isolation then gave the subsequent derived cultures an archaic aspect, not necessarily matched by absolute age. Radio carbon dates are not yet available.

Individual idols submitted. These are not numbered. I deal with them therefore in order of size, beginning with the smallest. They are referred to as A, B, C, D, E.

Idol A. This is a headless example, the upper part lost since manufacture. It has the typical checkerboard partitions for the script, but I am unable to decipher the words at this time. The cuneiform-like aspect of the letters is not typical, and is due apparently to the use of a pointed metal gouge in cutting the letters.

Idol B. This is covered by checkerboard partitions, and in alternate squares occur the Kechwa syllabic signs WA - KA, so arranged to read vertically, and only in part horizontally. According to Perroud and Chouvinc, *Diccionario Kechwa*, *Waka* is defined as «ídolo; figuritas de piedra; toda clase de ídolos; santuarios reverenciados por los indígenas».

The syllabic signs are these:

ka	ka
	wa
ka	ka
wa	wa

Note the *ka* also can represent *ko*
as in the robe of Wi-ra-ko-cha

Idol C:

The repetitive phrase on the partitions is Kapa-pa, which is presumably to be understood as *Kapa pae* («She is Gracious»).

pa pa	ka	inconsistent orientation of letters suggest that the engraver was not literate.
pa pa	ka	

Irregular orientations occur also on the sophisticated copper abaci of the National Treasure of Ecuador, and may perhaps be due to the engraver endeavouring to make one sign serve as two different letters, according to whether the lines are being read horizontally or vertically. For the same reason the vowels of the syllabic signs are not always consistent; which vowel is selected by the reader depending on the requirements of the two opposed reading directions each to make sense. In these Guayanilla examples there appears to be no attempt at double readings.

Idol D: Although the checkerboard partitions are present, the surface is so severely damaged that no words can be made out.

Idol E: This is a broken fragment of a bifacial tablet, on which a head is carved on one face. Traces of checkerboard grid are seen on both faces but few signs are readable. On the reverse face occur the signs MA-MA and KU-NE, an the obverse can be read MA-KA. It would seem that these are intended to be read as Kechwa *Mamai kune maki* «Lady, we ask for succour». In Incaic times *Mamai* became the royal title «Lady» of the wife of the Inca.

KA
MA

KU
NE
MA
MA

Obverse

reverse

General remarks

It is extremely unlikely that these objects could have been forged, for the following reasons:

- a) In 1880 nothing was known of the similar inscriptions engraved on the gold and copper plates of the National Treasure of Ecuador. No comparable inscriptions placed in checkerboard grids were known.
- b) The very existence of the Oriente culture of Ecuador was unknown, since the first reports of these megaliths and associated inscribed statues and statuettes appeared in 1961 (Pedro Ignacio Porras Garcés «Arqueología de la región oriental», Academia Nacional de Historia, Quito).

Future studies

Future studies of these severely eroded objects of Guayanilla must be dependent on the further decipherment of the Kechwa plates and other inscriptions of Ecuador. Work continues in this field at this Center, but has to be combined with numerous other investigations of inscriptions from other parts of the Americas. Opposition from American archaeologists has caused problems, though these are now receding now that linguists in Spain, Portugal, Switzerland and France have begun to recognize the validity of the researches and to take part in them.

APENDICE IV

SUSQUEHANNA STONES CUT BY ANCIENT BASQUES MADRID AUTHORITY CONFIRMS

(From The Epigraphic Society Occasional Publications)

The famous Basque authority, Imanol Agiré, has announced his confirmation of Fell's (1975) finding that the Susquehanna stones carry Basque inscriptions. This is reported in a new work (1980) by Agiré, published in Bilbao, Spain.

The inscriptions on the Susquehanna Valley stones were first noticed by the late Dr. William Walker Strong of Mechanicsville, who supposed them to be Phoenician. His ideas were ridiculed. Then, in May 1975, Professor Barry Fell of Harvard University published his interpretations of the inscriptions as ancient Basque, supposedly written by Iberian settlers in North America around 800-600 B.C. Most archaeologists have since ridiculed Fell's work, and suggested that the marks were really made by plowshares. The stones, however, became the object of close research in Spain, with special reference to the precise forms of the supposed Basque letters, and the etymology of the supposed words that Fell claimed to have deciphered.

These studies have been conducted by the foremost Spanish authority on the letter-forms of the ancient Iberian alphabets, the noted Basque scholar Imanol Agiré, who is a native of Bilbao and the author of the well-known textbook *La Escritura en el Mundo*, now used as a standard reference in those colleges where epigraphy is taught. In addition to his unrivalled knowledge of the ancient Iberian alphabets, Agiré is also the leading authority on the etymology of the ancient Basque language, and was commissioned by the famous academic institute of Bilbao, *La Gran Enciclopedia Vasca* (which publishes the standard two-volume Basque-Spanish-French *Diccionario* of the lexicographer Azukue), to produce a definitive work on the history and affinities of the Basque language.

This great work has now been taken one further step towards fruition by the appearance of the latest volume of the *Gran Enciclopedia Vasca*, authored by Imanol Agiré (Bilbao, 1980), lavishly produced, in folio, bound in eye-catching gold-lettered blue leatherette, on 629 offset pages, and entitled in Spanish and Basque Vínculos de la Lengua Vasca con las Lenguas de Todo el Mundo — Euskerearen Lokariak Ludi Guztiko Izkuntzakaz. The work, which is to be followed by an etymological dictionary, examines the linguistic affinities and the historical relations of the Basques and their ancient tongue.

The work has been hailed by Professor William Bright, editor of the periodical *Language* (a journal of the Linguistic Society of America), as having a major bearing on the problems of the origins of languages. Professor B. Malmberg, University of Lund, and director of *Studia Linguistica* refers to Agiré as the only person now living, having the skill and experience to have conducted so far-reaching and important a research. The work is indeed a landmark of Iberian scholarship.

But what will interest most Americans more than the theoretical implications for linguistics is the fact that Agiré now has presented his considered judgment on the Susquehanna inscriptions. In short he totally vindicates Fell's findings, and devotes space to a complete translation into Spanish of the original paper (*Occasional Publications of the Epigraphic Society*, vol. 2, nos 43 and 45, 1975). Every word of Fell's vocabularies is examined individually and, with very few exceptions, they are found to be valid. Gertrude Johnson's drawings, from original photographs, are reproduced. Agiré confirms that an ancient Basque settlement once existed in the Susquehanna Valley. Madrid May 4, 1980.

APENDICE V (a)

December 2, 1969

Mr. C. B. F. Walker
Department of Western Asiatic Antiquities
The British Museum
London, W. C. I.

Dear Sir:

I am writing to you at the request of my friend, Mr. Harold N. Kaufman of this city, who during this summer delivered to you a specimen of an Asiatic stone relic found in Puerto Rico by Father Nazario in the '80s or '90s of the past century.

Here are some details of this strange discovery: I visited Father Nazario in 1916; he told me he found a cache of these stone buried in a field near the village of Guayanilla, S. W. Puerto Rico. Twenty five years later, Father Nazario moved to the Bishop's House at San Juan, with his collection of P. R. Indian antiquities together with several hundreds of the Asiatic stones, heaped high in a corner of the room; some of them were shapeless, others somewhat conoid; all of them covered with linear signs, which seemed to me to be cuneiform. I am a specialist on Antillean Indian archaeology, so I could not decipher them. Some of them had straight line incisions, resembling the bindings of a mummy.

Dr. Walter Fewkes of Washington's Smithsonian Institution, thought they were spurious. But I didn't. The whole collection, showed several hundred or thousands of those cuneiform signs and I know very well that it was not reasonable to believe that unlettered Puerto Rican peasants could have imitated them, when it was evident that they had been made according to a rigid technique. After handling them during long years, the Father thought they had come from Judea, brought by some hebrew priests long before the Discovery of America. But the mystery remains intact.

LOS MONUMENTOS DEL PADRE JOSÉ -MARÍA NAZARIO Y CANCEL

I have only one suggestion. British Admiral, Richard Grenville, visited Guayanilla in 1525 (See Hakluyt's voyages and other sources unknown to me). I can't think of any other clue, but as an old friend of mine used to say — «In West Indian matters archaeological, cherchez les Anglais!»

APENDICE V (b)

DEPARTMENT OF WESTERN ASIATIC ANTIQUITIES

WAA/CBFW/MC

12th December 1969

Adolfo De Hostos, Esq.,
Odette 1859,
Santurce,
Puerto Rico.

Dear Sir.

Thank you for your interesting letter on Father Nazario's discoveries. Cuneiform tablets have turned up in widely dispersed places under the most peculiar circumstances, but their discovery in Puerto Rico is still a surprise. The specimen which Mr. Kaufman showed to me was quite certainly a Sumerian administrative tablet of c. 2000 B.C. It would probably be worthwhile having a larger sample of the collection examined by someone familiar with cuneiform (Dr. Fewkes is not known to us). Probably the nearest to you would be the University of Pennsylvania Museum, the address of which is:

33rd and Spruce Streets,
Philadelphia,
Pa. 19104,
U.S.A.

Even if they should all prove to be genuine, I think we would be reluctant to imagine that they had arrived in Puerto Rico before

BOLETÍN DE LA ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA HISTORIA

the second half of the 19th century, since cuneiform tablets aroused very little interest before that time, and indeed were not often recognised as inscriptions.

Yours faithfully,
C. B. F. WALKER,
Research Assistant.

APENDICE V (c)

THE BRITISH MUSEUM

DEPARTMENT OF WESTERN ASIATIC ANTIQUITIES
LONDON WC1B 3DG TELEPHONE 01-636 155 EXT

Sr. Aurelio Tió,
1308 Wilson Avenue,
Santurce,
Puerto Rico 00907

Your reference
Our referente
WAA/CBFW/BH
Date
21 September 1978

Dear Sir,

As requested I enclose a copy of my letter to Dr. de Hostos of 12th December 1969. As I suggested then, it would still be worth having the remainder of the collection examined by a competent scholar. I would again recommend that you contact Professor E. Leichty, of the Babylonian Section, University Museum, 33rd and Spruce Streets, Philadelphia, Pa. 19174, U.S.A. He would not only be able to advise on the authenticity and date of your inscriptions but also to give some assistance with their conservation if required.

Yours faithfully,

C. B. F. Walker
Assistant Keeper

APENDICE V (d)

November 24, 1978

Santurce — Puerto Rico 00907
1308 Wilson Avenue

Dr. C. B. F. Walker
Assistant Keeper
Department of Western Asiatic
Antiquities
The British Museum
London. WC1B 3DG

Dear Sir:

Thank you for your kind september 21, 1976 reply to my inquiry, and I am writing to Dr. E. Leichty of the Babylonian Section of the University of Pennsylvania Museum as you suggested.

I have interviewed Mr. Harold N. Kaufman of this city who delivered to the British Museum the specimen examined by you. I showed him a photostat of your 12 December 1969 letter to Dr. Adolfo de Hostos in which you state, «the specimen which Mr. Kaufman showed to me was quite certainly a Sumerian administrative tablet of c. 2000 C.» Mr. Kaufman says that it was an inscribed stone figurine, and that that he understood it had been examined with dating techniques to around c. 500 B. C.

Would it be possible to have a copy of any laboratory record there may be or of any further information in your files on that specimen? This Academy will gladly pay any expenses incurred.

Sincerely,

AURELIO TIO
Director

AT/srr

APENDICE V (e)

November 24, 1978

Profesor E. Leichty
Babylonian Section
University Museum
33rd. and Spruce Streets
Philadelphia — Pennsylvania 19174

Avenida Wilson 1308
Santurce — P. Rico 00907

Dear Dr. Leichty:

At the suggestion of Dr. C. D. F. Walker, Assistant Keeper of the Department of Western Asiatic Antiquities of the British Museum, the Puerto Rican Academy of History has instructed me to ask your advice in its desire to find an explanation to more than 800 stone statuettes inscribed with mysterious symbols, all quite similar, in some of which the symbols or signs are repeated. The specimens were excavated by Father Nazario around 1880 near his parish town of Guayanilla. One of his hobbies was archaeology and he managed to collect a very good number of specimens of the native Arawak indian culture.

In a book he wrote on Puerto Rican history, he declared that he had been informed about a great many «indian» inscribed stones by an old woman parishioner of Indian extraction who, feeling her end was approaching, called him for spiritual assistance and revealed the location of a secret cache of «indian stones» that contained some kind of her people's history.

The Padre suggested in his book that it was so rich that he had been tempted to name the statuettes, «the National Library» of the Taino indian culture.

The specimens were different from the well known Arawak petroglyphs, so he tried for a number of years to compare the symbols with many other writing systems, and finally seemed to conclude that they were similar to those of a Hebrew-Chaldaic origin, with a phonetic base.

Dr. Adolfo de Hostos submitted a specimen to the British Mu-

seum for evaluation with a letter dated 12 December 1969 in which he explained the circumstances under which they were found. Mr. Walker replied on 12 December 1969 that the specimen examined was «quite certainly a Sumerian administrative tablet of c. 2000 BC». He suggested that the collection be examined «by some one familiar with cuneiform», but it had already been broken up among several museums and private collections. Some of the specimens were acquired by the Peabody Museum at Yale University, some by the University of Puerto Rico museum, and others by the Institute of Puertorican Culture and some private collections.

Around the turn of the century, Dr. Jesse Walter Fewkes examined the collection, and insinuated that the statuettes might be forgeries, but he hedged later in his report that probably some unknown ancient people might have left traces of their abode in Puerto Rico thru inscriptions, just as it has been claimed in other American regions, throughout the hemisphere. (J. W. Fewkes — «The Aborigenes of Puerto Rico and the Virgin Islands» — Smithsonian Institution — 1906 — Washington, D. C.).

We are enclosing photostats of the letters referred to above for your information, and would be glad to have your suggestions as to the best way to have you examine at least a sample specimen, and should it merit further study, send you as many as we can possibly gather for the purpose.

We would welcome your valued advice on this matter, as suggested by Dr. C. B. F. Walker, since it has been left up in the air so far. The aura of suspicions raised by Dr. Fewkes back at the beginning of this century has persisted and dampened any enthusiasm for pursuing the matter further, so this Academy would like to lay it to rest if possible one way or another.

Very truly yours,

AURELIO TIO
Director

APENDICE V (f)

DR. MARCEL SIGRIST
THE UNIVERSITY MUSEUM
UNIVERSITY OF PENNSYLVANIA

THIRTY-THIRD AND SPRUCE STREETS
PHILADELPHIA, PA 19104
CABLE ADDRESS: «ANTIQUE»
TELEPHONE: (215) 243-4000
DIRECTOR: MARTIN BIDDLE

9 September 1980
CURATORIAL DIVISION
WILLIAM H. DAVENPORT
ASSOCIATE DIRECTOR
243-4121

Dear Mr. Aurelio Tió,

On behalf of Dr. Erle Leichty I answer your letter from November 1978. I am specialized in the Ur III period and Dr. Leichty told me that I should have a look at the tablets of your society as they seem to belong to the same period.

If so far nobody has shown any interest in these tablets I would be willing to come to Puerto-Rico next summer and to investigate more closely their content. To do so I would ask for a grant from the French government to come to the island, but in order to obtain this grant I need of course an official invitation from your society.

I am a French scholar, teaching Assyriology in Jerusalem. I graduated from Yale University and spend several summers in the States working on cuneiform material. Next summer I will be again in Philadelphia, and at your request could extend my trip to Puerto-Rico before returning home via Paris.

Very truly yours,

Marcel Sigrist

APENDICE V (g)

ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA HISTORIA
San Juan de Puerto Rico 00936

September 18, 1980
Wilson Avenue 1308
Santurce, Puerto Rico 00907

Dr. Marcel Sigrist
Curatorial Division
The University Museum
University of Pennsylvania
33rd and Spruce Streets
Philadelphia, Pennsylvania

Dear Mr. Sigrist:

Thank you for your reply to my letter to Dr. Erle Leichty Leichty of November 24, 1978, which had been a long time without reply.

The petroglyphs found in Guayanilla in 1880 have been examined by Dr. Alphonse Louis Pinart around 1890; by Dr. Jesse Walter Fewkes and by Dr. J. Alden Mason. Dr. Pinart, who wrote his report very soon after the finding declared them to be unquestionably authentic; Fewkes insinuated they could be fakes, all over 800 weighing from three to twenty pounds each, though he also granted that they could have belonged to a race that inhabited Puerto Rico before the Indians and Alden Mason declared them to be Indoantillian.

Spanish archaeologists have found the signs to resemble signs from ancient alphabets and others have found resemblances in them to Phoenician, Punic, Hebrew, Chaldaic, Hittite and Minoan writings.

Please let me know the kind of invitation you suggest we could send you so as to qualify for a French government grant and the time you estimate it would take you to make the study of the 250 petroglyphs which are in the custody of the Institute for Puerto Rican Culture here in San Juan.

The Puerto Rican Academy of History is interested in having

a thorough study conducted of the petroglyphs, which were named by their discoverer, Father Nazario in 1880, «anthropoglyphs» because they have a humanoid form and look like Peruvian or Inca mummies.

Cordially,

Aurelio Tió
Director

APENDICE V (h)

DESCIFRE DE LA LENGUA HITITA-MINOICA (LINEAR A)

Debido a su relación con los petroglifos de Guayanilla, hemos creído conveniente reseñar el descifre logrado por el Dr. Barry Fell, del Centro Nacional de Descifre de los Estados Unidos, del idioma Minóico el año 1973, cuyos resultados fueron publicados por la Sociedad Epigráfica. (Volumen 4 — Parte 1.)

El Dr. Fell demostró que están relacionados con el idioma Hitita, el antiguo idioma de Chipre y el del Disco de Faistos de Creta, que es el texto estampado más antiguo que se conoce, pues cada signo fue impreso con moldes metálicos, según evidencia descubierta.

Señala el Dr. Fell que en vista de los intercambios de signos con el Hitita y de que todas las inscripciones de Creta y de Chipre son silabáricas, le pareció probable que tras la misteriosa escritura Linear A de la edad de bronce de Creta, podía encontrarse oculta una lengua relacionada con la Hitita.

Luego de haber seleccionado una serie de letras isomórficas, cuyos sonidos conocidos son también de la misma naturaleza, los correlacionó con los signos que parecían corresponder al Linear A y así logró tener un silabario que le permitió probar su hipótesis, que esa lengua oculta correspondió a un dialecto Hitita.

A medida que fue desarrollando el descifre, el Dr. Fell ajustó algunos de los valores consonantes y vocales inferidos a las conjugaciones y declinaciones conocidas del idioma Hitita, correspondiendo el vocabulario Linear A con el ya conocido Hitita.

Dicho descifre fue confirmado por el Dr. Reuel Lochore en 1977, luego de haberlo estudiado durante cuatro años en conjunto con el descifre del Disco de Faistos, lo cual también corroboró el doctor Michael Ventris.

El idioma Minóico es evidentemente una lengua procedente de

Anatolia y por lo tanto, Indoeuropea, tal como el Hitita, con muchas voces derivadas del Sumerio y del Acadio.

La lengua Minóica se continuó hablando en la isla de Chipre hasta los tiempos clásicos, aunque influido por su contacto con el griego, luego de la invasión Micena de Creta alrededor del siglo IV antes de C. No obstante el largo intervalo de tiempo transcurrido entre la edad de bronce y su dialecto derivado, persisten analogías considerables así como afinidades con el lenguaje Etrusco, que resulta ser otro derivado del Minóico, por lo que al estar interrelacionado, podrá descifrarse también, lo que está en proceso.

Algunos de los signos inscritos en los petroglifos de Guayanilla tienen un parecido asombroso y muy llamativo con algunas letras de los alfabetos Griego y Latino. Debido a que esos alfabetos se derivaron del alfabeto Fenicio no son de extrañar tales coincidencias circunstanciales.

Es interesante para la relación entre Puerto Rico y Ecuador que existe con el hallazgo arqueológico de Guayanilla, informar que en la colección del Padre Carlo Crespi en la iglesia de Santa María Auxiliadora de Cuenca, se encuentra un zodiaco hecho de oro inscrito con signos del dialecto Pafio de la isla de Chipre, cuyo dialecto es muy similar al Hitita-Minóico. En dicha colección, también se encuentran reproducciones en cobre de deidades babilónicas halladas en Cuenca, Ecuador, las que aparentan haber sido hechas por fenicios en Chipre alrededor de los años 800 a 600 A. de C.

Linus Brunner, un eminente etimólogo suizo ha expresado que «el último enigma lingüístico de la antigüedad, el idioma Minóico del segundo milenio A. de C. en Creta, ha quedado descifrado por Barry Fell» lo que logró luego de haber descifrado el Disco de Faistos, que fue la clave para proseguir dichos estudios epigráficos.

Es muy natural que tales descifres sean objeto de correcciones menores y hasta algunas de mayor importancia, ya que ninguna persona puede pretender hacer personalmente todos los análisis técnicos posibles de los monumentos sometidos a su examen. Además, los descifres de lenguas extintas y escrituras ya olvidadas no pueden ser confirmadas de inmediato, pues tienen que ser correlacionadas con otras.

APENDICE VI

PUEBLOS MIGRANTES DEL ORIENTE MEDIO

Para los efectos de identificar los signos de los petroglifos de Guayanilla, sigue una breve reseña de los pueblos migrantes del Oriente Medio que por su pericia como navegantes pudieron haber llegado al Nuevo Mundo en distintas épocas, en donde su lenguaje escrito pudo influir en ciertas lenguas americanas como el Quechua, el Araguaco y el Maya.

Hititas

Los Hititas aparecieron en el Asia Menor luego de haber forzado el cruce del Cáucaso, llegando hasta Siria, Anatolia y Palestina. Su aspecto físico aparece en los bajorrelieves egipcios, con caras perfiladas, nariz larga y curva y la frente curvada hacia atrás. Su lenguaje era de origen indoeuropeo, pero al cruzar por Mesopotamia en territorio Acadio o Asiriobabilónico, adoptaron el sistema de escritura cuneiforme y luego el alfabeto común de las lenguas semitas de 22 letras, seis de ellas como vocales alternativas, que emplearon los Hebreos, los Moabitas, los Fenicios y los Arameos. Escribían de derecha a izquierda alternado, al estilo llamado bustrófedon.

Se establecieron alrededor de Capadocia en Anatolia y no tardaron en dominar a Siria y a la mayor parte del Asia Menor. Un texto bilingüe Hitita-Acadio excavado en 1957 en el lugar de la ciudad de Bogazkoy ha ayudado a aclarar sus orígenes y su mutación al fusionarse con otros pueblos como los Lukka, Tursha, Peleset o Filisteos y los Arameos, y cuyos descendientes actuales son los turcos.

El Imperio Hitita (1220-1186 A. de C.) se desintegró de súbito debido al agotamiento ocasionado por sus expediciones contra el Faraón Mernoptah en alianza con Libia en 1220 A. de C. y contra

Ramsés III en 1186 A. de C. Habían derrotado a Ramsés II en la batalla de Kardesh y habían dominado la costa Siro-fenicia con la captura de Ugarit, así como a Chipre (Alashiya), el país del cobre, con lo que dominaron el comercio mediterráneo del 1250 al 1200 A. de C. Al retirar fuerzas de su periferia, fueron atacados por tierra por Arsawa, Asiria y los nómadas de Kaska.

Las continuas guerras ocasionaron una convulsión en toda la región entre los pueblos circundantes, a los que se incorporaron los Tracios, Frigios y Armenios. Al atacar a Egipto, éstos los llamaron «Pueblos del Mar», aunque también atacaban por tierra, considerándolos como ataques de piratas. El Imperio Hitita sucumbió al alterarse el equilibrio de las fuerzas entre los Hititas y Egipto alrededor del año 1190 A. de C. Tales fuerzas piratas procedían del Norte de Siria y se referían los egipcios a ellos con el nombre de Ahhiyawa, los que fueron identificados a veces con los griegos micenios o aqueos. Fue un movimiento masivo de pueblos que se convirtió en una reacción en cadena migratoria casi general en toda Europa, la que llegó a España alrededor del año 1000 A. de C. desde Europa Central. Destruyeron a Ugarit, Chipre, Pilos en Micenas en el Peloponeso y Troya.

Una curiosa analogía entre los Hititas del Asia Menor con los inmigrantes que llegaron a Sudamérica y luego a Guayanilla, es el de las plegarias. La plegaria inscrita en las estatuillas de Guayanilla y dirigida a Nuestra Señora del Socorro es característica de los Hititas, en las que pedían a la divinidad lo que solicitaban con argumentos racionales. Otra analogía es el desplome súbito y misterioso de los imperios Hitita y Maya debido a alguna catástrofe natural o quizá una convulsión popular alentada por algún demagogo fanático.

Hebreos

Los Hebreos, pertenecientes a la familia semítica procedían de Arabia y sus documentos no anteceden al siglo IX A. de C., escritos en su alfabeto de 22 letras consonantes de las cuales seis alternaban como vocales. Tenía vestigios del Caldeo, por lo que se ha conocido como Hebreo-Caldeo, que fue al que se refirió el Padre Nazario al estudiar los signos de sus antropoglifitas y al compararlos con los del caldeo bíblico usado en el Libro de Esdrás, el Arameo de los Targumes y de Jesucristo.

En la antigüedad se consideraba la lengua hebrea como la madre de todas las lenguas y Lope de Vega la describió así:

*«De la Caldea fue inventor primero
Abrahán, de la Hebrea Moisés Santo
Si bien antes tenían los Hebreos
La letra de Fenicia...»*

Según Ernesto Renán, el hebreo europeo fue el rabínico basado en el Hebreo-Caldeo, nutrido del latín, griego, árabe, castellano, francés y alemán en su paso por esos países, lo que explica que se consideren como hebreas puras algunas palabras españolas, portuguesas y árabes en lo que se ha llamado hebreo ladino.

Caldeos

La lengua Caldea equivalía a la Babilónica-Semítica y era casi idéntica al Asirio en la Mesopotamia entre el Eufrates y el Tigris. Aunque procedía de Arabia, lugar de origen de las razas semíticas, difería del Arameo y del Árabe, surgiendo en Ur alrededor del siglo IX A. de C. El Arameo constituía el grupo central de las lenguas semíticas, siendo el Occidental el de Canaán y el Oriental el Acadio o Asirio-Babilónico. Antes de la llegada de los Hebreos a la «tierra de promisión», la lengua Canaanita se conocía como «el labio de Canaán», tierra al interior de los llanos de la costa y los puertos fenicios. Se consideraba dicha lengua como no semita por descender de Ham y eran los antecesores de los filisteos.

Fenicios

Los Fenicios han sido descritos con bastante extensión en el cuerpo del ensayo en relación con sus navegaciones. Los egipcios los consideraban como bárbaros y piratas, pero dependían de ellos para su comercio por el Mediterráneo. Los Fenicios desarrollaron la quilla, mejoraron el sistema de velas de los Minóicos de Creta y techaron la cubierta de sus embarcaciones, las que tenían de 80 a 100 pies de largo. Las velas eran cuadradas y de color púrpura, ayudadas por remos de uno y dos bancos. En la proa colocaban figuras esculpidas de caballos, las que fueron copiadas por los Vikingos. Podían navegar 100 millas en una jornada de 24 horas.

Tenían fama de mentirosos entre los egipcios porque mantenían en secreto sus rutas marítimas y para protegerlas se inventaron las leyendas de los monstruos marinos y de los mares cuyas aguas hervían al otro lado de los Pilares de Hércules. Viajaban por mar desde la India (Ofir) hasta la Gran Bretaña y la Última Thule (Islandia) en Europa y llegaron hasta el Nuevo Mundo. Descubrieron los archipiélagos de las islas Azores, Canarias y de Cabo Verde. El año 1749 se descubrieron monedas fenicias de los años 330 a 320 A. de C. en la isla de Corvo en las Azores, la que está a sólo 1,000 millas del hemisferio americano. Se ha hallado evidencia epigráfica de que alrededor del año 480 A. de C. los fenicios llegaron a Nueva Inglaterra, la Bahía de Chesapeake y a la América del Sur durante la época de las guerras púnicas de 480 a 146 A. de C.

Minóicos

El idioma Minóico de Creta se escribía con el estilo llamado por los epigrafistas como Linear A, el que se amplió para formar el Linear B, ambos silábicos y con conexiones evidentes al Hitita de Anatolia. Era en parte jeroglífico o pictográfico de influencia egipcia.

Como es natural, todos los idiomas descritos fueron modificándose en su trato con extraños y tenían por lo regular dos clases; el vulgar y el de los textos, por lo que no se puede pretender que fueron siempre iguales. Sus inscripciones aparecen modificadas no sólo por tal razón sino por la calidad de los grabadores, la que diferiría mucho entre sí. Aunque en muchos casos, como en el de Guayanilla, se nota cierto descuido en las inscripciones, mantienen su identidad y pueden descifrarse, de lograrse obtener un prototipo comparativo, como lo ha sido felizmente en el caso de Guayanilla, con su clave en la Provincia Oriente de Ecuador y en el túmulo de Panche en Armera, Colombia.

Chipriotas

En relación con los petroglifos de Guayanilla, como hemos visto en las breves reseñas anteriores sobre las lenguas más influyentes del Oriente Medio, por lo cual casi todas contienen características de las otras, la que más nos interesa en este caso es la Chipriota.

El Informe Preliminar del NATIONAL DECIPHERMENT CENTER en Arlington, Massachusetts, de cinco piezas que hubimos

de consultar desde el 18 de septiembre de 1979, el cual será ampliado y publicado en Occasional Publications de la Sociedad Epigráfica Nacional, determina lo que hemos traducido a continuación:

«Las llamadas antropoglíficas halladas por José M. Nazario, cerca de Guayanilla, Puerto Rico, constituyen un desarrollo local de la cultura megalítica preincáica de la Provincia de Oriente de Ecuador, derivada de la cultura prehelénica de Chipre. Las imágenes se conocen como WAKA (Huaca) en el lenguaje KECHWA (Quechua), y la escritura con la cual están inscritas con descuido es el silábico KECHWA, empleando la versión sudamericana del silabario Chipriota. Las inscripciones decorativas, escritas como era acostumbrado en todas las inscripciones Kechwas, en cuadrículas acrósticas al estilo de un tablero de ajedrez, las que pueden leerse vertical u horizontalmente, conforman en tal respecto al tipo de material descifrado por Fell (1977) basado en las túnicas labradas ceremoniales del octavo Inca, Viracocha. El material de Oriente, distinto a las placas inscritas del Tesoro Nacional de Ecuador, es de origen mucho más antiguo, asociado con los dólmenes (mesa de piedra) y con montículos fúnebres y es de un estilo más crudo; incluye grandes y pequeñas imágenes de piedra de una serie de deidades masculinas y femeninas. Las imágenes de Guayanilla son todas pequeñas y parecen representar la misma deidad, una Virgen o Diosa Madre, uno de cuyos aspectos es la del equivalente Kechwa de Nuestra Señora del Socorro, según indica la inscripción. La colección de Guayanilla, compuesta aparentemente de unas 800 piezas, representa la mayor excavación hecha en un solo lugar jamás lograda de esa cultura prehistórica preincáica, y la única hallada fuera de las costas de Sudamérica. Las investigaciones que conduce actualmente el Profesor Torres Mosquera en la pirámide Panche en Armera, Colombia, es de esperar que señale conexiones estrechas con Guayanilla.» (Ver pág. 261.)

El doctor Barry Fell, Presidente de la Sociedad Epigráfica, nos ha agradecido la oportunidad que le brindamos para estudiar los especímenes, los que clasificó como «extraordinarios». Ha calculado el doctor Fell que la introducción de los signos Chipriotas en Ecuador debe datar del siglo IV A. de C. y que Antonio de Calancha publicó en 1638 algunos especímenes sin descifrar, pero que sus identificaciones de los nombres de varios de los emperadores Incas y sus ilustraciones de los signos bordados en sus túnicas permiten su descifre: Escritura Kechwa reconocida como la escritura silábica Chipriota modificada.

Un fragmento de una tableta de dos caras contiene una cara grabada con las cuadrículas típicas. En el lado anverso de la cara aparecen los signos correspondientes a MA-MA y KU-NE y al otro lado MA-KA. Según el epigrafista doctor Fell, esos signos pueden leerse en Kechwa como *Mamai kune maki* que significa «Señora, pedimos tu socorro». En tiempos de los Incas *Mamai* era el título real de la consorte del Inca.

Según el doctor Fell, los petroglifos de Guayanilla no podían ser falsificaciones, entre otras por las siguientes razones:

1. En 1880 nada se conocía sobre inscripciones análogas grabadas en las planchas de cobre y oro del Tesoro Nacional de Ecuador. No se conocían inscripciones comparables grabadas en cuadrículas salvo en la región del Oriente Medio.

2. La existencia misma de la cultura de la Provincia de Oriente de Ecuador se desconocía, ya que los primeros informes de los megalitos y las estatuillas inscritas aparecieron el año 1961. (*Arqueología de la región oriental*, Pedro Ignacio Porras, Academia Nacional de Historia, Quito, 1961.)

Nunca se logró efectuar una clasificación y catalogación de los petroglifos de Guayanilla, si es que se intentó hacerla en alguna ocasión, los que se encuentran dispersos en distintos museos y colecciones privadas de Puerto Rico y los Estados Unidos. Tal parece que el informe del arqueólogo Jesse Walter Fewkes del Smithsonian Institution al Congreso Federal, estableció una especie de barrera entre los arqueólogos que lo sucedieron, a base de prejuicios ciegos fundados en rumores tendenciosos a los que le dieron crédito sin investigarlos en forma científica. Los arqueólogos que han actuado en tal forma han perdido de vista que las supercherfías y falsificaciones también deben probarse, lo que nunca se ocuparon de hacer.

Cien años después del hallazgo prehistórico más importante hecho jamás en Puerto Rico se ha logrado establecer la clave de su descifre, al identificarse el pueblo y la cultura que emigró del Viejo Mundo y se estableció en el Nuevo entre el pueblo andino de la América del Sur, en el que surgió la cultura Inca con su idioma Quechua modificado por el de ese pueblo migrante y se extendió por otros lugares de América, entre ellos Puerto Rico. Las antropoglíficas del Padre Nazario tienen el potencial de contribuir a so-

lucionar la incógnita del origen de las civilizaciones americanas, con sus legendarios originadores de tez blanca y barbudos, Viracocha entre los Incas y Quetzalcóatl entre los Mayas.

El pueblo migrante que se estableció en la meseta andina fue el Hitita-Minóico prehelénico de la isla de Chipre según se desprende de su influencia en el idioma Quechua de los Incas, determinado por los signos hallados en las planchas de oro y cobre y las túnicas bordadas de los Incas, conservadas en el Tesoro Nacional de Ecuador y que aparecen inscritos en las antropoglifitas del Padre Nazario de Guayanilla. En otros lugares en las Américas se han hallado inscripciones de otros pueblos migrantes como el Celtíbero, el Líbio, el Fenicio y el Vikingo, entre otros. Como todos esos pueblos migrantes, en su paso por los territorios de otros pueblos, sufrieron mutaciones físicas y culturales, han ocurrido confusiones en la interpretación de los signos debido a la analogía existente entre ellos, sujeta a verificarse su presencia.

Esa es la razón por la cual el Padre Nazario atribuyó los signos inscritos en sus estatuillas a los Hebreos-Caldáicos, ya que todos los alfabetos semíticos tenían una misma base. Estuvo muy cerca de acertar con precisión el origen de los signos en sus antropoglifitas, lo que confirma su hipótesis de que tales signos demostraban que los indios borinqueños poseían un sistema de escritura fonético más perfecto que el de los Incas y de los Mayas. Es evidente que el Padre Nazario no formuló tal hipótesis superficialmente, sino luego de un intenso estudio lingüístico de los sistemas de escritura conocidos hasta su época, corroborado por sus informes al periodista Guillermo Atilés García, de Ponce, al principio de siglo y al doctor Adolfo de Hostos alrededor del año 1912, de que ya tenía escritos varios «cuadernillos» en los que había descifrado signos inscritos en sus antropoglifitas. Su método necesariamente tuvo que ser el de prototipos comparativos publicados, ya que no tuvo acceso al material acumulándose en los museos europeos de la época.

Como hemos explicado, durante su época no se habían descubierto aun los sistemas de escritura Hitita-Minóico prehelénicos ni su influencia sobre el idioma Quechua, la que apareció en 1961 en la Provincia de Oriente en Ecuador. Por motivo tan poderoso, se caen por su peso y quedan destruidas las falsas alegaciones de fraude que se han estado esgrimiendo hasta el presente, ya que queda demostrado que resulta una imposibilidad matemática. Los arqueólogos que han sostenido tal falacia deben rectificarla, pues se originó de rumores tendenciosos a los que dieron visos de credibili-

dad, sin tan siquiera intentar verificarlos o descartarlos como es su deber ético y profesional.

La Historia no se puede mantener oculta en la obscuridad ni puede suprimirse a base de prejuicios, pues a la larga sale a la plena luz del día. Es sorprendente que en pleno siglo XX se mantengan actitudes obscurantistas en los centros avanzados académicos por mor de celos profesionales o para protegerse de equivocaciones que puedan perjudicar la reputación profesional ya establecida.

Los ataques virulentos de que fue objeto el Padre Nazario hace ya casi un siglo, los que sufrieron Ladislao Netto en Brasil y los que sufre actualmente el doctor Barry Fell y la Sociedad Epigráfica Americana demuestran que la civilización avanza dos pasos para retroceder uno. El doctor Fell ha efectuado uno de los adelantos más notables en la ciencia de la Epigrafía de todas las épocas, comparable con el de Champollion, pero tal como ocurrió durante el siglo pasado, cuando se negó la certeza del descifre de la escritura jeroglífica y cuneiforme por los arqueólogos profesionales, en el momento actual todavía se desecha y desdeña el trabajo revelador del doctor Barry Fell y de la Sociedad Epigráfica Nacional.

Por lo general, los arqueólogos conocen poco de lingüística y aun menos, de idiomas difíciles como el hebreo y el árabe, de tronco semítico, cuyo alfabeto está compuesto de consonantes escritas con signos cursivos muy parecidos entre sí, por lo que resulta muy difícil descifrarlo. El alfabeto hebreo se parece al arábigo, en el que la posición de puntos distinguen letras como B, N, T, TH e Y. El árabe no tiene la letra P, los diptongos se escriben en forma muy ambigua y la ausencia total de vocales se suple con marcas o puntos alrededor o sobre las consonantes. Tal circunstancia ha contribuido a la dificultad en el descifre de sus inscripciones, las que se han desechado por indigestas e indescifrables. Parece evidente que al enfrentarse a un problema en esos idiomas, los arqueólogos ofrecen la impresión de que debe aceptarse como un dogma lo que sus antecesores opinaron para demostrar que han leído a las «autoridades», y que por tal razón citan para opinar sobre el caso, no importa el tiempo transcurrido ni los adelantos logrados desde que se planteó el problema por vez primera. Al encontrarse discrepancias en las inscripciones en España, se pierde de vista que aunque sus invasores se han considerado como árabes, una proporción muy grande del ejército estaba compuesto por Bereberes. Así también, en el caso de la *Magna Graecia* se olvida considerar que el idioma griego ha logrado sobrevivir como lenguaje escrito en el Sur de Italia.

La dificultad aparentemente insuperable del cruce del Mar Océano es el argumento clave de los arqueólogos escépticos de la presencia de pueblos migrantes en el Nuevo Mundo. Sin embargo, la evidencia práctica existente es la relevante. En los más antiguos petroglifos se pueden observar representaciones de naves capaces de cruzar el Océano Atlántico y las inscripciones acompañantes describen expediciones de grandes proporciones alrededor de África con el propósito de colonizar. Aunque los mapas eran muy deficientes, los conocimientos prácticos geográficos eran considerables y eran grandes navegantes. Debe considerarse que los indios americanos viajaban distancias considerables dirigiéndose por los astros en frágiles canoas y piraguas y dibujaban mapas que junto a sus observaciones directas de las corrientes marítimas, los vientos prevalecientes, las siluetas topográficas de las tierras que visitaban, como los cabos, las montañas, los ríos y en tierra los caminos y bifurques a recorrer, les servían en forma comprobada. Los pueblos migrantes del Viejo Mundo no eran menos que nuestros indios y en cuanto a la calidad de sus naves, eran superiores, por lo que no es inconcebible que pudieran haber cruzado el Océano Atlántico valiéndose de la Corriente de las Canarias.

El sorprendente descubrimiento arqueológico que efectuó el Padre Nazario en Guayanilla en 1880 confirma la presencia de migrantes del Viejo Mundo en América antes del año 1492, lo que constituye una honra para Puerto Rico: Haber podido contribuir a la verificación de tan importante hecho y al conocimiento de la prehistoria de las Américas.

Se ha alegado la ausencia de memorias históricas escritas sobre algún viaje transatlántico antes del año 1492. El motivo de tal laguna es que esos viajes pertenecen a la protohistoria, en la que la documentación y la cronología no existe, aunque han sobrevivido algunas menciones y testimonios escritos entre los escritores de la antigüedad en su respaldo. Ejemplos:

Theocompus (378 A. de C.) describió una «isla» inmensa en el Océano Atlántico poblada por gentes muy distintas a los griegos.

Platón (360 A. de C.) relató la historia de la fabulosa Atlántida y Aristóteles describió tierras allende los Pilares de Herakles muy fértiles, boscosas y con ríos navegables.

Plutarco (siglo II D. de C.) informó en sus «Vidas» haber hallado personalmente en las ruinas de Cartago un escrito en el que estaban descritos los cruces rutinarios del Atlántico por vía de Ogygia (Islandia), desde la cual, navegando hacia el Sur por medio de

un mar helado, llegaban a una tierra en la cual los griegos se habían establecido y se habían cruzado con los naturales bárbaros. Dicha tierra se encontraba en la latitud del Mar Caspio, que sería en la de Nova Scotia y Nueva Inglaterra.

El Emperador Julio César, en el Libro III *De Bello Gallico* escribió de su mayor batalla naval contra la flota Celta de 220 navas en el río Loira. Fue luego de la victoria romana en dicha batalla bajo el Almirante Brutus que surgió la leyenda de San Brendano y sus monjes irlandeses que cruzaron el Atlántico para establecerse libremente en una tierra de gran promisión.

Diodorus Siculus (siglo I A. de C.) informó que los fenicios, arrastrados por vientos tormentosos, habían descubierto hacia mucho tiempo y a muchos días de navegación a través del Atlántico, una gran tierra al Oeste de Africa, lo que mantenían en secreto. La describió como una «isla» enorme con ríos navegables en la que los cartagineses se habían establecido, pero que luego la habían abandonado.

Pausanias (150 D. de C.) informó que al Oeste del Atlántico había un grupo de islas cuyos habitantes tenían la piel rojiza y sus cabellos se parecían a los de la crin de un caballo.

La evidencia es sumamente vaga y dispersa entre los escritores de la antigüedad, evidentemente a base de las informaciones existentes en su época, de que España pronto estaría unida a las tierras a través del Atlántico.

Sin embargo, esos pueblos migrantes dejaron sus huellas indelebles en distintos lugares de las Américas en forma de petroglifos, monedas, estructuras, leyendas y muchas palabras de sus distintos lenguajes entre las lenguas autóctonas.

La evidencia de la presencia de migrantes del Viejo Mundo en el Nuevo crece cada vez más y aunque en el pasado se tardó mucho en entenderse y descifrarse, por lo que se creyó generalmente que se trataba de rayas hechas por implementos de labrar la tierra o por la naturaleza, que por pura coincidencia tenían algún parecido con signos o letras de idiomas de la antigüedad, las claves de su descifre se han descubierto en un gran número de ellas y el conocimiento de nuestra prehistoria y protohistoria continúa incrementándose.

El descifre de las antropoglíficas del Padre Nazario es un gran paso en esa labor de recorrer el velo que ha ocultado nuestra prehistoria y su hallazgo en 1880 constituye uno de los más importantes descubrimientos arqueológicos en las Américas.

SINTESIS DE LA SOLUCION A UN ENIGMA ARQUEOLOGICO

Alrededor del año 1880, el párroco de Guayanilla, Padre José María Nazario y Cancel, logró el hallazgo de más de 800 estatuillas labradas e inscritas con extraños signos, las que pesaban entre dos y veinte libras cada una o alrededor de varias toneladas en total. Relató el sacerdote que al prestarle servicios espirituales a una anciana enferma de ascendencia indígena, ésta le confió un secreto que le habían transmitido sus antecesores: el escondite bajo tierra de un gran número de piedras inscritas a las que ella se refirió como «la biblioteca de Guaybana». El Padre Nazario excavó bajo un canto rodado liso y plano indicado sobre una ligera elevación del terreno cerca de una ribera del río Yauco, en donde halló las 800 estatuillas o imágenes inscritas y juntas en un espacio muy reducido. Su impresión fue tan fuerte que escribió luego de haber estado tentado a considerarlas como «el archivo nacional» indígena.

Al comenzar su estudio de los petroglifos, indujo que eran otras tantas reliquias indoantillanas, de las que poseía cientos en su colección, pero no tardó en hallar ciertos signos inscritos que se le parecieron a los de algunos alfabetos antiguos que había estudiado en la Universidad de Salamanca. De primera intención le pareció que los indios borinqueños habían desarrollado una escritura «más perfecta» que la de los indios Maya en Yucatán y la de los Incas en el Perú, por ser una escritura fonética y no jeroglífica. Llegó a tal conclusión al observar que algunos signos eran evidentemente fonéticos dentro de una escritura híbrida, parte indígena y parte alfabética o silabática del Oriente Medio.

Es de inferir que para llegar a tal conclusión, había asociado los signos indígenas con algunos jeroglíficos Mayas o Incas que había conocido, seguramente en las obras del Padre Diego de Landa o del Inca Garcilaso. Llegó a escribir un ensayo que tituló: *Escritura fonética de los indios de Puerto Rico*, el que no llegó a publicar y aparentemente se ha perdido basado en los signos que conocía.

El historiador don Adolfo de Hostos estudió junto al Padre Na-

zario las estatuillas en 1912 y recuerda que tenía una serie de piedras colocadas sobre una gran mesa en su casa parroquial que impresionaban como la secuencia de una escritura. Como al Padre Nazario le pareció difícil que hubieran existido contactos entre Puerto Rico y Yucatán o el Perú, al notar la repetición de ciertos signos alfabéticos que le parecieron caldáicos o hebreos, surgió en su mente la posibilidad de algún contacto transatlántico con el Oriente Medio. Estaba en boga entonces la idea del origen de los indios americanos en alguna de las Tribus Errantes de Israel, por lo que el Padre Nazario consideró que los signos en sus petroglifos procedieran de esa región.

Un etnólogo del Smithsonian Institution examinó dichos petroglifos a principios de siglo, doctor Jesse Walter Fewkes, quien rindió un informe titulado: *The Aborigenes of Puerto Rico and surrounding islands*, publicado en 1907. Opinó que no le parecieron *muy antiguas* los petroglifos, insinuando que se trataba de un fraude, pero en otro lugar del informe conjeturó que ciertas piezas excavadas pudieron haber pertenecido a otras razas anteriores y distintas a la de los indios puertorriqueños, de lo que se infiere que los signos inscritos se le parecieron a los de alfabetos antiguos y no eran indoantillanos pero no lo osó plantear por increíble.

Como consecuencia de tales manifestaciones, se acusó al Padre Nazario de haber instigado una superchería pagándole a «un jíbaro con un mocho» que las inscribiera, sin duda copiando de algún modelo suplido por él. Todo el que conozca la mano dura y tosca del jíbaro comprenderá lo absurdo de una alegación como esa, aparte de que hubiera sido físicamente imposible labrar tan enorme cantidad de piedras en absoluto secreto en un pueblo pequeño. La supuesta superchería fue aceptada sin mucha deliberación como un dogma, hasta por algunos arqueólogos que han opinado que sería perder el tiempo en analizarlas científicamente, aunque los fraudes también hay que probarlos.

La Academia Puertorriqueña de la Historia ha sometido los petroglifos a conocidos arqueólogos de las universidades de Valladolid, Madrid, Harvard y Yale, quienes han encontrado en forma preliminar el consabido parecido de sus signos con los de alfabetos antiguos. Ultimamente varios especímenes fueron sometidos a la National Epigraphic Society, la que ha rendido un informe preliminar suscrito por su Presidente doctor Barry Fell, Profesor Emérito de la Universidad de Harvard. El informe determina que los signos inscritos son análogos a los de la lengua Quechua conjuntamente

con signos del silabario prehelénico de la isla de Chipre, todos los cuales aparecen en la escritura de la cultura preincacica de la Provincia de Oriente de Ecuador, según opinión recibida de dicha Sociedad.

«Las llamadas antropoglíficas excavadas por José M. Nazario cerca de Guayanilla, P. R., representan un desarrollo local de la cultura megalítica preincacica de la Provincia de Oriente de Ecuador, la que se deriva en su origen de la cultura prehelénica de la isla de Chipre. Las imágenes se conocen con el nombre de WAKA en la lengua quechua y la escritura inscrita que las decora es una forma descuidada del quechua silábico que adoptó la versión sudamericana del silabario chipriota. Las inscripciones decorativas, escritas como de costumbre en todas las inscripciones quechuas, en cuadros acrósticos cuadrículados que pueden leerse en posición horizontal o vertical, concuerdan en tal respecto con el tipo de material descifrado por Fell en 1977 con la ayuda de los mantos bordados ceremoniales atribuidos al Octavo Inca, Viracocha. El material de Oriente, distinto a las planchas metálicas inscritas del Tesoro Nacional de Ecuador, es más antiguo y está asociado con las llamadas "mesas de piedra" o *dólmenes*, con las tumbas de túmulo y es de un estilo más tosco. Incluye imágenes pequeñas y grandes de una serie de deidades, tanto masculinas como femeninas.

»Las imágenes que nos han sido sometidas de Guayanilla son todas pequeñas y aparentan representar la misma diosa, una Virgen o Diosa Madre, uno de cuyos aspectos es el equivalente quechua de Nuestra Señora del Socorro, según lo indica la inscripción.

»La colección de Guayanilla, la que aparentemente comprende unas 800 piezas, representa el hallazgo más grande jamás encontrado de esa cultura prehistórica y preincacica y es la única conocida fuera de las costas de la América del Sur. Las investigaciones que efectúa actualmente el Profesor Torres Mosquera en la pirámide tumular PANCHE, de Armera, Colombia, puede que descubra relaciones con ese sitio.

»Incluyo un informe de las piezas individuales. Le agradezco la oportunidad de haber podido estudiar esos especímenes tan destacados. Mantendré la custodia de ellas por ahora en lo que pueda devolvérselas.

»Sinceramente,

BARRY FELL
Ph. D. Sc. Profesor Emérito
Director — Centro Nacional de Epigrafía»

En el cuerpo del informe, el doctor Fell ha hecho las siguientes observaciones:

«Es sumamente improbable que estos objetos hubieran sido falsificados por las siguientes razones:

»En 1880 nada se conocía de inscripciones similares inscritas en las planchas de oro y de cobre del Tesoro Nacional de Ecuador. No se conocían entonces inscripciones comparables colocadas en la forma de cuadrículas.

»La existencia misma de la cultura de Oriente en Ecuador era desconocida, ya que los primeros informes de tales megalitos y otras estatuas y estatuillas aparecieron en 1961. (Pedro Ignacio Porras Garcés, *Arqueología de la región Oriental*, Academia Nacional de Historia, Quito.)

»Estudios futuros de estas piezas muy desgastadas de Guayanilla dependerán del descifre de las planchas quechuas y de otras inscripciones en Ecuador. Este Centro continúa trabajando en ese campo, pero tiene que combinarlo con otras numerosas investigaciones de inscripciones de otros lugares de las Américas. La oposición por algunos arqueólogos americanos ha ocasionado problemas, aunque está cediendo, ahora que lingüistas de España, Portugal, Suiza y Francia han comenzado a reconocer la validez de las investigaciones nuestras y han tomado parte en ellas».

No obstante la naturaleza controvertible de esta clase de trabajos, merecen ser analizados, y estudiados con objetividad y no deben ser desdeñados o ridiculizados, pues tienen importancia internacional potencial de enorme trascendencia.

La vilipendiada memoria del Padre José María Nazario y Cancel, un ilustre puertorriqueño, está en vías de ser reivindicada al fin, así como la autenticidad de las antropoglíficas que excavó en Guayanilla.

La duda insoslayable que surge de inmediato en este caso, es la remota situación de la cultura incáica respecto a Puerto Rico. Los contactos culturales con los Maya de Yucatán son mucho más explícables, pues existe evidencia de tal influencia. Sin embargo, hay evidencia de que hubo también cierta influencia antillana en Sudamérica, así como la influencia incáica por tierra hasta las costas del Norte del continente. Como la influencia hasta Puerto Rico necesariamente tendría que haber llegado por mar, veamos las posibili-

dades. El cronista del conquistador Francisco Pizarro, su primo Pedro Pizarro, informó que utilizaron una balsa incáica con capacidad de 40 toneladas, o de 50 hombres y tres caballos. Esas embarcaciones consistían de nueve u once tablones de la madera liviana llamada «balsa» colocados y ensamblados horizontalmente, con varios tablones verticales para su estabilidad y dirección, llamadas «guaras». Eran desmontables, por lo que podían trasbordar a través del Istmo de Panamá y penetrar hasta Yucatán y Las Antillas.

Ha sido aceptado casi como artículo de fe que no pudo haber cruces transatlánticos antes del año 1492, pero existe abundante aunque obscura evidencia de que hubo contactos entre el Viejo y el Nuevo Mundo antes de la era cristiana. El hallazgo del Padre Nazario demuestra que Puerto Rico ha sido siempre un punto de contacto y una frontera de choque de índole cultural y este hallazgo es una prueba de su importancia vital en América.

El Padre Nazario llegó al umbral del descifre de sus antropoglíficas pues dio a conocer algunas de las palabras taínas que posiblemente se derivaron de esos inmigrantes a Puerto Rico que los antecedieron. El informe del doctor Alphonse Louis Pinart dio a conocer la autenticidad de los petroglifos de Guayanilla al examinarlas poco después de su hallazgo por el Padre Nazario, y al encontrar petroglifos similares en Aruba y en Chiriqui en Panamá, confirmó la ruta que siguieron esos indios Incas que al salir de Ecuador en su región Occidental, cruzaron por el territorio de los indios Jíbaros hasta la costa Norte del continente. Algunos han debido seguir por dicha costa hacia el Este y repetir la ruta que siguieron luego los indios Caribes de isla en isla hasta Puerto Rico. Otros seguirían por el Istmo de Panamá hacia el Norte, en parte por tierra y en parte a lo largo de las costas de Mesoamérica hasta encontrarse con los Mayas.

Los escritos del Padre Nazario deben estar traspapelados en algún lugar desconocido. La única información sobre ello la brindó el señor Luis Martínez Vargas, quien sirvió de monaguillo el Padre Nazario, ya anciano, a quien describe como dedicado a leer y escribir la mayor parte del tiempo. Le sirvió en tal capacidad desde la edad de siete años en 1895 hasta la de 20 años en 1908, habiendo ayudado a empaquetar sus libros y papeles para entregarlos al Padre Martín Bernstein, quien los llevó, según el señor Martínez, a la sede de los Padres Dominicos en Bayamón.

En este punto de la intensa gestión por descifrar el enigma de las antropoglíficas del Padre Nazario, ya podemos vislumbrar su

feliz desenlace y solución. No obstante que sólo se han descifrado algunos de los signos inscritos en las escasas piezas examinadas por la Sociedad Epigráfica Americana, la clave de su descifre total ha sido hallada por su Presidente doctor Barry Fell. Tal descubrimiento es de una trascendencia incalculable tanto para la prehistoria de Puerto Rico como para la de todo el hemisferio americano y para Europa y el Oriente Medio.

Lamentablemente, dichos petroglifos se encuentran dispersos por distintos museos y colecciones privadas, pero se puede adelantar mucho con el material disponible hacia su descifre total.

Sin embargo, en este caso, como ya se halló la clave en la lengua pre incáica escrita con caracteres del idioma hitita-minóico pre helénico de la isla de Chipre, se ha adelantado más que cuando se excavó la ciudad de Ebla en Siria del 1968 al 1975. Al examinar sus signos cuneiformes el epigrafista italiano Giovanni Pettinato confesó que no podía descifrar una sola palabra, pues no eran ni sumerios ni acadios, las dos lenguas más conocidas del Oriente Medio, sino de una lengua totalmente desconocida hasta entonces. Fue luego que se excavaron unas cien tabletas con unas 3,000 palabras eblaítas con su significado paralelo correspondiente en sumerio, que pudo comenzarse el descifre, el que se calcula que tomará dos o tres décadas para terminarlo. La máxima autoridad en la lengua de Ugarit, Dr. Cyrus H. Gordon, ha opinado que la lengua eblaíta tenía el mismo fondo cultural del que surgió la hebrea, circunstancia que puede hacerse extensiva a la mayoría de las lenguas del Oriente Medio. La similitud básica de los signos de esas lenguas entre sí es la que ha ocasionado innumerables confusiones al iniciarse sus respectivos descifres.

Debido al parecido de los signos hebreo-caldáicos con los de la lengua hitita-minóica, no debe causar extrañeza que el Padre Nazario opinara que eran los primeros, pues todavía no se habían conocido los segundos en su época.

La gramática de la secta cristiana denominada Hernuta, afirma que el idioma araguaco difiere mucho de las lenguas europeas, pero tiene notables concordancias con las lenguas del Oriente Medio, como el hitita y el hebreo, tal como lo indicó el Padre Nazario.

SUMMARY OF THE SOLUTION TO AN ARCHAEOLOGICAL PROBLEM

Around the year 1880, José M. Nazario Cancel, parish priest of the town of Guayanilla excavated over 800 humanoid images sculpted in stone and inscribed with rather strange characters or signs. Each weighed between 2 and 20 pounds, with a total weight of a few tons.

Father Nazario has made known that while visiting a very ill old lady of Indian ancestry, she had described the hiding place underground where a large number of inscribed stones were to be found, according to a secret confided by her parents. He dug under an eroded flat stone she had referred to over a small undulation near the Yauco River, where he found over 800 inscribed statuettes very close together in a small space. He has written that he was so impressed by his find that he had been tempted to proclaim them as «the National Archives» of the Indian nation.

At first glance he had supposed they were some more Indian petroglyphs, like the hundreds he already had in his collection, but on closer examination he noticed that some of the signs appeared to be similar to those of ancient alphabets he had studied in Salamanca University. Previously, he had the idea that the Indians of Puerto Rico had probably developed a script «more perfect than that of the Maya of Yucatán or the Incas of Perú», since it looked like a phonetic, not hieroglyphic script. He had evidently thought that it was a hybrid form of writing, part Indian and part alphabetic or syllabic, or phonetic language.

It could be inferred that he had also found similarities with Mayan and Incaic hieroglyphs from the writings of Friar Diego de Landa or historian Garcilaso de la Vega, the Inca. He wrote an essay entitled «Phonetic Script of the Puerto Rican Indians», never published and probably lost.

In 1912, historian Adolfo de Hostos studied the statuettes together with Father Nazario at his parish home, where he had them

placed on a large table in a sequence that resembled writing. They discussed the slight evidence of contacts between Puerto Rico and Yucatán or Perú, but noticed certain signs that appeared repeatedly which seemed to resemble Caldaic or Hebrew, so that the possibility of contacts across the Atlantic Ocean with the Middle East was suggested by Father Nazario. At that time, the idea about the descent of the American Indians from one of Israel's Lost Tribes was in the popular mind, so the idea was not too farfetched.

Shortly after having made his find known, Father Nazario was accused of having instigated a fraud by paying some farm laborers to copy in stone some kind of a Middle East petroglyph, which was the explanation given for the appearance of over 800 statuettes. This large amount of inscribed petroglyphs by unlettered peasants was a physical impossibility and its secrecy in a small town absurd, but it was believed by some archaeologists, although frauds also need to be proved.

At the beginning of this century, ethnologist Dr. Jesse Walter Fewkes, of the Smithsonian Institution, examined the statuettes and ventured an opinion in his report that the stones did not seem to him to be too old, implying a fraud. However, he appended a *caveat* to the effect that certain objects found under ground could have been the work of other races who lived before the time of the Indians of Puerto Rico, probably because some of the inscribed signs were not Indian, but seemed like those of ancient alphabets.

The Puerto Rican Academy of History has submitted samples of the statuettes to the universities of Valladolid, Madrid, Harvard and the National Epigraphic Society in Arlington, Massachusetts. Some similarities have been found between some of the signs with characters from ancient alphabets.

Dr. Barry Fell Ph. D., D. Sc., Professor Emeritus of Harvard, Director of the National Epigraphic Society, has submitted a report which finds the signs to be analogous to these of the Quechwa (Kechwa) language of the Incas mixed together with pre hellenic Cypriot syllabary characters as found in inscriptions of Oriente Province of Ecuador:

«The Guayanilla images submitted are all small and appear to represent the same deity, a Virgin or Mother Goddess, one of whose aspects is that of a Kechwa equivalent of Nuestra Señora del Socorro, as the inscription indicates. The Guayanilla Collection, since it apparently comprises some 800 pieces, represents *the greatest*

single find ever made of the prehistoric preincaic culture and the only known occurrence beyond the shores of South America».

Besides describing the samples submitted, Dr. Fell has observed that «it is extremely unlikely that these objects could have been forged for the following reasons:

«(a) In 1880 nothing was known of the similar inscriptions engraved on the gold and copper plates of the National Treasure of Ecuador. No comparable inscriptions placed in checkerboard grids were known.

»(b) The very existence of the Oriente Culture of Ecuador was unknown, since the first reports of these megaliths and associated inscribed statues and statuettes appeared in 1961».

It seems certain that the clean memory of Father Nazario Cancel is in the process of being vindicated at long last, as well as the authenticity of his astounding archaeological discovery, which links Puerto Rico to the Inca Empire as a cultural frontier.

CRITICAS CONTEMPORANEAS AL PADRE NAZARIO

Los escollos mayores que se encuentran en el estudio de los petroglifos de Guayanilla han resultado ser la apatía y la desidia, lo que ha desembocado en estudios incompletos no sólo de esas piedras en sí, sino de las lenguas americanas. Ciertamente es que se han efectuado estudios valiosos, pero no se ha organizado bien la gran cantidad del material existente. Grandes antropólogos que nos visitaron como Waldemar Schomburghk, Alphonse Louis Pinart y J. Alden Mason, sólo examinaron casualmente los petroglifos de Guayanilla, sin prestarles atención a las diferencias de sus signos con las pictografías indoantillanas.

Lo mismo ocurre con la denominación de las distintas tribus indígenas, pues no se han puesto de acuerdo todavía los lingüistas sobre una denominación común. Por ejemplo, se acostumbra escribir el vocablo que designa la raza que pobló a las Grandes Antillas como Arawak, Aruak, Arauaca, Aruaca. A falta de un acuerdo, hemos escogido la forma Araguaco debido al empleo frecuente de la letra *g* para acompañar el diptongo *ua* como en el prefijo *gua* de los caciques puertorriqueños. La ortografía que conocemos para los vocablos y nombres indígenas es la que le dieron los cronistas y los filólogos de distintas nacionalidades, con sus variados acentos y ortografías, los que al traducirse a otros idiomas, han sido interpretados en variadas formas que han contribuido a crear una gran confusión.

El eminente lingüista argentino doctor Antonio Tovar, ha expresado lo siguiente: «Realmente grafías como Talamank o Kweva, representando formas como Talamanca o Cueva, no parecen sino debido al afán de oscurecer y complicar la ortografía usual en los países nuestros». (*Catálogo de Lenguas de América del Sur*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1961.)

Un ejemplo es el uso propuesto «del signo *ñ* para indicar, no la nasal palatal, sino la velar». Con el propósito de mejorar la ortogra-

fía se ha estado escribiendo el vocablo Quechua como Kechwa, en el que la *w* tiene el sonido consonante de la *v*, la que unida a la *u* suena como *Quechuvu*, que es el sonido de su pronunciación hoy. El empleo de la *k* en sustitución de la *qu* es lógico, aunque confunde al romper la tradición, tanto como el uso de la *w* como consonante y no como la vocal *u*. El uso de la *g* en el vocablo Araguaco lo sugiere su otra grafía, Arawak, al darle a la *w* un sonido consonante que rompe el triptongo *aua*. Una autoridad como el doctor Antonio Tovar ha escrito el vocablo en distintas formas en el mismo contexto, Arawak, Arauco y Aruak, al considerar el grupo racial «Chibcha-Aruak» en relación con los Muisca o Chibchas.

Una de las sorpresas que verifican las influencias que pudieron prevalecer cuando se grabaron los signos en los petroglifos de Guaynilla por inmigrantes procedentes de Ecuador, ya influidos a su vez por inmigrantes Hititas-Minóicos del Oriente Medio, es la existencia casi única en las Antillas Mayores del vocablo «jibaró» en Puerto Rico para designar a sus campesinos. Para llegar hasta Puerto Rico los inmigrantes incáicos de Ecuador tenían que pasar por el medio del territorio entre Ecuador y Colombia de los indios «jibaros», de origen araguaco. La implicación es que esa inmigración trajo el vocablo a Puerto Rico y a partes de Santo Domingo. Lo mismo ocurrió con el vocablo «guajiro» en Cuba, nombre de otra tribu de origen araguaco entre Colombia y Venezuela, que allí se conoce como «goajiro».

Según el doctor Tovar, la lengua jibara es una de las no agrupadas (Xivaro, Chiwaro), usando la *w* como la consonante *v*, cuyo nombre indígena es Suara, Siwara o Suar, la que ha perdido terreno ante el idioma Quechua. Su parentesco lingüístico se acerca más al Araguaco y a los dialectos Campa del Perú. Los etnólogos Paul Rivet y Henri Beuchat consideraron al «jibaró» como un grupo del Araguaco. (*La Langue Jibaro ou Siwera*, *Anthropos*, 4.805-22; 10.53-64; 1.109-247). J. Alden Mason lo consideró como una lengua posiblemente Araguaca, aunque su tipo lingüístico es andino, ya que tiene abundantes sufijos. Sus dialectos son numerosos: Aguaruna, Awahun, Vambisa, Achual, Antipa, Arapico, Gualquiza, Zamora, Pintuk, Miazal, Ayuli, Morona, Maca, Upano, Bolona, Bracamoro o Pacamuru, Palta y Malacata. Según el doctor Tovar, la lengua Jíbara está «quechuanizada».

La influencia del Quechua en el Jíbaro se refleja en que tiene cinco vocales que corresponden a las del español y el Aimara, y tal influencia se extendió no sólo por una gran parte de la América

del Sur, sino hasta Centroamérica y Las Antillas. En muchos casos, los que hablan el Aimara hablan también el Quechua. La estructura gramatical parece distinta, pero los préstamos léxicos y morfológicos y la adopción de una fonética común han acercado a las dos lenguas, por lo que para muchos lingüistas, forman un grupo. El Aimará ha sido reemplazado por el Quechua, quizá porque el Aimará es más antiguo pues fue preincáico. Algunos lingüistas lo han afiliado al Hoca-Sioux de Nicaragua y al que se habla en el Yurumanqui en la costa de Colombia. Se describe como una lengua de fonetismo claro y preciso, la que hablan unos cuatro millones en Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia y Argentina.

Otra influencia lingüística muy importante desde Sudamérica fue la de las lenguas Chibchas, centrada en la región Noroeste pero que se extendió desde el Océano Pacífico hasta el Atlántico y que cubría desde Ecuador hasta Nicaragua y Honduras en la América Central. El Chibcha ha sido considerado por calificados lingüistas como afiliado al Maya y al Hoca-Sioux que desde el Norte se extiende hasta el estado de Guerrero en México. Por ejemplo, el doctor Rodolfo Shüler opinó que había existido un grupo lingüístico muy extenso entre Sud y Centroamérica más las Antillas, compuesto del Maya, el Chibcha, el Araguaco y el Caribe, pues según él todas pertenecen al ambiente mesoamericano. El dialecto principal del Chibcha es el Muiska, pero éstos se cuentan en decenas, aunque algunos dialectos, como el Chacó de la costa colombiana del Pacífico, que ha sido considerado como del grupo Chibcha, se ha determinado que es un superestrato Caribe, que se radicó en territorio que había sido antes Chibcha. El Chibcha se extiende desde la meseta de Bogotá hasta el bajo río Magdalena y hasta la Sierra Nevada de Santa Marta, con grupos lingüísticos afiliados en Nicaragua y Costa Rica.

Se consideran los grupos lingüísticos propios de la América del Sur, los que cubren dicho continente al Sur del Istmo de Panamá y parte de la América Central, en donde termina la influencia del Maya y el Azteca, con límites en las fronteras de Honduras, Guatemala, el Salvador y Las Antillas. Los tres más grandes grupos lingüísticos propios de la América del Sur son el Tupí-Guaraní, el Araguaco y el Caribe.

Los eruditos etnólogos doctores Paul Rivet y Cestmir Loukotka han determinado unos 108 grupos que pertenecen a la familia de lenguas de la América del Sur y que se extienden desde La Florida y al Este de las fronteras entre Honduras, Guatemala y el Salvador.

Se han considerado como grupos compuestos con lenguas afines los siguientes lenguajes: Araucano, Aimará, Quechua, Pano, Tupí-Guaraní, Araguaco, Caribe, Yunga-Puruhá, Chibcha más 170 agrupaciones de lenguas y dialectos en número de unos 2,000, según el doctor Antonio Tovar. (*Ob. cit.*, pág. 153.)

La confusión que ha existido entre tan diversas lenguas y dialectos puede ilustrarse con el caso del Tucano o Betoya hablado, entre los ríos Vaupés y Putumayo, dividido por dos tribus caribes, los Carijona y Huitoto y rodeado por dialectos araguacos, lo que implica una mezcla Araguaco-Caribe en el mismo continente. El caso es muy común y no único, como lo es el de los indios motilonos de la región de Maracaibo y del Noreste de Colombia, los que han sido considerados como araguacos. Los doctores Rivet y Loukotka los han clasificado como «gente brava» en Yuco y «gente mansa» a los de Yupa o Yukpa, lo que constituye un caso análogo con el que ocurrió durante la conquista de Puerto Rico. Los conquistadores clasificaban a los taínos rebeldes como «gente brava» designándolos junto a los caribes, pero a sus hermanos taínos de raza y lenguaje que fueron sometidos los clasificaban como «gente mansa» y por lo tanto no Caribes y del tronco común araguaco.

En las Antillas Menores no se sabe con precisión el influjo mutuo entre el Araguaco y el Caribe, ya que se entendían y se aliaban entre sí, aunque había diferencias entre la forma hablada por las mujeres y los hombres. El Araguaco se extendió por todas las Antillas Menores y Mayores y penetró algo hasta Mesoamérica junto al Caribe, ya que se hallaron señales de su influencia en el río San Juan en el Caribe y en las islas de la laguna de Chiriquí, en donde hizo estudios el doctor Alphonse Louis Pinart luego de haber visitado a Puerto Rico. Estudió también Pinart las lenguas de Panamá, Colombia y otras de la América del Sur. (*Petite Bibliothèque Américaine*, París, 1882-1890.)

La influencia araguaca llegó hasta la cordillera de Mérida en Yucatán en la lengua Jirajara (Xiraxara). (Luis R. Oramas, Wilhelm Schmidt y Guillermo Hernández de Alba. Citados en A. Tovar, *Catálogo de las lenguas de la América del Sur*, Editorial Sudamericana, 1961, Buenos Aires). De acuerdo con J. Alden Mason, quien también hizo estudios en Puerto Rico, podría tratarse de «préstamos léxicos» pues halló por otra parte la influencia de elementos léxicos «que apuntan relación al Chibcha».

Hemos hecho este recuento de las lenguas que en alguna forma se opina que se han influido entre sí, debido a la evidencia de que

los signos de los petroglifos de Guayanilla contienen influencias de los lenguajes Quechua, Aymará, Jíbaro y Chibcha; en una región Araguaca con alguna influencia Caribe. El extraordinario hallazgo arqueológico que efectuó el Padre Nazario contiene secretos inconcebibles hasta hace muy poco tiempo, según se han podido descifrar algunos de sus signos. Además, pueden confirmar la presencia de razas del Viejo Mundo en América, tales como la de los Hitita-Minóicos, quienes dejaron su influencia lingüística en la lengua Quechua en Ecuador. Tal descifre constituye un hito en el camino de resolver un gran número de enigmas que han quedado en un estado de indecisión en la prehistoria del Nuevo Mundo.

La Arqueología, como hemos visto, puede suplir los datos que permiten conocer la existencia prehistórica de las distintas razas que han poblado la Tierra en el curso de cientos de siglos. El eminente epigrafista Champollion Figeac lo expresó en forma admirable: «Todos los monumentos, aun los más comunes y groseros, aportan algunos hechos, y el conjunto de estos hechos es como una estadística moral de las antiguas sociedades. Considerada desde esta altura, la Arqueología merece bien el nombre de Ciencia». El doctor José Velázquez, autor de *Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas*, también lo ha expresado en forma magistral. «Para un buen observador, el monumento solo, no ilustrado aun para la erudición, suele tener hasta mayor elocuencia que las doctrinas crítico-históricas, las cuales vienen no pocas veces a desvirtuar o torcer su conocimiento exacto». (*Diccionario Hispanoamericano*, Montaner y Simón, Barcelona, Vol. II, pág. 672.)

Precisamente lo que apuntó el doctor Velázquez es lo que ha ocurrido con las antropoglíficas del Padre Nazario de Guayanilla. En lugar de usar el método inductivo y permitir que los petroglifos indicaran su procedencia libremente por medio de las comparaciones de sus extraños signos con los de otras lenguas, como hizo el Padre Nazario, se consideró tal posibilidad tan remota, increíble y fantástica, que se sospechó de inmediato que se trataba de una falsificación. No pausaron a considerar que para falsificar algo hay que tener al frente un modelo genuino y como el Padre Nazario había expresado su opinión de que los signos parecían de origen Hebreo-Caldáico y el sacerdote había estudiado lenguas bíblicas en la Universidad de Salamanca, insinuaron que el modelo lo había suplido él a unos campesinos a quienes les había pagado para que hicieran el trabajo. Los primeros arqueólogos profesionales que examinaron dichos petroglifos poco después de su hallazgo tenían que haber

observado los extraños signos, «parecidos a los de alfabetos antiguos» o sea, del Viejo Mundo, pero prestaron su atención a los rumores propalados localmente de una falsificación, sin considerar que las falsificaciones también tienen que probarse.

El doctor Alphonse Louis Pinart aseguró que las piedras que él había visto eran auténticas incuestionablemente, aunque expresó que había oído los rumores sobre su falsificación para engañar al «ingenuo» Padre Nazario. Encontró signos parecidos a los de alfabetos antiguos, los que comparó con signos que encontró en Aruba y en Chiriquí, indicios de que la emigración que había ocurrido desde Sudamérica por mar y por tierra hasta Puerto Rico, había dejado su huella en las regiones a su paso. El Doctor Jesse Walter Fewkes, antropólogo que también examinó los petroglifos de Guayanilla, también insinuó la rumorada falsificación al expresar que las piezas no le parecían muy antiguas, es decir, que podían haber sido inscritas recientemente. Sin embargo, en otro lugar de su informe al Congreso de los Estados Unidos, declaró que algunos objetos encontrados en Puerto Rico podían haber pertenecido a razas anteriores a la de los indios puertorriqueños, evidentemente porque titubeó en cuanto al origen de los extraños signos parecidos a los de los alfabetos antiguos y no indoantillanos y a que fueran espúreos.

En Puerto Rico, se suscitaron varias polémicas sobre el asunto, en especial entre el doctor Manuel Zeno Gandía y el señor Eduardo Neumann Gandía y entre éste y el Padre Nazario, publicadas en los periódicos *El Noticiero* y *La Correspondencia de Puerto Rico*, así como algunos comentarios en *La Revista de Puerto Rico*.

El doctor Neumann Gandía, publicó una fuerte y sarcástica crítica del Padre Nazario relacionada con los argumentos publicados en cuanto al descubrimiento de Puerto Rico en su obra *Guayanilla y la Historia de Puerto Rico*, y sobre sus antropoglifitas. El doctor Zeno Gandía terció en la polémica en defensa del Padre Nazario, en la que también terciaron el señor Agustín Navarrete, el doctor Cayetano Coll y Toste y don Mariano Abril.

El señor Neumann Gandía consideró que el Padre Nazario era un erudito, al pedirle disculpas si se atrevía a «entrar en el santuario esotérico de los eruditos». (*Benefactores y hombres notables de Puerto Rico*, Tomo II, Ponce, 1899. Prólogo páginas LXIX-LXXV.) El señor Neumann Gandía creía firmemente en el autoctonismo, por lo que rechazó la teoría del Padre Nazario sobre la posible emigración desde el Mediterráneo de la raza Hebreo-Caldáica. Citó al Padre Diego Andrés Rocha, quien conjeturó sobre el origen de los

indios «del Perú, México, Santa Fe y Chile» en la raza celtíbera; al Padre Bernardo García, quien hizo lo propio con orígenes cartagineses, fenicios y de otros pueblos del Viejo Mundo y al Padre Durán, quien los creyó descender de israelitas y árabes, «las cuales opiniones no pasan de ser sino ingeniosas hipótesis, que no resisten el examen de la crítica moderna», comentó el señor Neumann Gandía:

Citó opiniones de arqueólogos europeos, como la del Secretario de la Exposición Histórica Americana de Madrid en ocasión del Cuarto Centenario, señor Sentenach, quien consideró «los signos trazados sobre objetos naturales, *signos indescifrables*, sin la ayuda de su interpretación, transmitida oralmente de los unos a los otros... Otras hay con sus series de líneas... hechas con cierto rigor geométrico en la disposición de los signos y figuras, que nos hacen presumir la idea del simbolismo». El señor Neumann Gandía intercaló en la cita anterior la frase; «estas son las de Puerto Rico», refiriéndose a las antropoglifitas del Padre Nazario.

Rechazó el señor Neumann Gandía la interpretación del Padre Nazario de que los signos en sus antropoglifitas eran más perfectos que los de los Mayas o los Incas por ser fonéticos, citando a Federico Rantzel. «Está muy lejos de representar un sistema de escritura más perfecto que el de los Mayas, que llegaron al uso de signos fonéticos hasta el alfabetismo, pero usando los alfabéticos en combinación con los figurativos y los ideográficos». El señor Neumann se hizo eco de la idea de que las pinturas mayas manuscritas «dieron en llamar travesuras del diablo», escritas «en papel de pasta de magüey con una preparación blanca superficial», la que se ha encontrado también en inscripciones en petroglifos Incas.

El Padre Nazario informó haber descubierto la clave para el descifre de los signos; a lo que el señor Neumann ripostó: «Por mucho respeto que merezcan la veracidad del Padre Nazario, que ni es papa ni es infalible, la autoridad científica del Obispo de Chiapa está muy por encima de las aseveraciones del primero», esto último relacionado con el itinerario de Colón en el segundo viaje según el Padre Nazario. Le contestó el señor Neumann al doctor Zeno Gandía: «Aun no ha surgido el Champollion americano que descifre las escrituras precolombinas, quizás aparezca por Guayanilla... por lo cual nadie que estime la solidez y seriedad de sus conocimientos científicos podría sostener que tenga, dentro ni fuera del país, la clave del alfabeto indoantillano, como enfáticamente han propalado algunos, fungiendo de sabios».

El señor Neumann llegó al umbral de aceptar inmigraciones de

otras razas a Puerto Rico, pero que eran «inferencias, incertidumbres, simples teorías más o menos aceptables y verosímiles y no se demuestran tan claramente». Sin embargo, al argumento del doctor Zeno Gandía de que las antropoglifitas «fueron halladas en esta isla y teniendo por lo general *una figura parecida a las de las momias peruanas*, que contienen en sus facetas signos de una figura desconocida», lo contestó el señor Neumann que eso comprobaba su opinión de que «atribuyo la introducción en las Antillas de esos glifos —a los guaraníes— residieron en regiones peruvianas fronteras del actual Brasil, por lo que no me sorprende encontrar esos elementos incásicos: trataré de explicar más adelante tan interesantes coincidencias en la transmisión del pensamiento de los habitantes del imperio de los incas por medios epigráficos». El señor Neumann casi acertó en determinar el origen de los petroglifos de Guayanilla en su argumentación negativa y en su factibilidad.

El señor Neumann aceptó el aserto de M. Raoul de la Grasserie de que «los arawaks o aruacos tenían cultura propia y escritura simbólica, casi jeroglífica, asertos que comprueban *las piedras por mí encontradas* en el interior de la isla, *similares* a las llamadas antropoglifitas que figuran en el gabinete del Padre Nazario». Este aserto del señor Neumann se cae por su peso, ya que en el único lugar de Puerto Rico que se han encontrado tales petroglifos es en Guayanilla y lo usó para desvirtuar su peculiaridad, insinuando que eran las comunes y corrientes de los taínos y caribes.

El señor Neumann llegó casi a vislumbrar casualmente la influencia incásica en Puerto Rico por vía de la inmigración, aunque criticó que se compararan a los indoantillanos con «los Maya, los peruanos y los Caras de Quito». Aun así, citó a Federico Rantzel para señalar que «a los guaraníes sin duda se debe el hallazgo en Puerto Rico de esas antropoglifitas del Padre Nazario, que tan honda sensación causan en el espíritu de su fautor el doctor Zeno». Señaló a los guaraníes como los inmigrantes a Puerto Rico que inscribieron los petroglifos, al pasar por territorio Inca: «Los araguacos, lo mismo que los caribes *tenían la misma filiación étnica...* podrían ser congéneres, es decir, del mismo origen, de la misma derivación, del mismo tronco etnográfico, y lo eran en efecto, pertenecientes todos a la misma familia conocida con el nombre Brasilio-Tupí-Guaraní».

Aceptó que la lengua Araguaca «en muchos de sus dialectos, presenta analogías con el Kalina, palabra que por corrupción convirtieron los conquistadores en Caribes». El señor Neumann en una

observación muy aguda, aceptó la inmigración de tribus araguacas a las Antillas «porque entre los cubanos se encuentra la palabra Guajiro para designar la gente del campo, que por corrupción del vocablo Goajira, nombre con el que se designa una tribu india, también Arauaca que se conserva entre Venezuela y Colombia... con una lengua muy sonora y amante del comercio... se hicieron diestros navegantes y se establecieron en Cuba».

Exactamente lo mismo había ocurrido en Puerto Rico al llegar a sus playas elementos de Ecuador, incáicos que habían pasado por medio del territorio de la tribu de los indios Jíbaros, de familia Araguaca radicados entre Ecuador y Colombia, «que llaman la atención por su color claro, semejante a la raza Aria; y es muy notable, y muchos cronistas se entretienen en recordar, la hermosa variedad casi caucásica de los indios que poblaron las Antillas Mayores». Los dos nombres aludidos, Jíbaro y Guajiro, ofrecen una evidencia circunstancial de que miembros de esas dos tribus de la América del Sur emigraron desde la costa Norte del continente, tal como lo hicieron luego los Caribes, y se establecieron en las Antillas, saltando en sus canoas y piraguas de isla en isla, o por tierra hasta Mesoamérica.

Al discutir el vocablo «raza» con el doctor Zeno Gandía, el señor Neumann aceptó que dicho término «es poco preciso porque antropólogos muy calificados lo aplican indistintamente, ya para significar un conjunto étnico muy extenso, ya para indicar cada una de las variedades que pueden tener una misma raza... Desecho el origen asiático de la raza americana y me inclino por el autoctonismo... sin mezcla extraña, pura, genuinamente americana, tipo antropológico, exclusivo de América, dolicocefalo, o de cabeza larga y angosta, y a la vez hipsistenocéfala, de forma alta o estrecha, o sea, elevada en su diámetro vertical... que son casi caucásicos los Boreanos (Araucanos)... que los Kolucho lo son también... que los Caracollillos de Haití, los indios de Luisiana, los Chaimas de la Guayana, los Aroras o Yaruras del Orinoco y otros presentan un negro parecido al azabache; que los Chinukos del Oregón son de color parduzco; que los conquistadores del Darién encontraron tribus negras, de las cuales habla Gómara; que los Mayas o Yucatecos presentaban un moreno claro; que los Guaraníes tenían un pigmento amarillo, más o menos rojo; pero en medio de todas estas variedades se destaca entre los indios americanos un color que varía entre el rojo cobrizo y el rojo claro o como afirman los cronistas españoles, el color más generalizado es el canela o de membrillo cocido, lo que dio lugar a designar la raza con el nombre genérico de cobrizo». Las formas

cranianas varían mucho, y no se ha podido esclarecer si dominan los braquicéfalos o los dolicocéfalos; lo único que puede afirmarse, es que en la raza primitiva... se acentuaba la dolicocefalia».

Rechazó de plano el señor Neumann que «hubieran existido relaciones entre los habitantes precolombinos de Puerto Rico y los yucatecos... Examinadas esas antigüedades líticas resulta que no son otros objetos que los llamados glifos o piedras escritas por Daniel Brinton, Nadailler y otros sabios», a los que habría que añadir los nombres de Fewkes, Pinart y Alden Mason. Este último declaró, en su monografía sobre la Colección Látimer, que todo lo que había visto en ella era Araguaco o Caribe, lo que confirma que las antropoglíficas del Padre Nazario eran únicas en su clase.

«Los glifos de Brinton o las antropoglíficas del Padre Nazario los declararon los sabios reunidos en Madrid y lo ratifica Ratzel, está muy lejos de representar un sistema de escritura más perfecto, por ejemplo, que el de los Mayas, que llegaron con el uso de los signos fonéticos hasta el alfabetismo, pero usando los alfabéticos en combinación con los figurativos y los ideográficos», argumentó el señor Neumann Gandía.

El señor Neumann rechazó toda posibilidad de que hubieran existido migraciones desde el Viejo Mundo o desde Asia tanto como entre Yucatán y las Antillas, pero por otro lado, aceptó las migraciones de los Guaraníes desde el Río de la Plata pasando por el Perú y llegando hasta las Antillas.

Aunque está probado el origen mongólico de los indios americanos, el señor Neumann citó al doctor Daniel Brinton, cuando era Presidente del Congreso Internacional de Antropología durante la Exposición de Chicago en 1893 para probar el autoctonismo de los indios americanos: «Yo mantendré siempre que hasta el día de hoy no he encontrado un dialecto conocido, ni un arte, ni una institución, ni un mito o rito religioso, ni una planta o un animal, ni un instrumento, un arma o un símbolo en uso, al descubrimiento de América, que hubiera sido importado antes del Asia, o de otra parte del antiguo continente».

Sobre las lenguas americanas, citó el señor Neumann a Duponceau para probar su origen autóctono. En el fondo de todos ellos, un plan fundamental que llamó polisintetismo, «por el cual las lenguas americanas, intercalando sílabas y uniendo simples letras, procedentes de las expresiones que han de sumarse al tema o raíz, forman una oración con un solo vocablo». Citó además al lingüista cubano don Cipriano Muñoz para probar lo anterior: «De este modo pue-

den cambiar la naturaleza de todas las partes del discurso, haciendo de un verbo un adverbio y un nombre; o de un adjetivo o un sustantivo un verbo; y les es posible representar a sus verbos muchedumbre de ideas accesorias, mediante pequeños cambios de sílabas pre-fijas o intercaladas».

Crece cada día el número de petroglifos inscritos que señalan la influencia de unas tribus americanas sobre otras como hemos explicado y además, de inmigraciones desde el Viejo Mundo. Los «indios blancos» y los «indios negros» en todo el hemisferio no sólo fueron vistos descritos y comentados por los cronistas, sino que aparecen en dibujos en códices y petroglifos tanto en Norte como en Sudamérica, vestidos y con barbas, lo que los distingue de los indios americanos, que eran lampiños.

Aparentemente, la polémica suscitó en el señor Neumann Gandía la obsesión de probar que los petroglifos de Guayanilla eran piezas comunes y corrientes que él mismo había encontrado en otros puntos del interior de Puerto Rico, sin ninguna particularidad. Esa compulsión la reafirmó rechazando la posibilidad de cualquier influencia foránea en América, pero sus propios argumentos y citas eruditas en contrario sugieren todo lo contrario.

Con el hallazgo reciente de la clave que permite descifrar los signos inscritos en las antropoglíficas del Padre Nazario por una autoridad de primer orden como lo es el doctor Barry Fell, ha quedado vindicada la hipótesis formulada por dicho sacerdote sobre la influencia cultural del Oriente Medio en el Nuevo Mundo, así como del intercambio cultural interamericano. Por ende, ha quedado también vindicada la honradez intelectual, la integridad y la probidad del Padre José María Nazario y Cancel.

Al atisbar en el horizonte la meta que nos habíamos trazado, hemos seguido hechando a un lado escollos con gran esfuerzo, y podemos ver en retrospecto la interrogante de como es posible hacer plausible la Historia. En alguna parte de la pirámide de papel que guarda la literatura secundaria sobre temas históricos, yacen un gran número de ideas básicas con el potencial de ser revolucionarias. Se encuentran allí miles de ideas vertidas en hoja tras hoja no catalogadas e inventariadas por motivo de su enorme cantidad.

Como expresara frustrado don José Ortega y Gasset: «Hay demasiados libros... Muchos de ellos son *inútiles o estúpidos*, constituyendo su presencia y conservación un lastre más para la humanidad, que va de sobra encorvada de otras cargas... *libros inútiles o necios*... mas no sólo hay demasiados libros, sino que constante-

mente se producen en abundancia torrencial... La cultura que había libertado al hombre de la selva primigenia le arroja de nuevo en una selva de libros no menos inextricable y ahogadora... Me parece que ha llegado la hora de organizar colectivamente la producción del libro... No se venga con la tontería de que tal organización sería atentatoria a la libertad... (la cual) está pasando en el planeta un mal cuarto de hora». (*El Libro de las Misiones*, Espasa-Calpe, Madrid.)

Ortega y Gasset llegó al extremo de considerar una posición artificial e impráctica, en la nueva barbarie consistente en ignorarlo todo, porque hay demasiado por saber.

Nos hemos enfrentado a un enigma confuso y difícil por un camino lleno de escollos, pero a la luz de la evidencia comparativa, el misterio ha dado paso a líneas claras y ordenadas de estructura que ofrecen un camino franco abierto en ella. Nuestra convicción nos ha sostenido y confiamos que prevalecerá.

De una tercera a una cuarta parte de las piezas de Guayanilla y otra parte aun mayor de las que se han descubierto en Puerto Rico han desaparecido, por lo que es una obligación cívica rescatar y tratar de interpretar lo que nos queda, que podría describirse como un archivo mudo, pero con la posibilidad de poder hacerlo hablar para que nos revele su legado de experiencias y quizá nos permita conocer nuestra trayectoria hasta el presente. Sólo podemos lograrlo tratando de ver nuestro pasado objetivamente y desde nuevos puntos de vista, reviviendo el legado cultural de nuestros antecesores indígenas, ya que sólo desaparece para siempre lo que matamos con la desidia y el olvido de la amnesia colectiva.

Es de lamentar que la tendencia ha sido precisamente esa, descansar en las opiniones negativas de aquellos para quienes es anatemático opinar que inmigrantes del Viejo Mundo pudieran haber llegado al Nuevo Mundo antes que Colón o aun que hubo migraciones interhemisféricas. Es evidente que en su mayoría los que así han opinado no se han dedicado a hacer un examen lingüístico del material prehistórico. La causa puede haber sido la desidia o la im-preparación, pero han impugnado por sí y ante sí aun así la autenticidad de los especímenes cuyos signos no entienden. En el caso que nos ocupa, la probable explicación podría ser que han aceptado sin comprobación acusaciones sin fundamento, fabricaciones, ataques personales sin substanciar o por asociación, deficiente lógica o la aceptación de opiniones impresas como si fueran sagradas.

Aunque la mayoría de los arqueólogos profesionales son perso-

nas de buena preparación, algunos han preferido descansar en opiniones previas sin comprobarlas para impugnar la autenticidad de materiales examinados. Unos lo han hecho en forma respetuosa y razonable pero otros lo han hecho de manera evidentemente maliciosa, poniéndole etiquetas a los casos y a las cosas en forma tendenciosa. La crítica es indispensable para depurar la investigación y aunque resulte errónea, debe tenerse en cuenta si es de buena fe.

Un aficionado a la disciplina de la arqueología o de la epigrafía, al considerar las diversas opiniones discrepantes emitidas en una controversia, puede que llegue a conclusiones más objetivas y correctas que las de un participante cuyas creencias están firmemente arraigadas. Si tales creencias han sido publicadas, puede temer a que su reputación sufra, por lo que defenderá sus preciadas teorías arqueológicas a todo trance. Debe considerarse que la arqueología está en evolución desde su base humanística hacia la científica, pero aun descansa sólo en probabilidades. En tales casos algunos arqueólogos permiten que sus emociones los dominen y pretenden justificar sus opiniones con generalidades, pero no las razonan.

Somos meros aficionados en estas disciplinas, pero nos hemos dedicado a leer y a procurar las opiniones de personas conocedoras, así como a visitar museos y centros de enseñanza para sopesar las opiniones discrepantes. Hemos aplicado en nuestros estudios métodos lógicos a los enigmas arqueológicos y epigráficos para tratar de impedir las emociones que tienden a dominar, al carecer de hechos absolutamente precisos, como es el caso en los problemas científicos. En tal sentido, la arqueología no puede considerarse como una ciencia, pues se basa en probabilidades y no en las certezas absolutas que requiere el rigor científico puro.

Al entrar en contacto por primera vez con el enigma de los petroglifos de Guayanilla, nos dedicamos a buscar los estudios que se hubieran hecho sobre el mismo, pero solo encontramos la resistencia de los profesionales, quienes habían desechado el caso como cerrado por considerarlo un fraude. Fue por esa razón que nos decidimos a efectuar esta incursión de «un intruso en el Jardín de Acadero», campo vedado a los no doctorados en la Academia, lo cual no era una nueva experiencia, pues ya nos habíamos arriesgado a hacerlo en el campo de la Historia. Hemos estudiado lo que hemos sospechado de ser incorrecto en todo o en parte en los escritos de nuestros predecesores. Hemos recibido críticas directas y veladas, a veces de quienes por no haber logrado destacarse, han permitido que sus frustraciones alimenten su hostilidad dirigida hacia un blanco conveniente,

material o personal. En tales casos, un desacuerdo suele convertirse en una cruzada, pero en vez de presentar pruebas y hechos importantes, se limitan a fijarse en lo baladí, convirtiéndose la crítica en un intento destructivo, ya que no aporta algo que sustituya lo criticado.

Desde que tuvimos ante nuestra vista el primer petroglifo de Guayanilla, nos fue creciendo la convicción de su autenticidad y su importancia. Llegamos a la conclusión que en 1880 nadie en Puerto Rico ni en el mundo entero podía conocer como se inscribían o como se podían descifrar los signos en los petroglifos recién excavados, pero que la Epigrafía corrobora su autenticidad. Aunque el Padre Nazario había estudiado lenguas bíblicas en Salamanca, por lo que había logrado descifrar por comparación algunos signos parecidos a los hebreos y caldáicos y había llegado a sospechar alguna influencia de las lenguas de México y Perú, no podía conocer los signos de las lenguas de los hititas o de los minóicos, cuyos son los signos que aparecen grabados en los petroglifos. Pero además de la evidencia lingüística, está la imposibilidad física del tallado e inscripción de más de 800 petroglifos por un solo hombre, el Padre Nazario, o aun por todo un taller-escuela constituido por campesinos analfabetos.

Siempre nos pareció inconcebible cómo un etnólogo como el doctor Jesse Walter Fewkes, sus admiradores, seguidores o discípulos; pudieran haber tan siquiera contemplado una posibilidad tan absurda. A medida que pasan los años nos parece aún más remota y torpe la consideración de tal posibilidad de una superchería, en vista de los hallazgos que se van confirmando en distintos lugares del hemisferio americano sobre la presencia de elementos del Viejo Mundo antes del descubrimiento de América por Cristóbal Colón.

Existe una tenaz y sistemática oposición al resultado del descifre de los signos de tales hallazgos arqueológicos en los Estados Unidos por el doctor Barry Fell, pero en Europa han sido confirmados por eruditos lingüísticos. El doctor Imanal Agiré ha confirmado la presencia del idioma vasco en América que ha descubierto el doctor Fell, punto por punto, en los petroglifos del Susquehanna, lo que ha sido respaldado por el doctor William Bright, editor de la *Revista Language*, de la Sociedad Lingüística Americana.

El doctor Sanford Etheridge, del Departamento de Lenguas Clásicas de la Universidad de Tulane, se ha referido al doctor Fell como la autoridad máxima de la lengua Ogam de los celtas, al nivel con el doctor Alan Hausaff de Irlanda, editor de la revista *CARN*

de Dublín. Se han encontrado distintas inscripciones en el territorio de los Estados Unidos y el Canadá de inscripciones celtíberas que influyeron en la lengua Takhelme de la Columbia Británica, según los descifres del doctor Fell.

El descifre del Disco de Faistos de Creta por el doctor Fell ha sido confirmado por una autoridad lingüística de Nueva Zelanda, el doctor Revel Lochore. También un especialista en las lenguas semíticas e indoeuropeas, el doctor Linus Brunner, ilustre etimólogo suizo, ha proclamado que «el último enigma lingüístico de la antigüedad, la lengua Minóica de Creta del segundo milenio A. de C. (lengua Linear A, relacionada con el Hitita cuneiforme y jeroglífico), ha sido descifrada por B. Fell, luego de haber descifrado la lengua antigua de Libia, la Etrusca y la Ogam en América».

El doctor Robert Archibald Logan, de la Sociedad Epigráfica Americana, autor del *Diccionario de la lengua de los indios Cree*, ha confirmado la identificación por el doctor Fell de cientos de palabras del idioma de los indios Algonquín. Lo mismo han hecho Bernard Francis y James C. Kelly en cuanto al idioma Micmac de Nova Scotia, al confirmar las conclusiones del doctor Fell.

Existe una negatividad sistemática entre los arqueólogos profesionales en cuanto a la existencia de la lengua Ogam de los Celtas en América en muchas de sus tribus indígenas, a pesar de una evidencia muy convincente.

Las confirmaciones de descifres de lenguas extintas no son fáciles de obtener debido a la escasez de peritos en la materia y el doctor Fell, en sus descifres de la lengua de los Etruscos y la del Valle del Río Indo, no ha sido una excepción. Según las autoridades que hemos citado, el doctor Fell es una de las autoridades mayores en el descifre de lenguas antiguas del mundo, pero aún así sería mucho esperar que sea confirmado todo su trabajo, pues trabajos de esa índole tienen que ser objeto de algunas alteraciones y correcciones sobre la marcha.

De acuerdo con la experiencia, las críticas de sus trabajos de descifre han de continuar y se repetirán los ataques señalando que tanto los petroglifos como sus inscripciones y sus descifres son fraudulentos, posiblemente porque en tal forma se releva a los arqueólogos de la obligación muy trabajosa de tener que reevaluar sus textos y de integrar los nuevos datos a sus trabajos publicados. En este sentido, los lingüistas han comprendido los trabajos del doctor Fell mejor que los arqueólogos, quizá porque han entendido el impacto

potencial de sus descifres como de orden básico, por considerar válidas sus interpretaciones lingüísticas.

El estudio del doctor Barry Fell ha demostrado que el Padre Nazario fue un precursor visionario que llegó al umbral de uno de los descubrimientos lingüísticos más importantes tanto para la historia de Puerto Rico como la de las Américas y del Viejo Mundo. Su importancia es fundamental porque puede revolucionar los conceptos que se han sostenido de los orígenes americanos y puede suplir la explicación a muchos misterios que han permanecido en un estado de indefinición durante milenios.

En forma similar a como el Padre Nazario fue vilipendiado, el doctor Fell ha sido el blanco de críticas acerbas por parte de arqueólogos de Estados Unidos e Inglaterra, principalmente. De su propia Universidad de Harvard, la que lo contrató desde Nueva Zelanda por sus conocimientos de Ciencias Biológicas Marinas, han partido los ataques más vitriólicos. Ha recibido mordaces críticas, entre otros, del Director del Museo Peabody de Harvard doctor C. C. Lamberg-Karlovsky, del doctor Nigel Davies y de los doctores Moseley y Tringham. Otros críticos han sido el doctor Glyn Davies de la Universidad de Cambridge, Inglaterra; John R. Cole, del Christian Science Monitor y el doctor Ives Goddard, entre otros.

Si al finalizar los próximos cien años desde el año 1980 se repite la historia del pasado siglo desde el año 1880, es probable que los arqueólogos del futuro se asombren de como fue posible que sus colegas del año 1980 pudieran haber aceptado la idea absurda de que un sacerdote tallara y grabara o le pagara a «un jíbaro con un mocho» para que lo ayudara a hacer el trabajo de inscribir signos de la lengua Hitita-Minóica mezclada con la lengua Quechua de los Incas de Ecuador en 1880.

La ignorancia de no saber qué o cómo buscar algo resulta en fallar en encontrar lo obvio. Comoquiera que los datos arqueológicos son fragmentarios, muchos datos significativos escapan a la atención del investigador, por lo que muchas veces se dejan a un lado expresamente en forma provisional para revisarlos periódicamente en el futuro, a medida que aparezca nueva información.

El Padre Nazario fue uno de esos visionarios geniales que logró ver lo que nadie durante su época podía concebir que existiese, en forma análoga a como cien años después ocurre en el caso del doctor Barry Fell, considerado por muchos eruditos como el epigrafista más capacitado en lenguas antiguas en la actualidad. Los despiadados ataques contra ambos fallaron en doblegar sus voluntades, mientras que

en otros casos de personas con convicciones menos firmes, ataques parecidos los forzaron a claudicar. El famoso caso de Ladislau Netto, Director del «Museu Nacional» de Brasil y la Pedra Lavrada de Paraíba en el Brasil en 1872 y el del doctor Delf Norona del Museo de Moundsville West Virginia y la tableta de Grave Creek, son ejemplos prototipos de la influencia de «nombres».

Netto consultó por correspondencia al célebre Ernesto Renán, entonces en el pináculo de su fama como experto en lenguas bíblicas, enviándole un extracto del texto del petroglifo y contestando Renán que aunque no podía opinar sobre un texto que no había visto completo, aun así *estaba seguro que se trataba de un fraude*. Se ha podido comprobar que los motivos para tal dictamen a larga distancia eran erróneos, pues se basaron en formas gramaticales desconocidas en 1872 que se han descubierto posteriormente y son correctas. Netto fue ridiculizado en tal forma que dio la razón a Renán en una carta que creyó terminaría su martirización, forzado por el imponente prestigio como sabio del egocéntrico francés, quien aún fuerza el silencio de arqueólogos brasileiros, alegando desinterés en inscripciones fenicias quizá por temor al ridículo.

El doctor Norona publicó su teoría sobre la tableta, la que fue criticada con tal ferocidad que optó por retractarse cuando se sintió: «Completamente agotado por la presión y hostilidad de la controversia», aunque convencido hasta su muerte de su autenticidad.

Estos dos ejemplos junto a los del Padre Nazario y del doctor Barry Fell finalizan estas observaciones que evidencian que es rutinario ponerle etiqueta de fraude a toda inscripción del Viejo Mundo hallada en el Nuevo Mundo, lo que constituye un recurso obscurantista de ceguera voluntaria que sólo puede conducir a una amnesia colectiva irreversible.

En ciertos casos del hallazgo de solo uno o muy pocos petroglifos, cabría la posibilidad de fraude, pero en casos como el de Guayanilla, cuando han aparecido un gran número de piezas, mas la frecuencia de hallazgos análogos en otros pueblos de América, contradice tal posibilidad por ser una imposibilidad física y alegarlo parece un insulto a la inteligencia. Tal actitud puede deberse a una inatención selectiva y voluntaria, a ignorancia o impreparación técnica o a desidia, al relevar al que así actúa del arduo trabajo de la investigación rigurosa.

Son intrigantes los posibles motivos para tal desdeño habitual de una mayoría de los historiadores profesionales por la evidencia que señala la presencia de inmigrantes del Viejo Mundo sobre dos mi-

lenios antes de Cristóbal Colón en América. Lo mismo puede decirse de la mayoría de los arqueólogos profesionales, quienes prefieren ni comentar tal evidencia. Quizá la razón sea que aun los pueblos americanos más adelantados, como el Tolteca, el Maya, el Azteca o el Peruano, aún no habían salido de la época neolítica cuando los dominaron los españoles, por lo que no conciben como pudieran escribir o leer signos lingüísticos en vez de pictografías. También cabe la posibilidad que se deba a la crítica de que fue objeto la teoría del Padre Las Casas sobre la descendencia del indio americano de alguna de las Diez Tribus Perdidas de Israel, o de las teorías absurdas sobre su origen en la Argentina de Ameghino, o de Galindo en México. Han asegurado también los negativistas que de los 1,500 dialectos de los indios americanos ninguno tenía parecido alguno con ninguna lengua del Viejo Mundo.

Sin embargo, la Epigrafía ha logrado descifrar un gran número de caracteres exóticos inscritos en petroglifos en distintos puntos de América, los que señalan la presencia de lenguas como las de los Hititas, Minóicos, Celtíberos, Libios, Fenicios, Púnicos, el Griego y el Latín, mezclado con lenguas americanas. Se ha comprobado la influencia mutua entre el Quechua de los Incas con el Hitita-Minóico, así como el Algonquín con el Celta de Gales.

Tales descubrimientos se despachan por los arqueólogos profesionales con gran desdén como falsificaciones, rayas hechas por arados o cadenas de hierro o aún como huellas de gusanos de tierra. Las implicaciones son o de fraude o de una estupidez increíble, de parte de los que opinan que son auténticas indicaciones de la presencia de elementos del Viejo Mundo en el Nuevo. La resistencia ha llegado al extremo de que no se puede persuadir a los profesionales a que hagan tan siquiera un comentario y menos a que se rebajen a examinar las piezas sometidas.

Una posible explicación sería que los que estudian lenguas arcaicas en los centros de educación avanzada o en los museos no asimilan lo que se les enseña, o que el temor al ridículo los atemoriza hasta el grado de la parálisis. Tal temor podría explicarse si se considera que es casi un artículo de fe aceptar que ninguna raza exótica pudo haber estado en el Nuevo Mundo en forma alguna concebible, por lo que todo aquel que se arriesgue a disentir se expone al escarnio de sus iguales y por ende a la pérdida de su reputación profesional.

Quizá sea ese el motivo por el cual se resisten a emplear el método comparativo, con un prototipo como modelo para las identifi-

caciones, porque lo usan los aficionados, los legos o los no doctos en la materia, aunque es un método aceptado por la Arqueología cuando los métodos directos no son factibles. Sin embargo, tan pronto algún profesional dictamina por sí y ante sí un fraude, sus iguales desdeñan examinar la pieza tan siquiera.

Uno de los argumentos negativos en cuanto a los petroglifos de Guayanilla ha sido el de la imposibilidad física de la transportación de una carga de unas dos toneladas de ochocientas piezas hasta Guayanilla desde el Oriente Medio a través del Océano Atlántico. Dicho argumento pierde de vista la posibilidad de que pudieran haber sido tallados y grabados en el lugar durante un período asimilativo de tales inmigrantes con los naturales de la tierra, integrándose entre sí, lo que explicaría la aparición de piezas claramente indígenas junto a petroglifos exóticos. Parece existir una premisa arqueológica en Puerto Rico de que al excavar piezas prehistóricas, éstas por necesidad tienen que ser indígenas, por lo que está vedado que se intente demostrar que son análogas a las de otra raza o cultura anterior a la autóctona.

Al inquirir de algún profesional sobre la presencia de elementos del Viejo Mundo en América, la respuesta condescendiente habitual parece ser que cualquier arqueólogo y hasta cualquier estudiante de escuela secundaria *sabe* que ningún residente del Viejo Mundo pudo haber llegado al Nuevo Mundo antes del año 1492, por lo que alegar tal aberración para la época de Jesucristo o aun antes constituye una herejía. Sin embargo, no le resta nada a la gloria inmarcesible de los descubridores en 1492, el reconocimiento de una verdad indestructible grabada en piedra que aparece con frecuencia en muchos lugares de las Américas.

Ha sido agotadora la empresa que hubimos de desarrollar para el intento de penetrar hasta el corazón del enigma de las antropoglifitas del Padre Nazario en Guayanilla. Hemos viajado mucho y hemos sostenido correspondencia con los conocedores eruditos que creíamos podrían ayudar a descifrar o solucionar un problema tan apasionante de nuestra prehistoria, pero con el resultado de que se ha pretendido soslayar una contestación específica, refiriéndonos a otro museo o universidad y en algunos casos, con la repulsa basada en que el material es espúreo. Sólo nos ha sostenido la convicción de que los signos no podían ser de origen indoantillano y que tenían un parecido insinuante con los signos de alfabetos antiguos, tal como lo habíamos leído en los escritos del Padre Nazario, quien había

manifestado haber descifrado parte de los signos, por lo que era de presumir que había hallado la clave del misterio.

La empresa no dejó de ser frustrante en ocasiones, pero ya hemos vislumbrado la luz que empieza a disipar la obscuridad en lontananza, la clave del descifre, la que asegura su éxito total. El proceso del descubrimiento de dicha clave no ha sido fácil, pues hubo que descartar sobre la marcha un gran número de posibilidades prometedoras. Mediante el método comparativo de prototipos como modelos, se fue reduciendo el número de posibilidades por un proceso de eliminación, hasta descubrir una que reunía analogías sorprendentes con los signos de Guayanilla. El caso resultó ser muy complicado, por tratarse de signos híbridos entre el Quechua y el Hitita-Minóico, con las mutuas consiguientes alteraciones y correspondencias.

¿Por qué se ha tardado un siglo exacto en examinarse el enigma? De nuestras lecturas y estudios hemos intuido que dicha tardanza se podría atribuir a que los arqueólogos que examinaron los petroglifos eran deficientes en lingüística y llegaban al lugar con la mira puesta sobre petroglifos pictóricos indoantillanos, que era lo único concebible en Puerto Rico, según se desprende de sus informes, basados en otros anteriores cuya influencia es evidente.

Al final de la jornada, podemos considerar una solución al enigma que es una prueba adicional de la presencia de inmigrantes del Viejo Mundo en América antes del año 1492. Anticipamos que dicha solución será rechazada de inmediato por los arqueólogos que se han manifestado sobre la imposibilidad física de tales migraciones, pero estamos confiados en que a la larga tal solución prevalecerá y revolucionará los conceptos que se han sostenido sobre nuestra prehistoria, aunque sujeta a errores y revisiones.

Un indicio es que los Hititas procedían de Anatolia (Turquía), por lo que resultan reveladoras las agudas observaciones del erudito lingüista e historiógrafo doctor George Dumézil sobre la persistente concordancia entre palabras quechuas y turcas, la que lo indujo a considerar que existieron estrechas relaciones históricas entre ambas culturas, por más que tal conclusión asombre por lo sensacional, increíble y fantástica que parezca. (George Dumézil — «Los nuevos caminos de la lingüística — Lingüística histórica y comparada» — México, 1974.)

MODALIDADES APLICABLES AL HALLAZGO ARQUEOLOGICO DE GUAYANILLA

Al repasar con atención las incidencias del memorable hallazgo arqueológico de Guayanilla, deben considerarse las nuevas modalidades en la investigación que surgen en estas disciplinas a medida que se progresa. Por ejemplo, se intentan solucionar ciertos problemas arqueológicos y epigráficos, en especial el de los jeroglíficos mayas, mediante el empleo de computadoras electrónicas, en cuya solución han reclamado adelantos los rusos. Es evidente que tales artefactos sólo sirven para facilitar y acelerar los cómputos que se les insertan, por lo que el ponderado análisis mental es indispensable.

Se ha recomendado desechar el método tradicional de catalogación e identificación previo a su descifre como lento y limitarlo a la inserción de un reducido número de datos representativos a una computadora. Es evidente que cada signo es importante en los estudios epigráficos, no porque sean indispensables para la identificación y descifre de la escritura en sí, sino para poder extraer el mensaje inscrito en su totalidad. En muchos casos, una sola pieza de lo que aparenta haber sido la de un conjunto es excavada, indicando la existencia de otras más, las que hasta no aparecer impedirán un estudio electrónico inteligible y significativo.

Los estudios en las disciplinas de la arqueología y la epigrafía efectuados por los aficionados en el pasado, suelen tolerarse al presente con cierta condescendencia debido a su aparente deficiencia y por haber osado irrumpir con imprudencia en campos muy especializados. Sin embargo, esa misma especialización moderna se ha convertido en un valladar entre la Arqueología y la Epigrafía debido a la deficiencia lingüística de los arqueólogos, para quienes ciertas inscripciones con signos extraños pueden resultar irreconocibles, confundiéndonlos con trazos fortuitos o espúreos.

Debido a que el Padre Nazario estudió lenguas bíblicas en la Universidad de Salamanca, pudo percatarse de la similaridad entre los signos inscritos en los petroglifos de Guayanilla y los de dichas arcaicas lenguas del Oriente Medio. Se ha insinuado que tales conocimientos también le permitieron falsificar, o instar a falsificar los petroglifos, así como también que su ingenua ignorancia lo había hecho víctima de la malicia y mala fe de otras personas, utilizando para sus nefastos propósitos a campesinos analfabetos. No impidió

que se formularan tales acusaciones el hecho bien conocido de que el Padre Nazario había formado la mejor colección arqueológica de Puerto Rico, según verificó el arqueólogo del Smithsonian Institution, doctor Jesse Walter Fewkes. Aun dándole cierta importancia a tan infundados cargos, para los efectos de argumentación solamente, es de considerar que muchas veces una inteligencia ingenua, por carecer de prejuicios, es osada de buena fe y suele obtener resultados insospechados de gran provecho, en contraposición de aquellos que, confiados en su preparación especializada, tienden a desechar lo inusitado o aparentemente fantástico o irreal, guiándose y siguiendo líneas de pensamiento preconcebidas y bien trilladas, pero carentes de imaginación creativa.

El Padre Nazario evidentemente cruzó el umbral de la solución del descifre de los signos protohistóricos de las piezas que había excavado y que bautizó con el nombre de antropoglifitas, caracteres que identificó como del Oriente Medio. De esa manera puede deducirse cómo pudo concebir su hipótesis de que los indios borinqueños poseían un sistema de escritura fonética superior a la de los adelantados mayas e incas, quienes con sus pictografías, indescifradas aun, no habían desarrollado la escritura fonética. No fue una opinión formada superficialmente, ya que es evidente que utilizó para tal propósito un método pragmático propio basado en el examen de prototipos comparativos con algunos de sus signos.

El Padre Nazario logró en tal forma la identificación del idioma Hebreo-Caldáico en los petroglifos, bastante parecido en algunos rasgos al Quechua-Hitita-Minóico, aunque este último sólo logró descifrarse y relacionarse por Pedro Ignacio Porras Garcés el año 1961, unos ochenta años después del hallazgo arqueológico de Guaynilla y cuarenta años después de la muerte de su descubridor, lo que demuestra la aberración de las acusaciones que por falsario se lanzaron contra dicho sacerdote, de las que se hicieron eco varios arqueólogos. (*Arqueología de la Región Oriental* — Academia Nacional de Historia — Quito — Ecuador, 1961).

Este caso señala que una inscripción sobre piedra, por tosca que parezca a primera vista, suele demostrar cierta técnica inconfundible, pues generalmente demuestra haber sido hecha con algún propósito de importancia en mente. Un epigrafista de experiencia puede distinguir al grabador original descuidado, o inexperto, del que meramente ha imitado o falsificado un modelo auténtico.

Hacia fines del siglo pasado, el Dr. Narciso Alberti Bosch observó ciertos signos extraños y distintos a los conocidos indoanti-

llanos en varias cavernas en La Española y se dedicó a estudiarlas utilizando un sistema comparativo similar al que desarrolló el Padre Nazario. El Dr. Alberti Bosch fotografió los signos más llamativos y los mostró a un amigo israelita residente en Santo Domingo, quien le indicó que algunos de los signos parecían hebreos. Adquirió el doctor varias obras arqueológicas que contenían ilustraciones de signos de varias lenguas del Oriente Medio que lo indujeron a opinar que los signos en su mayoría parecían caracteres fenicios. Tal como ocurrió en el caso del Padre Nazario, la obra que publicó para dar a conocer sus deducciones, fue criticada por estar basada en falsificaciones, ya que era una imposibilidad física que los fenicios hubieran podido cruzar el Océano Atlántico en naves supuestamente endebles. Tal opinión generalizada ha prevalecido en ambos casos, permaneciendo por tal motivo los casos «cerrados». (*Apuntes para la historia de Quisqueya*, Imprenta El Progreso, La Vega, República Dominicana, 1912).

Prevalece la opinión en Santo Domingo de que los signos descritos en dicha obra son en realidad «grecas» inscritas en la piedra de las cuevas por una raza antecesora de la taína, pero de origen americano.

Sin embargo, la «greca» que aparece en la obra del Dr. Alberti Bosch es similar a la que se originó en el Oriente Medio y a la que entre otras cosas, representaba el Laberinto de Knósos en la isla de Creta. El historiador don Luis Padilla D'Onis opinó que la interpretación de dichos signos habían sido «elucubraciones hebreo-fenicias» del Dr. Alberti Bosch, por ser conocidas en América «las Grecas que simbolizan serpientes... lo que permite identificar a los artistas de las cuevas de Las Guácaras y de Jobobabá con aquellos artífices que ornamentaron algunos de los monumentos prehispánicos de México, como los de Mitla... Toda la ornamentación en grecas del templo de Mitla es idéntica a la de Las Guácaras del Comedero, a las inscripciones de la Gruta de Hernando Alonzo y a las del Peñón de la Sabana, la que a su vez ofrece las mismas líneas de la Piedra de Aype en Tequila. Otra piedra semejante a esta de Aype la tenemos en el río Yuboa. Y como se sabe, la greca representa en México a la serpiente». Mitla, el Mictlán Náhuatl cerca de Oaxaca, estaba aún en uso a la llegada de Hernán Cortés, por los Zapotecas. Se considera uno de los más hermosos centros arquitectónicos de México y sus paredes estaban cubiertas de mosaicos de piedra geométricos de complicados arabescos que difieren del modelo del laberinto cretense. Sus códices doblados de piel de venado se pueden leer

en zig-zag de arriba hacia abajo como el sistema boustrofedon, escritos en una combinación de pictografías y acertijos tipo *rebus* y no son propiamente jeroglíficos.

Al igual que el Padre Nazario, el Dr. Alberti Bosch creyó haber logrado descifrar algunos de los signos inscritos relacionados con lenguas del Oriente Medio. Escribió en cuanto a los signos de la Cueva de Hernando Alonzo el Dr. Alberti: «La inscripción que está sobre el Diablo, me parece que significa la palabra *Ati*, por semejarse mucho a esas letras fenicias cuyo significado es *Iti*». Describió diversas formas neopúnicas de la letra *A* grabadas en las cavernas de Las Guácaras, en la de Hernando Alonzo y en el «Altar de los Sacrificios». (Guaca significa cueva en taíno). El libro del doctor Alberti está repleto de fotografías de los signos que estudió, con comentarios de sus interpretaciones, el que no fue recibido con muestras de aceptación. Su repudio lo amargó tanto, que no continuó por mucho tiempo sus trabajos de investigación.

En estas disciplinas, no son insólitas tales frustraciones, como puede observarse en los casos del Dr. Alberti Bosch y el del Padre Nazario y Cancel. Otro famoso caso es el del Profesor Ladislau Netto en el Brasil. Comenzó con el recibo de una carta fechada el 11 de septiembre de 1872 de un señor Joaquín Alves da Costa y dirigida al Presidente del Instituto Histórico de Río de Janeiro, Vizconde de Sapucaby, la que estaba acompañada de una copia de una inscripción hallada por un esclavo suyo en su hacienda de Pouso Alto, cerca de Paraíba en el Brasil. Encomendó el estudio de dicha copia al Director del Museu Nacional, Profesor Ladislau Netto, quien consultó con el Emperador Dom Pedro II, conocido aficionado al estudio de las lenguas semíticas.

Como ambos fallaron en descifrar el texto, Dom Pedro instruyó al señor Netto a que se dirigiera por escrito al gran epigrafista francés Ernesto Renán, quien era al momento célebre por sus estudios publicados sobre la Biblia y las Escrituras Sagradas. El profesor Netto le envió sólo breves extractos del texto para la identificación de los caracteres a manera de orientación, aunque se ha interpretado que lo hizo en su deseo de ser el primero en publicarlo completo para ganar fama y gloria.

Renán envió una respuesta contradictoria, pues aunque aclaró que no consideraba propio opinar sobre el contenido de un texto cuyo original no había examinado, aseguraba que se trataba de una falsificación. En lo que recibía la opinión de Renán, Netto había logrado identificar los signos como de la lengua Canaaita y había

descifrado lo suficiente del texto para determinar que se trataba del relato de un cruce del Océano Atlántico desde Ezion —Geber hasta el Brasil durante el siglo VI A. de C. Cuando Netto publicó el texto íntegro, Renán no tardó en ratificar su opinión de que era una falsificación, pero el conocido experto alemán en lenguas semíticas, Konstantin Schlottmann declaró auténticos muchos de los signos y meramente dudosos otros. (*Janare Literatur Zeitung*, número 30, 1874.)

Con el tiempo se ha podido determinar que las razones aducidas por Renán para declarar el texto espúreo eran erróneas, pues parece evidente que leyó sin precisión los extractos que le había enviado Netto y que ciertas formas gramaticales en el texto han sido descubiertas mucho después, por lo que eran desconocidas en 1872. Tal como en el caso del Padre Nazario, el presunto falsificador tuvo que haber visto en su bola de cristal, construcciones gramaticales que aún no se conocían en esa época.

Debido a que los intentos de localizar luego al autor de la carta fueron infructuosos, Netto fue objeto del ridículo más cruel, pues se insinuó que él había inventado toda la patraña. En su desesperación por librarse de sus martirizadores, escribió una «Carta Abierta a Ernesto Renán», en la cual acató sus observaciones y argumentos públicamente. Según declaró luego su viuda, Netto llevó la convicción hasta la tumba de la corrección de su interpretación del texto. Las críticas difamatorias contra Netto recuerdan las que fueron lanzadas contra el Padre Nazario y nos hacen ponderar el hecho de que todo un siglo no ha bastado para flexibilizar las actitudes de los críticos compulsivos.

Casos como ese se han repetido con frecuencia inusitada. Ese mismo año de 1872, el ingeniero brasileño Francisco Pinto, descubrió sobre veinte cuevas con inscripciones, las que no obstante haberlas examinado y corroborado como auténticas por el gran lingüista alemán Ludwig Schoenhagen como de la lengua fenicia, fueron luego declaradas espúreas al igual que las que descubriera Netto. Años más tarde, el industrial brasileño Bernardo da Silva Ramos, excavó unas 2,800 inscripciones a lo largo del río Amazonas, las que copió y mostró a un rabino en Manaos, quien las identificó como fenicias, según apareció publicado en 1920, pero la crítica se encargó de desacreditar el hallazgo, con el consabido argumento de la imposibilidad física de un cruce transatlántico antes del año 1492.

En esa época se rechazaban tales hallazgos fantásticos con el argumento de la falsificación. Hoy se alega por algunos autores,

que no reconocen las capacidades del espíritu humano para construir obras portentosas, que sólo pudieron haber erigido los monumentos del Perú y de México, seres extraterrestres transportados en vehículos espaciales.

Sin embargo, la presencia de huellas de fenicios, griegos, romanos, celtíberos, vikingos y otros en Sud y Norte América es evidente, sin tener que recurrir a la fantasía. Varios escritores de la antigüedad hicieron referencia a tierras allende el Mar Océano y Plutarco se refirió a «una gran tierra *con ríos navegables* más allá de los Pilares de Herácles». Como las islas Azores, de Madeira, Canarias o de Cabo Verde son pequeñas y no tienen ríos caudalosos, esa gran tierra no podía ser otra que el Hemisferio Occidental, del que conocían algo, según veremos.

El año 146 A. de C., Roma venció a Cartago en las Guerras Púnicas y Scipio Aemilianus ordenó su destrucción total, así como la captura del remanente de la flota cartaginense por la flota romana, la que cruzó por Gibraltar en su persecución por el Océano Atlántico. Es una posibilidad que las veloces naves púnicas se refugiaron en el río Amazonas en el Brasil y que las naves romanas naufragaran en las costas de Venezuela, en donde han aparecido monedas romanas de la época, en la misma región en la que se informó la presencia de «indios blancos» durante la Conquista. Se han encontrado allí también monedas del Emperador Augusto del siglo IV D. de C., lo que sugiere que existió algún intercambio comercial continuado durante unos 500 años por lo menos. Como era de esperarse, dichas monedas, informadas hacia fines del siglo XIX, se han considerado por los escépticos compulsivos que fueron plantadas expresamente para engañar, pero la evidencia es muy persuasiva y merecedora del más ponderado estudio.

Aunque la historia hubiera guardado silencio por tantos años, esas monedas romanas, así como otras fenicias y de otros países de la antigüedad, señalan hacia la probabilidad de que naves de esas procedencias naufragaron o sostuvieron intercambio comercial en las costas venezolanas. El nombre que dieron los cartaginenses a esa «gran tierra» fue *Asqa Samal* o «Gran Tierra del Norte» y el que le dio Plutarco fue *Epeiros*, que significa Continente. La historia no se mantiene oculta por mucho tiempo aunque haya guardado silencio, pues a la larga sale inesperadamente a la luz, como en el siguiente curioso caso relacionado con el profesor Ladislau Netto.

El 22 de noviembre de 1967, el Dr. Cyrus H. Gordon recibió una serie de documentos enviados por su ex alumno Jules Piccus,

quien se había doctorado en Estudios Hispánicos y Lenguas Semíticas en la Universidad de Princeton y era entonces profesor en la de Amherst. Se trataba de un álbum que contenía datos sobre el caso de la «Pedra Lavrada» del Brasil, los que había adquirido Piccus en Providence, Rhode Island. Dicho álbum lo había enviado el profesor Netto al Dr. Wilberforce Eames, quien luego fuera nombrado bibliotecario de la Biblioteca Pública de Nueva York, con la siguiente carta acompañante:

«31 de enero de 1874

»Mi querido señor:

»Es sólo ahora que puedo contestar la carta con la que me honró usted en julio del año pasado. Antes de escribirle, traté de obtener algunos datos positivos acerca del monumento Fenicio que conozco sólo de la copia de la cual le envío facsímiles adjuntos, con traducciones en hebreo y en francés, aunque contienen inexactitudes. Desafortunadamente, a pesar de las gestiones oficiales y privadas que he hecho para localizar a la persona que nos envió la copia del monumento, no tengo noticias de él. Si se tratara de un engaño, no puedo concebir lo que lo originara, pues han transcurrido dos años desde que el monumento fue enviado al Instituto Histórico de Brasil, y hasta ahora, nadie ha reclamado ser su autor. Además, el envío fue hecho en forma tan natural y corriente que nadie sospechó el misterio.

»Acepte, señor, la protesta de mis más respetuosos sentimientos.

LADISLAU NETTO
Director
Museu Nacional

«A continuación sigue mi interpretación de las ocho líneas de la inscripción:

»Somos canaaitas de Sidón de la ciudad del Rey mercader. Fuimos arrojados a esta isla distante, una tierra de montañas. Sacrificamos a un joven a los dioses y diosas celestiales en el año 19 de nuestro poderoso Rey Hiram y embarcamos en Zion — Geber al Mar Rojo. Navegamos en 10 naves durante 2 años alrededor de Africa. Fuimos separados por la mano de Baal (el destino) y no volvimos

a estar con nuestros compañeros. Así es que hemos venido aquí 12 hombres y 3 mujeres a la Isla de Hierro. ¿Sería yo, el Almirante, un hombre que huiría? No. Que los dioses y diosas celestiales nos favorezcan».

Observó el Dr. Gordon:

«El anterior texto cumple con la forma en tres partes de las inscripciones conmemorativas del Noroeste Semítico, desconocidas en 1872, pero luego identificadas ya plenamente. 1. Identificación del objeto. 2. El suceso. 3. Una súplica a los dioses y diosas. El Rey (mercader) aludido era Hiram III (553-533 A. de C.). El viaje comenzó en 534 y terminó en 531 A. de C. en el Brasil». (Cyrus H. Gordon, *Before Columbus*, Crown Publishers, New York, 1971, páginas 120-126.)

La carta que inició todo este caso, del señor Joaquim Alves da Costa, estaba redactada en los siguientes términos:

«Señor Vizconde:

»Mientras me ocupaba de hacer remover ciertas piedras en mi propiedad en Pouso Alto, cerca de Parahyba, uno de mis esclavos me trajo una piedra que ya habían roto en cuatro pedazos. Dicha piedra tenía inscritos numerosos caracteres que nadie entendió. Hice que mi hijo, quien sabe algo de dibujo, que los copiara y decidí enviarle una copia a Su Excelencia en su carácter de Presidente del Instituto Histórico y Geográfico de Brasil, para conocer si Su Excelencia o alguien más puede encontrar el significado de esas letras. Como he venido a la Capital pero no tengo el tiempo para entregarlas personalmente a Su Excelencia, se las estoy enviando por correo.

»Quedo, con mi mayor consideración y respeto,

El atento, devoto y seguro servidor de Su Excelencia,

»JOAQUIM ALVES DA COSTA

»Río, 11 de septiembre de 1872».

Dom Pedro Calmón Moniz de Bittencourt, ilustre historiador brasileño, nos informó personalmente en Buenos Aires que conocía el texto de la carta de da Costa y que como hay dos regiones en el Brasil con el nombre de Paraíba y varios poblados nombrados Pouso Alto, no había sido posible localizar luego a da Costa para examinar las piedras inscritas con tan exóticos signos (octubre 1980).

Esto nos trae a la mente lo que expresara con gran acierto el gran escritor Stephan Zweig en su obra *Amerigo* (pág. 27):

«Nunca es el hecho en sí el decisivo, sino su percepción y su efecto. Aquel que lo relata y explica muchas veces se convierte en persona más importante que el que lo llevó a efecto... aquel que abrigue la esperanza de ser tratado justicieramente por la Historia, le está pidiendo a ésta más de lo que ella está dispuesta a concederle».

Netto ha sido relegado casi al olvido en el Brasil por creerse que fue tan ingenuo, que se dejó sorprender en su buena fe. Es nuestra esperanza que pueda ser reivindicado a la luz de los nuevos desarrollos en el descifre de signos de lenguas del Oriente Medio en América, entre ellos los monumentos excavados por el Padre Nazario en Guayanilla. El hallazgo de la clave para el descifre de los signos de Guayanilla hace vislumbrar que el Padre José María Nazario y Cancel será reconocido como el precursor de la Epigrafía en Puerto Rico. En su tiempo, la Epigrafía se conocía como Paleografía Lapidaria o Mural y ya se perfilaba como una hermana ciencia de la Historia y de la Filología. Fue precursor en el Oriente Medio durante esa época, el gran Botta en Khorsabad, con su estudio de la escritura cuneiforme de los asirios, caldeos y persas. En España, lo fue Don Antonio Delgado, quien descubrió la clave segura para descifrar las inscripciones de la lengua ibérica autóctona. Los griegos llamaron epigramas a las inscripciones en las sepulturas, estatuas y monumentos públicos. Luego esas escrituras breves en piedra, que expresaban una información precisa en prosa, evolucionó para tomar la forma de versos breves con un pensamiento ingenioso y agudo, por lo general satírico o festivo.

Opinamos que parte de la campaña de descrédito contra el Padre Nazario se debió a la falsa impresión que produce en el iniciado en la ciencia de la Epigrafía, de ser ésta algo oculto y misterioso y tan ininteligible como parece la Paleografía en la interpretación de documentos muy antiguos. Ambas disciplinas requieren

un gran esfuerzo e ingeniosidad y por lo general el éxito en descubrir sus mensajes constituye su propia recompensa, al enriquecer la Historia y la Filología.

En un hallazgo como el de Guayanilla, el obstáculo mayor es la falta de conexión alguna entre dichas piezas exóticas con las autóctonas ya conocidas de la región, pues resulta muy difícil determinar su origen en un medio extraño, al no existir el patrón de un sistema científico ya probado para descifrarlas. En tales circunstancias, el único procedimiento posible es el de clasificarlas y catalogarlas antes de poder iniciar el arduo trabajo de su identificación por comparación con prototipos similares y descartando a los más disímiles antes de intentar su descifre.

¿Quién podría haberse imaginado que esos petroglifos de Guayanilla pudieran tener algo en común con el remoto Octavo Inca, Viracocha, ya que los signos son análogos a los bordados en su túnica ceremonial? ¿O que tuvieran algo en común con los *quipus* de cuerdas de variados colores, a cargo de los *quipicamayos*, quienes eran los archiveros de las cuentas de las rentas, las provisiones, los nacimientos y las muertes, las bodas y de los ejércitos?

El cronista Juan Montesinos describió en sus *Memorias Antiguas* (Capítulo VII), el calendario incaico de 365 días y cuarto, agrupados en décadas y siglos; sus terrazas o *andenes* para extraer el cobre, los que originaron el nombre de la Cordillera de los *Andes*; su sistema de puentes de cables vegetales, llamados *huascar*; su gran ciudad de Rimac (Lima); su Viracocha (espuma de mar) u hombre barbudo a quien le atribuían el origen de su gran civilización, tal como los mayas atribuían la suya a otro hombre barbudo y blanco llamado Quetzalcóatl.

Nadie hubiera podido imaginar que esa brillante civilización andina hubiera tenido la más remota relación con la de una de las grandes antillas, Boriquén. Sin embargo, este fantástico, increíble, pero revelador descubrimiento epigráfico de los signos grabados en los petroglifos de Guayanilla, debe servir de base para un reexamen de las opiniones adversas a la autenticidad de petroglifos con signos de lenguas no autóctonas en el Nuevo Mundo y para reabrir, no solo este caso, sino los que permanecen «cerrados» por decreto de «las autoridades». En esa situación se encuentran, entre otros, el del Padre Nazario de Guayanilla, el del Dr. Narciso Alberti Bosch en Santo Domingo, el de Ladislau Netto, el de Francisco Pinto y da Silva Ramos en el Brasil, así como otros relacionados con signos

celtsberós, fenicios, hebreos, libios y vikingos en Sud y Norte América.

Las críticas tan acerbas esgrimidas contra el Padre Nazario impresionan como de una naturaleza tan morbosa que eluden una explicación razonable. Quizá podrían explicarse de considerarlas como surgidas de rivalidades por celos profesionales, o en temores o resentimientos neuróticos compulsivos. El mero hecho de habersele atribuido la falsificación de los signos, totalmente desconocidos en Puerto Rico, en la enorme cantidad de más de 800 estatuillas de forma humanoide, talladas en piedra de considerable dureza, una obvia imposibilidad física, demuestra lo absurdo de tal alegación. Se ha insinuado que pudo haberse practicado entonces la copia de piezas indígenas, tal como hoy se practica en Santo Domingo para el turismo, en materiales blandos. Por el contrario, los petroglifos de Guayanilla, aunque siguen un mismo patrón, son todos individualizados y sus exóticos signos se repiten al estilo de una escritura silabárica o alfabética, con una evidente analogía a los caracteres arcaicos del Oriente Medio, pero muy distintos a los de cualquier sistema de escritura autóctona de América.

El erudito e ilustre Padre José María Nazario y Cancel fue un visionario, pero con sus pies firmes sobre la tierra, pues pudo captar, con sus conocimientos lingüísticos y su cultivada inteligencia, la importancia transcendental de su hallazgo arqueológico y de su descubrimiento epigráfico. Adelantándose a su época, identificó y descifró muchos de sus extraños signos, según es evidente por sus escritos y por la evidencia testifical de quienes lo conocieron. Es así que el historiador oficial de Puerto Rico, el Dr. Cayetano Coll y Toste, se refirió a él como «un potente cerebro» cuyos escritos reflejan «ráfagas de luz intensa de sabia investigación de sesudo historiógrafo». Solicitó del Ateneo Puertorriqueño que colocara en sus salones un retrato al óleo del sabio sacerdote con el comentario: «Títulos dan los monarcas y las universidades, pero los de mayor ennoblecimiento y valía son los que dan los libros. Que nuestras voces reclamando justicia y homenaje para la memoria del Padre Nazario no se las lleve el ventarrón indiferente y turbonado que sacude nuestras frondas». Don Mariano Abril, primer Director de la Academia Puertorriqueña de la Historia e Historiador Oficial, así como Don Adolfo de Hostos, también Historiador Oficial de Puerto Rico, elogiaron al Padre Nazario y lo defendieron de las insinuaciones desdorosas contra su persona y su obra. El señor de Hostos aceptó la hipótesis del Padre Nazario sobre la naturaleza de los

signos epigráficos y el éxito que tuvo en su difícil labor de descifrarlos, aunque sólo los caldáico-hebreos conocidos por él.

Puerto Rico debería reconocer la deuda de agradecimiento que tiene contraída con esa gran figura de nuestro haber científico y literario, el precursor de la Epigrafía en nuestro país, a quien como tal deben rendírsele públicamente merecidos honores tanto por nuestra Legislatura como por nuestras instituciones culturales y cívicas, el Presbítero Don José María Nazario y Cancel.

Cuando se resuelve rendir un reconocimiento de esa naturaleza, resulta indispensable dar a conocer, no sólo los datos esenciales sobre su vida y su obra, sino un breve trasfondo de sus raíces étnicas.

En el volumen V, número 17 de este Boletín, hubimos de incluir varios datos sobre la vida del Padre Nazario en la serie de biografías mínimas de personajes de nuestra historia. En este número hemos incluido una constancia extensa sobre su labor como arqueólogo y epigrafista, por lo que sólo resumiremos ahora los datos más relevantes de su vida y de su ilustre abolengo ancestral.

El Presbítero Don José María Nazario de Figueroa y Cancel nació el 8 de septiembre de 1836 y fue bautizado en la Iglesia de San Isidro Labrador y Santa María de la Cabeza de Sabana Grande, por el Presbítero Don Juan Francisco de Acosta, Cura Ecónomo de dicha parroquia y hermano del primer alcalde de dicho municipio, Don Pedro Pablo de Acosta.

Fue su progenitor Don Ramón Nazario de Figueroa y Martínez de Matos, natural de la Villa de San Germán, viudo de Doña María Josefa Martínez de Matos, prima suya. El 11 de mayo de 1815 casó en segundas nupcias con Doña María Gregoria Cancel, hija de Don Francisco del Rosario Cancel y de Doña Tomasa de los Reyes, dispensados de cuarto grado de afinidad lícita. El padre de Don Ramón Nazario de Figueroa fue el Subteniente o Alférez de las Milicias Disciplinadas en la Villa de San Germán, Don Tomás Nazario de Figueroa y Ramos Colón, hijo a su vez de Don Juan Nazario de Figueroa y de Doña Ana de la Seda, ésta hija del Capitán a Guerra de la Villa de San Germán y héroe de la Batalla de Piñales en 1673, Don Bartolomé de la Seda.

El tronco del apellido Nazario de Figueroa se ha podido trazar en los libros parroquiales existentes, hasta Don Juan Nazario de Figueroa, el primero de esa línea apellidado con el nombre de pila «Nazario» ya unido al patronímico «de Figueroa», que evidencia haber sido el apellido original de dicha línea, entrelazado con el de los Ponce de León oriundos de la Capital y descendientes del Con-

LOS MONUMENTOS DEL PADRE JOSÉ MARÍA NAZARIO Y CANCEL

quistador de Puerto Rico, según tradición familiar, que lo haría un patronímico originado en Puerto Rico. Se ha hallado constancia de algunos de sus hijos: Tomás, de su primer matrimonio con Doña María Monserrate Ramos Colón, así como su hermana, María Monserrate Nazario de Figueroa; José Joaquín, Luis y Diego, de su segundo matrimonio con Doña Ana de la Seda. Tomás casó con Ana Belén Martínez de Matos; José Joaquín con su cuñada, Baltazara Martínez de Matos; Luis con Manuela Nazario de Quiñones y Diego con Juana de Quiñones Montalvo.

La esposa del Alférez Real Don Tomás Nazario de Figueroa, Doña Ana Belén, era hija de Don Baltazar Martínez de Matos y de Doña Juana Lucía de Benavidez López, todos naturales de la Villa de San Germán y residentes en el barrio Río Cañas. Don Baltazar era hermano de los cofundadores y fiadores del nuevo pueblo de Mayagüez, el Sargento Mayor Juan Francisco, Gregorio, Lorenzo y Faustino Martínez de Matos, este último el primer alcalde de la «Villa de Nuestra Señora de la Candelaria en la Rivera de Mayagüez» durante la gobernación del Teniente Coronel Esteban Bravo de Rivero el 18 de septiembre de 1760. Además de los ya mencionados, dicho grupo familiar consistía de María Monserrate, Santiago, Presbítero José María y Antonio Martínez de Matos, este último residente entre San Sebastián y Camuy, el mayor terrateniente y ganadero de la Isla de su época.

El prestigio de las familias Nazario de Figueroa y Martínez de Matos puede inferirse de que Don José Joaquín Nazario de Figueroa y de la Seda, Alcalde de Primer Voto de la Villa de San Germán y tío político de Ana Belén Martínez de Matos y Benavidez López, pues era la esposa de su hermano paterno, el Alférez del Rey Don Tomás, fue el funcionario que presidió el proceso de la fundación de Mayagüez. En forma análoga, Don José Miguel Nazario de Figueroa, Regidor de la Villa de San Germán en 1812, fue el funcionario a cargo del expediente y entrega de los terrenos al primer alcalde del nuevo municipio de San Isidro Labrador y Santa María de la Cabeza de Sabana Grande, Don Pedro Pablo de Acosta y López de Victoria.

La *Historia de Mayagüez* publicada en ocasión del Bicentenario de su Fundación declaró que fueron infructuosas las pesquisas del Comité encargado de investigar la procedencia de «los señores de apellido Martínez de Matos que actuaron como fiadores, probablemente hermanos o parientes de Don Faustino... ni de los descendientes de esta ilustre familia».

El rango de Don Tomás Nazario de Figueroa, Alférez Real o Subteniente, recaía en militares de distinción, quienes a su vez eran Regidores de Cabildo. Era el único funcionario autorizado para portar el Estandarte Real en los actos oficiales y religiosos de carácter protocolario y ceremonial. El Alférez del Rey solía ocupar el cargo de Alcalde Ordinario de Primer Voto, que era el funcionario que era designado como Teniente de Gobernador en los ayuntamientos para reemplazar al Gobernador durante sus ausencias. El Alférez Real o Alférez Mayor del Rey (del árabe *alferic* o jinete) llevaba el Pendón o Estandarte Real en las batallas en las que participaba el Rey y en su ausencia «mandaba el ejército como General. E por todos estos hechos tan grandes que el Alférez ha de hacer, conviene en todas guisas que sea home de noble linaje, porque haya vergüenza de hacer cosa que le esté mal... e muy esforzado debe ser e sabidor de guerra, porque el ha de ser cabdillo mayor sobre las gentes del Rey en las batallas». Correspondía el cargo de Alférez Real al de General o al de Jefe de Estado Mayor General en los ejércitos. (Ley XVI, título IX, parte II.)

Una hermana del Presbítero Nazario y Cancel, de nombre Juana Ramona, fue la segunda esposa del primer alcalde de Sabana Grande, Don Pedro Pablo de Acosta, hijo de Don Antonio y de Doña Francisca López de Victoria y viudo de Doña Francisca Bobadilla, hija de Don Vicente y Doña Gregoria Brisney, ambos exiliados de Santo Domingo. Don Vicente era hermano de Don José Tomás, Presidente de la Junta Central Gubernativa o Gobierno en el Exilio para la liberación de Santo Domingo de la dominación de Haití, quien estuvo hospedado en la Casa Parroquial de San Germán del 22 al 26 de febrero de 1845. Su hija, Carmen Bobadilla, escribió una carta al Capitán General Don Juan de la Pezuela el 31 de julio de 1848, protestando de la detención de su padre por motivos políticos.

Don Pedro Pablo de Acosta juró su cargo el 21 de diciembre de 1814, siendo Alcalde de Primer Voto de San Germán el Capitán de Granaderos de las Milicias Provinciales Don Faustino del Toro y Quiñones, aunque prestó juramento ante el Alcalde de la Villa, doctor Felipe de Quiñones. El párroco Don Juan Francisco de Acosta, hermano del nuevo alcalde, donó «la amplia casa particular de su familia al Cabildo, para que sirviera de Casa del Rey» a la nueva población. El expediente de la fundación lo abrió el Regidor Don Vicente Mariano Quiñones y el Cabildo de San Germán hizo entrega «al Regidor Don José Miguel Nazario todo el territorio que le está asignado al nuevo pueblo de Sabana Grande».

Estos breves datos sobre la ascendencia del Padre Nazario de Figueroa y Cancel, la que es característica del núcleo étnico puertorriqueño, ofrecen una ligera idea de la riqueza básica de ese tronco genealógico, cuyas ramificaciones entrelazadas son numerosas, extensas y variadas, aunque surgen de una raigambre reducida y compacta. Personajes como el Padre Nazario y Cancel, cuya actuación en nuestro drama histórico fue fugaz y efímera, suelen permanecer en el anonimato, debido a un desconocimiento casi absoluto, no tanto de su vida y obras, sino de sus orígenes. Casi nunca se investigan esas raíces en las obras de carácter histórico que se publican en Puerto Rico, en parte debido a un aparente prejuicio hacia la investigación genealógica, aunque tal estudio es una importante rama de la Historia. Aun en obras exclusivamente biográficas, rara vez se ofrecen más datos que los nombres de los progenitores y quizá algo de los descendientes, pero nada de la ascendencia, si es que no se omiten tales datos por completo. Tales datos de las figuras destacadas de nuestra historia son necesarios para poder determinar en muchos casos la naturaleza de sus actuaciones, aunque sea solo de manera complementaria, para poder deducir, entre otras cualidades, el carácter.

Los parentescos comunes y entrelazados del conglomerado étnico puertorriqueño aparecen con frecuencia y han trascendido a España y a numerosos países de América. La ramificación de los descendientes del Conquistador de Puerto Rico a Mesoamérica marcó el inicio de un movimiento migratorio hacia otras tierras, el que luego se convirtió en inmigración desde Luisiana, La Florida, Haití, Santo Domingo, Venezuela, Colombia, Estados Unidos y últimamente Cuba. Puerto Rico ha sido siempre un oasis para los exiliados de otras tierras con menos estabilidad política.

Los entronques de los ascendientes del Padre Nazario de Figueroa y Cancel con apellidos como Martínez de Matos, del Toro, Correa, Quiñones, Ramírez de Arellano, López de Victoria y otros son característicos del conglomerado étnico puertorriqueño. Se extienden a troncos en España, como Luca de Tena descendientes del Capitán de Granaderos y Alcalde de San Germán, Don Faustino del Toro y Quiñones de ejemplo.

La Iglesia Católica, con un amplio sentido histórico cuyo origen se remonta en las Sagradas Escrituras que comprenden extensas líneas genealógicas, decretó en el Concilio de Trento del año 1563 que se registrasen en libros de la parroquia los bautizos, matrimonios y fallecimientos de sus feligreses, con los nombres de sus padres,

cónyuges e hijos, así como los grados de parentesco por consanguinidad y afinidad lícita, proceso que a falta de partidas directas, facilita deducir los entronques. Lamentablemente, nuestros ricos archivos han sufrido mucho por el abandono y la incuria de sus custodios, habiéndose perdido una porción considerable de sus datos. En la actualidad, la Iglesia Mormónica se ha destacado por el proceso que ha emprendido de fotografiar los datos registrados en los archivos que les han sido brindados con liberalidad ecuménica, lo que asegura su conservación en copias fotográficas y transcripciones de las partidas.

Lo poco que hemos podido rescatar de los datos del Padre Nazario ofrece una idea somera de la riqueza del material humano que constituyó su ascendencia, así como también un atisbo del conglomerado étnico puertorriqueño, pues es un caso característico de éste. Los datos que hemos ofrecido puede que expliquen en parte la transformación de un joven estudiante residente en una aldea rural de Puerto Rico del siglo XIX, con muy escasos recursos educativos, en un erudito graduado de una gran universidad del Viejo Mundo, quien originó por sí solo el estudio de la Epigrafiá en Puerto Rico ante una crítica obscurantista muy severa. Su gran obra ha quedado incomprendida hasta el presente, lo que es un indicio de la complejidad y laboriosidad de esa clase de estudios, que debido a la peculiaridad de cada caso, tiene que emprenderse casi en la soledad, por lo que sus resultados eluden su comprensión aun por personas de una gran preparación y experiencia en disciplinas relacionadas. Desarrolló un sistema pragmático propio a base de puro raciocinio, el que es evidente que fue concibiendo a medida que fue adquiriendo y analizando las obras enciclopédicas con ilustraciones de caracteres de las lenguas arcaicas del Viejo Mundo. Hacemos esta observación, porque es una costumbre casi tradicional considerar a nuestros antepasados como personas sumidas en la más abyecta ignorancia y atraso, sin detenerse a considerar que cuando ellos leían a la luz de velas y quinqués, ocurría lo propio en París, Madrid y Londres.

Luego de haber estudiado las primeras letras en Sabana Grande y algunos estudios en el Convento Dominicó de San Germán, José María Nazario y Cancel ingresó en el Seminario Conciliar, entonces el mejor centro educativo en Puerto Rico, en 1853. Aprobó con los honores más altos el grado de Bachiller en Filosofía, especializado en Teología Dogmática en 1861. Prosiguió estudios avanzados en la Universidad de Salamanca para la carrera eclesiástica y a su regreso a Puerto Rico fue ordenado por el Obispo Fray Benigno Carrión

de Málaga el 3 de diciembre de 1865. Como es de rigor, estudió en Salamanca latín y griego, así como las lenguas bíblicas, las que le sirvieron de base para poder identificar los caracteres inscritos en las antropoglíficas que excavó en Guayanilla alrededor del año 1880. En reconocimiento de sus méritos, el Obispo Carrión le ofreció una beca en la Universidad Complutense para que prosiguiera estudios aún más avanzados, pero problemas de salud en su familia le impidieron aceptar, consagrándose al ministerio religioso.

Desempeñó el cargo de Cura Párroco de Guayanilla casi continuamente desde el año 1866, durante 46 años, aunque ofició interinamente en las iglesias de Juana Díaz y Arecibo, ocupando la Vicaría de esta última en 1899. El año 1912 fue trasladado al Obispado en San Juan debido a problemas de su salud en donde residió hasta su muerte el 5 de septiembre de 1919, rindiéndosele las honras fúnebres en la Santa Iglesia Catedral.

El Presbítero Don José María Nazario de Figueroa y Cancel fue un elocuente orador religioso, quien hizo galas de su cultivada mente y de su amplia cultura en los púlpitos que ocupó. Fue un ávido estudioso de obras científicas, según se desprende de sus escritos y entrevistas publicadas, así como un erudito historiógrafo, investigador, arqueólogo, epigrafista y paleontólogo, de cuya fecunda labor hemos presentado constancia en este ensayo. Hemos hecho abundantes referencias a su transcendental descubrimiento arqueológico en Guayanilla y sobre sus esfuerzos por encontrar una clave segura para poder descifrar la escritura híbrida Quechua-Hitita-Minóica inscrita en las más de 800 antropoglíficas que excavó alrededor del año 1880. El gran etnólogo del Smithsonian Institution, Dr. Jesse Walter Fawkes, consideró que había logrado reunir una excelente colección de piezas indoantillanas, aunque comentó que las 800 antropoglíficas con los exóticos signos que no pudo entender, eran o espúreas o huellas de una raza anterior a la de los indios puertorriqueños. Su comentario de que no le habían parecido ser muy antiguos dichos petroglifos, fue una insinuación de que podían ser falsificados, lo que sirvió de respaldo a la campaña que ya existía de descrédito contra el Padre Nazario. (*The Aborigines of Puerto Rico and the Neighboring Islands*. Annual Report of the Bureau of American Ethnology, 1903-1904, publicado en 1907.)

Es explicable que no se pudieran reconocer entonces dichos signos, pues en esa época se desconocía aún el idioma Hitita-Minóico. El Padre Nazario pudo identificar solamente los signos inscritos en sus petroglifos más parecidos a los conocidos en su época, que eran

los de la lengua Hebreo-Caldáica. Como no eran idénticos sino meramente similares en algunos rasgos, es explicable también que fallara en descifrarlos en su totalidad, pues muchos eran nuevos para él y carecía de prototipos para su comparación, pues eran desconocidos en su época. Por tal motivo, tuvo que limitarse a encontrar parecidos con los signos que conocía, Hebreos y Caldáicos cuneiformes. Hay que comprender que se trataba de una lengua desconocida aún, aunque algo parecida en algunos extremos a la Hebreo-Caldáica, tanto en cuanto a los signos como en cuanto a los vocablos.

Es asombroso el progreso que logró hacer el Padre Nazario en esa labor epigráfica, aunque casi todos sus cuadernillos, en los que había logrado descifrar una buena parte de sus antropoglíficas, según anunció, se han extraviado.

Al terminar este estudio sobre los petroglifos de Guayanilla, apelamos a la indulgencia de los lectores por la repetición machacona de algunos datos, pero debido a la confusión que se desprende de los comentarios sobre el tema, creímos conveniente así hacerlo.

Hemos creído también de interés incluir a continuación el dictamen del Jurado de Autoridades que actuó de evaluador en los Juegos Florales, para participar en cuyo concurso fue sometido el ensayo que aparece al principio de este Boletín y el cual esta Academia ha considerado conveniente publicarlo debido a lo útil de la información que contiene sobre un tema muy poco conocido, por lo difícil de obtenerla, ya muy dispersa y extraviada localmente y bajo intenso estudio en los centros epigráficos del mundo occidental, por tratarse de un lenguaje híbrido que combina caracteres fonéticos del Viejo Mundo con una de las lenguas más importantes del hemisferio occidental.

CUARTOS JUEGOS FLORALES DE SAN GERMAN
CENTENARIO DE LA FUNDACION DEL CIRCULO DE
SAN GERMAN
FUNDADO EN 1880

Centro Cívico y Cultural Contemporáneo
del Ateneo Puertorriqueño

19 de marzo de 1980

- A: Concurstantes Cuartos Juegos Florales
Círculo de Recreo de San Germán
- De: Dr. Luis J. Torres Oliver Pres. Comisión de los Juegos.
Dr. Luis F. Sambolin, Presidente Círculo de Recreo.

Deseamos testimoniar nuestras más sinceras gracias a todas las personas que participaron en nuestros Cuartos Juegos Florales como parte de la celebración del Centenario de esta institución socio-cultural. Después de abrir los sobres sellados el martes 4 de marzo del año en curso que identificaban los trabajos de cada uno de los concursantes en una reunión conjunta de la Comisión de los Juegos Florales y la Junta de Directores del Círculo de Recreo, se reconocieron los siguientes premios:

HISTORIA

- Primer premio: José E. Vélez Dejardín de San Germán. *Memorias del Cabildo de San Germán, 1797-1850.*
- Segundo premio: Héctor R. Feliciano de San Juan. *Una Década de Partido y Gobierno. — San Germán visto a través del Partido Republicano de Puerto Rico, 1915-1925.*
- Tercer premio: Adela Rivera Montalvo de San Germán. *Círculo de Recreo de San Germán en su Centenario.*

(Se sometieron 8 trabajos. Jurado: doctor Luis M. Díaz Soler, doctor Arturo Morales Carrión, Padre Paulino Sanhelices).

NOVELA

Primer premio: Francisco Alberti Orona de Arecibo. *De la Misma Sangre.*

Por su excelencia el jurado recomendó y la Junta de Directores y la Comisión de los Juegos apoyó otorgar el premio a la única novela sometida. (Jurado: doctor Francisco Lluch Mora y doctor Jaime Rosas».

LIBRO DE POESIAS

Primer premio: Adrián Santos Tirado de Vega Baja. *La Flecha Vino del Alba.*

Segundo premio y Rosa de Oro: Doctor Hamid Galib de San Germán. *Domador de Vientos.*

Tercer premio: Loreina Santos Silva de Mayagüez. *Mi Ría.*

(Se sometieron 12 trabajos. Jurado: doctor Francisco Lluch Mora, doctor Ramón Zapata, doctora Daisy López Nunci).

CUENTO

Primer premio: Doctor Herminio Lugo Lugo de San Germán. *Abeianay o Caja de Muertos.*

Segundo premio: Juan J. Alberti de Ponce. *La Abuela.*

Tercer premio: Gloria M. Arenas de Guaynabo. *Carta Desde el Cielo.*

(Se sometieron 10 cuentos. Jurado: doctora Emelina Guzmán, doctora Inés M. López Sanabria y señor F. Mario Milán).

Fueron declarados desiertos los temas Ensayos Literarios (7) y el Poema Inédito (25). Los Juegos fueron dedicados al poeta, educador y escritor sangermeño don Félix Arce Lugo. El orador en la ceremonia de premiación a celebrarse el sábado 3 de mayo del año en curso en nuestros salones lo será don Salvador Tió.

CELEBRACION DE NUESTRO CENTENARIO
8 DE FEBRERO DE 1979 A 8 DE FEBRERO DE 1980

ACTIVIDADES ACADEMICAS

AGASAJO AL DOCTOR DEMETRIO RAMOS PEREZ,
DIRECTOR, CASA DE COLON, UNIVERSIDAD DE
VALLADOLID

MESON VASCO, VIERNES 29 DE FEBRERO DE 1980

Palabras del Director.

La Academia Puertorriqueña de la Historia se place en ofrecerle este sencillo agasajo al doctor Demetrio Ramos Pérez, Decano de Humanidades y Director del Seminario de Historia de América en la Universidad de Valladolid. Los aquí presentes conocen al doctor Ramos por haber asistido a sus conferencias en nuestros centros docentes de estudios avanzados, por lo que huelga una presentación formal de este distinguido historiador, americanista e indigenista, con cuya colaboración y amistad se honra esta Academia.

Su bien documentada obra de investigación es muy extensa, por lo que sólo citaré algunos de sus últimos trabajos publicados en la serie de Cuadernos Colombistas desde el año 1971, junto a colaboradores como el doctor Juan Manzano Manzano, Luis Andrés Vigneras, Jaime Cortesao, Teixera de Mota, su hijo Luis Ramos Gómez en unión a María Concepción Blanco. Ejemplos de sus eruditos artículos son los que llevan por título: *Los Contactos Transatlánticos Decisivos como Precedentes del Viaje de Colón; ¿Por qué tuvo Colón que ofrecer su Proyecto a España? Los Colón y sus pretensiones contractuales*, todos los cuales son de un interés absorbente y basados en sus investigaciones originales.

Hacen ya unos seis meses que me honró el doctor Ramos al servirme de padrino en mi incorporación en el Capítulo Hispanoamericano de la Orden de Caballeros del Corpus Christi de Toledo, afín al Instituto de Cultura Hispánica, cuya filial en Puerto Rico me cupo el honor de presidir durante una década. Fue una

ceremonia impresionante llevada a efecto en uno de los escenarios más imponentes de España, la Catedral Primada de las Españas en la Ciudad de Toledo. En dicha ocasión pude dialogar extensamente con don Demetrio sobre el hallazgo arqueológico más enigmático que conocemos y que aun permanece en un estado de indefinición. Le había entregado varios petroglifos que había excavado el Padre Nazario en Guayanilla en 1880 con el propósito de que fueran sometidos a examen por los especialistas en arqueología prehistórica de las universidades de Valladolid y Madrid. Las estatuillas inscritas estaban aun bajo examen, pero me entregó un informe preliminar, el que determina que las inscripciones tienen cierto parecido con signos alfabéticos del Viejo Mundo y que se propone publicar un informe detallado en sus Cuadernos Colombinos más adelante.

Es evidente que el tallado y las inscripciones grabadas en los petroglifos difieren en tal medida de las pictografías indoantillanas, que su procedencia tendría que ser el territorio Maya o el Inca y probablemente de fuera del hemisferio americano, lo que implicaría que pudiera tratarse de un hallazgo prehistórico de trascendental importancia internacional.

Ha aparecido recientemente un estudio arqueológico efectuado en las Antillas por una misión oficial científica francesa bajo la dirección del arqueólogo Alphonse L. Pinart, contemporáneo del Padre Nazario, quien examinó las estatuillas poco después de su hallazgo alrededor del año 1880 y certificó que los especímenes que él estudió eran incuestionablemente auténticos. Tal declaración cobra importancia porque algunos contemporáneos del Padre Nazario, quizá por celos profesionales, insinuaron que se trataba de una superchería instigada por él proveyendo un modelo para falsificar a «un jíbaro con un mocho».

Los petroglifos consistían de estatuillas toscas inscritas talladas y grabadas en un tipo de piedra serpentina, la que el doctor Pinart llamó micaesquisto, de bastante dureza. Se excavaron más de 800 piezas que pesaban desde dos a tres libras hasta unas veinte libras, lo que representaría un peso total de una y media a dos toneladas, trabajo que hubiera requerido todo un taller para efectuar la insinuada burda falsificación. La transportación de tal cantidad de piedras hubiera provocado comentarios, pero nada se dijo en Guayanilla de un hecho tan insólito. Visto en retrospecto y conociendo la mano dura y tosca de nuestros jíbaros, con sólo examinar una de dichas piedras es evidente que tal conjetura es inadmisibile.

La campaña de descrédito contra el Padre Nazario comenzó con

la llegada a Puerto Rico de un arqueólogo de la Institución Smithsonian quien visitó al Padre Nazario en Guayanilla y examinó su colección de objetos indoantillanos. Se rumoró la posibilidad de que varias personas que poseían colecciones de reliquias indígenas y querían venderlas a dicha institución, vieron en el Padre Nazario un competidor y comunicaron al arqueólogo doctor Jesse Walter Fewkes que los petroglifos eran falsificaciones, lo que fue un error, pues el buen padre rehusó vender su colección, clasificada por el doctor Fewkes como la mejor que había visto en la Isla. En su informe al Congreso sobre su visita a las Antillas, el doctor Fewkes insinuó que «las piedras no le habían parecido ser muy antiguas», por lo que podían tratarse de una falsificación de fecha reciente.

¿Con qué propósito? ¿Para venderlas a un pobre cura de aldea? Es evidente la ridiculez de tal insinuación, por lo absurda.

El doctor Fewkes leyó el informe del doctor Pinart sobre el caso de los extraños petroglifos, pues lo citó en su informe, y parece haberse convencido de que por lo menos una parte de ellos eran auténticos, pues procedió a incluir un «caveat» o advertencia en su informe de que posiblemente «algunas piezas excavadas hubieran pertenecido a una raza anterior a la de los indios puertorriqueños». «Ciertas piezas muestran un carácter absoluto de autenticidad. Figuras muy toscas en micaesquito descubiertas sobre las alturas de Yauco al Sur de la isla que presentan inscripciones de un carácter absolutamente caprichoso. Es incuestionable, como he dicho antes, que las primeras que se hallaron... son auténticas.

»Los caracteres de las figuras tienen una semejanza sorprendente con los de ciertos alfabetos antiguos. Esto es extremadamente curioso», dictaminó el doctor Pinart.

Es de confiar que el doctor Ramos y sus colaboradores en España puedan estar en condiciones de determinar la autoridad y la procedencia de dichos petroglifos, para resolver de una forma u otra este apasionante enigma de nuestra prehistoria. Mientras tanto, esta Academia continuará como lo ha hecho hasta ahora, firmemente en su empeño de buscarle una solución, que será su descifre y su origen, el que se ha puesto en movimiento al hallarse una clave en el Tesoro Nacional de Ecuador.

Los que nos hemos reunido para departir con el Dr. Demetrio Ramos, no nos debe extrañar la sensación de que suelen clasificarse de locos a los que proponen ideas fuera de lo corriente, aunque luego de ser éstas verificadas, son acusados de carecer de originalidad.

Vivimos en un mundo muy antiguo, el que suele padecer de amnesia histórica. Al cavilar sobre los orígenes de muchas cosas inexplicables a primera vista, nos resulta sumamente difícil determinarlos. Uno de los campos que ofrece más sorpresas es el etimológico, a pesar de su aparente sencillez.

¿Quién puede concebir que el conocidísimo nombre Rábida del famoso convento de Palos, pueda haberse derivado de una epidemia de rabia? Pues se deriva del nombre Rus Baal o Peña de Saturno, en donde se erigió un templo a Proserpina, Diosa de la Rabia, en súplica de protección durante una epidemia de rabia cerca del comienzo de la Era Cristiana.

¿Quién podría haber imaginado que en ese mismo convento franciscano, el humilde Fray Juan Pérez, su guardián, hubiera osado violar el sigilo sacramental, cuando Cristóbal Colón le confesó sus conocimientos secretos sobre ciertas tierras ignotas allende el Mar Océano?

¿Quién puede en este momento concebir sin serias reservas mentales, que en una aldea del Puerto Rico del año 1880 se hubiera excavado la clave para descifrar uno de los más apasionantes misterios de la prehistoria mundial, cuya solución sería la primera prueba de la presencia del Viejo Mundo en el Nuevo antes del año 1492, representada por el idioma silabárico prehelénico Hitita-Minóico de la isla de Chipre, con cuyos caracteres aparece inscrito el idioma analfabeto Quecua del altiplano andino?

Dejo en las mentes de los amigos estos pensamientos para que los ponderen y no permanezcan como las antropoglifitas de Guaynilla del Padre Nazario por todo un siglo, cogiendo polvo en un almacén. El motivo de esa desidia quizá haya surgido de la dificultad en poder considerar al presente los sucesos de la antigüedad. Quizá podamos comprender las diferencias entre los conceptos con sencillas comparaciones relacionadas con distintas épocas.

Los latinos acuñaron el vocablo «alfabeto» así como el «griego», quienes se llamaban a sí mismos «helenos». Estos se referían a su sistema de escritura como «grammata» que significaba «letras», éstas adaptadas del sistema de 24 letras de los fenicios, empezando con «alfa» y terminando con «beta», unos cinco siglos después que los Hebreos habían transcrito las secciones más antiguas del Viejo Testamento. Como se cree que desde el siglo VII A. de C. la sociedad helénica permaneció en su fase oral y analfabeta hasta fines del siglo V A. de C., su adopción y perfección del sistema fenicio de escritura ha sido descrita como «la revolución alfabética». Hasta

entonces no existió en el idioma un vocablo para «lectura», empleándose para tal propósito la palabra «anagnnoskein» cuyo significado era «reconocer».

La mayor parte de la Geometría de Euclides subsistió gracias a su traducción por los árabes. En esas épocas, tal como al presente, los romanos educados, al igual que los latinoamericanos y los rusos del siglo XIX preferían el idioma francés por considerarlo más cultivado, ellos preferían el griego. Por tal motivo, según Suetonius, al ser acuchillado César, su famosa frase fue «kai su teknon» que significa «tú también, mi hijo» en griego y no la conocida versión en latín, «Et tu, Brute».

Algo similar debió haber sucedido en las lenguas autóctonas de América, las que aunque tienen muy escasas semejanzas con las europeas, se parecen más a las del Oriente Medio, como entre el Hebreo y el Yuchi y Cherokee de Norteamérica, así como entre el Hitita y Turco con el Quechua. La lengua «jĩbara», aunque andina, está relacionada con el araguaco, según los lingüistas Beauchat y Rivet, lo que tiende a comprobarse con su presencia en los petroglifos de Guayanilla, Puerto Rico.

Un indicio de cómo el legado indígena se ha desnaturalizado y confundido se encuentra en la Carta de Colón desde Lisboa a Barcelona en marzo de 1493: «A la primea isla que yo fallé... los indios la llaman "Guanayani"». Al oído español pareció «Guanahani», así fue escrito y así subsiste. Edición de Viena — Tipografía Imperial y Real de la Corte, 1868. Observó el Dr. Coll y Toste que Colón intentó fijar con una Y griega la aspiración indígena. (*Prehistoria de Puerto Rico*, pág. 165). Según Pedro Mártir, «no hay ninguna aspiración que no tenga valor de letra consonante. Mas aún, pronuncian mas fuerte la aspiración que nosotros la *efe* consonante... mas sin aplicar el labio inferior a los dientes de arriba, pero con la boca abierta. Ha, He, Hí, Ho, Hu y dando golpes en el pecho. Veo que los hebreos y los árabes pronuncian del mismo modo sus aspiraciones. Así, en el idioma de esta gente sencilla, se ha de tener mucho cuidado con los acentos, y hay que pronunciar la aspiración... *Gua* es entre ellos artículo y hay pocos nombres, principalmente de los reyes, que no comiencen con este artículo *gua*... como Guaybana.

La tendencia ha sido a menospreciar los atributos humanos de las razas autóctonas del Nuevo Mundo, aunque la investigación demuestra que su inteligencia y sus conocimientos no eran inferiores a los de los europeos de la época, sino diferentes y de ahí la difi-

cultad en comprenderlos. La hibridación de sus idiomas debido a las migraciones, no fue muy distinta a la del Oriente Medio. La inmigración desde Chipre hasta Ecuador y desde allí hasta Puerto Rico se ha considerado fantástica e imposible por muchos historiadores, fundándose en que tanto los antiguos mediterráneos como los indígenas americanos no poseían los conocimientos astronómicos ni los medios de navegación capaces de permitirles cruces marítimos a largas distancias.

Hemos hecho referencia a los dos mapas de la región del Caribe que dos indios de Puerto Rico le dibujaron con habas al Rey Juan II de Portugal, llamando por sus nombres a todas las islas, al llegar Colón a Lisboa de regreso de su primer viaje. Tal relato ha sido puesto en tela de juicio por los escépticos compulsivos, al igual que el relato sobre el piloto anónimo que murió en el hogar de Colón en Porto Santo, aunque ambos fueron basados por el Padre Las Casas en los escritos o en conversaciones con el propio Colón.

Sin embargo, los cronistas los confirmaron independientemente al basarse en informes recibidos de distintas fuentes por separado. Pedro Mártir de Anglería, para ofrecer un solo ejemplo, hizo constar con gran claridad la habilidad de los indígenas como navegantes-cosmógrafos que dibujaban mapas, tanto de las distintas islas y su relación geográfica, como de los extensos territorios continentales.

«También tienen todos gran cuidado de conocer los confines y límites de los reinos, y este gran cuidado es común a los naturales, es decir, a los nobles, que así los llaman; de suerte que son cosmógrafos no ineptos de su patria». (*Década II* — Libro VII — Capítulo II.)

Se han puesto en duda nuestras indicaciones de que los indios borinqueños del cacicazgo de Guaybana tuvieran un mapa general de la región del Caribe, del cual copiaran secciones para acompañar órdenes de viajes hacia otras tierras, en cerámica, hojas de magüey o algodón. El cronista Pedro Mártir de Anglería hizo una descripción, aunque en México, de uno de esos mapas indígenas: «Entre los mapas de aquellas tierras, hemos examinado uno que tiene de largo treinta pies, de ancho poco menos, tejido de algodón blanco, en la cual estaba escrita con extensión toda la llanura con las provincias, tanto las amigas de Moctezuma como las enemigas. Están asimismo los vastos montes que rodean el llano, y están figuradas las costas meridionales, de cuyos habitantes dicen haber oído que están cerca de las islas en donde dijimos arriba que se crían las aromas y oro y perlas en abundancia»... Cuando se leyó este punto

entre nosotros, la mayor parte frunció el ceño, y lo tuvieron por fábula, porque las cartas hablaban de futuro contingente, como ha sucedido en muchas cosas que se sabían por relación de los bárbaros, hasta que se han puesto en claro. (*Década V* — Libro X — Capítulo III.)

Los mapas y escritos estaban «en unas hojas de cierta delgada corteza interior de los árboles... embetunan con unto fuerte... cuando están blandas, les dan la forma que quieren y la extienden a su arbitrio, y luego de endurecida la embetunan, se supone que con yeso o con alguna materia parecida... tablillas con una capa de yeso o con alguna materia parecida... tablillas con una capa de yeso acibado como la harina en las cuales puede escribirse cuanto se quiere, y que luego lo borran con una esponja o paño para volver a escribir. De tablillas de higüera se hacen los libros que los administradores de las casas grandes llevan consigo por los mercados, y con un punzón de metal apuntan lo que compran para borrarlo cuando ya lo han trasladado a sus cuadernos de cuentas... encuadernan los libros... con un betún resistente y tan flexible que en comparación de las tablas de madera, parece que han salido de manos de hábil encuadernador... los caracteres son muy diferentes a los nuestros: dados, ganchos, lazos, tiras, estrellas y otras figuras, escritas en líneas como lo hacemos nosotros; se parecen mucho a las formas egipcias... cerrados esos libros, parece que no son diferentes de los nuestros». (*Década IV* — Libro I — Capítulo Unico.)

Los cronistas que escribieron durante las primeras décadas de la conquista, captaron sus impresiones a primera vista sobre ciertas facetas de la vida de los indígenas aún existentes, las que luego fueron alteradas por informes parcializados desfavorables a su calidad humana, pero la historia verdadera siempre tiene los medios de salir a la luz y prevalecer a la larga.

Me he extendido al hacer estas observaciones agujoneado por los rechazos compulsivos de que son objeto hallazgos como el de Guayanilla. Confieso haber dudado de su importancia cuando inicialmente tuve conocimiento de los petroglifos, al oír y leer en publicaciones respetables el rechazo casi unánime de su autenticidad. Sin embargo, al internarme en el estudio del problema, fui encontrando bastante evidencia, como la que he expuesto, en respaldo de un descubrimiento arqueológico que tiene una importancia potencial universal insospechada, la que ya ha comenzado a aflorar.

La situación geográfica de Puerto Rico le ha permitido servir de encrucijada en la que se han encontrado muchos pueblos, cada

uno de los cuales ha dejado su huella en el carácter de sus habitantes, los que han desarrollado un sistema de ideas propias bien arraigadas, por lo que no prestan gran atención a los cantos de sirena que les llegan allende sus playas.

Suele menospreciarse el enorme influjo de las migraciones humanas, las que en las fronteras de choque son las que producen civilizaciones de transición. Un ejemplo es España, campo de choque de celtas, árabes y godos. Otro lo es Francia, en cuyo territorio chocaron árabes, las razas del Mediterráneo meridional y las teutónicas nórdicas.

Debido al fenómeno de la asimilación, las razas resultantes de esos choques, se inclinan a creer que es posible convencer a la humanidad sobre la realidad de un sistema de ideas que sirva de base a una sociedad universal que prevalezca en el futuro, ejerciendo su influencia espiritual para lograr tan laudable propósito.

El destino parece haberle deparado a Puerto Rico ser una de esas fronteras de choque desde la prehistoria, según aparentan revelar los petroglifos de Guayanilla, situación que ha continuado hasta el presente.

ACTIVIDADES ACADEMICAS

Nuestro Director en Toledo.

Acta de la Sesión Capitular previa a la Solemne Ceremonia de Investidura de Nuevos Caballeros de la Orden de Caballeros Armados del Corpus Christi, llevada a efecto en la Sala Capitular de la Santa Iglesia Catedral Primada de España en la Ciudad de Toledo, a las 18 horas y 30 minutos del día 11 de junio de 1979, en la que fue investido Caballero Armado, nuestro Director Ing. don Aurelio Tió y Nazario de Figueroa.

De conformidad con lo que se establece en las Reglas V y VI de los Estatutos del Capítulo Hispanoamericano de la Orden, en su calidad de Miembro Titular del Instituto de Cultura Hispánica, de cuyo Capítulo de Puerto Rico fue Presidente durante la década del año 1960, la investidura de nuestro Director lo fue con la categoría de Miembro Nato, por razón de la dignidad que ha ostentado. (Véase Tomo VI — Núm. 23 — pág. 183.)

ACTA

En Toledo, y en la Sala Capitular de la Santa Iglesia Catedral Primada, siendo las dieciocho horas treinta minutos del día doce de junio de mil novecientos setenta y nueve, se reúnen los Caballeros Armados del Corpus Christi para celebrar Sesión previa al acto de Investidura de Nuevos Caballeros, que se desarrolla conforme al procedimiento establecido.

El Caballero Mapelli López, en funciones de Vicecanciller, lee la lista de Caballeros propuestos para recibir la Investidura, y se ruega a los reunidos expongan si alguno tiene objeción o reparo que formular, por parte del Preboste del Capítulo Su Alteza Real don Alfonso de Borbón Duque de Cádiz.

No habiendo objeción y puestos todos en pie el Preboste, según ritual, procede a dar gracias a Dios, por el ingreso de los nuevos Caballeros.

Terminada la acción de gracias, abierta la puerta de la Sala Capitular, sale el Caballero Portaguión, tras el cual se sitúan, los Caballeros Armados y las dignidades del Capítulo, iniciando todos una nueva Comitiva; que se traslada al Altar Mayor donde tiene lugar la Eucaristía, en el transcurso de cuya celebración de acuerdo con el Ritual, recibe de Manos del Maestre del Capítulo, Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, la Investidura.

Los Caballeros que la reciben son:

Excmo. Sr. D. Alvaro Aguilar Peralta, Embajador de Costa Rica, apadrinado por S. A. R. el Duque de Cádiz; Excmo. Sr. D. Ernesto Paiz Novales, Embajador de Guatemala, apadrinado por S. A. R. el Duque de Cádiz; Il. y Rvdo. Sr. D. José María Mansilla Gutiérrez, Presidente del Cabildo Catedralicio de la Santa Iglesia Catedral Primada, apadrinado por S. A. R. el Duque de Cádiz; D. Félix Alvaro Acuña Dorta, apadrinado por D. Torcuato José Baca Balboa; D. José Ramón Álvarez Colomer, apadrinado por D. José Gaspar González Palenzuela; D. Joaquín de Arespacochaga Llopis, apadrinado por D. Juan de Arespacochaga; D. Joaquín Cristia Miranda, apadrinado por D. Agustín Cano de Santayana; D. Ramón Ernesto Cruz Uclés, apadrinado por S. A. R. el Duque de Cádiz; D. Jorge Fidel Durán, apadrinado por D. Joaquín Dato Ballester; D. Francisco José Flórez Tascón, apadrinado por D. Vicente Pozuelo; D. Alberto García Romero, apadrinado por D. Alberto García Ortiz; D. Javier Martínez de Azagra Irujo, apadrinado por D. Santiago Segura; D. Ignacio de Montes Jovellar y Costa, apadrinado por D. Ignacio de Montes Jovellar; D. Carlos de Nicolás Repullo, apadrinado por D. Carlos García Ortiz; D. José María Segura Ferns, apadrinado por D. Santiago Segura; D. Emilio Serrano y De Lasalle, apadrinado por D. Torcuato José Baca Balboa; D. Aurelio Tió y Nazario de Figueroa, apadrinado por D. Demetrio Ramos; D. Alfonso Valdés Salinas, apadrinado por D. Joaquín Dato Díaz; D. Luis Zamorano Sánchez, apadrinado por D. Vicente Pozuelo; y D. Juan José Zorrillas Escriñá, apadrinado por D. Ignacio Díaz de Aguilar.

ACTIVIDADES ACADÉMICAS

Terminada la Eucaristía y acto de Investidura, regresan en procesión a la Sala Capitular, donde siendo las veinte horas quince minutos, se reúnen de nuevo en Sesión Capitular, propiamente dicha la totalidad de los Caballeros presentes, para tratar asuntos relativos al mejor gobierno y actuación del Capítulo.

Asisten por el Gobierno Capitular, el Maestre, Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Arzobispo de Toledo, D. Marcelo González Martín, el Preboste, Su Alteza D. Alfonso de Borbón y Dampierre, Duque de Cádiz y las siguientes dignidades: El Vicecanciller D. Enrique Mapelli López; el Maestro de Ceremonias D. Joaquín Dato Ballester, el Clavero D. Pedro Rubio San Román, los Mayordomos D. Vicente Pozuelo Escudero y D. Pedro Ridruejo Alonso, así como los siguientes Caballeros Armados: D. César Dóriga y Tovar; D. Ernesto Paiz Novales; D. Ignacio Díaz de Aguilar; D. Carlos García Ortiz; D. Ignacio de Montes Jovellar; D. Demetrio Ramos Pérez; D. Pedro Rubio Tardío; D. Javier Martín Artajo; D. Alfredo García Ortiz; D. Julio San Román Moreno; D. Juan Antonio Valentín Gamazo; D. Juan de Arespacochaga y Felipe; D. Torcuato José Baca Balboa; D. Manuel Fernández del Corral; D. Santiago Segura Ferns; D. Luis Trinchán Martín; D. Joaquín Dato Díaz; D. Eduardo Dóriga Monjardín; D. Angel Vilches Criado; D. José Carlos Amado; D. José María Mansilla Gutiérrez; D. Félix-Alvaro Acuña Dorta; D. Ramón José Alvarez Colomer; D. Joaquín de Arespacochaga Llopi; D. Ramón-Ernesto Cruz Uclés; D. Jorge Fidel Durón Durón; D. Francisco José Flórez Tascón; D. José Javier Martínez de Azagra e Irujo; D. Ignacio de Montes Jovellar; D. Carlos de Nicolás Repullo; D. Emilio Serrano y De Lasalle; D. Aurelio Tió Nazario de Figueroa; D. Alfonso Valdés Salinas; D. Luis Zamorano Sanabra; D. Juan José Zorrilla Escriñá; D. Alberto García Romero, D. Luis Augusto Malpica Rodríguez.

Leída el acta de la sesión anterior por el Notario que da fe, la misma es aprobada.

El señor Cardenal felicita a los nuevos Caballeros de forma muy cordial y les dice cuanto espera de ellos.

Añade que los antiguos Caballeros deben seguir dando testimonio y demostración adecuada de que el Capítulo sigue con toda su vitalidad.

Agradece el donativo para el Seminario de Toledo, que acepta con gusto y gratitud, y puesto que hay aspirantes al Sacerdocio hispanoamericanos, muchos de los cuales necesitan ayuda, por lo que se les paga en parte sus estudios por lo que encuentra muy justificado, partiendo siempre de la bondad del Capítulo y los Caballeros, el que el Capítulo dé un apoyo para el Seminario.

Entiende el señor Cardenal que de esta forma los lazos se harán más fuertes. Anuncia que los sacerdotes mejicanos se están instalando en una Casa en Olías del Rey, con una Residencia para seminaristas mejicanos, habiendo venido dos muchachos mejicanos para ayudar a los seminaristas, comunicando que van a venir unas monjas mejicanas para encargarse de la dirección de la Casa de Sacerdotes, estimando que esta interacción con otras diócesis es mutuamente beneficiosa.

Alude también, a la petición de la Diócesis de Ponce, a través de su Obispo que se va a poder atender con dos sacerdotes.

Acaba diciendo que «Uno pone la semilla y los pájaros la llevan», y que en las cosas de Dios y de la fe, puede haber soluciones impensables.

Cree lo que decidan sobre la cuota estará bien. Que algo más se podrá hacer. Pero que sólo nos vemos una vez al año y que debemos reflexionar sobre lo que prevé el Reglamento, etcétera porque se puede hacer mucho más.

Ofrece como tema de meditación sus últimas palabras y sugiere al Gobierno Capitular la posibilidad de alguna otra reunión en Toledo o en Madrid.

Terminada, entre muestras de aprobación la intervención del señor Cardenal, éste da por terminada la Sesión Capitular, a las veintiuna horas del día más arriba señalado, de todo lo cual como Notario, Doy fe.

Vº Bº
El preboste
Fdo. Alfonso de Borbón

Doy Fe
El Notario
Fdo. José Gaspar S. Palenzuela.

INDICE GENERAL DEL VOL. VI

**BOLETIN DE LA ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA
DE LA HISTORIA**

INDICE GENERAL DEL VOL. VI

VOL. VI	1.º DE ENERO DE 1979	NUM. 21
Dignatarios de la Academia		7
Nota Editorial		9
El Proyecto Transatlántico de Cristóbal Colón		27
Ante el Busto del Cacique Jayuya		129
El Caballo de Paso Fino de Puerto Rico		133
Agasajo al Dr. Germán Arciniégas		143
Comentarios a una carta del Dr. J. H. Font		149

VOL. VI	1.º DE JULIO DE 1979	NUM. 22
Dignatarios de la Academia		7
Notas Editoriales		9
Consideraciones sobre el auténtico Escudo de Armas de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico		17
Comentarios al Dr. J. J. Santa Pinter sobre el escudo de armas .		59
Aclaraciones sobre el Escudo de Armas de Puerto Rico en con- testación a consultas formuladas por los lectores del Boletín.		65
El papel desempeñado por la Iglesia en los procesos sociales, cul- turales, políticos y económicos de Puerto Rico		81
Historia del Convento de Porta Coeli de San Germán, por el académico Dr. Luis Torres Oliver		101
La catedral de San Juan		121

BOLETÍN DE LA ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA HISTORIA

ENTREVISTAS:

Nuestro Director en México	133
La conciencia nacionalista de América y el caso de Puerto Rico	147
El Grito de Lares	161

VOL. VI 1.º DE ENERO DE 1980 NUM. 23

Notas Editoriales	9
<i>IN MEMORIAM</i> — Lcdo. Vicente Géigel Polanco	13
Incorporación del Dr. Ricardo E. Alegría como Académico de Número	17
Discurso de investidura del Dr. Alegría: «El Rey Miguel»	23
Contestación del discurso del Dr. Alegría por el académico doctor Arturo Morales Carrión	43
Premio Nacional de Historia al Dr. Ricardo E. Alegría	53
Episodios Sangermeños: Aurelio Tió	55
Citas documentadas sobre San Germán — Real Cédula del 12 de mayo de 1570 sobre traslación de la Villa desde Guayanilla a Santa Marta	78
Participación de Ponce en la rebelión de San Germán — años 1701-1711 — Dr. Luis Torres Oliver	83
El descubrimiento de Puerto Rico — Hon. Severo E. Colberg.	95
El descubrimiento de Puerto Rico — Lcdo. César A. Toro	101
Las carabelas del descubrimiento — Aurelio Tió	105
Primera tierra descubierta en América — Aurelio Tió	109
Restauración de la Catedral de San Juan	121

VOL. VI 1.º DE JULIO DE 1980 NUM. 24

Dignatarios de la Academia	7
Notas Editoriales	9

ÍNDICE GENERAL

Un hallazgo arqueológico trascendental	17
Un enigma prehistórico de Puerto Rico	25
Los monumentos del Padre José María Nazario y Cancel	37
Consideraciones generales sobre los monumentos	158
Las antropoglífitas del Padre Nazario y su posible relación con el predominio del cacicazgo de Guaybana	175
Bibliografía	221

APENDICES:

I. Informe del Dr. Alphonse L. Pinart	229
II. Informe preliminar arqueológico de Madrid y Valladolid.	259
III. Informe preliminar de la Sociedad Epigráfica Americana.	261
IV. Informe preliminar sobre signos vascos — Imanol Agiré.	266
V. Correspondencia con el Museo Británico	268
VI. Pueblos migrantes del Oriente Medio	279
Síntesis de la solución a un enigma arqueológico	289
Críticas contemporáneas al Padre Nazario	299
Modalidades aplicables al hallazgo arqueológico de Guayanilla	319
Dictamen del jurado de los Juegos Florales del centenario del Círculo de Recreo de San Germán	337

ACTIVIDADES ACADÉMICAS:

Agasajo al Dr. Demetrio Ramos Pérez	339
Incorporación de nuestro Director en la Orden Hispanoamericana de Caballeros de Toledo	347

**Este libro se terminó de imprimir
el día 16 de diciembre de 1981, en los
Talleres Gráficos de Manuel Pareja.
Montaña, 16 - Barcelona - España**

